



# Odisea

Historias de Amor

Annette J. Creendwood

Jamás pensó que el hombre que amaba con tanta pasión, la engañaría alguna vez sin embargo así sucedió y con resignación debió afrontar la peor de las humillaciones. Estaba decidida a terminar con ese dolor que oprimía su garganta impidiéndole ser feliz aunque lo perdiera para siempre echando por tierra los buenos recuerdos que los unían...



Annette J.Creendwood

# Odisea

Historias de amor

ePUB v1.0

SMAGX14.04.16

---

más libros en [epubgratis.org](http://epubgratis.org)

---

**No todo está perdido**

# Capítulo 1

Cerrando la puerta con suavidad, Alicia se aprestó a subir diligentemente a la habitación de su hijo.

Apartándose un mechón de la frente, la mujer se observó un momento en el espejo de la entrada, y haciendo un suave soplido sobre la nariz, notó como las ojeras cada vez se estaban haciendo más profundas bajo sus ojos color miel.

Pasándose un diente por sobre sus suaves labios tenía que reconocer que cada vez estaba más pálida y las hebras rebeldes de su cabello castaño, amarrado en una ruda cola de caballo, no ayudaban en nada a mejorar su aspecto.

Hay cosas que no tienen caso...

Haciendo un gesto de fastidio se volvió hacia la escalera y continuó su camino cuidando cada paso que daba para no hacer ruido.

Faltando sólo dos escalones para llegar al segundo piso, como si fuera una aparición, un niño de unos cinco años se presentó ante ella mirándola con ojos de reproche en tanto uno de sus pies daba rítmicos golpecitos sobre la mullida alfombra con un gesto de molestia.

- Lo siento... – resopló una mujer mayor surgiendo detrás del pequeño y, con expresión compungida, añadió – apenas te fuiste, este malulo no hizo otra cosa más que preguntar a qué hora regresarías.

- No te preocupes Nina... – repuso ella inmediatamente suspirando con debilidad - ¡tú sabes cómo es!

Acunándolo contra su pecho, Alicia lo alzó y llevándolo a su cuarto, lo depositó con sumo cuidado sobre su cama.

- Me quedaré contigo hasta que te duermas ¿de acuerdo? – susurró mirando a su hijo con ojos de adoración mientras acomodaba su cabeza sobre la almohada.

- ¿Y si no me duermo nunca? – preguntó el crío esbozando una débil sonrisa.

- Pues aquí estaré hasta que el sol aparezca – contestó mientras enroscaba en un dedo una leve brizna oscura del cabello de su hijo, segura que aquel lo decía por sus continuas pesadillas.

Desde hacía casi un año que las sufría con frecuencia.

Contemplándolo con devoción, Alicia tenía que admitir que cada día Andresito se volvía más parecido a Andrés.

Si él pudiera verlo una vez más estaba segura que opinaría lo mismo.

Con la mirada prendida a la faz de su hijo, nuevamente el recuerdo de su marido volvió a golpearla, y así como siempre le sucedía, sus ojos adquirían ese brillo quebradizo de las lágrimas a punto de esparcirse ante la remembranza del hombre que fue por algún tiempo su único amor.

Recreando aquella mañana, como si fuese una vieja película, volvió a ver la imagen de Andrés despidiéndose aquel día...

Estaba en la cocina... descalzo... con la camisa fuera de los pantalones y una sonrisa traviesa en el rostro...

- ¡Te levantaste, por fin, dormilona! – exclamó él con algo de sorna mientras sostenía su tazón favorito y sorbía un poco de su contenido.

- ¡Son las seis y media de la mañana, Andrés! – rezongó ella vestida con su camisola azul, la cual le llegaba hasta la mitad del muslo y mostraba generosamente su espalda. Sentándose en el primer taburete se pasó la mano por el rostro soñoliento resoplando - ¡no molestes!

Andrés, vertiendo café recién hecho en una taza, se acercó a ella y, besándole la cabeza, la dejó frente a ella mientras él la abrazaba por la espalda.

- No te enfades preciosa... – le susurró en el oído – sólo estaré fuera hasta mañana en la noche...

- y acariciándole la mejilla con los labios, agregó – serán sólo 48 horas.

- Basta con que estés fuera un minuto para que me sienta sola... – dijo Alicia desinflada, y es que a pesar de haber pasado una noche maravillosa entre sus brazos, algo dentro de sí le decía que todo no estaba bien.

Quizás se debía a que en aquel viaje iba acompañado de esa mujercita, Marina, su jefa. Aquella insufrible mujer lo llamaba insistentemente sin respetar ningún horario, dándose siempre como

una pobre excusa el hecho de que fuera su mano derecha.

- No desesperes... – susurro Andrés acercándose más a ella y alargando los brazos la apretó contra sí, envolviéndola en su aroma a jabón y ducha reciente – sólo son dos días, ni un minuto más.

Alicia, suspirando con algo de emoción, ladeó la cabeza al lado contrario, mirándolo no muy convencida.

Más de alguna vez se había preguntado qué pasaría si Andrés la engañaba.

Continuamente se la pasaba ocupado en reuniones con esa fulana... y por mucho que lo amara, no estaba segura que pudiera soportar una situación así.

- Cariño... – Andrés se levantó y se puso frente a ella, arrodillándose para verla de frente – piensa que serán 48 horas... y luego, como siempre, estaré durmiendo a tu lado y roncando como un bendito.

Con la garganta apretada y la mirada prendida en el rostro de Andrés, Alicia sólo pudo asentir y cerrar los ojos dándole la razón.

Él, moviendo la cabeza con una gran sonrisa, se adelantó hacia su mujer y la abrazó con fuerza.

- Te amo... – dijo Andrés contra su pelo – te amo... te amo y nunca me cansaré de hacerlo.

Pestañeando algo atontada, como si fuera un mal sueño, Alicia se dio cuenta que alguien apretaba suavemente su hombro.

- Creo, mi niña, que él ya está durmiendo – sonrió Nina en tanto hacía un gesto indicando a Andrésito.

Alicia, desperezándose, se apretó los labios e incorporándose con lasitud, se inclinó y besó suavemente la frente de su hijo.

- El señor Ugalde te llamó hoy... – dijo Nina una vez que Alicia se reunió con ella en la cocina y con sospecha enfático – dos veces.

Meneando la cabeza, Alicia ni siquiera la miró. Estaba claro que no aprobaba el interés que Sebastián Ugalde manifestaba para con ella, aún cuando hubiese sido el mejor amigo de Andrés y ella le haya dicho un sinnúmero de veces que sólo sentía por él un cariño fraterno.

A pesar de ello, Nina no lo soportaba.

Nunca de los nunca lo llamaba por el nombre, aún cuando muchas veces se lo pidió el propio Andrés aludiendo que no era necesario ser hostil ni amargarse porque sí... sin embargo, Nina respondía con un obstinado silencio que, incluso a su marido, lo ponía de los pelos.

- ¿Cómo te fue hoy? – decidió preguntar Nina mientras sacaba una taza del mueble y le servía café recién hecho.

Estirando el borde de su labio, Alicia decidió levantar los ojos y enfrentar los ojos calmos de la cariñosa mujer.

Ella la conocía demasiado bien, quizás demasiado, y es que desde que Nina llegó a su casa a trabajar por ser una conocida de Andrés, pasó a desempeñar en parte el papel que su adorada abuela había actuado en su vida. Por ello estaba segura que intuía su desdicha y el desánimo que corroía su vida día tras día después de la muerte de Andrés.

- Mejor... – suspiro Alicia con cansancio – hoy por lo menos me pude concentrar y hacer algo con su vida.

Haciendo un gesto de aprobación, Nina colocó frente a ella su acostumbrado café y le hizo un afectuoso mimo en la espalda.

- Cada día irá mejor... – sentenció ella con convicción – ya verás que cada día todo irá mejor.

Alicia, suspirando, delineó una sonrisa a medias. Disponiéndose a tomar su café, no pudo menos que esbozar una suave sonrisa.

El café, a pesar de ser su bebida favorita, le recordaba que su vida ya nunca sería la misma... sobre todo después de aquella negra mañana donde volvió a estar sola como siempre.

Eran las diez de la mañana y Alicia ya estaba en su oficina escribiendo como todos los días.

Aún cuando para ella todas las mañanas eran difíciles, y continuamente eran el recordatorio de todas aquellas cosas que habían quedado inconclusas, todavía sentía en el pecho la necesidad de seguir escribiendo.

Debía hacerlo... si no lo hacía, la poca cordura que le quedaba se iría irremediamente al retrete.

Perdiendo más de una hora buscando una idea, el sonido del teléfono la sacó momentáneamente de su concentración, y mirando ese artefacto con la idea de asesinarlo, se obligó a morderse los labios con disgusto para no darle un manotazo de antología.

El teléfono, como si adivinara su intención, se quedó mudo de golpe.

Bien...

Inspirando con fuerza, se dijo que no deseaba hablar con nadie.

Después de la muerte de Andrés todas las llamadas se habían vuelto condolencias y pésames que no deseaba escuchar.

Llevándose las manos a la cara torció la boca con fastidio en tanto su mirada se enfocó sobre el vidrio de la mesa. Una fotografía solitaria capturó su atención recordándole su adolescencia en la entrada de la Iglesia de su pueblo natal junto a un grupo de jóvenes estudiantes venidos de la capital.

Mordiéndose un labio, Alicia evocó como quien no quiere la cosa, la imagen deprimente de ese pueblo miserable, un lugar tan olvidado que nada interesante ocurría, y vagamente rememoró aquellos días en que su abuela Rosario todavía vivía y ella le dedicaba algunas horas de su tiempo a la parroquia del pueblo asistiendo a ese pequeño grupo juvenil con el único deseo de que Dios alargara la vida de su abuela y la protegiera de su huracán padre.

Tendría 17 años cuando unos jóvenes voluntarios llegaron para levantar casas y formar un pequeño villorrio al costado del pueblo. El padre Camilo había pedido la ayuda de algunas ONGs ya que había aumentado el número de personas que habían quedado sin techo después de las lluvias del último invierno, y en el momento en que vio materializada la ayuda, insto a todos sus colaboradores a que le dieran una mano a aquellos afuerinos.

Con ánimo concripto, Alicia haciendo caso de su guía espiritual, emprendió rumbo hacia aquel lugar a pesar de que hacía un calor de los mil diablos. Aún vestida con sus pantalones cortos y una polera sin mangas, corría tan poca brisa que la sensación de sofoco era demasiado agobiante. Apenas diviso la pequeña explanada donde se realizarían los trabajos, como si fueran hormigas obreras, aquellos fornidos muchachos que fácilmente le llevaban cinco o más años, estaban levantando los postes que servirían de soporte para armar las casas, en tanto otros clavaban en el piso las piezas que actuarían como parte del armado.

Sin saber mucho del asunto, Alicia se acercó tímidamente a un grupo donde rápidamente la rezagaron sin prestarle demasiada atención.

Retrocediendo con la idea de que estaba haciendo el tonto en todo esto, tropezó sobresaltada con un muchacho muy alto. El sol no le permitía ver sus facciones, pero sí apreciar que sus ojos, de un oscuro que parecían dos puntos perennes, y su cabello claro, tal cual como el trigo que ondeaba los campos en verano.

- ¿Qué necesitas muchacha? – preguntó este desde su enorme altura mientras se tapaba el sol con el dorso de la mano.

- Vengo de la parroquia... - resopló ella nerviosa – el padre Camilo me envió...

- Tráeme agua niña... – le indicó él interrumpiéndola sin mucha delicadeza - ¡el calor de este lugar no se aguanta!

Con presteza y sin cuestionarse mayormente, Alicia se apresuró a cumplir el encargo del muchacho, y cuando regresó se encontró con que este se encontraba encaramado sobre una gran viga clavando un travesaño. Embelesada, observó como este se había sacado la camiseta que llevaba, exponiendo sin ninguna dificultad una espalda ancha y unos marcados brazos.

- ¿Eso qué traes ahí es agua? – preguntó un joven situándose a su lado con los ojos puestos en la botella que llevaba.

Asintiendo con azoro, Alicia se dispuso a darle un vaso.

- ¿Eres de por aquí? – inquirió este mientras bebía con rapidez.

- A sí es – confirmó ella a la vez que miraba de reojo al otro muchacho en el momento en que se volvía mostrando su rostro en pleno.

Embobada contempló el rostro más perfecto que en su vida había visto...

Unos rizos rebeldes caían sobre la frente de ese muchacho, siendo algunos frenados precariamente por un delgado cintillo, armonizando perfectamente con una leve barba que marcaba el contorno de un firme mentón y unos delgados labios.

Sin siquiera percatarse, una muchacha, de muy malos modos, se acercó y le quitó la botella de las manos. Sin decir palabra alguna, como si fuera una acróbata de circo, se subió por un madero y se la entregó a aquel muchacho.

Bebiendo su contenido de golpe, los ojos de él chocaron con los de Alicia. Sosteniendo su mirada, ambos se quedaron viendo por un tiempo que a ella le pareció eterno...

Como nunca en sus cortos años, una sensación asombrosa la recorrió de arriba a abajo.

Retirando su vista de pronto, Alicia se dijo que debía hacer algo antes de que cometiera una estupidez, por lo que busco al padre Camilo para preguntarle en que otra cosa podría colaborarle.

Cuando ya la tarde caía y estaba a punto de irse, aquel extraño muchacho le cortó el paso mostrando la botella que había traído.

- Gracias – musitó extendiéndola.

Sin decir nada, Alicia la recibió y cuando se disponía a seguir con su camino, unos largos dedos se cernieron sobre su delgado brazo deteniendo con suavidad su avance.

- Gracias – repitió este mirándola intensamente.

No estaba segura si fue por la expresión de su mirada, su rostro, o por que se veía mayor que algo dentro ella pareció moverse con demasiado brío.

- De nada – contestó ella con un hilo de voz.

Y como si fuese un halo de luz, aquel muchacho se inclinó y la besó en la mejilla.

Abriendo los ojos más de lo normal, Alicia se desprendió de él con precipitación, y sintiendo que le ardía toda la cara, se alejó con paso raudo rumbo para su casa sin mirar atrás.

Aspirando con fuerza, Alicia se volvió a tocar el rostro como lo hizo ese día.

Ningún otro beso la había afectado como ese simple contacto en el borde de su rostro.

Ni siquiera los besos de Andrés

Claro, en ese tiempo era muy joven...

Apoyando la espalda en el respaldo de su cómodo asiento, Alicia recordó así mismo como aquel mismo día ella cogió un cuaderno y comenzó a escribir.

Su mente divagó sobre todo tipo de historias donde aquel desconocido y ella eran los protagonistas realizando los más increíbles oficios: él era agente secreto... médico forense... misionero en Tailandia... y ella, a su lado, como su amiga y su compañera se convertía, a lo largo del tiempo, en la mujer de su vida.

Pero como todo lo bueno en su vida, aquellos sueños también estaban destinados a desaparecer...

Al mes siguiente, su abuela Rosario falleció de un infarto y ella tuvo que volver con su padre y la insufrible de su madrastra a la gran ciudad.

Dos años después conoció a Andrés. Se enamoraron y se casaron casi enseguida.

- Alicia... – resopló una voz desde las lejanías intentando hacer contacto con aquellos ojos color miel - ¿me escucha?

Para Clarisa, el que Alicia estuviera en otro planeta era algo absolutamente normal, de hecho, aquello era pan de cada día, sin embargo, detrás de ella había un par de personas que desconocían completamente los hábitos de su jefa.

– Me acompañan dos personas de la editorial... ¿se acuerda que le dije que hoy vendrían? – murmuró la mujer casi transpirando, sin saber más que hacer para que Alicia reaccionara.

Suspirando con fuerza, Alicia se esforzó por no mostrar contrariedad, y reprendiéndose interiormente por dejar que sus recuerdos la llevaran demasiado lejos, hizo su mejor esfuerzo y se aprestó a atender a aquellos individuos mostrando una encantadora sonrisa.

## Capítulo 2

Pasándose la mano por la cara, movió el cuello haciéndolo sonar.

Hacia rato que estaba revisando algunas carpetas y por un momento especuló que estaba perdiendo el training después de estar dos años en Europa grabando esa historia épica.

Mesándose el cabello, había pensado erróneamente en que después de terminar el rodaje de aquello podría por fin irse de vacaciones. Pero no pudo estar más equivocado. El consejo directivo de la televisora le había pedido que aplazara un tiempo más su bien merecidos días de descanso, puesto que para ellos, ahora le era absolutamente necesario. Conocedores de su fino olfato para encontrar un proyecto prometedor, necesitaban de todo su talento pues tenían serios problemas con el segmento de las 7 de la tarde donde sus competidores estaban ganando en sintonía por más de diez puntos.

Tomándose el puente de la nariz, Alejandro se dijo que hacia más de cinco años que no se tomaba un día libre y su cuerpo comenzaba a pasarle factura junto con su olvidada vida social.

Para que iba a hablar de cuando había sido la última que había salido con alguien.

Definitivamente no era lo mismo el sexo casual con alguna muchacha casquivana que con alguien que por lo menos le supiera el nombre, claro que una esposa no encajaba para nada en su tumultuosa existencia donde muchas veces no tenía tiempo ni siquiera para comer.

Sobresaltándose fugazmente al escuchar el sonido de la puerta abriéndose, aquello lo sacó momentáneamente de su concentración dándose cuenta que una guapa mujer de cabello oscuro y de amplia sonrisa avanzaba hacia él con una carpeta entre las manos.

- ¿Puedo interrumpirte? – preguntó ella plantándose frente a él mirándolo con los ojos muy abiertos remarcando aún más la claridad de sus ojos verdes.

- ¿Qué necesitas? – contestó él volviendo la vista a los papeles sin prestarle demasiado caso.

A pesar de encontrar a Pamela, su asistente, muy eficiente, todos los días se maldecía por haberle actuado tan inconscientemente. Tenía plena conciencia de que la culpa había sido de él por haberla besado en aquella cena corporativa, y aunque en aquella oportunidad estaba tan borracho que apenas se podía estar de pie, aquello no era excusa para su comportamiento tan poco conveniente.

Estaba convencido de que los escrúpulos que se cargaba eran a causa de su madre, y aunque no era un santo ni mucho menos, su naturaleza emotiva, siempre a raya, estaba haciendo estragos en su interior recordándole lo importante que era el respeto. Un principio fundamental que en él estaba fuera de toda discusión.

- Tengo algo para ti – repuso ella extendiendo un documento hacia él sin dejar de mirarlo.

- ¿Qué es? – preguntó este con desinterés elevando apenas la mirada.

- Llegó hace tiempo y no me había percatado de lo que era... lo leí hace unos días y creo es una buena historia que puede servir para uno de tus proyecto.

Sin darle mucha importancia, Alejandro alzó la mirada y de mala gana tomó el legajo de hojas que esta le alargó. Examinando con escasa atención las primeras líneas, de pronto, en contra de su voluntad, se fue involucrando en el relato de dos jóvenes llenas de sueños, pero que, por un juego del destino, una de ellas queda postrada en una cama...

Reclinándose, se dejó absorber por la lectura, entusiasmándose con la forma en que el escritor narraba la escena provocando en su interior una sensación sumamente inesperada.

- ¿De dónde lo sacaste? – preguntó Alejandro sacando por fin su mirada de lo que leía para ver a su secretaria.

- Ya te lo dije... – respondió ella con satisfacción – lo trajeron hace unos días. Yo lo leí de un tirón y creo, sinceramente, que es una buena historia.

Suspirando con fuerza apretó los labios asintiendo. Por primera vez estaba de acuerdo con Pamela con respecto a algo.

- Necesito hablar con Agustín – indicó él dejando el manuscrito sobre la mesa.

Al momento la mujer afirmó y, cuando iba de camino a la puerta, la voz potente del hombre la hizo volverse.

- ¡Espera! – señaló golpeándose el borde del mentón con el dedo y, picado por la curiosidad, preguntó levantando el documento con la otra mano - ¿de quién se supone es esto?

- Creo que la escritora se llama Alicia Uribe... – manifestó la mujer desde el dorso de la puerta - ¿quieres que te concerté una cita con ella?

- Sí, hazlo... – y pestañeando algo confundido, sonrió estirando a penas los labios – no vaya ser cosa que alguien se nos adelante.

Pamela, sin más, salió de la oficina con una expresión de triunfo. A pesar de saber que su jefe era un hombre insoportable, era el productor más profesional y dedicado que conocía... como también el más atractivo.

Por esa razón no había caso que pudiera sacárselo de la cabeza.

En tanto, Alejandro frunció el ceño mientras observaba obtusamente el documento que tenía frente a sus ojos.

Por una inexplicable razón, como si retrocediera en el tiempo, se vio nuevamente como ese muchachito, estudiante de arquitectura lleno de sueños que, por azares del destino, llegó a colaborarle al padre Camilo en la construcción de aquellas casitas en ese ruinoso y olvidado pueblo, perdido en el fondo de la cordillera.

Reclinándose pesadamente sobre su mullido asiento, Alejandro Roldán se llevó ambas manos al rostro y como si fuese ayer, el rostro imberbe de esa muchachita apareció ante su vista como si fuera una alucinación.

En aquella oportunidad, había creído que aquella sensación extraña que le recorrió las entrañas era debido a ese inclemente sol que azotaba su espalda sin cesar y a su cabeza atolondrada... sin embargo, al estrellar su mirada en los ojos color miel de esa adolescente desgarbada y de aspecto aniñado, como si fuera una halo de luz, algo cambió dentro de él.

Intentando crear distancia, con rudeza, le pidió que le trajera agua, no obstante, nada más volverse la pobre, él aguzó la vista sobre ella y, con la mirada entrecerrada, recorrió sin ningún disimulo su cuerpo, notando perfectamente las curvas que discretamente mostraba debajo de una delgada polera y unos pantaloncillos cortos.

Por su modo de andar, estaba seguro que ella no debía tener más de 15 años...

Sacudiendo la cabeza con profusión, pues no tenía ninguna intención de ir a parar a la cárcel por estupro por causa de una estupidez, Alejandro se aprestó a clavar unos travesaños para afirmar unos paneles, por lo que sin demora, subió en un dos por tres por sobre aquella débil edificación.

“Este calor es demasiado infernal y de seguro que mis neuronas se están derritiendo...”

Como si le diera alergia, decidió sacarse la polera, a lo que Norita, una de sus amigas de la facultad que estaba de punto fijo clavando algunas tablas, sin ningún recato, hizo sonar un ronco silbido de admiración haciendo que este esbozara una sonrisa divertido. Empuñando con ganas el martillo, apreció de refilón como aquella muchachita había regresado y le extendía un vaso de agua al idiota de Martínez, un novato de la facultad.

Aquel parecía devorarla con los ojos...

- Norita... - dijo volviéndose a su compañera mientras le indicaba a la muchacha - ¿podrías traerme el agua de la botella que aquella niña tiene en su mano? Le pedí que me lo trajera...

Exhalando con fuerza, Norita hizo lo que este le pidió y, bajando con agilidad, hizo su encargo. Nada más alzar aquella botella y tocarla con los labios, Alejandro no pudo evitar cruzar su mirada con la de aquella niña... eran unos enormes ojos miel que no dejaban de verlo aumentando más ese desconcierto que hasta el día de hoy no sabía ni podía explicar...

- ¿Para qué soy bueno?

La voz amable de Agustín Curia lo hizo sacudir la vista de pronto y regresar al presente abruptamente.

De la misma edad que él, aquel hombre de ojos verdes y expresión de niño bueno de un tanto celebrado entre las mujeres, era parte de la plana mayor de ejecutivos del canal y en la persona con quien trabajaba para llevar adelante los proyectos más ambiciosos que tenía entre manos la estación televisiva.

- Tengo una historia que pienso que puede ser útil – resopló Alejandro intentando recuperar la

compostura que sus recuerdos le estaban haciendo perder, y extendiendo el legajo de papel en dirección a Agustín, rezó porque este no notara el desconcierto del cual era objeto.

Agustín, con sorpresa tomó aquel manuscrito y, sentándose frente a Alejandro, leyó a saltos cada capítulo. Luego de un breve instante, la historia lo fue agarrando quedando con la mirada fija en una página por bastante tiempo.

- ¿Conseguiste hablar con la escritora? – preguntó el hombre mirando directamente a Alejandro después de un largo momento.

- Le pedí a Pamela que lo hiciera.

- Vale la pena intentarlo... – Agustín torció la boca en una mueca aprobatoria – es una de esas historias que a la gente le gusta... amigas siempre amigas... algo de drama, comedia, romance... Y después de conversar un rato más, Alejandro se aseguró de contar con esa cita para el día siguiente para luego volver a casa caminando.

Con la mente embotada, cada paso que daba era de una calma mortal, y como si estuviera recuperando una costumbre olvidada, aspiró fuerte el aire y intentó disfrutar de ese breve paseo.

Torciendo una tenue sonrisa, la mente de Alejandro volvió a recrear una vez más las suaves facciones de esa pequeña desconocida; aquellas que le inspiraron ternura y una calidez que parecía deslizarse dentro de su pecho, cubriéndolo completamente...

Alzando apenas una ceja, se preguntó qué habrá sido de ella.

Debe de haber dejado de ser esa cría que le inspiraba simpatía y, muy probablemente, se hubiera transformado en una mujer.

En una hermosa mujer...

Apenas puso un pie en su departamento, Alejandro calentó un trozo de pizza mientras se volvía hacia su perro labrador que constantemente empujaba su pierna, restregándose con el hocico abierto.

- Lo siento Suki... – inclinándose débilmente, Alejandro frotó con afecto la cabeza color canela de su crecido cachorro - hoy no habrá paseo.

Sentándose en la pequeña mesa del comedor, el hombre siguió en su lectura, entusiasmado con lo que leía no dándose cuenta de lo avanzado de la hora.

- Esta mujer tiene talento... – susurró por fin, después de pasarse la palma de la mano por sobre un ojo, e indicando el texto, hizo un gracioso gesto con los labios mirando a su perro – puede que llegue a ser un éxito... ¿te imaginas?

El perro que estaba acurrucado a sus pies, en respuesta, dio un par de ladridos en señal de aprobación.

- Gracias por el apoyo... - sonrió para sí – sí... es justamente la historia que necesito.

Con esa convicción, se recostó sobre la cama pensando en esa historia que, sin saber cómo, lo había transportado diez años atrás, entibiando su corazón con recuerdos que se había esforzado en olvidar.

## Capítulo 3

El reloj marcó con prontitud las seis de la mañana.

Alejandro, moviendo un brazo con pesadez, lo dejó caer sobre los ojos para luego volverse y taparse el rostro con una almohada.

Había leído hasta muy tarde y el cansancio lo hizo sentirse como si el peso de todo el universo estuviera sobre sus hombros.

Ya se le estaba dando mal trasnochar.

Bañándose y vistiéndose con prontitud, tomó su café matutino mientras le daba de comer a su perro. Luego de ello, garabateo una nota a la asistente y se dispuso a comenzar otro día de trabajo.

Nada más llegar comenzó con el ajetreo típico de su correo electrónico mientras repasaba su agenda para el día de hoy.

Dentro de todas las numerosas reuniones de pauta y administración que tenía programadas, rezongó nada más ver la cita con la escritora para las 11 de la mañana.

Resoplando con las mejillas infladas y maldiciéndose por tener tantos compromisos pensó en que, eventualmente, Agustín podría cubrirlo en lo de la escritora... pero desecho inmediatamente esa idea. Su naturaleza impaciente le decía que aquello era mejor hacerlo él mismo. Además, conocía de sobra como era Agustín: si era una mujer guapa se olvidaría de inmediato a que había ido y buscaría la forma de ligar con ella, y si era el contrario, alguien no muy agraciado, no estaría más de dos segundos y tendría que volver a concertar otra cita.

En resumen, sería otra pérdida de tiempo.

Llegando antes de la hora señalada, Alejandro notó que en la dirección que le proporciono Pamela, una atmósfera fuera de lo común envolvía aquel lugar. Nada más llegar a una calle corta cimentada de adoquín y ensanchaba, apostadas en los extremos, una serie de cafeterías aparecieron ante su vista. Aquellas estaban decoradas en colores vivos junto a unas llamativas mesitas donde unos mozos vestidos con un delantal blanco de cintura atendían diligentemente a los comensales que a esa hora iban a desayunar.

El aire estaba saturado a un espeso olor a café y buñuelos, incitando a su estomago a sonar con un particular gruñido...

Intentando ignorar aquel deseo de sentarse y disfrutar de aquel ambiente nada convencional, el cual le recordó sus años de universidad, llegó a una pequeña oficina en el interior de un añoso edificio. Observando con detenimiento sus terminaciones, estimó que a pesar de su edad, aquel se encontraba en óptimas condiciones, y más aún, le daba a aquel lugar el toque justo de sobriedad y elegancia.

- Buenas días... – saludó a la mujer mayor que parecía ser la secretaria – soy Alejandro Roldán, vengo del canal 111 y tengo una cita con la señora Alicia Uribe.

- Claro... – respondió la secretaria bastante afectada al ver a semejante espécimen y, con algo de nervio, tecloteó un botón de su teléfono mientras miraba con fascinación aquel hombre.

Dibujando una leve sonrisita, Alejandro notó como la mujer no dejaba de verlo mientras le pestañeaba con intensidad extendiendo sus labios coloreados de un tono que parecía ser coral.

– Puede que no me escuche – resopló Clarisa con tono de disculpa luego de pasado un minuto y, volviendo a presionar la tecla, rogó a Dios que Alicia no estuviera otra vez en las nubes.

Alejandro, arqueando una ceja, desvió la vista al tiempo que hacía una mueca de fastidio... perder el tiempo era algo que lo irritaba enormemente, sin embargo, respiró hondo y se dijo que no podía perder la paciencia.

Eran recién las 11... a las 12 tenía una reunión de pauta y, enseguida, otra reunión sobre un proyecto extranjero.

Luego de que pasara lentamente otro par de minutos, la secretaria en cuestión se levantó de su escritorio y, con una tímida sonrisita, se dirigió al despacho que estaba a su derecha dejando la puerta abierta tras ella.

Sin pensarlo mucho, Alejandro decidió seguirla. No podía seguir derrochando más minutos... puede que incluso aquella escritora viviera demasiado en su mundo y no se diera cuenta de lo

que sucedía en la realidad, y él tenía una tarde llena de actividades.

Pero al llegar al umbral, como si algo se detuviera, su mirada se perdió sobre el rostro inclinado de una mujer muy menuda con una familiar expresión y unos ojos color miel.

Clarisa, nerviosa, movió con presteza el brazo de Alicia con la esperanza de que esta reaccionara.

- Señora Uribe... – expresó la mujer sudando frío - Alicia... ¿me escucha?

Como si la hubiera pescado durmiendo profundamente, Alicia se remeció por completo, pasándose las manos por sobre los ojos.

Nuevamente una de sus ideas la había transportado muy lejos...

- Señora Alicia... – susurro su secretaria en tanto abría los ojos enormemente – un representante del canal 111 está aquí... ¿se acuerda que le dije que hoy vendría?

Levantando apenas la mirada, Alicia notó que detrás de Clarisa había alguien y, sin cuestionarse mayormente, se levantó de su asiento como si nada hubiera pasado.

Estaba enterada de esa visita no entendiendo mayormente porque un canal tan importante se tomaba la molestia de ir a verla por un escrito, sobre todo por uno del cual no recordaba haber enviado.

- Buenos días... - resopló mientras se acercaba a ese extraño, y apreciando rápidamente sus facciones, notó como este era alguien muy alto, fornido y atractivo. Extendiendo una mano, se presentó - soy Alicia Uribe.

El hombre frente a ella, sin decir palabra, apretó suavemente su mano mirándola fijamente.

Ensanchando apenas una tenue sonrisa, Alicia instintivamente, despegó su contacto como si alguien la hubiera mordido, y cruzándose de brazos, se los apretó firmemente sobre el pecho como si con ello bastará para protegerse.

Repentinamente, la presencia de ese hombre la hizo sentirse vulnerable como cuando era una adolescente, y desviando la mirada, la mantuvo a buen resguardo de él.

- ¿Puedo ofrecerle un té, un café... - preguntó ella intentando ser amable, y ladeando el rostro, extendió un par de dedos por entremedio de los brazos mientras se encaminaba hacia unos sillones que estaban al costado, acomodándose en el borde del más cercano.

- No se preocupe... – negó este con suavidad mientras tomaba asiento frente a ella y torcía el labio al ver que ella, a propósito, no lo miraba de frente – vengo de parte del canal 111... mi nombre es Alejandro Roldán y el objetivo de mi visita es por un texto que usted escribió... uno muy bueno, por cierto, y que nos interesaría poder producir.

- ¿Producir? – preguntó Alicia levantando sus ojos al instante y pestañeando intrigada, inquirió sorprendida al tiempo que alzaba los hombros - ¿qué texto? yo no he enviado ninguna historia a su canal.

- ¿Ah, no? – resopló Alejandro, arrugando levemente la frente – déjeme decirle que llegó a nuestras oficinas una historia suya llamada “Cartas para Alelí”, y déjeme decirle que nos ha encantado.

- ¿A sí? – preguntó Alicia entornando los ojos, pues no era común que un canal de televisión con la fama de 111 se interesaría en una historia como esa. Aquella era una muy complicada, en comparación con otros escritos “más fáciles de vender”. Su tema central era demasiado denso y algo árido para un público popular.

- Así es... – repuso el hombre estirando los labios – hace tiempo que 111 quiere darle un giro a las series juveniles... pensamos que hay temáticas que no han sido exploradas y valores que son necesariamente importantes de seguir recalcando como la amistad, la lealtad, el esfuerzo, los afectos... - aspiro con fuerza al ver como ella le dedicaba su atención, mientras que un fugaz pensamiento tomo forma en su cabeza y añadió - por ello, creemos conveniente que además de contar con su historia, su colaboración nos sería de utilidad para elaborar un adecuado guión.

No tenía ni idea porque había dicho eso, pero la expresión desconcertada de la mujer lo incito a que insistiera en ello...

- ¿Cómo dijo que dijo? – preguntó ella sin comprender cerrando su ojo derecho como si le entraría mugre.

- Lo que dije... - expresó Alejandro apretando los labios divertido – una historia tan buena como la suya no debiera ser desfigurada en manos de un torpe guionista... – y torciendo la boca, agregó – créame que aquello sería una verdadera lástima.

Alicia, apoyándose en el borde del sillón, entrecerró los ojos confundida. Apretándose las manos a la altura del pecho, con dedos nerviosos, rotó sobre la mano izquierda la delgada argolla de matrimonio que todavía descansaba en su dedo anular.

Aquel detalle no pasó desapercibido para Alejandro y, por un segundo, la sensación de que corría en su espalda un chorro de agua fría lo hizo estremecerse con incomodidad.

- Puede que tenga razón... – musitó Alicia con una tímida sonrisa, perdida en el hilo de su historia, a sabiendas que nadie mejor ella podía hacer algo para que su contenido no se perdiera.

- Claro que la tengo... – asintió él con suficiencia mientras se levantaba de golpe y añadió como a la carrera – si me disculpa, tengo una reunión en media hora... espero que pueda darnos una pronta respuesta con respecto a su historia.

- ¿Y si no puedo participar? – repuso alarmada, pues insólitamente, no deseaba que ese hombre se marchara.

Algo tenía ese tipo que, a pesar de ponerla nerviosa, la atraía de manera poderosa.

- Sería una lástima... pero entenderíamos su decisión.

Y sin más, Alejandro, haciendo un leve gesto de despedida, se encaminó hacia la salida mientras se oprimía la boca con dureza. De camino, se reprendió una y otra vez por incomodarse de ese modo y olvidar el motivo de su visita: una historia que contar.

## Capítulo 4

- ¿Estás segura que quieres hacer eso?

La voz descompuesta de Sebastián rasgó la tranquilidad del invernadero mientras Alicia arreglaba unos maceteros. Sin perturbarse en lo absoluto, estaba convencida de que él no había escuchado nada realmente de lo que le había dicho por lo que no se molestó en mirarlo.

- Esto me llama la atención... – expreso Alicia estirando apenas una sonrisa mientras sacaba unas hojas secas – es la primera vez que un canal muestra interés en uno de mis escritos.

- ¿Y no sería mejor esperar a Margaret? – inquirió este refiriéndose a una amiga de Alicia que trabajaba en una editorial en Madrid – estoy seguro que ella tendría algo más interesante que ofrecerte.

- No pierdo nada... - y sacudiéndose las manos de la tierra de las plantas, repuso haciendo un gesto travieso – además, nunca en la vida he visto un canal de televisión por dentro.

- ¡Créeme que no es la gran maravilla! – resopló haciendo una mueca de cansancio - ¡no es nada mágico ni especial!

Sebastián trabajaba para una firma de relaciones públicas, por ello conocía todo ese movimiento exigente de lugares como radios, canales de Tv... y como siempre, se quejaba de lo agobiante que resultaba tratar con ese tipo de gente.

- Todavía no estoy decidida... - resopló ella mientras salía del invernadero seguida por él – no he llamado al canal, y puede que probablemente hayan desistido de la idea, después de todo les debe llegar mucho material interesante todos los días.

- ¡Mejor para ti! – Sebastián se pasó la mano por el cabello al momento de llegar a la cocina, donde Nina seguía revolviendo lo que tenía en la olla ignorándolo olímpicamente – ellos abultaran sus bolsillos con lo que logren obtener de tu escrito, y tú apenas podrás darte por satisfecha que la gente sepa que tú eres la autora.

Meneando la cabeza, Alicia le sirvió un vaso de jugo. En tanto, este se lo bebía, ella pensaba en lo diferente que era de Andrés; su marido siempre se había caracterizado por ver todo desde el vaso lleno.

Estaba segura que la hubiera animado sin dudar.

No hay peor pelea que la que no se hace

- ¿Y cómo te ha ido con la campaña de aspiradoras? – preguntó Alicia deseosa de cambiar de tema.

Sebastián, rápidamente, le comentó las dificultades que había tenido con la gerente de aquella empresa, y sobre la dueña, una mujer de unos cincuenta recauchados años, que cada vez que le preguntaba algo saltaba como si le dolieran las muelas.

- ¡Es una mujer neurótica que lo único que sabe es exigir! – resopló con los ojos abiertos, en tanto Nina apenas y agitaba la cabeza con la vista pegada en lo que hacía - ¡no sé si seré capaz de terminar esta campaña como se debe!

- ¡Te vas a poner viejo! – expresó Alicia con una sonrisa condescendiente - ¡te haría bien no exagerar demasiado! puede que la mujer haya estado en uno de sus días...

- Nada de eso... - replicó Sebastián interrumpiéndola, explicándole lo difícil que se ponía esa mujer por cualquier nimiedad.

En tanto Alicia escuchaba pacientemente aquel extenso monólogo, enarcó una ceja pensando en la conversación que sostuvo con el hombre del canal.

Como si la voz de Sebastián se perdiera en el infinito, Alicia se encontró intentando recordar algún detalle de aquel diálogo y, como si entrara en una nebulosa, sólo frases sueltas revolaron en sus oídos mientras que, con claridad, su mente recreó el rostro atractivo de ese hombre.

Con un ligero suspiro, Alicia tenía que admitir que ese hombre era bien parecido... muy bien parecido.

Aunque no recordaba para nada su nombre, todavía parecía sentir, como una onda de calor, la presencia de aquel mientras que un ligero escalofrío recorría su piel.

Frunciendo la mirada como si estuviera muy concentrada escuchando a Sebastián, evocó, como si fuera un detalle, lo alto que le pareció ese hombre y, como un suave eco, el sonido de su voz.

Sería una lástima...

Luego de que Sebastián se tomara un café con ella y hablara un poco más de su semana, en seguida que el reloj diera las ocho, este se marchó presuroso a tomar un avión para Brasil.

Agradecida del silencio, ya que Sebastián tenía el don de no parar de hablar, se dejó caer como un pesado bulto sobre su cama, y respiró profundamente en tanto su mirada se clavaba en el techo.

Observando el blanco del cielo raso, recordó las muchas veces que Andrés, acurrucándose contra ella en la cama, le dijo que no se valía tener sueños para guardarlos.

- Los sueños son para construirlos... - susurró este contra su pelo mientras rozaba con su nariz el borde de su labio – no te lo guardes... estoy seguro que alguien le encantaría leer tus historias.

- ¿No piensas que son algo cursi? – inquirió ella mirándolo con los ojos grandes.

- ¡Claro que no! – resopló este contra su boca mientras le robaba un beso – aunque, claro ¡nunca falta el insensible!

Ladeando un labio, una pequeña lágrima rodó por su mejilla.

Ahora que Andrés se había ido para no volver, la soledad se había vuelto a instalar en su vida, y aunque su hijo era un aliciente para seguir viviendo, necesitaba de una mano que la sostuviera como lo hizo su marido.

Pasándose la lengua entre los labios, pensó que la propuesta de la televisora era algo que no podía dejar pasar, pues algo dentro de ella le decía, como si fuera una verdad, que su vida caminaba en esa dirección.

\*\*\*\*\*

La mañana estaba más fresca que nunca.

Aspirando hondo y antes que pudiera arrepentirse, Alicia pisó el amplio hall del canal 111, no pudiendo evitar sentir un estremecimiento en el fondo del estomago.

Pero estaba convencida... aquello sólo tenía que ser producto de los nervios. Como decía Andrés: si no puedes con ello no pasa nada... no se vale enfrascarse en lo que no puede ser, sobre todo si eso te trae dolor o sufrimiento... pero si sientes que es necesario luchar, entonces, no te detengas...

Teniendo suerte en lograr entrar al canal, Alicia se aproximó con timidez a los set de grabación. Nada más adentrarse, tres hombres salieron por una puerta ancha cargando unos paneles gigantescos. Apartándose con torpeza de su camino, accidentalmente entro en un set de tonalidades claras, el cual estaba repleto de flores similares a las margaritas.

Frunciendo los labios, Alicia sostuvo con fuerza el ramo de flores favoritas de su abuela.

A su alrededor, muchas personas, incluido su padre, observaron con prudente sentimiento, como aquellos hombres bajaban el ataúd donde reposaba la mujer que ella más adoró en esta vida.

Cuando ya nadie quedaba a su alrededor, Alicia, con la mirada nublada, dejó sobre el montículo de tierra el ramo de margaritas.

- No te preocupes abuela... - susurró con varias lágrimas pegoteadas alrededor de su boca – ya verás que haré de mi vida algo excepcional... y de donde estés, te sentirás orgullosa de mí.

Una ráfaga de viento levantó un mechón de cabello, y como si se estremeciera, Alicia se abrazó con mucha fuerza...

- Alicia... –escucho a la lejanía una voz a sus espaldas – Alicia...

Alicia parpadeó varias veces antes de volver al presente y darse cuenta que el jardín de margaritas había desaparecido y que junto a ella, aquel hombre de la televisora, la miraba directamente los ojos.

Como si fuera un zumbido, el sonido de su voz rebotó contra sus oídos mientras que una mano invisible apretaba su corazón e instintivamente se llevó la mano a la boca haciendo un gesto de sorpresa.

- ¿Está usted bien? – preguntó el hombre en tanto se acercaba a ella y como al descuido la tomaba por el hombro.

- Sí... – Alicia inspiro y exhalo aire mientras retrocedía dos pasos alejándose de su contacto – sí... puede que me haya mareado – y humedeciéndose los labios, movió enérgicamente la mano

como si se echara viento.

Alejandro, en tanto, enarcó una ceja. Estaba seguro que algo extraño debía sucederle a aquella mujer y mirándola intensamente, paseó sus ojos oscuros por el semblante pálido de Alicia advirtiéndole las delicadas facciones y esa mirada miel que lo inquietaba.

- Quisiera hablar con usted... - expreso de pronto Alicia algo turbada al reparar en los ojos insistentes de ese hombre. Estaba segura que él se debía estar preguntando si se había fumado algo o estaría en uno de sus días - digo si todavía es posible hablar de mi historia.

Alejandro asintiendo lentamente, ladeo brevemente el rostro en dirección a un corredor que estaba su derecha.

- Por aquí... - dijo él haciéndose un lado con una suave sonrisa - creo que es mejor conversar en mi oficina.

Como si el aire se le suspendiera dentro del pecho, Alicia torció el labio observándolo para luego avanzar en la dirección que él le indicaba segura de que cada paso que daba algo cambiaría radicalmente en su vida.

## Capítulo 5

Cambiando continuamente el peso de una pierna sobre la otra, Alicia no podía dejar de estar nerviosa ante la presencia de aquellos dos hombres.

Uno de ellos, Agustín Curia, al parecer parte del consejo del canal, hablaba de los pormenores de un contrato que tenía que firmar, de los derechos que ellos adquirirían una vez realizada la negociación, de la participación que ella, como escritora...

Tratando de retener tanta información, su mente hizo un esfuerzo extra por memorizar como una oración el nombre de ese hombre.

Alejandro Roldán...

De soslayo, estimó con interés los detalles de sus rasgos, deteniéndose en el puente de su nariz, el borde de su mandíbula, la claridad de su cabello y la oscuridad de sus ojos.

Yo conozco esos ojos...

- Señora Uribe... - expreso con formalidad Agustín Curia haciendo el ademán de levantarse de su asiento sacándola de sus elucubraciones - ¿me acompaña a firmar algunos documentos? usted sabe, una promesa de que ese escrito será realizado y producido por este canal.

- Por supuesto – manifestó ella, observando como Alejandro no se movía de su lugar.

Caminando por un largo corredor lleno de fotografías de tamaño importantes de las producciones más exitosas del canal, un suspiro temeroso se quedó atoró en su garganta.

Una aprensión absurda la embistió sintiendo que estaba perdiendo el tiempo y que probablemente el canal, al ver que su contenido era demasiado denso para su público sacarían su historia del aire sin chistar haciéndola sentir miserable.

Si por lo menos Alejandro Roldán la hubiese acompañado, no se sentiría tan nerviosa como lo estaba ahora. A pesar de resultarle su presencia algo turbadora, algo en él la hacía sentir bien.

Soy tan patética...

Arrastrando un diente por el labio, Alicia inspiró con fuerza, y luego de un segundo se dijo que ahora no se valía echarse para atrás. Aquella era una oportunidad interesante para su carrera, y un elemento inspirador al cual podía sacar mucho provecho.

\*\*\*\*\*

Desde el borde de la puerta del estudio, Alejandro observó como esa mujer caminaba junto a Agustín hacia las oficinas de administración.

- ¿Necesitas algo? – preguntó sin más Pamela mirándolo directamente desde su escritorio, atisbando tenuemente como este seguía con la mirada a aquel par.

La escritora no le había parecido nada fuera de lo común. Según su apreciación, su nariz era demasiado larga y sus labios demasiado llenos. Claro, ella no era hombre.

Sin molestarse en contestar, Alejandro se volvió hacia su oficina cerrándolo con rapidez.

Haciendo una mueca, el hombre se dirigió sin más al ventanal. Dejando que su mirada paseara por entre medio del alegre paisaje que ofrecía un parque, donde los niños correteaban divertidos o jugaban con los juegos, nuevamente se encontró pensando en esa mujer.

Muy a su pesar, y aunque no correspondía al tipo de mujer con la que salía con frecuencia, una sensación conocida lo había vuelto a asaltar.

No estaba seguro si era la inocencia de su expresión, o por el hecho de notar que no llevaba ni una gota de maquillaje. De una forma que encontraba en extremo incorrecto, de igual manera se preguntó cómo sería el hombre con el cual Alicia Uribe estaría casada.

Con ironía pensó que aquel necesariamente debía ser alguien muy comprensivo. No cualquiera dejaría que su mujer dedicara tanto tiempo a escribir que a su propia casa. Por otro lado, por la palidez de su semblante, no debía de ser alguien que se ocupará mucho de ella o, por el contrario, prefería que estuviera entretenida en sus historias sin que estuviera dándole la lata...

Exhalando un soplido fastidiado, Alejandro optó por tirarse literalmente sobre un sofá y mientras se pasaba una mano por el cabello, se dijo que aquello no era asunto suyo.

Tomando un pequeño documento que estaba sobre la mesita de centro, se dispuso a estudiar por enésima vez su contenido para ver si en esta ocasión los extraterrestres asesinos de Marte lo convencían. Con mucho aburrimiento leyó la primera parte, y luego, dejando el breve legajo

sobre la mesa, se llevó ambas manos a la cara dejando que sus ojos descansarán un segundo. Había estado muchas noches sin dormir gracias al excesivo trabajo y a la ninguna vida que llevaba.

Esa debía ser la razón por la que pensaba en esa mujer.

Cerrando los ojos, se dijo que quizás si descansaba un poco podría concentrarse en ese pobre guión y hacer algo con él.

Sintiendo que el aire entraba y salía regularmente por su nariz, Alejandro se dejó llevar por aquel sueño que lo abrigaba, acunándolo como cuando era niño, junto a su madre...

Tomándolo en brazos, madre e hijo, viajaban rumbo a casa en ese viejo vagón del tranvía en medio del intolerable bullicio de la gente y los gritos de los comerciantes ambulantes.

Había cumplido 9 años y su madre le había comprado una libreta azul y un autito amarillo.

- Ya estamos por llegar – susurró su madre cerca de su oído, en tanto él, obstinadamente, continuaba con los ojos cerrado sin querer ver nada en realidad. Habían caminado durante horas, y el cansancio había hecho mella en su pequeño cuerpo.

Aún cuando no le importaba hacer ese esfuerzo, se lamentaba que aquello no hubiese valido gran cosa. Los trabajos de modista que su madre había ido a entregar, solamente un par se habían dignado a pagarle. El resto, con la cara más dura que un palo, le habían dicho que dentro de unos días o al fin de mes.

“¡Cómo si uno pudiera decir al estomago no comiera hasta el día 30!

Sintiendo como su madre lo apretaba fuertemente con un brazo, y con el otro afirmaba firmemente su cartera, su mochila del colegio y la bolsa del mercado, se levantó con decisión haciéndose espacio para abandonar el repleto vagón.

Al llegar a casa, Alejandro dio gracias a Dios que todavía ese viejo borracho todavía no llegara. La casa era un paraíso cuando su padre no estaba.

Al tiempo que su madre preparaba la cena, él se ponía presto a hacer sus deberes. Le tenía prometido a su madre que cuando fuera grande se convertiría en alguien importante y la sacaría de ese despreciable barrio para darle el hogar que ella merecía.

- Está lista la cena, Alejandro – dijo su madre al momento en que le daba un sonoro beso en la mejilla.

El niño, obedientemente, ordenó todos sus cuadernos dentro de su bolsón, y fue al baño a lavarse muy bien las manos.

En un agradable silencio, madre e hijo, cenaron mirándose a los ojos.

- ¿Quieres más?- preguntó su madre tocando con delicadeza su mano.

- No mamá... – y limpiándose la boca con suavidad, Alejandro la miro con satisfacción – muchas gracias.

Con una sonrisa orgullosa, la mujer se levantó de la mesa para dejar los trastos en la cocina.

En ese preciso momento, el sonido de unas llaves y la voz ronca de su progenitor, formaron un grueso nudo en el fondo de su estomago, haciéndolo tiritar y esconderse de inmediato debajo de la mesa del comedor.

- ¿Alejandro? – Pronunció un profundo vozarrón de su padre, de quien sólo podía apreciar los pies, al unísono con una voz femenina - ¿Alejandro?

Luego de un segundo, el rostro de ese hombre bajo a la altura en la cual se encontraba alargando una mano para alcanzarlo, donde sus toscos dedos jalaban el borde de su camisa.

- Alejandro....

Como si algo le oprimiera el pecho y le impidiera respirar, Alejandro salió de su letargo abriendo los ojos y extendiendo una mano, como si fuese un acto reflejo, cogió con rapidez la mano que lo sostenía.

En ese instante, unos ojos color miel, abiertos de par en par, lo observaron con cierto sobresalto, mientras su mano apretaba con firmeza unos delgados dedos... y un plácido silencio se extendió a su alrededor cobijándolos del resto del mundo.

Alicia se quedo de piedra mientras que aquel hombre sostenía su mano.

Había regresado de la oficina principal donde conoció a Roberto Kaplan, un hombre alto y

grueso, de tez oscura, de descendía árabe, quien era dueño de la mayoría de las acciones del canal.

Aquel, con ademán deferente, la saludo con cortesía y, como al descuido, le comentó que había conocido a su marido alguna vez.

- ¿Es usted casada, Alicia? – preguntó Agustín sorprendido.

- Lo fui – respondió ella un tanto incómoda.

- Andrés Prado fue una gran persona... - Kaplan esbozo una sonrisa indulgente – Marina, mi cuñada, le tenía en gran estima.

Mordiéndose la lengua para no decir algo inapropiado sobre esa mujer, se limitó sólo a mostrar una sonrisa amable.

Luego de conversar algunos detalles sobre el escrito en cuestión, Alicia volvió donde Alejandro Roldán para detallar la elección del elenco.

Nada más llegar a aquella oficina, el escritorio de la secretaria estaba vacío, y entreabriendo la puerta, notó como Alejandro estaba recostado sobre el sillón con un brazo sobre el rostro. Escuchando tenuemente como este parecía dormido, decidió que lo más correcto sería esperar un momento afuera, y si no llegaba la secretaria o Alejandro no se despertaba, pues tendría que llamar al día siguiente.

Apenas junto la puerta, un grito inquietante de parte de ese hombre le erizó la piel, y volviendo sus pasos entró alarmada a aquel lugar.

De seguro que estaba sufriendo un ataque de algo.

Observando detenidamente el rostro de Alejandro con la mano todavía cubriendo sus ojos, percibió como este murmuraba cosas ininteligibles.

Adelantándose preocupada, se arrodillo a su lado, y lo remeció, primero con suavidad, para luego hacerlo con ímpetu. Debía sacarlo de una vez de ese desagradable sueño.

- Alejandro... - expreso Alicia en tanto lo tironeaba de la manga – Alejandro...

De improviso, el hombre abrió los ojos de un modo gigantesco al tiempo que tomaba con aprensión una de sus manos. Lo hizo tan de prisa y con tanta fuerza que, al jalarla, pensó que se estamparía contra él.

A pesar que aquel individuo le había dado un susto de muerte, el estar tan cerca de su rostro, no pudo dejar de notar el profundo color oscuro de sus ojos y, por un instante que le pareció infinito, se le quedo viendo sin pestañear con la sensación de que ambos se habían visto alguna vez.

- Lo siento... – repuso ella lentamente, bajando la vista e intentando distanciarse de él.

Con cierta lentitud, Alejandro fue consciente del calor que desprendía la mano que mantenía atrapada entre la suya, y soltándola de pronto, se alejó de ella apeándose al fondo del sillón con la mirada confundida.

- Discúlpeme usted a mí... – dijo apenado – lo siento muchísimo.

- Estaba usted teniendo una pesadilla... – dijo Alicia tratando de ser comprensiva, mientras se levantaba y lo miraba con precaución – estaba muy agitado... hasta grito.

- De verdad, lo siento... – expreso Alejandro, echando de ver hacia otro lado alzando las cejas y, alzándose con presteza, se mantuvo a una distancia prudente – lo siento mucho... de verdad...

- A todo el mundo le pasa... de hecho, mi hijo también tiene pesadillas – expreso ella parpadeando algo perturbada sin saber por qué había dicho eso.

- ¿A sí? – Alejandro trago saliva en tanto se pasaba la mano por la boca, y sin querer, inquirió mirándola de medio de lado - ¿tiene un hijo?

- Sí... va a cumplir cinco años.

- Es sólo un crío... – señaló extrañado, tapándose a medias la cara con la mano - ¿por qué tendría pesadillas un niño tan pequeño?

- Pues... - contestó Alicia estirando levemente los labios – puede que sus malos sueños se deban a que... - suspiro con fuerza - su papá se haya ido para siempre.

Sintiendo como si el aire se le quedaría comprimido entre la garganta y el pecho, Alejandro dirigió su mirada de lleno hacia ella.

¿Podría un hombre ser capaz de abandonar una criatura así? -

- ¿Cómo que no está? – resopló este entrecerrando los ojos sorprendido.

- Andrés... mi esposo murió hace un año... – Alicia suspiro entrecortadamente para luego esbozar una sonrisa triste - en un accidente de carretera.

- Lo siento... – expresó él conmovido.

Asintiendo con rapidez, Alicia juzgo prudente no prolongar más esta conversación. Aquel hombre debía descansar.

- Tómese una leche tibia... eso lo hará dormir mejor – dijo ella acomodándose la cartera en el hombro y, volviéndose hacia la puerta, avanzo sin más hacia la salida.

- Gracias... – resopló él cuidando que ella lo escuchará – de verdad, se lo agradezco.

- No tiene porque – dijo sin voltearse mientras salía con velocidad por aquel lugar.

Pestañeando algo atontado, Alejandro se quedo viendo por algunos minutos la puerta desde donde aquella mujer había desaparecido, y aquella sensación desconcertante volvió a arremeterlo alojándose ahora en el costado izquierdo... cerca, muy cerca, de su corazón.

## Capítulo 6

Alicia decidió no regresar al canal por lo que quedaba de la semana.

Aludiendo a sus proyectos atrasados, aviso a la asistente de Alejandro Roldán, y se enfrasco de lleno en continuar con una historia sobre una familia desperdigada en diversos lugares la cual hacía grandes esfuerzos por volver a encontrarse.

Utilizando gran parte de la mañana en detallar las situaciones, llegó el momento en que su imaginación, como si fuera un músculo, se apretó, y sin ninguna misericordia, le obsequio un precioso dolor de cabeza.

Luego de tomarse un analgésico, revisó el texto que había subrayado, y suspirando con pesadez, se llevó las manos a la cabeza con un gesto de cansancio.

Pensando torpemente en cómo evitar regresar al canal, un estremecimiento incomprensible recorrió su piel nada más recordar lo sucedido aquella tarde.

Mordiéndose los labios, pensó que aquello sólo debía tratarse de lo extraño que le resultaba aquel sujeto... o porque hacía mucho tiempo que su cuerpo no reaccionaba así frente a un hombre.

Acercándose al ventanal, se apoyo en el borde y apretó los ojos... al instante, evoco la mirada oscura de Alejandro.

No estaba segura si sus ojos eran cafés intensos o negros, pero sí que tenía el carácter de aquellas noches calladas donde se podía esperar pacientemente a que la luna apareciera de un momento a otro...

Noches oscuras, llenas de intimidad...

Intentando desterrar ideas extrañas respecto a la mirada de aquel hombre del cual no conocía de nada realmente, decidió desviar sus pensamientos a unos más seguros, y al mismo tiempo más torturantes, como en los ojos de Andrés y en el hermoso tinte verde que bordeó alguna vez su iris.

Dejándose sentar en el espacio de la ventana, con ambas manos en el pecho, se dejó embargar por la belleza del paisaje que ofrecía la costanera, rememorando, como si fuera una ráfaga de aire tibio, la primera vez que ella le insinuó a Andrés hacer el amor.

- No soy ningún santo... - dijo él pasando su dedo por sobre la boca fruncida de ella cuando le señalo que esperaría hasta el día de la boda – pero quiero hacer esto bien.

- Te necesito – le susurró Alicia contra sus labios.

- Yo también... – murmuró él con la voz entrecortada – no sabes cuánto... sólo ten paciencia... luego estaremos juntos para siempre.

Pasándose ambas manos por el rostro, Alicia respiro hondo... muy hondo...

Estaba segura que esa sensación tan hormonal que le invadía la piel tenía que ver con el deseo, y bueno, Alejandro Roldán era un hombre muy apuesto.

Esbozando una media sonrisa, aquel hombre le recordaba a ese muchachote de la universidad, estirado y pedante, hosco y de malos modales, pero condenadamente atractivo. Como si fuera ayer, todavía le parecía ver su rostro enmarcado entre los rizos sujetos por ese escuálido cintillo junto a esos ojos tan oscuros, que eran como dos pozos sin fondo.

Luego de un instante, exhaló un bufido mientras se pasaba la mano por la frente sintiéndose culpable.

¿Qué hago yo pensando en ese pelmazo?

Entre la lealtad que debía sentir por Andrés y la atracción que ese hombre despertaba en ella, era insostenible qué pensará, además, en ese universitario engreído.

Reprendiéndose con seriedad, se repitió muchas veces que el único hombre que debía ocupar sus pensamientos era Andrecito.

Él la necesitaba por sobre cualquier persona en el mundo...

- Alicia... - la voz de Clarisa hizo que ella se volviera con rapidez - don Sebastián la llamó para decirte que pasaras por la oficina de don Andrés... - la mujer la observó con ojos compasivos estirando a penas los labios como si estuviera incómoda - dice que deben entregarte algunas cosas del señor Prado.

Con el ánimo de no dejarse llevar por el desasosiego, Alicia se levantó de su asiento al tiempo que afirmaba con un movimiento rápido.

Todavía tengo mucho que hacer...

Debía seguir adelante con su vida y con sus proyectos apretando fuertemente la mano de su hijo. Estaba segura que aquella era la actitud que a Andrés le hubiese gustado.

Un hombre de aspecto orondo hizo una seña, mientras que unos camarógrafos, apostados en tres puntos clave, iniciaron la grabación.

“Tomando con aprensión la mano de Azucena, Alelí se obligó a dejar de sollozar. Aspirando sus propias lágrimas, la muchacha apretó los labios con un gesto decidido.

- No te preocupes amiga... – susurró Alelí, bordeando la cara de su amiga con la punta de sus dedos mientras está continuaba con los ojos muy cerrados – de esta vas a salir, como siempre lo has hecho... lo único que tienes que hacer es seguir luchando... no te dejes vencer Azucena, no te dejes...

Mientras sostenía su mano, unas enfermeras y un hombre vestido de blanco rodearon la cama de Azucena al tiempo que examinaban todos los aparatos conectados a su cuerpo.

- Debe salir... – expreso el hombre de blanco con el ceño fruncido y con un tono que no admitía replica – necesitamos hacerle unas pruebas...

- No quiero... – repuso ella llorosa, apegándose más al cuerpo de Azucena.

- Si quiere que ella viva tiene que dejarnos hacer nuestro trabajo - señaló el hombre en tanto colocaba su mano sobre el hombro de la muchacha.

Sintiendo que apenas podía respirar, Alelí comprendió que era mejor hacer lo que le decían.

Con paso tembloroso, la muchacha abandono aquella habitación con la sensación de que si ellos no podían salvar a Azucena, algo dentro de ella iba a morir irremediamente.

Apenas puso un pie en el pasillo, sus ojos encontraron el rostro cabizbajo de José.

Aquel muchacho ladino, estaba ahora sentado en el suelo, a tan sólo unos pasos de ella. Sus brazos, apretados entre sus piernas, sostenían apenas la cabeza que colgaba hacia atrás con una actitud circunspecta. Parecía estar temblando, pero eso a ella le tenía sin cuidado.

- ¿Estarás contento ahora? – exclamó dirigiéndose a aquel muchacho que, apenas la escucho hablar, se levanto presto y se tapo los oídos en tanto ella le agitaba el dedo índice con desprecio - ¡cobarde! ¡eso es lo que eres! ¡y espero que te guste el calor, porque es al infierno donde te vas a ir por haberle hecho eso!

Con ademán de ir por él y darle en pleno pasillo del hospital el escarmiento de su vida, un par de manos fuertes la atraparon en el aire, quedando suspendida con los puños hacia adelante y el rostro desencajado.”

- ¡Corten!

Alejandro se pasó las manos por sobre la cara con aquella maldita sensación extraña en el costado. Desde hacía una semana que lo sentía, y sin querer ahondar demasiado en ello, se enfrascó de lleno en el rodaje del piloto con los momentos claves del inicio de la historia.

- ¿Te gustó la escena? – preguntó Agustín, sentándose a su lado, mientras veían como se retocaban a algunos actores, y daban las indicaciones de la siguiente escena.

- Creo que tenías razón al contratar a Juanita Aguirre... – repuso Alejandro indicando a la mujer que estaba recostada sobre la cama de hospital – la verdad es que de enferma lo hace a la perfección.

- ¿Debo tomar eso como un halago o un insulto? – inquirió Agustín alzando una ceja de sospecha.

- No... - sonrió Alejandro, estirando las piernas al tiempo que oprimía los labios, recordando lo susceptible que era Agustín con sus queridas – quiero decir que lo hace bien... mejor de lo que yo pensaba.

- ¿Y qué te parece Eva Morán?

La mujer que interpretaba a Alelí, era una mujer atractiva de pelo abundante y oscuro, de largas piernas y mirada risueña. Había hablando hacía un momento atrás, y a pesar de encontrarla en extremo simpática y agradable, sus hormonas no habían respondido como en otras ocasiones.

- Creo que hace muy bien su papel – respondió este con diplomacia.  
- Yo creo que puede hacerlo mejor que mejor... – señaló Agustín con una sonrisita maliciosa, moviendo la mano al tiempo que ambas mujeres respondían a su saludo - ¿no quisieras acompañarnos al bar y pasar un buen rato?

Oprimiendo con suavidad los labios, resopló una suave carcajada. Lo más probable es que necesitara compañía femenina. Hacía ya un tiempo que no se daba un buen polvo, y quizás aquello era justo lo que necesitaba.

Una noche de juerga...

Llevándose la mano a la boca, y justo en el momento en que iba a aceptar la invitación, una pequeña mano apretó su hombro llamando su atención.

- ¿Interrumpo? – preguntó con inocencia su asistente sosteniendo en la otra mano unas carpetas.

- Para nada Pamela... – contestó Agustín esbozando una falsa sonrisa – tú nunca interrumpes.

Sabiendo de antemano, que no podía evitar que ese par de hombres vieran con extremo interés ese par de traseros y pechos sacados de primera mano del pabellón de un cirujano plástico, Pamela reconocía con hidalguía que le encantaba de sobremanera aguarles la fiesta, aunque fuera un poco.

- Me alegro... - musito ella mostrándose encantadora – ¡ah, antes que se me olvide! la escritora no ha dado señales de vida desde que llamó hace una semana. Le he dejado mensajes con su secretaria, pero no he tenido respuesta.

- ¿Cómo? ¿no ha venido Alicia? – preguntó con interés Agustín mirando a Pamela y a Alejandro alternativamente.

Aquella mujer le había causado buena impresión. Talentosa, amable, de correctos modales, además de hermosa... y de reojo, observando como Alejandro daba un respingo, estaba seguro que no era el único que lo había notado.

- Ya ves como son los escritores... – resopló Alejandro intentando mostrar apatía. Había contado los minutos para saber si ella decidía aparecerse cada día desde que había celebrado el contrato, pero estaba visto que los recados de su asistente no habían logrado hacer mella en esa extraña mujer. Girando apenas la cabeza, expreso sin mucho entusiasmo – continúa tratando Pamela... si no te contesta mañana, ya veré lo que hago.

- ¡Cómo diga jefe! – sonrió Pamela con satisfacción, para luego hablar sobre los borradores que el guionista había bosquejado.

- ¿Y qué me dices? – preguntó Agustín, una vez que estuvieron solos.

- ¿Qué me dices de qué? – inquirió este tapándose la boca con la palma de la mano para acallar un bostezo.

- ¡Con lo de salir, pues hombre! – repuso Agustín sosteniéndole la mirada- ¡no va a hacer para intercambiar puntos de tejido!

Sin saber que responder, Alejandro continuó mirando hacia la luz de una de las lámparas tratando de hallar una buena razón para aceptar, aún cuando algo en el pecho le decía que aquello definitivamente no era una buena idea.

## Capítulo 7

Pasando un dedo por sobre la mesa de roble, Alicia detuvo su mirada sobre el gran escritorio, y un tinte cristalino se quedó atorado en el fondo de sus ojos miel.

Sentándose en el mullido sillón, extendió la palma sobre la carpeta de fino cuero. Acariciándolo con suavidad, recordó las muchas veces que se sintió celosa de este lugar, un lugar donde Andrés dedicaba muchas horas con la creencia firme de que después habría mucho tiempo para disfrutar y estar juntos.

Paseando su mirada sin ver nada en realidad, notó como por distracción, el costado de unos papeles que se asomaban levemente por un extremo. Aquello bastó para despertar su curiosidad, y levantando la carpeta, encontró algo que parecía ser una carta, pero no estaba completa, pero que pertenecía a Andrés.

Aquella era su letra.

Y otro de un recibo.

Aspirando hondo, centró su mirada sobre el texto que estaba contenido en el primer papel mientras cruzaba los dedos de que aquello no fuera algo que no debiera leer.

“¿Alguna vez te dije lo feliz que soy?

Si no es así, quiero que sepas que soy el hombre más afortunado de la tierra: tengo un hijo sano y maravilloso... tiene 4 años y es todo lo que siempre soñaste.

También esta Nina... ¿la recuerdas? sí, adivinaste, es nuestra vecina en villa Colón... su hijo acaba de irse a Europa y la dejó solita, y yo, pues, siento que es la persona más adecuada para que se haga cargo de las cosas de la casa.

No veo la hora que salgas de ese hospital y tú y yo volvamos a hacer la familia que éramos y que nunca debimos dejar de ser.

Te quiero papá... nunca lo dudes

Andrés"

Mientras sostenía ese pedazo de papel, dos líneas se marcaron en las mejillas de Alicia. Pasando un diente por sobre el labio, apretó aquella carta entre las manos y como si una pesada cortina se corriera, muchas cosas de su vida comenzaron a tener sentido.

Rozando con un dedo la punta de su nariz, imágenes de Andrés llegando tarde con carpetas llenas de expedientes... dinero que ganaba y que nunca veía... su obstinación por no contarle nada de su familia... la ternura con que miraba a Andrecito...

Y yo que había creído que tenía algo con otra mujer...

Poniendo atención al siguiente papel, notó como este tenía

fecha de hacía un año y estaba dirigido al canal 111. Parecía que había enviado un sobre con algún peso en su interior.

Pestañeando sorprendida, Alicia tenía claro, entonces, quien había enviado su manuscrito a ese canal.

Como siempre, empujándome a hacer las cosas...

Abriendo los cajones del escritorio por si encontraba algo más, de pronto tuvo entre sus manos una ficha clínica con data de dos años atrás.

Andrés Prado Cruchaga... 70 años... aneurisma cerebral... estado: coma profundo...

Endureciendo la boca y sin perder tiempo, Alicia agarro su bolso y salió rumbo a la dirección de la clínica que estaba inscrito en el membrete.

\*\*\*\*\*

“Con la sensación más angustiante del mundo, Alelí abrió despacio la puerta de la casa que compartía con Azucena.

Sentándose fatigosamente sobre una silla destartalada, se apretó ambas manos con angustia. No deseaba pensar que la vida de su amiga se estaba escurriendo sin remedio.

“Algo se podrá hacer... no puede ser que sólo se acabe y ya...”

Con el alma contracturada, Alelí cogió el cuaderno en cuya portada estaban pegadas unas cuantas margaritas. Aún cuando odiaba a muerte esa flor, se mordió la lengua por su amada amiga, y tomando un lápiz busco la siguiente página en blanco.

“Amiga... puede sonar tonto, pero voy a relevarte en tu escritura.

Sabes que soy una mula muy mula para esto pero intentaré hacer mi mejor esfuerzo por escribir las cosas que te suceden en este tiempo en que no puedes empuñar un lápiz... no me pidas que escriba como tú... eso ni pensarlo, pero puedo probar hacerlo como si fuera una carta como cuando tuviste que estar una temporada en casa de tu tío Héctor.

La única condición que te pongo es que te mejores pronto...”

- ¡Corten!

Alejandro observó desde una pequeña pantalla como se había desarrollado la escena, y con satisfacción, después de conversar con el director y algunos actores, remarco con insistencia la importancia que ese piloto tenía para que el consejo del canal diera luz verde a ese proyecto.

Mientras se dirigía a su despacho, la necesidad imperiosa de saber de esa mujer le volvió a oprimir el pecho. Le había estado molestando desde hacía días, pero trataba de no hacer caso a algo tan ridículo.

Sin embargo, le pareció que ya era imposible para él esperar a mañana.

Siguiendo un impulso, levantó el auricular y marco el número de la oficina de Alicia, pasándose la mano por el rostro y maldiciéndose interiormente por albergar emociones tan contradictorias sobre una mujer que ni siquiera era su tipo.

Para tranquilizarse, se dijo que, aquello no tenía nada que ver con que estuviera especialmente preocupado por esa mujer ni mucho menos.

Es trabajo... sólo trabajo...

Luego de que le contestara aquella veterana que hacía de su secretaria, le informó que Alicia se encontraba fuera de su oficina y que era poco probable que regresara por ahí.

Persuadiéndola con un tono especialmente ronco, Alejandro consiguió que aquella mujer le diera la dirección de la casa de la escritora.

Tomando su chaqueta con precipitación, se encamino con velocidad hacia su departamento en busca de su motocicleta.

A pesar de tener coche, consideraba que las motos eran muchos más eficaces y rápidos en muchas formas, y enfilándola por la autopista, se dirigió sin más hacia uno de los barrios de la zona sur de la ciudad.

Oteando con curiosidad aquella urbanización, tenía que admitir que aunque le gustaban muchos los edificios, el verde de ese lugar invitaba a sin lugar a dudas a expandir la familia y hacer esas típicas parrilladas de amigos y vecinos.

Buscando con prontitud la calle y el número, una vivienda de dos pisos pintada color cereza, respondió a su descripción.

Observando con detención la fachada nada más bajarse de su vehículo, decidió que aquel lugar le gustaba. Con ojo clínico, apreció la forma de las ventanas las cuales eran muy amplias y junto con unos detalles en piedra en los muros, le daba ese aire rústico y agradable que agradaba a la vista.

Torciendo el labio a medias, no pudo dejar de contemplar un antejardín lleno de distintas y variadas flores. Indudablemente que ellas daban vida a aquella casa.

Pasándose la mano por el cabello con el afán de ordenárselo un poco, Alejandro, con el casco en la mano, avanzó hasta la puerta de entrada y la golpeó con firmeza.

Todavía admirando aquel sitio, de pronto, su mirada se quedó fija en el rostro severo de una mujer mayor que apareció impestivamente ante su vista.

- Buenas tardes – expreso ella, frunciendo levemente el ceño.

- Hola... – sonrió este con algo de azoro y con torpeza preguntó levantando levemente la mano en señal de saludo - estoy buscando a Alicia Uribe... ¿vive aquí?

Enarcando las cejas, la mujer como si no entendiera, observó concienzudamente al hombre que estaba frente a ella. Alejandro, en tanto, apretó los labios preguntándose dónde diablos se había metido su natural desplante.

- ¿Y su nombre es? - preguntó la señora ladeando la cabeza prestándole toda su atención con sus ojos de halcón.

- Alejandro Roldán... - señaló pausadamente - trabajo para canal 111.

Abriendo los ojos de modo apreciativo, la mujer esbozo apenas una sonrisa y haciéndose un lado, hizo una seña de que pasara.

- Debe de estar por llegar... ¿quiere esperarla?

Con una sonrisa turbada, este asintió como si no le quedara de otra. Siguiendo a la señora por un iluminado corredor hasta un pequeño salón de paredes muy claras, Alejandro, visiblemente sorprendido, vislumbro con sumo agrado como la luz se colaba por todas partes. Normalmente, prefería el piso en que vivía, donde todo era perfectamente controlado y ninguna planta que cuidar, pero este lugar...

- ¿Desea un jugo, café...?- preguntó con deferencia la mujer.

- No, gracias señora – contesto Alejandro mirándola apenas en tanto dirigía su atención a todo lo que lo rodeaba.

- Nina... - expreso con determinación una diminuta voz.

Volviéndose con rapidez, Alejandro se percató de un pequeño niño que asía la mano de la mujer tironeándola con un gesto suplicante.

– Nina... ¡quiero mi helado! ¡por favor! ¡me lo prometiste!

- De acuerdo... – repuso ella con una sonrisa, al tiempo que indicaba con un dedo a Alejandro – este es el señor Roldán... ¿podrías hacerle compañía mientras traigo tu helado?

Con ojos grandes, el niño se giró hacia Alejandro, y a pesar de mostrar que no le agradaba la idea, movió la cabeza en señal de aceptación.

- Vuelvo en seguida – susurró la mujer mientras se marchaba.

Por un largo minuto, Alejandro y aquel niño se quedaron viendo sin decirse nada en absoluto.

Con los ojos clavados en aquel muchachito, reconoció, como si fuera lo más natural del mundo, los ojos color miel de Alicia inscritos en su pequeño rostro.

Al darse cuenta de aquello, se mordió los labios regañándose por ser tan cretino.

Esto es un asunto de trabajo...

Estaba claro que no se le daban bien los niños, de hecho creía, sin ánimo de equivocarse, que no había nacido con el “gen paterno”. Eso de cambiar pañales y escuchar llantos no era algo que lo ilusionara... bueno, no había tenido el mejor padre del mundo... seguro y él mató la última neurona que deseo tener una familia... sin embargo, sin saber bien porque recordó vagamente que Alicia había mencionado que sufría pesadillas, intentó que de todas formas podía mostrarse amable.

Metiendo una mano al bolsillo y estirando levemente una pierna, levanto la otra mano a la altura de su pecho saludándolo.

- Hola.

- Hola – respondió el pequeño torciendo la boca.

- Me llamo Alejandro... ¿y tú?

- Andrecito

- ¡Es un buen nombre! – sonrió sintiéndose de lo más estúpido, y rascándose el rostro, murmuró - ¡puesto que te lo dicen todo el tiempo!

El niño, esbozando una mueca de curiosidad, pasó por su lado y se sentó en el sillón. Imitándolo, Alejandro hizo lo mismo a su lado.

Estar parado en ese momento era igual o peor a estar sentado.

- ¿Vas al colegio? – preguntó una vez más ladeando apenas su cara.

- Sip – respondió el niño arqueando el labio, mirándolo repentinamente divertido.

- ¿Te gusta?... – balbuceó el adulto - digo... ¿te gusta ir?

- A veces – respondió el niño como si no estuviera seguro.

- ¿A veces? – Alejandro entrecerró los ojos como si aquello no fuera posible, e hizo un gesto de no comprender. Tenía la impresión de que a los niños pequeños les encantaba jugar con los demás niños.

Y como si fuera por un toque mágico, el niño inmediatamente se rió.

Como si estuviera burlando de aquel adulto, Andrecito se balanceo hacía atrás alzando los pies

en tanto hacía crecer su risa hasta convertirla en una limpia carcajada.

Sin entender bien el porqué de esa risa, Alejandro decidió reírse de igual modo, repitiendo el mismo gesto que pareció resultarle simpático a ese niño.

Dando un paso hacia el interior de la sala, Alicia, que en ese instante había llegado de la calle, se quedó de piedra nada más asomarse al salón.

Como si aquello fuera imposible, con expresión consternada, apreció como su pequeño hijo se retorció de la risa en tanto se agarraba del brazo de Alejandro como si fueran grandes amigos.

Luego, como si fuese poco, aquel hombre revolvió el cabello de Andrésito con una de sus grandes manos en una inequívoca muestra de cariño.

- ¿Estás viendo lo mismo que yo? – murmuró Nina sorprendida mientras se acercaba y se limpiaba las manos con el delantal, sin poder creer lo que estaba viendo.

Alicia, en tanto, se volvió hacia ella con la mirada cargada de inquietud.

¿Quién era este hombre que en tan sólo cinco segundos había logrado hacer que su hijo hiciera algo que prácticamente había olvidado?

## Capítulo 8

No estaba seguro de cuánto tiempo ella llevaba parada en la entrada del salón, pero si estaba claro que en su rostro no había ninguna expresión que dijera que estaba muy contenta por su visita. Incorporándose de golpe, se sentía demasiado torpe como para decir algo por lo que opto sólo por estirar los labios.

Andrecito, por el contrario, miró a su madre con una gran sonrisa en el rostro y, alargando los brazos, camino con velocidad a su encuentro.

- ¡Mami! ¡qué bueno que llegaste!

- Hola hijo... – expresó Alicia con suavidad, acariciándole las espalda mientras lo apegaba a su pecho - ¿cómo has estado?

- Bien... - resopló el niño y levantando la cabeza, añadió haciendo un gesto hacia Alejandro – he conocido un amigo nuevo.

Asintiendo, levanto los ojos para observar al hombre que, tímidamente, esbozaba una sonrisa.

Luego de un tirante saludo, ambos adultos se observaron como si se midieran, y luego de intercambiar algunos detalles del comienzo de las grabaciones, Andrecito se acercó a Alejandro y tiró de la manga de su chaqueta mientras este hablaba.

- ¿Quieres helado? – preguntó el niño levantando en mucho la cabeza hacia atrás.

- ¿Qué? – inquirió Alejandro interrumpiéndose y bajando algo nervioso la mirada hacia a ese niño.

- Es helado de chocolate... – expreso con simpleza el pequeño – Nina hace un helado casero que es de rechuparse los dedos...

- ¡Vaya! ¡pero si ese es mi favorito! – exclamó Alejandro espontáneamente.

Mirando de reojo a Nina, Alicia se paso la mano por sobre la frente sin saber qué hacer. Sin embargo, Andrecito sin dudarle, arrastró a su nuevo amigo hacia el interior de la casa.

Alicia, sin podersele creer, noto como Nina, en cambio, se apretaba la boca tratando de controlar una carcajada.

Ya en la cocina, el niño invito a Alejandro a sentarse a su lado colocando las manos sobre la mesa y, estirándolas hacia el frente con expresión de niño bueno, observaba a Nina, quien movía la cabeza en tanto servía las porciones de helado.

Alicia se sentó frente a esos dos, no quitándole un ojo a Andrecito e intentando entender que era lo que le sucedía.

- No has venido al canal – expreso Alejandro apoyándose en el respaldo de la silla observándola con intensidad.

Los separaba una mesa estrecha, y la proximidad de esa mujer no era algo que pudiera manejar muy bien, por lo que tenía que hablar... cualquier cosa, pero hablar.

- No... – respondió Alicia frunciendo levemente los labios – no he podido... he tenido mucho trabajo... hay un par de historias que necesito concluir.

- Espero que no te hayas arrepentido de colaborar con los guiones.

Suspirando con fuerza, Alicia negó con la cabeza. Se dijo que no estaba en su naturaleza echarse para atrás.

Claro que ahora tengo más responsabilidades...

- No lo he olvidado... – repuso ella esbozando una sonrisa de medio lado observando con falsa detención la forma de sus dedos – mañana en la mañana estaré ahí.

- Eso espero – repuso este con un tono aliviado.

- ¿No me digas que les ha costado idear las escenas? – preguntó levantando la mirada curiosa, enfrentando sus ojos oscuros.

- Esta es tu historia... - Alejandro estiró sus labios dibujando una sonrisa amable – nadie mejor que tú puede ayudarnos a contarla a los demás.

Entrecerrando los ojos, Alicia se dijo que no podía seguir actuando peor que una colegiala. Aprovechando que Nina se acercaba con los postres, decidió sentarse más derecha y ser más cordial.

- Podrías observar que tal el elenco que escogimos... – señaló Alejandro mientras se engullía un

bocado de helado – Agustín dice que pega muy bien, pero insisto que falta tu opinión... eso podría servirnos de mucho.

- ¿Y cómo lo ves tú? – preguntó ella con una leve sonrisa mientras arrugaba la nariz en tanto probaba el helado y miraba a su interlocutor – tú eres el experto.

- Experto lo que dice experto, pues... – Alejandro torció el labio divertido – creo que se me da mejor los exteriores y lo que es la ambientación... - como por descuido, revolvió el helado y lo convirtió en crema. De reojo, Andrecito, atento a lo que hacía por entremedio de su brazo, lo imito haciendo el mismo movimiento creando el mismo efecto en su postre – eso de los actores es algo que prefiero que haga Agustín, pero creo que como autora podrías sugerirle algo.

- ¿Hubo algún casting o algo así? – inquirió ella agitando la mano.

- Agustín y yo decidimos hacer un piloto de prueba... por ahí también podríamos hacer una nueva propuesta si no te agradan los actores que elegimos... - Alejandro dejó frente a él su plato y su cuchara, y con expresión satisfecha, agregó – todo en esta vida tiene solución.

- Tienes razón... - Alicia asintió con actitud pensativa y repitió – mientras haya vida todo tiene solución.

- Por cierto... ¿de dónde sacaste la idea de hacer esa historia? digo, sí es que se puede decir.

Extendiendo una gran sonrisa azorada, Alicia se cubrió parte del rostro con una mano mientras que con la otra mano se afirmaba en la mesa.

- ¿Para qué quieres saber? – preguntó de pronto después de algunos segundos.

Estaba segura que un hombre como ese no podía interesarse en las experiencias de una pueblerina llena de sueños.

- Porque tu historia es muy interesante... - dijo Alejandro con sencillez afirmando su espalda en el respaldo de su asiento. Al mismo tiempo, extendió los brazos sobre la mesa alcanzando perfectamente el otro extremo de la mesa – y me gusto mucho.

- Pues... - suspiro con timidez mientras tamborileaba los dedos en el borde de su plato – esa historia encierra algunas experiencias mías... como cuando era niña y esas cosas.

- Entonces... ¿tú eres Alelí? – inquirió Alejandro mirándola profundamente.

Se había imaginado a la protagonista como aquella niña que conoció hacia años en ese pueblito perdido en el fin del mundo, pero ahora, con el rostro de Alicia, pues la trama cobraba otro matiz.

Alicia, sin decir nada, sólo se contento con bajar la mirada y esbozar una sonrisa avergonzada.

- ¿Y Azucena? – preguntó al cabo de algunos segundos mientras admiraba el rostro de esa mujer. Ahora que la tenía más cerca, algunos rasgos de su faz le parecían más atractivos que antes, pero al mismo tiempo, tremendamente familiares...

- Es mi abuela... - respondió por fin Alicia levantando su mirada miel sobre los ojos oscuros de Alejandro, y suspiró con suavidad - ella siempre tuvo muchos sueños... anhelos muy profundos, pero lamentablemente no muchos pudo concretar.

- ¿Alguna razón en particular?

- Pues nada extraordinario... - con ojos grandes, Alicia arrastro el diente por sobre el labio inferior y con un deje de desilusión, resopló – un tipo que no la quiso bien y no dejo que ella saliera de ese pueblo inmundo e hiciera algo distinto con su vida.

- Espero que no haya sido tu abuelo - bufó Alejandro con preocupación.

- No... - negó ella agitando la mano junto con una leve sonrisa – mi abuela lo conoció en la recuperación... fue un antiguo novio que tuvo en la secundaria... un muchacho que sólo deseaba vivir en aquel lugar... – como si fuera a ella la que hubiera vivido aquel incidente, Alicia detuvo su mirada sobre un punto ciego y continuo – ese día se iba a la capital junto con unas amigas. Habían estado ahorrando hacia meses para poder instalarse y trabajar para estudiar para maestra. Cuando estaba punto de subirse al autobús, este muchacho la jaló de la chaqueta y la aventó sobre la acera... - llevándose la mano hacia la frente tocó el borde de una ceja – la cicatriz nunca se pudo borrar... y a pesar de sus dos costillas rotas, ella lo siguió intentando.

Una mueca de dolor cruzó su rostro y, frunciendo la boca, ladeó la cabeza como si le costara respirar.

Por unos segundos Alejandro la miró muy nervioso.

- ¿Mami? – Andrecito hizo un ademán con la mano hacia Alicia pero ella no lo vio y preocupado insistió - ¿Mami?

- Andrecito... - Nina se acercó hacia el niño haciéndole un gesto de que se aproximara a ella - ¿por qué no me acompañas a buscar mis lentes? tú sabes que sin ellos no puedo hacer nada...

- Pero... ¿y mi mami? – preguntó el chiquillo con inquietud. No le gustaba a ver a su mamá triste.

- No te preocupes... - murmuró Alejandro, dándole un suave mimo en la cabeza – yo la cuidaré. Asintiendo, el niño se apresuró a acompañar a Nina. Pero antes de irse se volvió rápidamente y se arrió a su madre dándole un beso en la mejilla.

- No estés triste, mami... - le susurró el niño – yo te quiero.

Volviendo su rostro, Alicia dibujo una pequeña sonrisa mientras besaba en la frente a su adorado hijo.

- Lo siento – musitó ella después de un breve tiempo en que logro controlar aquella pena tan grande.

La pérdida de su abuela todavía seguía repercutiendo en su alma como un fino tambor, y la muerte de Andrés había intensificado esa sensación de soledad.

- No hay problema... - resopló Alejandro – podemos decir que estamos a mano.

Curvando levemente los labios, Alicia volvió su vista hacia aquel hombre descubriendo como sus ojos, oscuros como dos tizones, adquirían un brillo diferente. Afirmando levemente con la cabeza recordó aquel breve incidente en su oficina.

- Ya es tarde... – expreso Alejandro mirando el reloj en su muñeca – puede que estés cansada después de un largo día de trabajo y no quiero seguir dándote la lata.

- ¡Para nada! – farfulló la mujer mientras se acomodaba un mechón de su cabello detrás de la oreja y se pasaba una mano por sobre su pálido rostro – todo lo contrario, te agradezco la deferencia de venir.

Mirándola como si no pudiera contener más tiempo el deseo de tocarla, el hombre extendió una gran sonrisa al tiempo que extendía una mano cubriendo una de ella.

- No soy muy bueno con las palabras como tú... - Alejandro aprecio como el iris miel de Alicia aumentaba como si estuviese sobresaltada aunque, sin embargo, mantuvo su mano bajo la de él sin moverla – con todo, déjame decirte que a pesar de lo doloroso que haya sido aquella experiencia, esta se transformó en una fuente de inspiración para que crearás algo hermoso... - sorbiendo saliva, aquel apretó con suavidad los nudillos de la delicada mano que sostenía – y tu abuela, este donde este, estoy seguro que estará muy contenta de saber que a través de tus escritos animas a otros a seguir sus sueños.

- Quiero pensar que ella lo ve así... - expreso Alicia con algo de emoción – mi abuela era una mujer valiente y llena de ilusiones... a pesar de todo lo que le sucedió, siempre me motivó a que lucharé por lo que deseaba.

Palmeando afectuosamente su mano, Alejandro, como al descuido, no pudo evitar notar el anillo de matrimonio que ella mantenía en su dedo. Como si fuera un reflejo, soltó los dedos de Alicia, retirándola con ligereza.

- Es hora de irme... – él se levantó con prontitud – espero que mañana sea un mejor día para que vayas al estudio.

- Claro que sí... – Alicia lo imitó y, acompañándolo hacia la salida, preguntó - ¿tengo que cumplir con algún horario? creo que de ello no lo hable con Agustín...

- No te preocupes... - Alejandro se metió las manos en los bolsillos y con expresión risueña, expresó – aunque si quieres, por mí no hay problema si quieres un horario de oficina, claro que tendrías que trabajar conmigo hasta que encontremos un lugar adecuado para ti.

- Creo que por ahora, un horario flexible me beneficiaría mucho más... pero gracias por el ofrecimiento.

Unos metros antes de llegar a la puerta, el grito entusiasta del infante de la casa, hizo que ambos adultos se volvieran con rapidez.

- ¿Te vas? – preguntó el pequeño con curiosidad.

- Tengo que irme... - bajando para mirarlo desde su altura, Alejandro acarició suavemente los brazos del pequeño – estoy seguro que ya debes acostarte y yo tengo que darle de comer a mi perro.

- ¿Tienes un perro?

Los ojos del niño se prendieron como dos estrellas tan sólo escuchar esa palabra.

- Sí, es mi mascota...

- ¿Y cuándo podrás traerla para que la conozca? – inquirió con ansias interrumpiéndolo.

Alejandro, levantando a medias la cabeza, busco la mirada de Alicia en busca de que decir en tanto ella arqueaba una ceja y alzaba los hombros como quien no tiene respuesta.

- ¿Qué te parece el sábado? – expreso este buscando no desilusionar al muchachito. Además un paseo podría ser una buena idea para desestresar a Suki. El pobre había estado muchos días encerrado por culpa de su propia “depresión”.

- ¡Genial! – vocifero Andrecito, para luego ponerse serio y mirar al adulto con cara de pregunta - ¿y qué día es hoy?

## Capítulo 9

Nina estaba junto a Andrecito en el antejardín. El niño trataba de darle a la pelota, en tanto la mujer mayor lo animaba a intentarlo de nuevo cuando veía que fallaba al patear y no le asestaba al improvisado arco que ambos habían armado para la ocasión.

Apenas el pequeño diviso el coche de Alejandro, este se tiro en picada hacía aquel, alzando los brazos y gritando de contento.

A través de una ventana del segundo piso, Alicia observó con la mirada preocupada como su hijo y aquel adulto compartían un apretado abrazo. Con detención, se fijo como los largos brazos de Alejandro eran lo suficientemente resistentes para que, al elevarlo y ponerlo sobre sus hombros, lo protegería mientras corrían por todo el jardín a la par de un perro labrador que brincaba de gusto a su alrededor.

Alejándose del vidrio y llevándose las manos al pecho, Alicia suspiro con una leve sonrisa. Aún cuando esa situación la inquietaba, no podía dejar de estar feliz por su hijo; hacia mucho que no lo veía reír, y echaba demasiado en menos aquella risa cristalina que se esparcía por la casa, contagiándola con su natural alegría.

En tanto, Alejandro y Andrecito, después de jugar bastante rato con una pelota que le había traído, unos vecinitos buscaron integrarse a su juego, a lo que el adulto se replegó a un costado contemplando como ellos jugaban.

- Me alegra verlo por aquí – resopló Nina colocándose a su lado.

La mujer lo había observado todo este tiempo, y aunque no sabía mucho de él, había decidido que ese hombre le agradaba.

- Pues... - Alejandro se mordió el labio algo incómodo, y luego sonrió con timidez – estoy cumpliendo con una promesa.

- ¿Sabe algo? – Nina, sin ningún disimulo, lo miró a la cara con los ojos muy abiertos y señalo – usted me agrada.

- ¿A sí? – moviendo la cabeza apenas y con cierto nervio, el hombre zigzagueo su mirada entre el rostro de la mujer y el suelo.

- Sí... - la mujer estiro los labios al notar la turbación en aquel hombre – pero no se confunda... que me agrada no significa que no estaré observándolo. Andrés fue como un hijo para mí por lo que su familia es ahora mi responsabilidad.

- ¿Andrés? – preguntó él arrugando el ceño sin comprender.

- Sí... el papá de Andrecito y el marido de Alicia... - mirándolo atentamente, Nina pestañeo con satisfacción – un hombre extraordinario, de buen corazón y amante de su familia... ¿usted gusta de eso?

- ¿De qué cosa? – inquirió este alarma.

Intentando mostrar extrañeza, Alejandro no quería indagar en los pensamientos de esa mujer. Además, nunca se había planteado esa posibilidad... en su vida, su padre se había encargado de arrastrar y hacer desaparecer cualquier interés en esa dirección.

- No sé asuste señor Roldán... – los ojos claros de Nina destellaron con cierta diversión – todo en esta vida tiene su momento... ¿o me va a decir que está exclusivamente aquí porque le nació un repentino interés por un infante de cinco años? ¿o por qué quiere asegurar una buena historia para su canal? – suspirando con fuerza, agregó - la vejez tiene sus ventajas... una de ellas es saber que esconden ese par de ojos tan bonitos y atractivos que usted posee.

- Si le hecho creer algo indebido... – dijo Alejandro intentando sacarla del error mientras tragaba saliva algo cohibido.

- A mí no tiene que explicar nada... – la mujer lo interrumpió mientras daba dos pasos hacia atrás sin dejar de verlo – si no más bien a Alicia, pero le advierto desde ya que ella no es una mujer común... bueno, creo que de eso ya se dio cuenta... – y pestañeando con simpatía, agregó – pero insisto... usted me agrada.

Dándose media vuelta, Nina regresó a la casa apretándose las manos con ansiedad. No sabía si había actuado correctamente, pero creía conveniente darle un empujón a ese hombre y estaba segura que su corazón no le mentía.

Ese hombre podía hacer feliz a Alicia

Alejandro, en tanto, se llevó las manos a la cadera. Tratando de no horrorizarse, respiró profundamente al darse cuenta de que las cosas que esa mujer le dijo provocaron en él muchas dudas y ansiedades.

Andrecito le caía genial, no cabía duda... y levantando la vista en busca de otra buena razón del porque de su presencia en ese lugar, un par de ojos miel lo observaban desde la altura del segundo piso como Andrecito jugaba. Fue en un segundo cuando ambas miradas se cruzaron y, como si su corazón volviera a desbordarse como en sus años de adolescencia al ver a esa preciosa niñata, nuevamente sintió como esas miles de sensaciones se volvieron a cobijar bajo su piel.

Mordiéndose la lengua, ni siquiera se atrevió a mover un músculo. Estaba demasiado absorto contemplando como el rostro de esa mujer se volvía de un brillo sin igual, donde la luz de la tarde realzaba, como si fuese una aureola, el castaño de su cabello, el cual llevaba esta vez suelto...

- ¡Alejandro! ¡Alejandro!

La voz impaciente de Andrecito lo hizo volverse bruscamente hacia él, para escuchar que se había pasado a rasmillar la mano en tanto que una débil línea roja se dibujaba en medio de su palma.

Alzando brevemente la mirada, apreció como ella ya no estaba en la ventana, y una sensación de vacío le hormigueo cerca de su corazón.

Después de una semana, Alejandro Roldán se había convertido en un visitante asiduo en la casa de Alicia.

Para ella, todo aquello obedecía a ese extraño lazo que parecía unirlo a Andrecito.

Por otro lado, su mente desconfiada, se preguntaba si aquello no obedecía más bien con la idea de cerciorarse de que ella cumpliera con el compromiso de colaborar con el guionista de la historia.

Pasándose la mano por el cabello, notó como a Nina parecía simpatizarle aquel tipo. Incluso los había visto conversar como grandes amigos sentados en la terraza compartiendo un té con galletitas, mientras que Andrecito les mostraba los últimos tiros que había aprendido hacer en clases de educación física.

- ¿Cómo te fue hoy? – expresó Nina apenas la vio a parecer tras la puerta y notar que su palidez de siempre estaba aún más pronunciada y alarmada inquirió - ¿estás bien?

- No es nada... - resopló ella con una sonrisa compasiva – sólo es cansancio... del clásico... ¿y Andrecito?

- Está conversando con Alejandro en su habitación... - y con una sonrisita, agregó en tono confidencial – insistió que aquello era algo sólo de hombres.

Haciendo un bufido, Alicia se volvió hacia la escalera.

Miren que cosas de hombres... rezongó para sí, pensando en que cosa tan importante pudiera ser para que sólo quisiera el consejo de ese hombre.

Ella era su madre, y parecía necesario recordárselo. Ese muchachito desde que estaba cerca de Alejandro parecía que todo lo que él dijera, pensara o hiciera eran de un absolutismo, como si fuese una biblia viviente.

Obligándose a respirar, sus propios pensamientos irremediamente se volcaron en aquel hombre y en las cosas que le provocaban. Estaba de más decir que Alejandro Roldán era el hombre que se quisiera cualquier mujer: alto, de hombros anchos, piernas largas, tez trigueña y de un cabello claro y ondeado, que llevaba crecido a los lados de la oreja...

Suspirando con recelo, había notado de entrada que todas las mujeres de ese lugar: modelos, actrices, secretarias y hasta la misma asistente de ese hombre, hacían cola para llamar su atención. Usando todos los atributos de las cuales fueron beneficiadas, y algunos adquiridos, se paseaban delante de él con ademanes lisonjeros y sensuales...

Aquello le irritaba terriblemente.

Habiéndose observado en el espejo del coche, Alicia noto como sus ojeras de siempre, ahora

resaltaban más que nunca sus ojos color miel mientras que su cabello tomado en una lastimosa cola y cero maquillaje, subrayaban el poco glamour que ostentaba.

Aunque quisiera que ese hombre se fijara en mí, estoy segura que apenas sabe que existo...

Asimismo, el cuidar del padre de Andrés todos los días estaba pasándole la cuenta. Todas las noches se pasaba por el hospital privado que Andrés, de una manera que todavía no se explicaba, había pagado por adelantado.

Aquel hombre estaba atendido a las mil maravillas por los mejores médicos y personal calificado, y aunque su diagnóstico era desalentador, aquel también sostenía que todavía había que esperar. El doctor de turno había señalado que siempre había esperanzas cuando se trataba de vivir.

“El señor Prado siempre pensó que su padre podía ser uno de aquellos afortunados...”

Con un resoplido llegó al segundo piso con la sensación de que alguien estaba cuchicheando. Cuidando de no hacer ruido, se aproximó a la habitación de Andrecito con la oreja muy atenta.

- ¿Y por qué Felipe te molestó? – escuchó preguntar a Alejandro, e intentando ver desde la abertura de la puerta, notó, con cierta dificultad, como este estaba recostado contra la pared con las piernas extendidas y los brazos cruzados mirando a su hijo con la frente fruncida como si estuviera muy preocupado.

- Es que dice que soy muy torpe... – respondió el niño quien, sentado a su lado, se apoyó en su hombro, y musitó con desgano– y porque eso me caigo cuando jugamos al fútbol.

- ¿A sí? – inquirió Alejandro arrugando más la frente.

Frunciendo los labios, a Alicia no le paso inadvertido como este restregaba su cabeza contra de la su hijo, como si en verdad fueran algo el uno del otro.

- Es que a veces... - y suspiro Andrecito con precipitación recalcando con voz afligida – no más a veces... me caigo cuando corro muy fuerte.

Alejandro torció el labio para mirarlo por sobre el hombro.

- A ver... ¡párate! – le ordeno el adulto repentinamente.

El niño obedientemente le hizo caso y Alejandro detuvo su mirada en las piernas del niño mientras se frotaba la mano contra la mandíbula.

- Buenas tardes – saludo Alicia abriendo con suavidad la puerta del cuarto de Andrecito.

No había podido aguantarse estar sólo mirando aquella situación, y por la cara que había puesto Alejandro no deseaba desesperarse por nada.

- Hola mami – respondió el niño volviéndose hacia su madre dándole un sonoro beso en la mejilla.

- Andrecito ¿por qué no le pides a Nina un postre? – dijo Alejandro al tiempo que se erguía y sostenía la mirada de Alicia.

Con un gritito de alegría, Andrecito salió con velocidad de la habitación dejando a su madre y Alejandro a solas.

- ¿Sucede algo? – preguntó ella al notar algo extraño en sus ojos.

- Pues... - Alejandro se paso la mano por el cuello intentando disimular el agrado de verla. Durante todo el día, que había resultado de un continuo ir y venir, sólo fugazmente habían coincidido – creo que sería bueno que el médico de Andrecito viera sus pies.

- ¿Por qué?

- Puedo estar equivocado, pero creo que sus rodillas están algo juntas... algunas veces pierde el equilibrio cuando corre, y bueno... - al ver como ella hacía un respingo de incredulidad, este inmediatamente replicó con voz desinflada – pero eso se puede atenuar con plantillas.

- ¿Plantillas? – resopló mientras extendía una mano por sobre el rostro y meneaba la cabeza sin podersele creer.

Lo había visto muchas veces correr por la casa y no había notado nada fuera de lugar.

¡Cielos! Debo ser la madre más despistada...

- Las rodillas juntas son como tener la nariz grande... – Alejandro, pensando que estaba intranquila, alargó la mano y acarició suavemente el dorso de su brazo – no es gran cosa... sólo será un rasgo de su personalidad.

Levantando la vista, Alicia le pareció que Alejandro estaba demasiado cerca de ella... podía ver nítidamente que la oscuridad de sus ojos, notando como estos eran de un café muy intenso... además, el calor que su mano prodigaba a su brazo era de una delicia que la invitaba a suspirar.

- ¿Y le molesta al correr? – preguntó un poco atontada.

- No... - Alejandro meneó la cabeza al tiempo que su corazón comenzaba a latir con singular rapidez – sólo que a veces se cae y algún compañero lo molesta... los chicos a esa edad son un plomo... pero no es nada de temer...

- ¿Me lo prometes? – inquirió contemplando a Alejandro como si estuviera idiotizada, y es que se sentía incapaz de desviar la mirada de esos ojos, unos ojos que calentaban con suavidad el arco de su rostro y la hacían humedecer los labios.

- Pues... - farfulló Alejandro que sin saber porque dio dos pasos hacia ella oscultando con su mirada cada línea de su faz donde cada uno de ellos lo atraía como un imán – prometer lo que se dice prometer... pues habría que pedirle la opinión a un doctor...

- ¿Y crees que él sí...? – resopló Alicia, sintiendo que el aire se le escapaba y, pasando la lengua por entremedio de los labios, musito - ¿él si podría prometérmelo?

- Yo... - e inclinando la cabeza, extendió ambas manos alrededor de los brazos de Alicia – creo que...

Aspirando con fuerza, Alejandro dejó que el suave perfume de Alicia se colara por su nariz y lo inundara con ferocidad. Con cierta alarma, una imagen un tanto difusa se atrevió a hacerse paso en la penumbra de su mente volviendo a ese episodio inconcluso de su adolescencia... sin embargo, cerrando de una vez los ojos, se negó a pensar y, con celeridad, bajo aún más la cabeza.

Estando a punto de tocar sus labios, el sonido inequívoco de un carraspeo hizo que Alicia volviera con rapidez el rostro hacia la puerta y descubriera la presencia de Sebastián.

- ¿Molesto? – preguntó este con tono irritado mientras observaba con reprensión a la pareja.

- Pues... - murmuró Alicia parpadeando confundida, y como si saliera de un trance, se alejó de Alejandro con paso extraviado - ¿llegaste?

- Puedes notar que sí... - expresó Sebastián con sarcasmo y, observando a Alejandro hizo un gesto un tanto despectivo hacia él - ¿no me vas a presentar a tu amiguito?

- Bueno... - resopló Alicia nerviosa – él es...

- Alejandro Roldán... - pronunció con aplomo al tiempo que curvaba un labio con un deje de suficiencia y se erguía mostrando toda su altura – y yo debo suponer que tú eres amigo de Alicia.

- El mejor amigo de Andrés, su marido – explicó Sebastián intentando pararse de lo más derecho.

- Creo que Nina me está llamando – exclamó Alicia yendo a la puerta, y con una sonrisita turbada, preguntó - ¿alguno se queda cenar?

- Sí – respondieron los dos hombres al unísono, volviendo sus rostros hacia ellos mismos con cara de pocos amigos.

Sin querer ahondar nada, Alicia decidió salir de ahí lo antes posible... lo único que le interesaba era llegar a la cocina para refugiarse tras la calidez de Nina y su expresión protectora.

## Capítulo 10

Con la mirada entrecerrada, Alicia suspiro mientras observaba de lejos a Alejandro moverse en el set.

Habían pasado cuatro días desde aquel incidente en la habitación de Andrecito, y Alejandro, como si algo le fastidiara, ni siquiera se molestó en saludarla como hacía antes. Todo lo contrario, con suerte cruzaba con ella un par de palabras.

Y todo por Sebastián... aquel que de un momento a otro se había adoptado una pose de un marido celoso, mostrándole a Alejandro que aquel lugar era su terreno. Claro que Nina, en un instante, lo puso en su lugar con un ligero descuido de su cucharón, derramando en su fino pantalón de tela una porción generosa de tallarines con salsa Alfredo.

Luego de eso, Alejandro no había puesto un pie en la casa y Andrecito comenzaba a extrañarlo.

Incluso, las pesadillas, que habían desaparecido, habían vuelto a aflorar.

Pretendiendo no ser demasiado obvia, Alicia ladeo la cabeza y por el rabillo del ojo atisbo la forma en que este hombre hacia su trabajo. Buscando la forma de abordarlo, aprecio con cierta ensoñación como este gesticulaba mientras le pedía al utilero que dejara a mano un par de sillas para ambientar mejor la habitación de un hospital, en tanto que con un movimiento sutil de la mano le explicaba a la actriz que interpretaba a Alelí en qué momento debía girar hacia la cámara para que esta captará mejor su expresión de sobresalto cuando conociera a Juan.

Estirando los labios, Alicia notó como el semblante perfecto de la actriz hacía parecer a Alelí casi como una princesa; sin ser demasiado alta, aquella mujer tenía gracia y sensualidad, donde sus ojos, de un azul penetrante, hacían que cualquiera se deslumbrara con su presencia...

De pronto, reconoció la risa contagiosa de Agustín Curia, y vio como este se acercaba a Alejandro, arrastrándolo hacia un lado junto al tipo orondo que dirigía el piloto.

- ¿Estamos Esteban? – preguntó Agustín al hombrón mientras este hablaba con su asistente de dirección.

- Sólo faltan dos minutos – balbuceó este yéndose a un lado con un muchacho de logística.

- ¡Una moneda por tus pensamientos! – exclamo de improviso Agustín palmeando la espalda de Alejandro, quien seguía con el rostro pegado en la cama vacía de hospital en tanto que Juanita Aguirre, la actriz que debía actuar de enferma, estaba dándose los últimos retoques en un costado del set.

- No valen eso – gruñó Alejandro con el ceño fruncido.

- ¿Qué sucede que estás de tan mal humor? – preguntó no entendiendo bien el porqué y meneando la cabeza, repuso – estás haciendo un trabajo increíble con esa historia... tienes un elenco de lujo... y bueno, – resopló con un tonito secuaz – tienes a tu escritora para que te haga feliz ¿qué más quieres?

- ¿Y quién te dijo que ella me hace feliz? – inquirió este volviéndose violentamente hacia él con los ojos entrecerrados - ¿qué es lo que te estás imaginando?

- Yo no me imagino nada... – expreso este mirándolo directamente sin dejarse amedrentar - ¿cómo se te ocurre que podría hacerlo si te la pasas mirando a esa mujer como perro degollado?

Endureciendo la mandíbula, Alejandro sin saber que decir, se volvió hacia el otro extremo del set. Apenas encontró una silla desocupada, se dejó caer con expresión cansada, en tanto, Agustín lo seguía observando como si nada hubiese pasado.

Entornando la mirada, de soslayo aprecio el suave perfil de Alicia. Ella parecía estar todavía escribiendo algo en su computadora, mientras su asistente le consultaba algo...

Pasándose un diente por sobre el labio, Alejandro suspiro con fuerza. Todo su ser estaba enconado con él mismo y con el mundo. Con él mismo porque estuvo al borde de hacer algo realmente estúpido: el haber estado a punto de besar a esa mujer hubiera puesto en peligro el porvenir de ese proyecto... era una ley en su vida no mezclar lo profesional con lo personal... ya lo había vivido con su asistente y no deseaba volver a repetirlo.

Por otro lado, estaba molesto con el mundo sobre todo porque existían seres tan inoportunos como ese tal Sebastián, que de una manera cósmica había arruinado un momento tan perfecto...

En realidad sí deseaba que eso ocurriera

Además, echaba de menos como un condenado a ese chiquillo y eso que en su vida jamás le habían agradado los niños.

- ¡Atención! ¡todos listos! – profirió el director, mirando alrededor del set con ojo clínico - ¡vamos a grabar! ¡acción!

“Alelí ingresó con paso pesaroso al interior de la habitación donde se encontraba Azucena.

Sus negros cabellos estaban esparcidos por sobre el almohadón, en tanto que su rostro apacible no parecía existía ningún atisbo del grave problema que se avecinaba.

Después de lo que había dicho el médico respecto a las probables secuelas que quedarían después del accidente, su mente era un verdadero caos... y aunque que sonara egoísta, sólo pensaba en que su estado se mantuviera estable y ella todavía respirara.

No podría soportar que empeorara igual o peor que el día anterior.

Sentándose a su lado, tomo la mano de Azucena entre las suyas, y dejo que su cabeza se apoyara en ella por un tiempo infinito... y fue tanto, que cuando despertó descubrió que frente a ella, el mismo hombre que la sujetó de la cintura e impidió que golpeará a ese zopenco, la observaba interrogante al tiempo que se había atrevido a arrebatarle la mano de su amiga.

- ¿Quién eres tú? – preguntó sorprendida intentando controlar un gallito producto del despertar.

Entreabriendo los ojos, sostuvo la mirada de aquel hombre, que sin ningún apuro parecía oscultarla con sus grandes ojos oscuros. El cabello claro y revuelto junto con su ropa arrugada de ese hombre revelaba que había estado velando también el sueño de su amiga.

- Esa pregunta debería hacerla yo... – expreso este dibujando una vaga sonrisa - ¿eres amiga de mi Azucena?

- ¿Tu Azucena? – inquirió ella entrecerrando los ojos intrigada - ¿quién diablos eres tú? nunca en la vida te había visto cerca de mi amiga... ¡y yo vivo con ella!

A pesar de tener a mano su diario, nunca se atrevió a leerlo, sin embargo, estaba segura que Azucena no tenía ningún amor... ni siquiera en secreto. Ella siempre le contaba todo.

- Soy Juan... - sonrió aquel con esa expresión de darle la palabra. Luego de ver que ella no respondía, la urgió – hermano de Azucena... ¿y tú... eres...

- Alelí – contestó ella resoplando sin creerle nada.

El hermano de Azucena se había ido hacia muchos años al extranjero a hacer algo de su vida. Y podía entenderlo... aquel era hijo sólo de la madre de su amiga, y nunca se llevó bien con el padre de Azucena. Había averiguado que su verdadero padre estaba en Argentina e hizo sus maletas apenas tuvo edad para mantenerse.

Sólo recordaba haberlo visto una vez, y eso hacía mucho...

- Me alegra conocerte – respondió este asintiendo con satisfacción y, soltando la mano de Azucena, se enfiló hacia la puerta tomando antes su chaqueta. Nada más pasar por el lado de Alelí, añadió mirándola con una suave sonrisa – algo me dice que tú y yo nos seguiremos viendo. Alelí torciendo la boca, se quedó inmóvil esperando que ese hombre saliera de la habitación.”

- ¡Corten! ¡se queda!

Parpadeando con rapidez, Alejandro notó como Alicia se pasaba el dorso de la mano por sobre la mejilla con una expresión de tristeza.

De seguro que aquello le recordaba a su abuela.

Levantándose con la idea de hablar con ella, aún cuando fuera cualquier banalidad, notó como ese Sebastián apareció detrás de Alicia, e inclinándose, le entregó un ramo de flores que llevaba escondido tras su espalda.

Maldiciéndose por ser estúpido, Alejandro se encamino hacia su oficina. Estaba de un humor que ni él mismo se aguantaba.

Alicia, en tanto, observó con cierta desilusión como Alejandro salía por la puerta del set sin mirar atrás.

Sebastián, en cambio, sentándose a su lado, pretendió no darse cuenta como ella contemplaba a ese hombre, y simulo estar mirando a su alrededor con franco interés.

- Quedo muy bien esa escena... - expreso con suavidad mientras cruzaba una pierna sobre la otra – a pesar de que me la imaginaba de otra manera.

- ¿Ah sí? – resopló ella no estando muy segura de lo que había dicho, en tanto acomodaba las flores sobre la mesa.
- Sí... - y observándola intensamente, reparo en como ella parecía ausente - ¿qué te parece si cenamos hoy?
- Alicia... - la voz apremiante de Pamela, hizo que ambos se volvieran hacia ella – nos faltan algunos detalles de la escena de la nieve ¿crees que podrías revisar ese guión ahora? – y le extendió una carpeta - no te lo pediría si no fuera algo urgente.
- Claro... – contestó ella sintiéndose aliviada al tiempo que recibía lo que ella le entregaba – por supuesto que sí.
- Gracias.
- ¿Por qué tengo la impresión de que me estas evitando? – preguntó Sebastián una vez que estuvieron solos en el estacionamiento y caminaban rumbo al coche.
- ¿De dónde sacas esas ideas? – Alicia pestañeó como si hubiera dicho al absurdo – si te refieres al guión era algo que no tenía pensado...
- No... no me refiero eso... sino de las mismas ideas que me están rondando hace días... - Sebastián estiro una mano y apreso el brazo de Alicia logrando que ella le dirigiera toda su atención – desde que te vi cerca de ese tal Roldán... estoy seguro que si no llego a tiempo alguna estupidez hubieras cometido.
- Cerrando un ojo, Alicia meneó la cabeza como si no comprendiera lo que decía.
- Como la mujer de mi mejor amigo estoy en la obligación de cuidarte, al igual que a Andrecito... - y con voz autoritaria, Sebastián recalcó – no voy a permitir que algo así vuelva a suceder.
- ¡Espera un momento! – farfulló Alicia pestañeando con extrañeza y, sacudiéndose el brazo, preguntó – quiero entender bien lo que dijiste... ¿quieres decirme que me estas prohibiendo que me acerque a Alejandro porque a ti no te parece?
- ¡Con qué familiaridad lo tratas! – resopló Sebastián - ¡eso mismo dije!
- Sebastián... - y mordiéndose el labio, Alicia inspiro aire antes de decir algo, y observó con detención el fondo castaño de sus ojos – quiero recordarte que tú no eres ni mi padre ni mi protector... aunque te aprecie mucho... siempre fuiste para Andrés más que un amigo, algo más parecido a un hermano, pero aunque te tenga cariño, tú no estás en posición de prohibirme nada...
- Pero Alicia... - jadeó este con la frente más fruncida y la boca endurecida.
- Te equivocas si piensas que tienes el derecho de decirme lo que tengo que hacer... - esbozando una sonrisa triste, añadió – ni siquiera Andrés me impidió algo... y eso que él era mi marido y me amaba.
- En eso te equivocas – expreso este con la mirada fría.
- ¿Perdón?
- Andrés no te amaba como tú creías... - y apretando los labios como si supiera que no podía arrepentirse de lo que decía, Sebastián declaró – Andrés sólo pensaba en su padre... necesitaba una esposa que se ocupará de él mientras su padre despertaba... tú... nunca fuiste importante para él.

## Capítulo 11

Dejando con cierta pesadez unos libros que llevaba para revisarlos sobre la mesita del recibidor, no se percató de cómo su frente se fruncía en una expresión de decepción.

Con la gabardina aun puesta, Alicia se encaminó hacia el salón con una negra sensación que minaba su alma y succionaba la esperanza.

Estaba claro que después de esto, algo dentro ella había dejado de latir.

Sacándose el anillo que atesoraba en su dedo, lo depositó con el más absoluto descuido sobre el primer mueble que encontró y siguió su camino hacia la escalera.

- ¿Llegaste mi niña? – preguntó de pronto Nina rodeando sus hombros – hice un consomé de pollo que es para levantar muertos.

Sin decir nada, Alicia continuaba con la mirada ausente mientras se mordía con los labios.

- Veo que sigues cansada... te hará bien que comas algo... – y jalándola de un brazo, la mujer mayor la llevó hacia la cocina cuando, de pronto, notó que sus ojos estaban hinchados y su nariz muy roja - ¿qué ha sucedido, mi niña?

- Nada... - repuso Alicia conteniendo nuevamente el deseo de llorar – nada...

- ¿Cómo que nada? – y con ojos escrutadores, Nina inquirió - ¿qué sucedió? ¿algo ocurrió entre tú y Alejan...

- Andrés – musitó ella con un tono desvanecido interrumpiéndola.

- ¿Andrés? – repitió Nina segura de que Alicia estaba desvariando - ¿cómo que Andrés?

- Andrés... nunca me amo, Nina – resopló con el aire contenido en el fondo de su pecho.

- ¿Cómo que nunca te amo? – exclamó la mujer con los ojos muy abiertos – Andrés estaba perdidamente enamorado de ti, incluso...

- Andrés nunca me contó nada acerca de su familia ni de los sueños que tenía... - Alicia tragó saliva con dificultad, y mirando a Nina con los ojos vidriosos, añadió – nunca me hablo de que su madre había muerto en un choque de tren ni que su padre, a causa de eso, había quedado con una aneurisma cerebral.

- Él no quería hacerte sufrir... - Nina extendió las manos sobre los brazos de Alicia, y como si la remeciera, los apretó con fuerza – él sabía lo mucho que habías sufrido y no quería darte más preocupaciones... ¡entiéndelo, Alicia! ¡sólo quería que vivieras tranquila!

- Hacía un minuto atrás yo también lo hubiera creído... - y zafándose del agarre de Nina, Alicia retrocedió dos pasos y resopló – pero ningún amor esta exento de sufrimiento... y el que lo este, entonces, su amor no es de este mundo... aún cuando él siempre me motivo para seguir mis sueños, y hasta me obligó a hacerlo... aquello no era por amor...- pasándose la mano por la nariz húmeda, añadió - lo único que lamento es que por un momento pensé que Andrés, en verdad, me valoraba.

Con dos lágrimas ardientes, Alicia se volvió y corrió hacia las escaleras rumbo a su habitación.

Al cerrar la puerta a sus espaldas, una espantosa oscuridad se anidó en su alma con la convicción de que si Andrés, que era un hombre bueno, no fue capaz de amarla, entonces, no había esperanza de que algún otro pudiera hacerlo.

\*\*\*\*\*

- ¡Enhorabuena!

La voz alegre de Agustín sacó de improviso a Alejandro de los papeles que estaba revisando. Aún cuando hiciera cualquier cosa para no pensar en esa mujer, de igual forma, como si se estuviera defendiendo de ella, cualquier artilugio servía para volver sobre sus frenéticos pensamientos.

- ¿Qué ha sucedido? – preguntó extrañado mientras Agustín le daba un efusivo abrazo.

- Pues... - resopló este con el rostro iluminado - ¡hemos ganado ese bendito proyecto!

- ¿Te refieres a...

- ¡Sí! ¡Tu “Carta para Alelí” es un hecho! – señaló con entusiasmo – ¡los ejecutivos quedaron fascinados con el piloto y eso que solo vieron una parte! ¡quieren que empieces el rodaje lo antes posible!

Alejandro, con sorpresa, extendió una gran sonrisa...

Alicia se pondrá muy contenta cuando sepa

- ¡Hay que hacer una fiesta! ¡tenemos que celebrar! – prorrumpió Agustín con algarabía, abriendo más de lo normal sus ojos claros y señaló – además, hay varios ejecutivos que quieren conocer a la escritora.

- Bien – expreso Alejandro, pestañeando con algo de ensoñación y un ligero nerviosismo lo hizo mover los dedos por el sobre el lápiz que sostenía.

Aquella era una excelente excusa para poder volver a su casa y no sentirse como el adolescente estúpido que no sabía qué hacer con sus propios miedos.

- Quiero que hables con Alicia y le avises que la fiesta será la próxima semana... – sobándose las manos, Agustín se encamino hacia la puerta con una gran sonrisa - ¡todo el mundo tiene que enterarse de que esta historia será la mejor de todas!

- ¿La próxima semana? – exclamó Alejandro haciendo un gesto de incredulidad.

- Claro, ya tú verás... - alzando las cejas con un ademán misterioso, Agustín expreso – todos en el canal quedarán con la boca abierta con esta fiesta... preocúpate, eso sí, que Alicia vaya.

Nada más quedar solo, Alejandro se quedo observando un punto muerto por diez segundos y luego se aprestó a tomar su chaqueta.

- ¿A dónde vas? – preguntó Pamela, viendo como él salía sin siquiera cerrar la puerta.

- Vuelvo enseguida – contestó este sin detener su marcha.

- ¿Qué digo si preguntan por ti? – inquirió nuevamente la mujer, dando algunos pasos hacia él, mientras este se perdía por el pasillo.

- ¡Que vuelvo apenas me desocupe! – replicó como un eco por el ancho pasillo.

Con más velocidad de la habitual, Alejandro se dispuso a llegar lo antes posible a aquel edificio donde se encontraba la oficina de Alicia. Tenía la esperanza de que ella, probablemente, todavía estuviera ahí.

Apenas puso un pie en aquel piso, la mujer mayor que siempre la atendía, parecía no estar en su puesto y la oficina de Alicia estaba con la puerta abierta.

Introduciéndose con la mirada presta a encontrarse con alguien, descubrió que sobre el escritorio había algunas carpetas de varios colores las cuales estaban rotuladas con distintos nombres.

Escucha mi voz... Leyendas urbanas...

Tomando una deslucida carpeta que no estaba etiquetada, Alejandro notó como las páginas que la componían eran de un color amarillento como si fuesen muy antiguas, y hojeando la primera hoja, se dio cuenta que sólo eran algunas notas e ideas sueltas. Con cierta distracción, leyó algunas líneas cuando, como si fuese un ciclón, aquella sensación conocida volvió a embestirlo con más fuerza obligándolo a hacer un respingo y aguzar la vista en aquello que leía.

“Y como si fuese una suave ráfaga de viento, desapareció de mi vista sin poder retenerlo...”

Aún cuando su imagen aún permanece grabada en mi pecho, la sensación de que nunca coincidiremos en esta vida, aniquila mi ánimo y me entristece...

Nunca supe su nombre ni porque vino a aquí... pero el hecho de que ayudo a levantar aquellas casas y alegrar a algunos a los cuales la suerte les había sido adversa, me habló de un corazón generoso y maravilloso...

Pero es un ladrón... sí, un ladrón, porque se llevó algo mío... algo que estoy segura que no podré recobrar...

No sé si fue la oscuridad de sus ojos o la claridad de los rizos de su pelo... sólo siento que mi felicidad está contenida en el espacio de su abrazo y la suavidad de sus labios benditos cuando rozaron mi mejilla...”

Sintiendo que un escalofrío arremetía contra su piel, Alejandro colocó una mano sobre la mesa en busca de apoyo. Con desconcierto, entrevió una antigua fotografía en el vidrio de aquella. Acercando su rostro a esa cartulina, Alejandro reconoció, en el acto a la mujer que estaba al lado del padre Camilo y por la cual, había preguntado a su vuelta del extranjero por su paradero. El sacerdote, ignorando a que muchacha se refería, sólo se disculpó diciendo que cada año los jóvenes emigraban a la ciudad y que su memoria no era la misma de antes.

Descansando una mano sobre el grueso cristal de la ventana, Alicia contempló el rostro

ceniciento del hombre que estaba postrado en aquella cama conectado con un sin número de tubos y mangueras.

A pesar del inmenso dolor que la embargaba, no podía dejar de visitar a aquel enfermo. Aquel no tenía la culpa de la pena que su hijo le había causado.

Mordiéndose el labio, deseo por un instante que Sebastián se hubiese callado aquello, y aunque pensó que sus palabras eran producto del despecho, este sólo dijo: ¿por qué habría de destruir la memoria de mí mejor amigo por nada?

Dejándose caer en un asiento, Alicia imagino por un minuto que hubiese sucedido si sólo hubiese esperado que ese apuesto universitario se apareciera otra vez en su vida...

- ¿Es su padre?

Ladeando la cabeza, se encontró, frente a frente con un par de ojos grises de una mujer de unos sesenta y algo, que la observaba con una tibia sonrisa.

- No... - contestó Alicia mientras tragaba saliva.

- ¿Algún pariente tal vez?

- Es el abuelo de mi hijo – respondió mostrando su poco interés de continuar con la conversación.

- ¡Qué amable eres! - expreso la mujer con una sonrisa afable – ¡debes de quererlo mucho!

- Ni siquiera lo conozco... - y pestañeando como si se arrepintiera de lo que dijo, Alicia agregó - está solo en el mundo.

- ¡Oh, lo siento mucho! – dijo la mujer con preocupación y extendiendo una mano, acarició blandamente una mano de ella – disculpa mi atrevimiento por preguntar... te he visto venir muchas veces y pensé que algo podría hacer para ayudarte. Soy Aurora Duarte, y colaboro en esta área del hospital, así que si necesitas que te asista en algo...

- No se preocupe... - musitó Alicia, restregándose un ojo con cansancio – de verdad, gracias... pero no hay mucho que hacer más que esperar... don Andrés está sumergido en un coma profundo y sabe Dios lo que sucederá cuando despierte.

- ¿Sabes niña? – profririó la agradable mujer dándole una ligera palmadita en el borde de su mano – me recuerdas a una querida amiga que tenía en la infancia... - y mirándola atentamente, extendió una generosa sonrisa – ella siempre decía que cuando las aguas de la vida se agitaban había que esperar a que ellas volvieran solas a su cauce.

- ¿Cómo dijo? - farfulló Alicia apretando los labios sorprendida y tragando saliva, en tanto que todos sus sentidos se volcaron hacia esa mujer.

Aquella frase la había escuchado muchas veces en su infancia.

- Eso... – expresando con voz amable – mi amiga Rosario siempre decía que la esperanza era aquello que nos mantiene vivos... no importa lo que pase.

- ¿Qué Rosario? – inquirió Alicia cada vez más alarmada.

No puede ser posible...

- Mi mejor amiga en el pueblo donde yo vivía cuando era una niña... - frunciendo el ceño, la mujer contemplo mejor el rostro de Alicia y, retrocediendo con suspicacia, se atrevió a preguntar

- ¿la conoces?

- Creo que sí... - y emocionada, agregó – creo que está hablando de mi abuela.

Ambas mujeres se quedaron viendo sin pestañear, mientras que Alicia se mordía otra vez los labios.

Como si hubiese sido un milagro, Alicia apretó con suavidad la mano de la mujer, y como si volviera a ser una jovencita, creyó volver a sostener la mano de su abuela.

\*\*\*\*\*

Como siempre, Agustín se empino una copa de whisky.

Estaba demasiado contento para ir a casa, y deseando celebrar por todo lo alto este exitazo que de seguro iba a ser este proyecto, decidió ir a su bar favorito a tomarse un par de copas.

Eran más de las siete de la tarde cuando, alzando la mano para pedir otro trago, notó que entremedio de la gente de la barra estaba Alejandro.

Pasándose una mano por un ojo, se levanto y avanzo en su dirección con la idea de que estaba

viendo mal. No era propio de él andar por estos lugares.

- ¿Alejandro? – preguntó con extrañeza mientras colocaba la mano sobre la espalda ancha de el hombre de cabello claro - ¿qué haces aquí?

- Nada... - repuso e inmediatamente dejó sobre su regazo aquella carpeta deslucida con algo de nerviosismo – sólo vine por una copa.

- ¿Le avisaste a nuestra escritora de nuestra fiesta? – dijo este mientras se acomodaba a su lado.

- ¿Cuál fiesta? – inquirió este como si no supiera de que le hablaba.

- ¿Cómo qué que fiesta? – y acercando su nariz al vaso que estaba bebiendo Alejandro, lo olisqueo un momento y volvió su vista hacia él con cierta duda - ¿qué bebiste?

- Sólo un poco de tequila.

- ¿Y desde cuando tomas eso? – repuso mirándolo con extrañeza.

Desde que conocía a Alejandro Roldán, la única vez que lo vio tomar algo fuerte, donde incluso se emborrachó y beso a la ligera de su secretaria, fue cuando murió su madre hacía dos años atrás.

Bajo su concepto, ese hombre sólo se acercaba a una botella cuando una emoción o una pena muy grande lo asolaba.

- Sólo es un trago, Agustín... no te pongas dramático... - resopló Alejandro torciendo el labio - ¿acaso no puedo celebrar?

- Claro... si tuvieses también la intensidad de hacerlo – señalo con ironía - ¿o acaso, esa cara de tragedia es parte de la celebración?

Inspirando con intensidad, Alejandro no tenía ningún deseo de discutir con Agustín. Aquel era un buen tipo que no necesitaba escuchar sus problemas.

- ¿Te sucede algo, Alejandro? – preguntó Agustín agitando el contenido de su vaso de Whisky mientras ladeaba el rostro para mirarlo – hace unos días que estás de un genio que ya quisiera Kaplan que tuviera su gerente de finanzas... te quedas hasta muy tarde cuando hace unos días no hacías más que volar cuando el reloj daba las 6... ¿qué te ocurre?

- No querrás saberlo... - musitó Alejandro mientras suspiraba y detenía su mirada en el fondo del espejo de aquel antro.

- Claro que sí... - expreso el hombre a su lado – hemos sido compañeros hace mucho tiempo, creo que desde que entraste a trabajar a la cadena... ¿hace cuanto de eso?

- ¡Ufff! ¡no lo recuerdes! – sonrió Alejandro, descansando sus brazos en la barra.

Hacía más de 7 años que se conocían con Agustín. Nunca habían tenido una desavenencia ni malos entendidos. Todo lo contrario. Agustín siempre se había mostrado con él como una persona amable y risueña, que siempre estaba ahí para subirle el ánimo.

- ¿Alguna vez has sentido miedo de acercarte a alguien que sabes que puede transformar tu vida? – preguntó Alejandro con ansiedad mirando de lleno el rostro de Agustín.

- ¿A qué te refieres? – contestó este sin pestañear.

- Cuando era estudiante, me invitaron a construir casas a un pueblo perdido en el fin del mundo... estaba realmente lejos y eso para mí era una maravilla... – estirando los labios, Alejandro se mordió de tanto en tanto el borde del labio – estar aunque fuera un día lejos de mi padre era la gloria misma, así que, a pesar de no sentirme especialmente cristiano y ni bondadoso, me fui con ellos sin pensar en nada más, hasta que la vi... - tragando saliva, el hombre se apretó las manos con ademán nervioso junto con una sonrisa que afloró en su rostro, abriéndole la oscuridad de su mirada – era la muchacha más desgarbada, débil, ingenua y más linda que había visto en mi vida... tenía 20 años y nunca he podido olvidarla.

Agustín, sorbiendo su bebida sólo asintió y, alzando las cejas, lo invitó a que siguiera con su narración.

- Cuando volví el siguiente verano, después de estar unos meses en el extranjero gracias a una beca, pensé que el padre Camilo me ayudaría a encontrarla... - y rezongó - ¡diablos! ¡en verdad me interesaba! pero nada resultó como yo quería... el padre no recordaba de quien se trataba y no pude dar con ella... finalmente, me rendí... - suspirando con agrado, añadió – y ahora, cuando pensaba que todo había sido un buen recuerdo, ella está frente a mí, tan linda como

siempre.

Elevando ambas cejas, Agustín hinchó el pecho con una sonrisa de satisfacción.

- Eres muy afortunado, pedazo de idiota... - musitó Agustín extendiendo una generosa sonrisa – claro que tengo una pregunta... ¿qué diablos haces aquí? ¿por qué no estás con ella?

Sin parpadear, Alejandro lo miró como si fuera en verdad estúpido.

- Sí no te vas de aquí, voy a ser yo quien le haga la corte a esa escritora... - expresó Agustín pasándose dos dedos alrededor de la boca, a lo que Alejandro cuando iba a responder, expresó – aún cuando no sabía nada de lo que me acabas de contar, sólo bastaba mirarlos para que cualquiera se diera cuenta que algo sucedía entre ustedes dos... - y con tono confidencial, señaló – tienes otra oportunidad amigo, no lo desperdicies por miedos idiotas... nunca serás igual a tu padre... créeme, eso nunca pasará.

Sintiéndose especialmente emocionado, Alejandro alargó los brazos y abrazó con fuerza a Agustín.

- ¡Vamos, no pierdas tiempo! – repuso este sorbiendo su nariz y palmeando con apuro la espalda de Alejandro - ¡ve con ella!

Tomando con rapidez la carpeta que traía, se levantó, no sin antes volver a abrazar a Agustín. Luego de ello, partió en una loca carrera hacia la urbanización donde vivía aquella mujer.

- ¿Qué desea beber, señor Curia? – preguntó el joven barman mientras pasaba un paño seco por sobre la barra notando que el vaso de Agustín estaba vacío.

- Algo para celebrar, muchacho... – sonrió Agustín – definitivamente hoy es un buen día para celebrar.

## Capítulo 12

- ¿Quién es a esta hora?

Alicia, con la cabeza metida en la almohada, apenas había sentido algo. Había llegado demasiado cansada y no tuvo ánimos ni siquiera para comer, por lo que Nina, con expresión alarmada, la remeció con la mano temblorosa y el Cristo en la boca.

- ¡Alicia! – gimió muerta de horror - ¡hay alguien que toca y no puedo ver quién es!

Apretándose los ojos, y con todo el pelo en el rostro, Alicia se levantó con la sensación de que todavía estaba durmiendo.

Calzándose torpemente las zapatillas y cogiendo su bata, bajo de dos en dos los escalones, y encendiendo la luz de la lámpara, se aproximó hacia la ventanita al lado de la puerta.

- ¿Sebastián? – inquirió con el ceño arrugado y recorriendo los pestillos.

- ¡Alicia! ¡menos mal que abriste! – exclamó este apoyándose lastimosamente en el borde la puerta con la mirada perdida.

- ¿Estás borracho? – preguntó Alicia notando en seguida el fuerte olor alcohol que traía encima.

- Sólo tome unas copitas... - repuso él haciendo un gesto con los dedos señalando que fue algo menor – necesito decirte algo...

- ¿Y no podías esperar a mañana? – inquirió ella mirando hacia arriba, notando como Nina miraba la escena con mala cara – Andrecito podría verte en ese estado, y la verdad, te ves fatal.

- Lo siento Alicia... - expreso este con la mirada brillante – pero no quiero esperar un minuto más... si lo hago, quizás vuelva a sentirme así de loco como cuando te vi con ese zopenco de la televisora.

- ¿A qué te refieres? – Alicia arrugo la nariz como si no entendiera y expreso con amabilidad – es mejor que vuelvas a tu casa... mañana es un mejor momento para vengas y me cuentes eso tan urgente...

- ¡No! – vocifero Sebastián y, aspirando con fuerza, se alzo en medio de la puerta - ¡necesito que sea ahora! ¡no pienso esperar ni un minuto más!

- ¡Está bien! – pestañeando con algo de temor, Alicia retrocedió dos pasos, ajustando el frente la bata que llevaba - ¿qué es lo que me quieres decir?

- Que no voy a permitir que otro hombre ocupe el lugar de Andrés... - avanzando un par de pasos, hipio como si le doliera hablar – el niño no necesita otro padre... otro padre que no sea él... - y entornado la mirada, prestó atención en las formas que el pijama dejaba entrever del cuerpo de Alicia – pero si necesitas que un hombre te consuele... - se golpeo el pecho – aquí estoy yo que siempre te he adorado...

Alicia, con los ojos muy abiertos, se cruzo los brazos por sobre el pecho. Aún cuando se imaginaba que Sebastián podría sentir algo por ella, no esperaba que el hecho de rechazarlo pudiera ponerlo en ese estado.

- Por mí no te preocupes, Sebastián... - intentando mostrar serenidad, Alicia busco mostrar una sonrisa tranquila y cordial – yo estoy bien así...

- ¡No, claro que no! – e indicándola con el dedo, el hombre rozo torpemente su nariz al tiempo que la miraba embobado - ¡tú no estás bien! ¡tú lo que necesitas es un hombre! ¡pero yo te enseñaré lo que es uno de verdad!

Alargando los brazos, Sebastián apego el cuerpo de Alicia al suyo al tiempo que enterraba su rostro en el hueco de su cuello.

- ¡Suéltame, Sebastián! ¡no seas cretino! ¡suéltame te digo! – grito Alicia mientras se remecía e intentaba asestarle un puntapié entre las piernas.

- ¡Cretino era ese imbécil con el que te vi ese día! – resopló este con la cara roja, y respirando agitado sobre su mejilla, señaló – yo te amo Alicia... siempre te amado... y estoy seguro que algún día tú también lo harás...

El sonido de algo pesado quebrándose, hizo que Sebastián perdiera el equilibrio y soltara a Alicia. Ella, tambaleándose, se apartó lo más posible. En el suelo, estaban desperdigados los restos de un pesado jarrón, mientras que Sebastián se apoyaba con un brazo en la pared mientras

gesticulaba una mueca de dolor. A su lado, Nina lo observaba con franca reprobación.

- ¡Vieja bruja! – jadeó este al ladear la vista y notar su presencia - ¡ya me las pagarás!

Incorporándose con algo de dificultad, se abalanzo sobre la pobre anciana, en tanto que Alicia se acercaba por detrás, y saltando sobre él, le enterró las uñas en la cara.

- ¡Aléjate Nina! – chilló Alicia mientras enroscaba sus brazos alrededor del cuello de Sebastián - ¡llama a la policía!

- ¡Nada de eso! – rezongó este separándose del agarre de la mujer, y echándola hacia el sillón, esta se golpeo en la espalda dejándola sin aliento. Aproximándose a Alicia, le advirtió - ¡no te muevas de ahí! ¡esa mujer no nos va a dejar ser felices! ¡deja que yo me encargue de ella!

Al volverse hacia Nina con la clara intención de hacerle pagar todos los desaires del cual había sido objeto, un golpe de puño se cernió sobre su boca haciéndolo trastrabillar hacia atrás sintiendo que se le desencajaba la mandíbula.

- ¡Pobre infeliz! – bufó Alejandro con los ojos que parecían dos puntos diminutos - ¡sólo un cobarde podía actuar de esta forma!

Agarrándolo de la solapa, Alejandro lo arrastró hacia la salida, no sin antes que Sebastián pusiera resistencia y lanzara manotazos a diestra y siniestra.

- ¡Fuera! – gruñó Alejandro empujándolo con todas sus fuerzas por la puerta de entrada - ¡espero que te quede claro que no eres bienvenido en esta casa!

- ¡Cómo no, gamberro! ¡cómo si pudieras conformarte con esa perra! ¡lo más...

Sin poder contenerse, Alejandro se allegó a ese borracho, y como si tuviera el diablo en el cuerpo, unos vecinos tuvieron que auxiliar a un malherido Sebastián que en ese momento había perdido la conciencia.

- ¡Basta! – refunfuñó Nina, jalando la manga de la camisa de Alejandro - ¡deja de preocuparte por ese desdichado! ¡ayúdame con Alicia, que parece que esta herida!

Con prontitud, el hombre llegó al lado de Alicia notando como está se apretaba la boca de dolor.

- Calma Alicia... - susurró Alejandro tomando con suavidad el contorno de su rostro – pronto estarás bien... ya lo verás... yo lo sé... no te preocupes por nada... ahora estamos juntos... ya nunca más me volveré a ir.

Entreabriendo los ojos con malestar, Alicia apreció la faz iluminada de Alejandro, que con el cabello revuelto y la respiración agitada, como si alguien hubiera presionado el botón de retroceder, apareció ante su vista aquel muchacho engreído que había capturado su corazón hacía muchos años atrás.

Eras tú...

- Con permiso... - farfulló un paramédico, que agachándose al lado de Alicia, apartó a Alejandro y la examinó. Rozando la zona lastimada provocó que ella se encogiera de dolor y emitiera un grito. El hombre, presto, sacó una jeringa y expreso con calma – tranquila señora... cuando le ponga esto, ni siquiera sabrá que algo le duele.

Pasándose la lengua por los labios reseco, la imagen de Alejandro comenzó a nublarse, y una lágrima se deslizó por su mejilla.

Con la mirada perdida en los techos de los edificios que se alzaban al vislumbrar su mirada desde la ventana de su habitación del hospital, Alicia movió los hombros con una mueca en los labios.

El médico le había dicho que su espalda estaba bien y que, por lo tanto, no tenía nada que temer.

Colocándose el cabello detrás de las orejas, Alicia bajo las piernas de la cama y se aproximó a unos de los sillones. Con suavidad se sentó en uno de ellos sin dejar de observar aquel paisaje.

Por algún tiempo, contemplar los techados de las casas fue casi una obsesión para ella... era una forma extraña de recordar a ese tosco muchacho, que ahora se presentaba ante ella como su príncipe salvador.

Le parecía increíble que algo así podría suceder...

Alejandro

Estirando levemente los labios, Alicia levanto los pies y, abrazándose con fuerza, afirmó su frente entre sus piernas.

No sabía qué hacer ni que decir... esto era algo que no esperaba...

Y por otro lado, sentía muchísimo miedo.

Las palabras de Sebastián y la omisión que Andrés había hecho en su carta, la hicieron sentir como un ser olvidable, donde el peso de su amor no hacía mella en quienes ella había depositado sus afectos y pasiones.

Cerrando los ojos con desazón, se dijo que lo mejor era abandonar el proyecto del guión, y observar, desde lejos, como Alejandro convertía eso en algo excepcional.

- ¿Puedo pasar?

Volviéndose de pronto, notó como el rostro amable de Aurora, la amiga de su abuela, se mostraba con delicadeza por una breve apertura de la puerta. Después de hacerle un leve movimiento para que entrara, se esforzó por mostrar una sonrisa animada.

- ¿Cómo estás? – dijo sentándose a su lado y tomando con alegría sus manos – el doctor, que es amigo mío, me dijo que estabas muy bien y que te iras de alta.

- Sí... - susurró estirando los labios – Nina vendrá por mí en una hora más.

- ¿Y por qué no te veo contenta, criatura? – inquirió Aurora rozando con los dedos el borde de su mentón - ¿todavía sientes que te duele la espalda?

- No... - Alicia meneó la cabeza con los labios apretados – sólo una leve molestia... el médico dice que en un par de días...

- ¿Entonces? – preguntó la mujer con los ojos muy abiertos - ¿algún problema que todavía no has resuelto?

Pasando un diente por sobre el labio inferior y, alentándose a preguntar, Alicia parpadeó con algo de tristeza.

- ¿Qué harías Aurora si un día descubres que a pesar de haber invertido tanto tiempo en algo... que das todo cuanto tienes... te das cuenta que nada de eso fue suficiente... que a pesar de todo, nunca serás importante para alguien?

- ¿Cómo? – inquirió arrugando el ceño y observando el semblante de Alicia, extendió una mano sobre su mejilla. Acariciándola con ternura, musitó – querida niña, en esta vida muchas cosas pueden suceder... oportunidades que se van... alegrías que se transforman en tristezas... gente que se va para no regresar... amores no correspondidos... al final de todo, lo único que queda es la certeza de que no importa cuánto te amen ni cuanto te valoren, sino lo mucho que hayas amado... - los ojos de Alicia adquirieron un brillo cristalino mientras fruncía los labios – no te entristezcas por lo que ya fue ni por lo que podría pasar, piensa en lo que podrías hacer hoy, en a quienes vas a entregar tu amor, no para ser correspondida, sino para sentir que tu corazón se hace más ancho y esplendoroso... - tomando su barbilla, Aurora acercó su rostro sin dejar de mirarla – eres una digna nieta de Rosario, así que estoy segura que tienes mucho amor que dar.

Asintiendo muchas veces, Alicia oprimió su boca con emoción, y bajando la cabeza, la dejó descansar en la frente de Aurora.

La música no dejaba de sonar mientras que las personas iban y venían, saludándose con efusión a cuantos se les cruzaban en el camino.

Alejandro, tirando del borde del cuello de su camisa azulada, esbozó una educada sonrisa en tanto contemplaba el ambiente agitado que se desenvolvía frente a él.

Estirando los labios, lamentaba que Alicia no estuviera ahí. Después de lo sucedido, se había negado en redondo a asistir a ese evento y también a hablar con él.

Nina le había pedido que le diera tiempo, aludiendo que todavía ella tenía cosas que resolver.

Tragando saliva, Alejandro se dijo que tendría paciencia.

Si ella regreso a mi vida por alguna razón ha de ser

- ¡Esto está saliendo fenomenal! – exclamó Agustín acercándose a Alejandro con entusiasmo mientras sorbía un poco de su champagne en tanto hacía señas de saludo - ¡soy un genio!

- Sí que lo eres... – reconoció Alejandro alzando la copa - ¡salud por esa fiesta! ¡buen trabajo!

- Hay que reconocer que es un buen trabajo – dijo una voz a sus espaldas.

Tornando sus miradas, detrás de ellos, Roberto Kaplan, los observaba a ambos con beneplácito. El hombre se había vestido para la ocasión con un elegante smoking negro y una camisa de un blanco immaculado.

- Me alegro de verlos muchachos... - expreso alegremente el dueño de la televisora - ¡este proyecto promete mucho!

- Claro que sí, señor... - Agustín sacó una copa de una bandeja de un mozo que pasaba y se la entregó a Kaplan - estoy seguro que esto será un verdadero acierto.

- Yo también lo creo, Agustín... - y mirando a Alejandro, extendió un brazo sobre el hombro de este, señalando - ¡gracias a ti, estoy seguro que recuperaremos la audiencia que tanto necesita nuestro canal!

- Es merito de mi asistente... - indicó Alejandro parpadeando con humildad - ella me puso en sobre aviso sobre ese manuscrito... manuscrito que, señor Kaplan, será un éxito.

- ¿No me digas? - exclamó Kaplan con asombro cuando al apreciar a Pamela que estaba a unos pasos más allá llamó con energía - ¡Pamela!

La aludida se reunió con ellos, y al cabo de algunos comentarios, Roberto Kaplan felicitó a la muchacha instándola a que siguiera adelante con sus ideas.

- ¡Este canal necesita gente como tú! ¡personas que miren hacia el futuro!

- Gracias, señor - contestó la mujer con una educada sonrisa.

- Por cierto, ¿y Alicia? - preguntó Kaplan mirando alternativamente a Agustín y Alejandro - ¿sabía de esta reunión?

- Esta algo delicada de salud... - respondió Agustín, mirando de reojo como Alejandro parecía ponerse incómodo - pero ya está mejor, pero debe guardar reposo.

Luego de enviarle sus saludos a Alicia, Kaplan felicitó nuevamente a su equipo y se fue al grupo donde se encontraba su mujer y algunos amigos.

Pamela, aproximándose a Alejandro mientras Agustín respondía una llamada de teléfono, le acercó una copa de champagne.

- Hay que celebrar... - dijo dejándola en su mano - ¡por un excelente proyecto!

- Salud - respondió este sin mucho entusiasmo en tanto chocaba su copa con la de Pamela.

- ¿Quieres bailar? - indagó Pamela apretando los labios deseosa que este la estrechara entre sus brazos - ¡creo que a fin de cuentas, merezco un baile con mi jefe!

- No, pero gracias Pamela... - manifestó el hombre llevándose la copa a los labios y con aire ausente, agregó - sabes que no bailo.

- ¿Ni siquiera una vez?

- ¡Créeme que no! - señaló este con algo de diversión, y dándole un beso en la mejilla, murmuró

- ¡disfruta de la fiesta!

Alejándose de ella, alzo la mirada buscando a Agustín. Al no encontrarlo, sacó su móvil mientras seguía observando donde podría estar ese loco.

El teléfono timbro muchas veces antes de que este contestara.

- ¿Dónde estás? - lo urgió Alejandro, torciendo la boca con molestia.

- Estoy a unos cuantos pasos desde donde estás tú... - dijo Agustín, mientras que Alejandro se empinaba para poder apreciar mejor a su alrededor - ¿ves a un hombre gordo con un sombrero de copa que esta al costado de la pista? - Alejandro hizo un ruidito de aceptación - estoy detrás de él.

Cerrando la tapa de su móvil, Alejandro camino lo más rápido que pudo entre las personas, las cuales lo apretaban impidiéndole pasar. Creyendo que se demoraría una eternidad, el sonido de una balada comenzó a sonar con fuerza haciendo que las personas se acercaran más una a la otra, en tanto, las luces se convirtieron en diminutos puntos blancos, simulando una noche estrellada.

Llegando por fin a su destino, en ese preciso instante, el hombre grueso se retiró, dejando ver a una Alicia enfundada en un sencillo vestido ocre pálido mostrando una primorosa sonrisa.

- Alicia... - prorrumpió Alejandro nada más verla, acercándose a ella sin dejar de mirarla - ¿tú aquí? ¿y tu espalda?

- Esta bastante bien... - expreso ella extendiendo aún más su sonrisa - el médico me ha dicho que sólo tendré alguna que otra molestia que desaparecerán con el tiempo.

- Me alegra... - y colocándose a su lado, preguntó - ¿y Andrecito?

- Está con Nina... - y examinando el fondo de sus ojos oscuros, Alicia musitó - echándote de

menos.

- Andrecito es un gran chico... – expreso estirando los labios con algo de temor – Suki también lo echa en falta.

- ¿A sí?

- Claro que sí... yo nunca tengo tiempo para él... - y suspirando algo incómodo, agacho la mirada para observar el borde de su zapato – de hecho, nunca le dedico mucho tiempo a nadie.

- Eso es algo que se puede resolver... – alisándose el faldón, Alicia se balanceo hacia delante, murmurando de medio lado - me he dado cuenta, nada más llegar, que no has bailado con nadie... - e irguiéndose de pronto, Alejandro adelantó su cuerpo volviéndose hacia ella a lo que Alicia expreso – y me gustaría bailar contigo.

- No bailo – respondió este sin más entrecerrando la mirada.

- ¿Cómo que no bailas? – preguntó ella algo atontada.

- Eso... - Alejandro hizo un vago gesto con los ojos hacia arriba – no bailo.

- Pues que pena... – dijo mordiéndose el labio para luego tomar de improviso el brazo de ese hombre y avanzar hacia la pista – porque tendrás que aguantarte.

Con más fuerza de la necesaria, tiro de él pensando que de esta manera Alejandro no tenía más remedio que seguirla hasta la mitad de la pista de baile. Avanzando unos cuantos pasos, Alicia se retornó hacia él, y pasando una mano por sobre su cuello, dejó la otra descansar sobre su pecho.

- Es de groseros rechazar a una dama... – señaló ella con firmeza – sobre todo a una que ha estado esperando por más de diez años.

Sintiendo que sus ojos se volvían de cristal, Alicia espero a que Alejandro dijera algo, cualquier cosa, y por un momento, ambos estuvieron viéndose a los ojos de una forma tal que parecía que no hubiera nadie más a su alrededor.

- Humildemente pido perdón... - resopló de pronto Alejandro y, esbozando una sonrisa traviesa, frunció su nariz antes de apretar a Alicia con fuerza entre sus brazos – pero conste que te lo advertí... ¡si te piso un pie, no pienso llevarte a ningún hospital!

- Aquí vamos entonces... – sonrió Alicia, sacándose de cuajo los zapatos de tacón que llevaba mientras pestañaba con burla – estoy descalza y completamente a tu merced.

Con plena confianza, Alejandro la levantó con escasa fuerza y, colocándola sobre sus pies, la contempló, ahora, frente a frente, moviéndose a penas al ritmo de un blues.

Luego de que terminara la canción y comenzara una más alegre, sin olvidar de bailar, Alejandro avanzo por entre medio de las parejas en dirección al jardín.

- ¿Qué haces? – preguntó Alicia entre riendo y horrorizada.

- Vamos al jardín – le respondió este mientras esbozaba una sonrisa de medio lado.

Sintiendo que su corazón latía con demasiada violencia, Alicia se apretó al hombro de Alejandro como si temiera que él la soltará.

- Tranquila... - farfulló él cerca de su oído – yo no te soltaré.

- Dijiste que no sabías bailar... – musitó ella abriendo los ojos y tragando saliva, reparando en el acto que se encontraban en la terraza, el cual ofrecía una panorámica incomparable de una luna llena.

- Dije que no bailo... – contestó Alejandro apegando sus labios a la mejilla de Alicia, aspirando con toda intensidad el aroma dulce de su piel – no que no supiera.

- ¿Y qué diferencia hay? – preguntó nerviosa.

El cosquilleo que el contacto de Alejandro que provocaba en ella era demasiado intenso... demasiado perfecto...

- Pues... - Alejandro torció el labio con picardía y arrugando la nariz, continuó acariciando el borde de su mejilla - que a pesar de saber bailar no me gusta hacerlo.

- ¿Alguna razón en especial? – inquirió Alicia sintiendo la boca seca con la mirada pegada al borde de su labio.

- No lo sé... - acercándose a ella la observó de lleno y, con voz ahogada, susurró – puede que todavía este buscando a una muchacha con aspecto de niña... una que no dejaba de mirarme cuando martilleaba en aquel travesaño, sudoroso y sin polera.

- ¡Qué engreído! – replicó Alicia abriendo los ojos y con mordacidad, replicó - ¿y qué hay de un universitario prepotente, que se atrevió a besarme en la mejilla sin mi permiso?

- ¡Qué ser más despreciable! – resopló Alejandro con espanto - ¿cómo alguien puede siquiera querer propasarse con una muchachita de aspecto inocente y... - y suspirando con intensidad, agregó – muy pero muy hermosa?

Con la intensión de decir algo, Alicia sintió que las palabras se atoraban en su boca. Mirándolo afectada, extendió su mano por sobre la orilla de su mentón.

- Nada de lo que diga podrá reproducir con exactitud lo que siento por ti, Alicia... - Alejandro clavó sus ojos oscuros en la mirada miel de ella, y susurro – sólo que te busque mucho tiempo... años... - su voz se tiñó de emoción - y cuando ya había perdido la esperanza, apareciste convertida en una mujer... una hermosa e inteligente mujer...

- Yo también te esperé... – susurró ella con los ojos llenos de lágrimas – aunque no lo creas, yo también te espere...

- Lo sé... - masculló Alejandro contra su boca entreabriendo sus labios con suavidad – no tienes que decírmelo... lo sé...

Y como si hubiesen sido dos grandes fuerzas contenidas, ambos se fundieron en un beso profundo y embriagador, donde cada uno intentaba, a través de sus alientos entremezclados, redimir ese amor que estuvo ahí... firme... abierto... dispuesto a seguir esperando por esta segunda vez.

Epílogo

Apretando su mano, ambos, sentados en primera fila, observaron el primer capítulo de la segunda temporada de “Cartas para Alelí”.

Apoyando su cabeza en el hombro de su marido, Alicia contempló como su obra aparecía delante de sus ojos sintiéndose completamente satisfecha. A pesar de las noches de traspasos y las muchas tazas de café, pudo crear algo más para “Alelí” y darle más camino que recorrer junto a “Juan”, el amor de su vida.

En tanto, Alejandro, no dejaba de sorprenderse de su mujer.

Observando en detalle la cinta, estaba seguro que esta temporada iba a ser igual de exitosa que la anterior, y más aún, sobre todo porque, después de releer la historia, descubrió que ese “Juan”, no era otro más que él mismo, siempre presente en la vida de Alicia.

Luego de un triunfante lanzamiento y recibir las felicitaciones entusiastas de Roberto Kaplan y de un entusiasmado Agustín, Alicia, como siempre, fue un momento al hospital.

Prestando atención al rostro tranquilo de don Andrés, ella decidió que las palabras de Sebastián no podían causarle daño, pues siempre se sintió amada por Andrés. Probablemente no todo fue perfecto, y hubo muchas cosas que no se dijeron, pero su amor fue tan real como la respiración de Andrecito y la vida que construyó junto a él por más de seis años.

Con esa convicción, Alicia se prometió que de ahora en adelante nunca más iba a sentirse sola... nunca más.

A su alrededor había gente que la estimaba y querían por quién fue, por todo lo que era capaz de hacer y por lo que estaba realizando hoy.

Después de saludar un momento a Aurora, Alicia regreso a su casa junto a su marido, su hijo y su querida Nina.

Sentados frente al fuego, mientras Andrecito jugaba una partida de damas con Alejandro, con Suki a sus pies, levantó sus ojos miel con inquietud.

- Alejandro... ¿cuándo tú y mamá me darán un hermano?

Nina y Alicia se giraron hacia el niño, mientras Suki hizo un leve gruñido.

- ¿Por qué quieres un hermano? – preguntó Alejandro curioso.

- Todos mis amigos tienen un hermano... o hermana... - y arqueando una ceja, agregó – y yo también quiero uno.

- Bueno, te explico... - mirando seriamente al niño, Alejandro se apretó la boca intentando mantener su imperturbabilidad – tú mamá y yo todavía no nos ponemos de acuerdo... ya sabes... los hijos, para traerlos al mundo, hay que cuidarlos y quererlos mucho.

- Sip... - y mostrando una sonrisa, expreso con alegría – pero yo sé que tú serás un super papá... y yo un super hermano.

Enmudeciendo, Alejandro se mordió el labio con un nudo en la garganta.

Más tarde, cuando todos dormían, Alejandro abrazo a su mujer y la cubrió de besos, mientras exploraba, con sus manos inquietas los lugares escondidos de su cuerpo.

Siempre le habían parecido fascinantes las curvas de esa chiquilla majadera, y ahora que la tenía a su alcance, cada noche era una promesa para resarcirse de todas esas horas que se la pasó pensando en ella.

Exhalando una suave carcajada, Alicia rodeo por el cuello a su marido, apegándose a él, al tiempo que dejaba que sus manos viajaran libremente por el arco de su ancha espalda.

- ¿Quieres darle un hermanito a Andrecito, Alejandro? – musitó ella contra su oído luego de rozar con su nariz el lóbulo de su oreja.

- Puede ser... puede ser... – farfulló este con un tono misterioso – claro que mi intención de siempre es tenerse así conmigo.

Entreabriendo los labios, Alicia saboreo una vez más el aliento de Alejandro, y como la primera vez, se sintió perdida en el universo de su calidez y su deseo.

- No hay prisa, preciosa... - susurró él enredándola entre las sábanas – si se necesitaron diez años para reencontrarnos, pueden pasar diez años más sin problemas para que vengan los hijos...

- ¡Alejandro! – resopló Alicia dándole un suave manotón en el hombro, y con la frente fruncida, expreso - ¡cada año que pasa no me vuelvo más joven!

- Pero si más hermosa... - y mirándola atentamente, apreso sus labios en un beso hambriento para luego suspirar – no te preocupes por el tiempo... sólo piensa en este momento, en que tú y yo coincidimos en el mismo espacio.

- Te amo – dijo Alicia contra sus labios.

- Yo también... - Alejandro, tomando su boca, volvió a repetir – yo también.

# **Matar por amor**

## Prólogo

No es habitual, que me dedique a observar y a escribir, lo que veo a mi alrededor.

Realmente, nunca he sido de ese tipo de hombres. Mucho menos, el que me convertí cuando caí en aquella mentira, que cambió mi vida en un abrir y cerrar de ojos.

¿Quién era realmente ella? ¿De qué forma llego a mi vida, transformándola, para bien o para mal? ¿Qué hacía una chica como ella jugando con fuego? ¿Qué hacía permitiéndose que el amor entrara en su vida cuando nuestros caminos se cruzaron? ¿Acaso olvidaba quién era y a que se debía el que deseara ocultar su identidad?...Son aún preguntas que llegan a mi cabeza. Y luchan sin encontrar una respuesta que sea satisfactoria para mí. Cuestionándome si hice lo correcto, cuando supe la verdad, que convirtió en todo lo que sentía por ella, en un crimen de amor. Ella se había convertido en ese crimen de amor.

Déjenme primero contarle mi historia. Y quien soy realmente. Antes de decirles porque digo lo que digo... Algo que está destrozando lentamente mi corazón. Y a mí.

Mi nombre es Rodrigo Suarez. Tengo 34 años. Soy un hombre que nació en España, pero que ha vivido entre dos países. España e Irlanda. Nací bajo el lecho de una familia humilde. Amando ambos lugares, a pesar de que a veces sentía que necesitaba buscar un lugar al cual realmente pertenecer. ¿Por qué?, quizás se pregunten, mientras yo me dedico a recordar el porqué.

Hace cuatro años atrás, solía ser un hombre solitario, que se había dedicado toda su vida en ser un hombre misterioso. Un hombre que trabajaba en un grupo secreto de Irlanda. Era un agente secreto. Trabajaba en un grupo que se ocupaba en proteger a víctimas inocentes que se encontraban en peligro.

Entonces, ¿cómo llegue a ella antes de ello? ¿Por qué permití que ocurriera lo que ocurrió, sin permitirme acceder a escucharla? ¿Por qué deje que esa mentira, la convirtiera ante mis ojos, en un crimen de amor?

Cierro los ojos y me encuentro en aquel avión con destino a Dublín. Mientras Madrid se queda atrás. Ella regresaba a sus raíces, que había heredado de sus abuelos paternos. A Irlanda, específicamente a Sligo.

\_ Buenas tardes... Creo que su cartera ocupa mi asiento.\_ dije secamente, haciendo que ella me mirara de repente.

\_ Disculpeme... Solo que intentaba ponerme el cinturón sin tenerla en mis piernas.\_ dijo después de abrochar su cinturón. Tomando su cartera.

\_ No sé preocupe... Solo lo digo si llega quien va en el pasillo...\_ dije, odiando haber corrido con la mala suerte de tener el asiento del medio. Odiaba ese asiento en un avión.

\_ Le entiendo... Al parecer Iberia esta full el día de hoy... Hace tiempo que no viajaba a Irlanda que tenía tiempo sin ver un avión full hacia allá. ¿Va por turismo?

\_ Sí...\_ mentía, por obvias razones. Además, por mi madre, en mis venas corría también sangre irlandesa.

\_ Ok...\_ dijo, observando mi seriedad.

Allí murió toda posibilidad de conocerla. De saber su nombre. De saber sobre ella. Al igual que murieron todas las posibilidades de hacerle saber sobre mí.

No obstante, la vida se había empeñado en hacer todo lo contrario de lo que yo me había propuesto.

Al llegar a Dublín desaparecí de su vida. Tomé mi equipaje, mientras me dirigía al pequeño apartamento que me había comprado, por causa de mi trabajo. Luego me dirigí a un lugar en donde se encontraba aquellas oficinas secretas en donde trabajaba.

\_ Al fin llegas... ¿Qué tal tus vacaciones por Madrid?\_ me dijo, Jared graciosamente. Jamás había comprendido por qué un hombre tan solitario como yo había elegido Madrid en vez de una ciudad más solitaria y menos turística, por eso el motivo de su pregunta al acercarse a mí. Considerándome realmente un hombre misterioso. Quizás una parte de mi corazón siempre estaría allí.

\_ Bien...\_ dije secamente.

\_ Al fin están todos reunidos...\_ nos dijo nuestro jefe. Cuyo nombre era Mike Egan. Un hombre

de 55 años, muy metido en su trabajo. Con una vida perfecta, como profesor en Trinity College. Y una maravillosa familia que desconocía esa parte de su vida. A mis manos ha llegado el momento de cumplir con la última petición de un viejo amigo... Su nieta pronto regresara a Irlanda. Por lo que necesitare la ayuda del mejor... Y en este caso, solo puedo pensar en uno de ustedes. dijo colocando su mirada sobre mí. En ti Rodrigo... Un hombre que ha tratado de vivir alejándose de todas las posibilidades de enamorarse...

— Bueno, sabemos por qué jamás enviarías a Derek o a Nicholas... Son un par de rompe corazones... dijo graciosamente Jared. Sin saber en qué me estaban metiendo al elegirme a mí.

— ¿Y por qué no Jared? pregunté con cierta extrañeza.

— Porque a él lo ocupe en otra tarea... Será el cerebro de todo esto. Y tú, sus ojos.

Realmente, la vida nos da siempre dos alternativas, y ciertamente nosotros tomamos la que mejor nos parece. Para luego querer echarle la culpa al destino, cuando no nos salen las cosas como pensábamos. El destino no existe... Uno mismo es quien se labra su propio camino. Y yo tendría que darme contra aquella cruel verdad, que heriría mi orgullosa actitud.

— Quitá esa cara... Sabes lo que tienes que hacer. Amas Sligo... ¿No te parece una casualidad de que ambos sean del mismo lugar?

— No me gusta este tipo de trabajo. Y más cuando tengo que trabajar contigo...

— No mientas, sabes que amas trabajar conmigo. Y más cuando soy la cabeza, y tú, los ojos.

— Ahora creo saber porque decidí pasar mis vacaciones en Madrid. Era más feliz al tenerte a una gran distancia.

Había tenido que regresar a Sligo. A mi hogar. Sin saber a que me llevaría también aquel trabajo. Había recibido una foto de quien debía proteger a escondida. Aun cuando aquella propiedad seguía aún vacía, como si ella aún se negara a regresar a aquel lugar, a ocupar su lugar como la única legítima heredera.

— Es una foto vieja... Lamentablemente, quizás te sea de poca utilidad. Era de cuando Amelia tenía 16 años. Ahorita debe de tener 28 años. me había dicho mi jefe, podía recordar. Era una foto en familia, antes de que ella regresara a Suiza, a aquel colegio privado en que estudiaba.

Esa noche me encontraba en un rincón de un bar en Sligo. Sin saber que aquella mujer que me parecía un poco familiar y miraba desde lejos, era la respuesta de aquello que aún no lograba encontrar.

Se encontraba con alguien, con quien hablaba seriamente de algo que le preocupaba, podía detallarlo con los gestos en su cara. Mientras me recordaba que jamás había sido un conquistador ni tampoco un ligón, y por supuesto, mucho menos un embaucador que usara la locuacidad para conquistar a una mujer. Y luego tuviera intenciones de llevársela a la cama. Por lo que la miraba sencillamente por eso. Me parecía familiar. Y yo nunca olvidaba una cara.

— ¿Eso significa que prefieres jamás decir quien realmente eres? ¿Has perdido un poco la cordura? ¿Eres la verdadera heredera de toda esa propiedad y del imperio que crearon tus abuelos? le había dicho en un tono bajo, casi entre diente, para que sólo su amiga la escuchara.

— Es la única forma para que perdure lo que crearon mis abuelos... Christopher esta detrás de todo esto. Si sabe que he regresado...

— Amelia...

— Katherine... Ahora me llamo Katherine, por favor, no lo olvides.

— Lo sé... Lo sé... Perdona. Katherine... Aún no comprendo que ganas en ser quien ahora eres. Y negar lo que eres.

— Amelia está comprometida con él... Yo no. ¿Acaso lo has olvidado?

— Pero, tú rompiste con él...

— Tenías 16 años la última vez que estuve aquí. Pero, a él nunca le agrado mi decisión. Por eso había evitado regresar a este lugar... No quería que él me volviera a ver. ¿Por qué crees que me teñí el cabello de negro y lo llevo tan corto? ¿Por qué crees que uso lentes de contactos oscuros? ¿Por qué crees que he cambiado tanto y ya ni me parezco a quien solía ser?

— Katherine. Pero igual, tienes que dar la cara. Todos allí te necesitan. ¿Ahora qué piensas hacer?

— Lo primero que haré es buscarme un trabajo...

- \_ ¿En qué?. ¿Tú? -
- \_ Podría trabajar detrás de la barra de un Pub... O como niñera. No lo sé, Eileen.
- \_ No me parece justo.
- \_ La vida es así... Nunca es justa.

# Capítulo 1

Me sentía un poco aburrido, relajado por dentro y cansado por fuera, mientras recordaba aquel documento sobre quien debía proteger. Aquella foto que tenía aquel documento era algo vieja. De una adolescente de cabellera larga y dorada, de ojos verdes grisáceos que usaba lentes. Tan opuesta a la chica que había conocido en aquel avión a Dublín. Y la cual estaba allí, en ese mismo bar, que se encontraba un poco vacío.

Mientras el pasado llega a mi cabeza, trato de no perder cada detalle que existió en aquel instante, cuando me negaba a abrir mi corazón y era tan frío como un témpano. Cuando sólo en mi cabeza se encontraba aquel manual que pretendía seguir al pie de la letra.

\_ ¿Ya llegaste a Sligo?\_ me había preguntado mi jefe, cuando yo me disponía a entrar a aquella casa que alguna vez había sido mi hogar. Y que después de la muerte de mis padres me había negado a volver, aunque amase aquel lugar.

\_ Sí...Acabo de llegar.\_ dije algo secamente.

\_ ¿Estas en tu vieja casa o te hospedaste en un hotel?\_ inquirió con cierta curiosidad. Al escuchar mi tono de voz.

\_ En mi hogar... Como usted planteó que se llevara todo. Nadie sabe a que me dedico, por lo que hace bien, fingir que he regresado...\_

\_ Me agrada saber que has tomado la decisión correcta...\_

\_ Es parte del trabajo... Tenía que hacerlo.

Y no mentía. Era verdad... Aquello era lo que realmente me había motivado a volver. Parte de mi niñez también se había desarrollado allí.

Me había ocupado en leer ese documento que estaba en mis manos, y saber un poco más sobre ella. Aun cuando no la conocía. Sabía cuan cauteloso debía actuar. Quien quería hacerle daño, al no estar de acuerdo de que ella fuese la heredera de toda aquella fortuna, que le habían heredado sus abuelos, no debían saber que yo estaba para evitarlo.

Su nombre. Su nombre era Amelia Byrne. Era una joven irlandesa, con raíces suizas, por parte de madre.

Ahora me tocaba entrar en su vida. Sin que ella se diera cuenta de las razones que me obligaban a conocerla y hacerme su amigo.

Mientras el tiempo se confabulaba en hacerme ver lo que jamás había pensado ver. El tiempo siempre es el que tiene la última palabra.

\_ No puede ser posible...\_ dije al verla mejor, cuando ella intentaba marcharse\_. Esto debe ser una broma... Si que lo es, o el mundo es aún más pequeño de lo que lo siempre supuse.\_ agregue con cierto sarcasmo.

Eileen miró a Amelia, con cierta extrañeza, cuando la vio quedarse mirándome, de repente, sin saber que se trataba de mí.

\_ ¿A quién estas mirando?\_ le preguntó.

\_ A nadie...\_

\_ ¿Nadie?\_ sonrió con cierta picardía. La verdad le agradaba ver que su amiga mirase a alguien, después de tantas prohibiciones en su vida.

\_ A nadie...\_ dijo molesta. Mientras se dedicaba a fingir que así era. Pero había reconocido mi rostro. Había sido su acompañante en aquel avión que la había regresado a Irlanda.

No cabía duda de que le había impresionado verme allí. Era la primera vez, después de tanto tiempo, que un hombre realmente le hacia sentir aquel repentino sobresalto.

Después de que ella se marchó, yo también hice lo mismo. La mañana siguiente, debía ir a la empresa que había formado los abuelos de ella. Y ya tenía la vacante que ocuparía. Sería uno de los encargados en la contabilidad. Al menos, no podía negar que sabía algo del tema.

\_ De pronto, pareciera que todos estos años la tierra hubiese desaparecido algún rastro de ti. Como si hubieses decidido que nadie supiera nada sobre que ha sucedido contigo todo este tiempo... ¿Por qué? ¿Por qué una joven desearía desaparecer, teniendo una gran fortuna como herencia?... ¿Acaso recibiste amenazas? ¿O sabías algo más de lo que ignoramos?\_ dije al tomar de nuevo aquella foto en mis manos\_. ¿Por qué nadie sabe nada de ti, desde que culminarte tus

estudios en aquel internado, en Suiza? ¿Por qué aún no has llegado a reclamar lo que es tuyo?...Estas viva, de eso no me queda la menor duda. Conozco mi trabajo. Y esté me dice que hay algo más...

## Capítulo 2

\_ Si, sí tengo un amigo que esta buscando una niñera... Ya que la suya dentro de uno días tomara vacaciones.\_ le había dicho Ben a Eileen.

\_ Recomiéndale a mi amiga Katherine... En verdad necesita el trabajo.

\_ ¿Katherine?... ¿No sabía que tenías una amiga llamada Katherine? ¿Es de confianza?

\_ Tuvo que detener sus estudios por una causa mayor que no te puedo decir... Es muy responsable. Y necesita aislarse un tiempo de Dublín y de Galway...

\_ ¿Mató a alguien?\_ le preguntó al escuchar el tono de voz de Eileen algo extraño.

\_ No... ¿Cómo crees, Ben?

\_ Perdona... Es que jamás te había escuchado pedirme un favor de esa manera.

\_ En verdad no puedo decírtelo... Solo que ella necesita nuestra ayuda. Y bueno, pensé en ti. Siempre has sido un buen amigo para mí. Y me has ayudado en muchos momentos difíciles... Y bueno, Katherine es como una hermana para mí...

\_ Está bien, no haré preguntas... Cuando mi amigo Shane llegue a Sligo le hablare de tu amiga.

\_ Gracias... Te debo una.

\_ De nada... Sabes que siempre puedes confiar conmigo...

Minutos después....

\_ ¿Estas segura de que lo consiga?\_ dijo Amelia algo dudosa.

\_ Ben siempre cumple su promesa. Jamás me ha fallado. Créeme... El conseguirá ese trabajo para ti.

\_ Gracias... Te debo una a ti y a tu amigo Ben.

\_ Eres más que mi amiga... Eres como mi hermana. Y tanto las hermanas como las amigas se cuidan en las buenas y en las malas.

Después de colgar, subió a su habitación. Estaba en realidad emocionada. Aun cuando aún no había una respuesta afirmativa de parte de ese Shane.

Le dolía el corazón. Le dolía haberse convertido en una gran mentira, durante tanto tiempo. Pero sabía sus razones. Su abuelo las conocía a la perfección, por eso, quizás, antes no le había obligado a regresar a Irlanda.

\_ ¡Que suerte encontrarte!\_ le había dicho Christopher con el frío sarcasmo que utilizaba cuando estaba molesto. Hacia diez años atrás.

\_ ¿Qué quieres, Christopher?

\_ ¿Qué crees?... Hablar con una vieja amiga, que alguna vez fue mi novia.

\_ Si lo has olvidado... Terminamos. Por lo que déjame en paz. Deja de llamarme y de seguirme...

\_ Eres mía, Amelia... Por lo que siempre estaré cerca de ti.

\_ ¿Para qué? ¿Para sentirte seguro por mi fortuna?

\_ ¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Por eso terminaste conmigo?\_ dijo al reírse con cinismo.

\_ No te reirás más de mí... Te lo juro... Y recuperare la vida que perdí por culpa tuya... ¡Por lo que déjame en paz!

\_ No te desharás de mí tan fácilmente...

\_ Veras que algún día lo lograre...Adiós...\_ dijo al colgarle. Algo que le hizo molestarlo más. Sabiendo que si intentaba llamarle de nuevo. No contestaría para nada el teléfono.

Cuando colgó, un mar de lágrimas bañó su rostro. Aún temblorosa, pensó cumplir aquella promesa. Volvería a recuperar su vida. Aquella que había perdido por su culpa. Aunque jamás pretendiera enamorarme de nuevo.

\_ Amar y ser amado...\_ se inclinó sobre sus rodillas, al colocar su cabeza allí, al sentarme sobre el piso, mientras lloraba\_. Por lo visto, en esa asignatura llegue tarde. Y perdí el tren de regreso... ¿Cómo pude permitir que me comprometieran con él?

En su presente ya no era esa adolescente que le había temido. Pero, sabía que tampoco era aún tan fuerte para enfrentarlo. Él era más fuerte que ella. Y ella estaba ahora tan sola.

Días después...

\_ Al fin te veo la cara...\_ le decía Ben a Shane al visitarlo en su casa.

\_ ¿Qué más, Ben? ¿A qué debo tu visita?  
\_ ¿Acaso no puedo venir a visitar a un buen amigo?  
\_ Claro que sí... Pero siempre conozco cuando vienes de visita y cuando vienes para pedirme un favor... Toma asiento... ¿Qué asunto te trae a mi humilde morada?  
\_ Bueno... Te encontré una niñera espectacular las 24 horas del día para Sophia... Había escuchado de ti mismo que te urgía encontrar una pronto.  
\_ Sí... ¿Y quién es? ¿La conozco?  
\_ Realmente no... Pero es una gran persona. Te la recomiendo con los ojos cerrados.  
\_ Mmm... Bueno, si tú lo dices... Llámala y dile que el trabajo es suyo... Que venga a hablar conmigo si puede pasado mañana.  
\_ Esta bien... Se lo diré... Gracias.  
Cuando Eileen le dio aquella noticia a Amelia, su corazón se alegró aún más. Sentía que Dios había escuchado sus plegarias.  
\_ Te dije que Ben lo lograría. Cuando me dio esa noticia supe que debía venir corriendo a este lugar.  
\_ ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!\_ dije al abrazarla, mientras las lágrimas volvían a bañar su rostro.  
\_ De nada... Ahora seca esas lágrimas.  
\_ Lo sé... Lo sé...  
La vida me haría ver todavía, lo pequeño que podía ser aún el mundo.  
\_ Por lo visto, esperas visita primo...\_ le había dicho, después de aceptar su invitación.  
\_ Sí... Hoy llega la nueva niñera de Sophia. Un buen amigo me la recomendó.  
\_ Ok... Entonces, no pienso quitarte mucho tiempo...  
\_ No me has quitado mucho tiempo. Más bien, me lo has devuelto. Había tenido tiempo sin saber de ti. Siempre que intentaba comunicarme contigo, estabas en Dublín o en Madrid.  
\_ Tratare de remediar mi ausencia.  
\_ Más te vale...  
En ese instante, la vi cruzar la puerta de aquel despacho de Shane, mientras yo me disponía a marcharme.  
¿Quién iba a pensar que la vida se empeñaría en ponernos, frente a frente, a los dos ese día?  
¿Qué aquel pequeño encuentro, aquel día en que nos conocimos, a pesar de la distancia, nos llevaría ahora a aquello?... A un encuentro inesperado, entre dos personas que no tenían planes de conocerse.  
Su mirada y la mía se encontraron. Se reconocieron.  
\_ Buenos días...Espero no haber llegado algo tarde. Soy Katherine O'Hara...\_ dijo al acercarme a donde se encontraba Shane y extendió su mano.  
\_ Ha llegado en buen momento... Tome asiento. Le presento a mi primo. A Rodrigo Suarez...  
\_ Es un gusto...\_ dije al extender mi mano, y después me marche de allí.

## Capítulo 3

Amelia se sintió algo incómoda en el instante en que mi primo empezó con su interrogatorio. En parte, era quien se iba a encarga de su hija cuando él se encontrara ausente, y no quería dejarla al cuidado de cualquier extraño, por lo que también comprendía todas aquellas preguntas sofocantes.

\_ Entonces, solo intentas ahorrar un poco más de dinero para continuar tus estudios.

\_ Sí...

\_ Bueno, Ben me dio muy buenas referencias sobre ti... Por lo que estoy conforme. El trabajo es tuyo... Ahora dame un minuto. Voy a buscar a mi hija para que la conozcas. A mi pequeño ángel...

Y era cierto. Aquella pequeña niña era en realidad un pequeño ángel. Sólo con verla le pareció agradable. Por lo que algo le indicó a Shane que había tomado una excelente decisión.

Amelia pronto, con ayuda del ama de llave, conoció aquella que sería su habitación, en aquellos días. Había pasado la mayor prueba de su vida, verse creíble ante aquella razón de porque siendo una mujer educada, había escogido un trabajo como ese.

\_ Imagino que estarás algo cansada.\_ le dijo el ama de llave, cuando vio que se sentaba en la que sería su cama.

\_ Algo...

\_ No te preocupes... el señor Shane y quienes trabajan para él son muy buenas gentes. Te harán sentir como en casa...

\_ Gracias... Ahora tendré que ir por mis pertenencias. Las deje en casa de mi amiga, mientras esperaba saber si me aceptaban o no.

Y fue lo que exactamente lo que hizo, anunciándole a su amiga oficialmente aquella noticia. Ciertamente aquel hombre si la había contratado para ser la niñera de su hija. Al mismo tiempo, en que empacaba las pocas pertenencias que pretendía llevarse a aquel lugar.

A la mañana siguiente...

Amelia se despertó temprano y bajo a la cocina. Encontrándose a la cocinera junto a Sophia. Aquella niñera que se iba de vacaciones.

\_ Buenos días, ¿puedo ayudar en algo?\_ dijo al acercarse a aquellas mujeres.

\_ Toma asiento...\_ le respondió Clarisse. La cocinera\_. Estaba preparando el té y el desayuno... Ya Mr. McGeough y su hija estarán por despertarse.

\_ Ok... Solo lo pregunto porque nunca me ha gustado quedarme sin hacer nada...

\_ Tranquila... Clarisse es la única que manda en la cocina... Y solo puedes cocinar si ella lo autoriza. Algo en lo que refiere a mí, jamás tendré la oportunidad de volver a hacer...

\_ ¿Y acaso no tengo razón de porque hacerlo?... ¡Casi quemas mi cocina intentando hacer galletas!... ¡Imagínate si te hubiese permitido hacer otra cosa!...

\_ Bueno... Era algo que quería intentar. Pero ya me he dado de cuenta que no soy buena para la cocina... ¿Y tú, Katherine?

\_ Bueno, me defiendo... Y por los momentos no he quemado ninguna cocina. Ni he mandado a nadie a ningún hospital.\_ dijo Amelia al sonreírse.

\_ Bueno, Clarisse, ya tienes a una nueva candidata si se te ofrece volver a prestar la cocina...

\_ Lo pensaré...\_ sonrió y en eso se levantó al escuchar la cafetera.

Al verlas, algo en su interior le dijo a Amelia que sería divertido formar parte de algo, pertenecer a un grupo como el que tenían ellas. Lejos del martirio que le perseguiría por siempre.

Aquel día empezó con su trabajo, conociendo a la hija de Shane. Viendo con sus ojos lo dulce y obediente que era esa pequeña niña. Ahora había encontrado una especie de lugar seguro. Sin saber, que marcharse luego de aquel lugar resultaría muy difícil para ella después.

En la siesta de la tarde de la pequeña Allie. Amelia salió de su habitación y se dispuso a hacer un pequeño recorrido en aquella propiedad y de sus hermosos paisajes. ¿De qué forma cambiaría su vida al encontrarse en aquel lugar?, se preguntó mientras caminaba cerca de uno de los senderos que se encontraban en el jardín trasero. Preguntándose si no sería también una simple cobardía de su parte aferrarme a la menor oportunidad para retrasar todo lo que su abuelo esperaba de ella

a él morir. Recordando que ella tenía una propiedad como aquella. Pero, a la cual por obvias razones se negaba acudir. De repente sintió un vuelco en el estómago al escuchar su nuevo nombre.

\_ Perdona, ¿te asuste?

\_ ¿Señor Suarez?\_ dije algo nerviosa, mientras tomaba un poco de aire para tranquilizarme.

\_ Lamento haberla asustado... No era mi intención.

\_ No, no lo ha hecho... Solo que me encontraba caminando algo distraída... Y bueno, fue solo una simple reacción por haber estado distraída...

\_ Ah... Ok...

\_ Su primo tiene una hermosa propiedad...

\_ Llámame Rodrigo... Me haces sentir que tengo más edad.

\_ Sólo es que no sé si sea lo correcto...\_ medio sonrió, sintiéndose algo comprometida.

\_ Estas igual que Sophia... Siempre he discutido eso con ella...\_ sonreí, acercándome un poco más a mí. Mirando al horizonte\_ ¿Te gusta, entonces la propiedad de mi primo?

\_ Es un lugar bellissimo... Un lugar hermoso para que crezca un niño.

\_ La difunta esposa de mi primo y él pensaron lo mismo cuando decidieron criar a Sophia en este lugar...

\_ Allie es una niña afortunada, entonces... Eligieron un buen lugar...

\_ Es el lugar en donde creció mi primo... Era la propiedad de sus padres.

Me giré para mirarla, mientras su mirada se encontraba en el horizonte.

\_ Gracias... ¿Y Allie?

\_ Esta tomando su sienta...Jugamos todo el día, después de leerle un cuento y hablarle sobre las letras y las palabras...

\_ Imagino lo feliz que estaba el día de hoy con dos niñas...

\_ Sí...

\_ ¿Le enseñaras a leer?

\_ Sí... Bueno, si su padre esta de acuerdo. Allie me parece una niña muy inteligente... Sophia al igual que yo lo creemos...

\_ Ciertamente, Shane no tendra ningún problema, si es por el bien de su pequeña hija...Ha estado considerando incluso, llevarla a partir del año que viene, a un colegio de señoritas...

\_ ¿Piensa internarla?\_ preguntó, sintiendo que aquel hombre haría lo mismo que hacían todos los padres de sociedad.

\_ No... Eso no. Eso lo veo muy cruel a su corta edad... Solo pensaba inscribirla en un buen colegio privado para señorita.

Miré mi reloj, y me excuse en ese instante. Sin ninguno sacar a relucir aquel tema que parecía que ambos deseábamos dejar pendiente, para otra ocasión.

\_ Perdóneme... Se me hace un poco tarde. Sólo he venido a ver a mi primo por un asunto que tengo pendiente... ¡Que tenga un buen día, Katherine!

\_ Gracias... Igualmente.

## Capítulo 4

\_ ¿Qué quieres Christopher?

\_ ¿Qué crees que quiera, Eileen? ¿O es que no eres la mejor amiga de Amelia?

\_ Mira, si no la has encontrado aún y no sabes ni siquiera sobre su paradero, ese no es mi problema... Yo no me la escondí en los bolsillos para que no la vieras, ¿ok?... No sé sobre ella desde hace tiempo. No me ha escrito. No se ha comunicado conmigo...

\_ Sé que sabes en donde ella se encuentra...

\_ ¡Ya te he dicho que no lo sé!... No me muevo en el mismo mundo que ustedes.

\_ No te creo... Ambas fueron inseparables desde que eran una niñas. A pesar de que no eres de nuestro mismo mundo. Ella ha debido comunicarse contigo...

\_ ¿Y qué quieres que haga? ¿Qué le envíe señales de humo para que realmente se ponga en contacto conmigo?... Siento no poderte ayudar. Después de que ella se graduó en Suiza, no he sabido más de ella. Ha sido como si la tierra se la hubiese tragado... Es cierto que éramos inseparables. Pero, por lo visto, ella no piensa lo mismo.

\_ ¿Te estas burlando de mí?

\_ ¿Me dejas seguir con mi camino?... Ya te he dicho que no sé nada.

\_ Si no me ayudas... Igual la encontrare. Ella no se escapara de mí... Ella solo es mía. ¡Mía!

\_ Bien... Entonces, espero que tengas suerte...\_ le dijo con sarcasmo\_. Deberías ir a un siquiatra para que te examine... Ahora, quítate del medio... Tengo que irme... Yo no soy Amelia, por lo que no te tengo miedo...

Eileen se apartó de él, mostrándole que realmente no le temía, aunque ella no tuviese el poder que él tenía. Era pobre. Y siempre se había mantenido en Sligo.

Los días en aquel lugar empezaron a ser realmente tan distinto a la vida que había tenido Amelia en su niñez y parte de su adolescencia. Ahora se comportaba como si ella nunca hubiese pertenecido a aquella sociedad. Fingiendo ser quien no era, sabiendo que era lo único que le mantendría lejos de aquel infierno en que se había convertido su vida gracias a Christopher.

\_ ¿Me leerías otro cuento?\_ le preguntó Allie, mientras me encontraba en su habitación.

\_ ¿Quieres que te lea otro cuento?

\_ Sí...

\_ ¿Cuál te gustaría?

\_ Este...\_ fue en busca de aquel cuento que su padre le contaba antes de ella irse a dormir\_. La bella durmiente...\_ agregó al dármele en la mano.

\_ ¿Es tu favorito?

\_ Sí... Mi papá dice que mamá me lo contaba cuando estaba en su barriga...\_ sonrió un poco, mientras se sentaba junto a Amelia. Sus ojos inocentes le hicieron recordarse a mi misma de niña. Odiando en aquel instante ser tan cobarde\_. ¿Me lo leerás?\_ agregó la pequeña niña al ver a Amelia pensativa.

\_ Sí...\_ dijo al sonreír, mientras se disponía a abrir aquel cuento y empezar aquella lectura.

Aquel era el segundo cuento que le contaba antes de que se fuese a dormir. Su padre aún no había llegado y nadie sabía si llegaría a tiempo para hacerlo, al ver la hora. Aquel hombre era un hombre de negocios, por lo que se podría entender porque a veces no llegaba temprano.

Pronto Allie se durmió en su regazo. Sonrió con ternura, como lo haría cualquier persona que ama los niños. Y acarició su cabellera, sintiendo que si su madre estuviese allí, en su lugar, estuviese orgullosa de aquella pequeña niña. Posteriormente, la acostó bien en su cama y la arropó, antes de besar su frente. Y luego salió de allí...

\_ ¡Señor McGeough!...\_ dijo al verlo, después de cerrar la puerta de la habitación de Allie. Me había sorprendido realmente.

\_ Buenas noches, señorita Katherine... Creo que llegue algo tarde...\_ dijo al mirar una vez más su reloj, y percatarse de que la luz de la habitación de su hija estaba apagada.

\_ Allie lo esperó. Pero al ver que no llegaría, antes de su hora de dormir, me pidió que le contara unos cuentos de hadas...

\_ Gracias... Odio cuando no puedo hacerlo.

- \_ No ha sido nada... Me gusta hacerlo.
- \_ Que tenga buenas noches...
- \_ Igual usted...

## Capítulo 5

Amelia se ocupaba en leerle a Sophia un libro de geografía sobre Irlanda. Y se encontraba en una página en donde le hablaba de Sligo. Mientras yo la observaba desde lejos, al ir de nuevo de visita a aquel lugar.

\_ Sligo (Sligeach en irlandés) es la capital del Condado de Sligo en la República de Irlanda. Sligo no tiene el rango de ciudad city sino el de Borough. Es el segundo mayor centro urbano de la provincia de Connacht, después de Galway.\_ leía en voz pausada, mientras se encontraban bajo la sombra de un roble.

Me encontraba en una distancia lejana, mientras hablaba con mi jefe por teléfono. Esperando a reunirme con mi primo Shane, esperando ver si había logrado hacerme un favor que le había pedido, con aquella confianza que siempre había tenido en él.

\_ ¿Has logrado acercarte a ella?\_ me preguntó mi jefe.

\_ No... Aún no ha aparecido en su propiedad en Sligo. Pero he empezado a seguir los pasos de su amiga de la infancia.

\_ Buena idea... Quizás nos lleve al paradero de Amelia.

\_ Eso es lo que he pensado... Además, de encontrar los motivos de por qué aún no se ha dignado a reclamar su herencia. Algo muy fuerte le impide hacerlo. Pero, ¿qué? ¿Acaso sabe más de lo que todos creemos?

\_ Ponte a trabajar... Estamos en contacto. Yo seguiré investigando también por mi cuenta.

¿Por qué de todas las mujeres en el mundo, debía cruzarme justamente con ella? Ahora que siento que ella ha sido un crimen de amor, en mi vida, estoy pensando en: ¿Qué le pasa a un hombre cuando derrama su corazón en una página y mira al mundo alejarse flotando, entonces? ¿Se quedan sus sentimientos reposando sólo en una página?... En esa página que se escribe día al día. Mientras personas entran y se marchan de nuestras vidas...

¿Era eso en lo que ella debía convertirse para mí?... En una página que he pasado y no quisiera volver ver.

\_ Que bueno que te encuentro... Me habían dicho que había venido. Tengo algo para ti, ¿quieres que hablemos en un lugar más privado?

\_ Sí...

Seguí a mi primo hacia su estudio, lugar en donde nos encerramos a hablar.

\_ He hecho un par de preguntas, fingiendo que me gustaría hacer negocios con quien está en mando del imperio Byrne.

\_ ¿Y bien?

\_ Sólo pude encontrarte un par de nombres que serán los responsables de llevar el mando, por autorización de la heredera...

\_ ¿Se ha comunicado con ellos?

\_ Al parecer lo hizo desde Zúrich, cuando le llegó la información de que su abuelo había muerto. Nunca se presento al funeral... Y ha sido la única vez que se ha comunicado con el grupo que te estoy entregando.

\_ ¿Te dijeron algo más?

\_ No... Ha sido todo lo que he logrado conseguir. Nadie sabe que ha pasado con ella... Esperan nuevas indicaciones, pero no saben si ella se comunicara con ellos. Ha pedido discreción por lo que veo...

\_ ¿No te parece extraño que una heredera de un imperio como los Byrne desaparezca de tal manera?

\_ Eres tú el que es agente. No yo... No sabría que decirte.

\_ ¿Qué harías tú en su lugar?

\_ Lo obvio... Dar la cara. No es una herencia cualquiera. Tendría que encargarme de todo al ser el nuevo heredero...

\_ ¿Y si te encontrases en peligro?

\_ ¿Por qué me lo preguntas?

\_ Porque te mueves en el mismo mundo que ella... Quisiera conocer como piensa alguien de tu

mundo. Eres un hombre de poder.

\_ Todo depende de que tan grave se encuentre la situación en que me encuentre... No pondría la vida de los míos en peligro.

\_ Tal vez ella piense de la misma forma... Aún así, si esta sola. ¿Qué le retiene al no dar la cara en Sligo?... Perdóname por meterte en esto. Ni siquiera debería tocar el tema contigo.

\_ Sabes que puedes contar conmigo. Soy una tumba...

\_ Gracias, Shane... Gracias por tu ayuda.

Me despedí de él, mientras volvía a ver a Amelia, sin saber que era ella, junto a Allie. Realmente, el hombre en quien me había convertido, no podía negarse a si mismo lo hermosa que era. Nuestras miradas se encontraron. Ella sonrió por educación y yo hice lo mismo, alejándome de aquel lugar. Debía seguir trabajando.

¿Quién hubiese dicho que siempre había tenido las respuestas en mis narices? ¿Quién hubiese pensando que la pieza esencial del rompecabezas que armaba, siempre había estado en frente de mí? ¿Quién me hubiese respondido que todas las respuestas estuvieron siempre cerca de mí?

## Capítulo 6

\_ Señorita O'Hara...Mmm... Me encantan las galletas que hizo, ¿verdad que están ricas?\_ le había preguntado la niña a la señora Clarisse.

\_ Ciertamente...Son muy ricas...\_ dijo a comer una\_. Me alegra que me haya convencido de que eras una buena cocinera. Me costo un poco creerte... Pero si que ha valido la pena.\_ dijo algo graciosamente.

\_ ¿Lo dice por lo que le hizo una vez Sophia en su cocina?\_ preguntó en su inocencia Allie, mientras se metía otra galleta en la boca\_. Casi nos hace llamar a los bomberos...

\_ ¿Sí?...\_ tomó una galleta en sus manos para comerla\_. Al menos me alegra haber pasado la prueba... En mi corta estadía podré cocinar de nuevo galletas.

\_ ¿Sabes hacer torta?\_ le preguntó Allie con cierta ilusión.

\_ Sí...

\_ ¿De chocolate?

\_ Sí...

\_ ¿Puedes hacer una?

\_ Allie...\_ dijo la señora Clarisse, intentando no reírse en carcajada.

\_ No importa, está bien... Sí, Allie. Si puedo... Mañana, incluso si quieres, te puedo enseñar y así me ayudas... ¿Te parece?

\_ ¡Sí!\_ dijo al aplaudir alegremente.

Amelia se recordó de niña, en la propiedad que había heredado de su abuelo y se había negado volver, ella era exactamente igual que Allie. Una niña sonriente, llena de ilusiones. Sonrió con cierta tristeza al recordarlo. Ya no quedaba absolutamente nada de aquella niña. Y a veces deseaba retroceder el tiempo y volver a aquel pasado para cambiar lo que jamás debió suceder. Sus padres jamás debieron conocer a los padres de Christopher. Y ella jamás debió permitir dejarse engañar y aceptar aquel compromiso.

Ahora se encontraba sola en un mundo que ya no le pertenecía. Con una vida que no era suya. Christopher jamás desaparecería de su vida. Y con ello, jamás la dejaría en paz. Sabía, gracias a Eileen, que él había preguntado por ella. Dejándole claro que movería cielo y tierra hasta encontrarle.

\_ ¿Sucedo algo?\_ le preguntó Allie al observar aquella expresión en mi rostro.

\_ No... Nada...\_ dijo al mentir. No veía la razón porque decirle la verdad a alguien que pronto dejaría de ver. Sabía que aquel cuento de hada que se había construido al refugiarse en aquel lugar. En aquel trabajo de niñera, acabaría cuando Sophia regresara de sus vacaciones.

Por más miedo que le provocara ese momento, por más sufrimiento que hubiera padecido en su regreso a Irlanda, después de abandonar Suiza, sabía que ese secreto moriría en su silencio.

\_ ¿Segura?

\_ Por supuesto... Sólo que me quedé algo pensativa. Realmente nunca había estado en un lugar tan hermoso como éste...\_ mintió, tratando de ocultar su verdad. Y de disimular lo que realmente le había ocurrido.

\_ ¿Qué vamos a hacer?\_ preguntó Allie después de otro rato de silencio. Salvándola de otro cuestionario lleno de preguntas que realmente ella no quería responder.

\_ ¿Qué te gustaría hacer?\_ le pregunté de inmediato.

La vida realmente me envolvía en aquel misterio que no llegaba a descubrir. Las piezas del rompecabezas que intentaba armar, no encajaba. Y era la primera vez que algo así me sucedía, por lo que empezaba a sentirme frustrado.

\_ ¿Dónde te has metido? ¿Por qué no has vuelto a comunicarte con todos la directiva de tu empresa? ¿Acaso sabes quién es quien esta detrás de ti para hacerte daño?... Sé que no estas muerta. Pero, me haces cuestionarme con todo este misterio que se envuelve en tu vida, Amelia Byrne...\_ dije al mirar la foto que tenía de aquella mujer, cuando era una adolescente.

Sin embargo, aún desconocía aquello que sucedía en nuestras espaldas. Ella por preferir mantenerse al margen y yo por ignorancia.

\_ ¿Qué has sabido sobre lo que planea hacer con los negocios de su abuelo?\_ le decía un hombre

a otro.

\_ Nada aún... Mañana se llevara una reunión con toda la directiva. Se especula que alguien hablara en nombre de la heredera.

\_ Entonces, ¿se ha comunicado con alguien?

\_ Eso parece... Ha llegado un sobre en su nombre. Pero como si hubiese sido enviado por alguien más... No quiere, por lo que se ve, que se sepa sobre su paradero.

\_ ¿Christopher ha encontrado algo?

\_ Sigue buscándola... Es el más interesado en encontrarla.

\_ Me lo imagino... Con todas las deudas que tiene, desea encontrarla para llevar aquel matrimonio que se debió llevar hace tiempo. Aunque ella rompió con él... Ese muchacho fue un tonto ha hacerse ver realmente por ella...

\_ Por lo visto, la nieta del señor Byrne no es ninguna tonta.

\_ Ciertamente... Charles, necesito que le sigan los pasos a la persona que elija la directiva... No quiero errores... La quiero fuera de todo esto. Si llega a aparecer.

## Capítulo 7

El siguiente fin de semana Amelia sorprendió una vez más a Allie, mientras la acompañaba a la cocina.

\_ ¿Qué vamos a hacer?

\_ Clarisse y yo te hemos comprado un regalito...

\_ ¿A mí? \_ preguntó sorprendida.

\_ ¿Te acuerdas que te prometí que haríamos galletas el domingo pasado y no pude cumplirlo?

\_ Sí... \_ dijo sin entender.

\_ Bueno... Clarisse y yo al saber lo ilusionada que estabas. Quisimos hacer que este fin de semana asombres a tu papá... ¡Nos ayudarás a hacer una torta de chocolate!

Aquella pequeña sonrió de alegría. Cuando vio que aquel pequeño obsequio tenía dentro un gorrito de cocinera. Un delantal con muñequitos. Y unos guantes.

\_ ¿Lista para hacer una rica torta de chocolate? \_ le preguntó Amelia con una sonrisa en su rostro.

\_ ¡Sí! \_ le respondió Allie saltando llena de alegría.

Ese día su padre había recibido de nuevo una de mis inesperadas visitas. Ellos eran lo único que tenía en Sligo, por lo que a pesar de que estaba por trabajo, a veces me excusaba rompiendo mis propias reglas. Y en parte, aunque en ese instante no me lo quisiese admitir, conocía realmente la razón principal. Aquella mujer que conocía como Katherine O'Hara, me llenaba de incertidumbre. En medio de ella había un enigma que me llamaba la atención.

Amelia le fue indicando los instrumentos que necesitan para hacer aquella torta. Incluyendo los ingredientes que utilizarían. Allie prestaba atención, como si después ella sería la que haría aquella torta de chocolate, sola. Por lo que fueron divirtiéndose al ir la preparando.

\_ Ya el horno está listo... \_ les dijo Clarisse cuando terminaban de batir los últimos ingredientes.

\_ Bien... Vamos a echar la mezcla en este recipiente... \_ le indicó Amelia al tomar el envase donde habían batido la mezcla de la torta. Mmmm... ¿Ya se ve rica?

\_ Mmm... \_ expresó Allie.

\_ ¿Te enseño un trunco? \_ le dijo a Allie.

\_ Sí...

\_ Cuando era pequeña como tú mi mamá me enseñó hacer esto... \_ tomó un poco de la mezcla que no utilizarían con su dedo índice y se lo metió en la boca. Mmm... Esta rica la mezcla... Pruébala...

Allie sonrió e hizo lo mismo.

\_ Mmm... Si esta rica... A papá le gustara... Y a Rodrigo si viene hoy...

Amelia se limitó a sonreír. Sintiendo una repentina sensación dentro de ella. Jamás había sentido por otra persona y había empezado a odiarse a sí misma por ello. No... No podía sentir nada por nadie.

Después de colocar el recipiente donde habían puesto la mezcla de la torta, en el horno, Amelia se acercó de nuevo a donde se encontraba Allie.

\_ Déjame un poquito... \_ dijo al tomar un poco de mezcla con su dedo índice y tocar su nariz.

¡Te manche!

\_ Eso es trampa...

\_ No me atrapas... No... No me atrapas... \_ dijo al medio correr, jugando con Allie, sin ver que Shane y yo nos acercábamos a aquel lugar.

\_ Discúlpeme... \_ dijo al girar, encontrándose conmigo, después de sentir sus manos en mis brazos.

\_ ¡Papá! ¡Rodrigo! \_ gritó Allie corriendo a los brazos de su padre, saludándome al mismo momento. Estamos haciendo una rica torta de chocolate...

Shane nos miró con atención a Amelia y a mí, como si no estudiase. Mi postura de hombre serio e indiferente había cambiado un poco al ver jugar a aquella mujer con Allie. No como una empleada. Sino como una chica... Era la misma mirada con la que él había mirado a la madre de su hija en vida.

Allie pronto se puso a hablar sobre aquella torta de chocolate que estaban preparando.

\_ Es una receta que aprendí de mi madre...\_ nos explicó Amelia con un poco de vergüenza y de desconcierto.

\_ Se ve bien...\_ le dijo Shane al sonreír. Mientras Clarisse llevaba todo los recipientes sucios al lavaplatos. Me imagino que Allie fue la que te convenció... Ella le encanta las tortas de chocolate...

\_ Realmente fui yo la de la idea... Clarisse y yo queríamos que ella le sorprendiera a usted...\_ le dijo con normalidad\_. Y... Espero no haber tomado una mala decisión.

\_ Está bien... Gracias...

\_ Te va a gustar mucho, papá y a ti también Rodrigo...

Nuestras miradas se encontraron, más de lo normal, por lo que después fingí interés en la cocina de la señora Clarisse, mientras Shane aún me asombraba, con cierta gracia.

Cuando la torta de chocolate estuvo lista, esperamos a que se enfriara, por lo que Shane nos pidió a Clarisse y a mí, que nos sentáramos junto a ellos en la sala principal. No era lo más adecuado, siendo nosotras unas simples empleadas. Pero Shane insistió, por lo que negarnos no pudimos.

\_ ¿Me encanta para ti?\_ me había dicho Shane, cuando estuvimos un momento solos.

\_ ¿De qué hablas, Shane?\_ dije sorprendido, mientras él me sonreía.

\_ No te hagas el que no sabes nada... Vi como mirabas a la señorita Katherine O'Hara.

\_ ¿Qué?

\_ Conozco tan bien esa mirada en ti... La he visto tan pocas veces.

\_ Shane, ¿qué locura se te ha metido en la cabeza?...

\_ ¿Qué? ¿Vas a negar lo que he visto con mis ojos?

\_ Ella es solo una empleada... Es la niñera substituta de Allie, mientras Sophia llega. Y yo no he venido con otro propósito a Sligo...

\_ ¿Y pretendes que te crea?\_ sonrió con un poco más de picardía.

\_ Siempre he sido un hombre solitario. Y no pretendo cambiar eso...

Shane me miró con una mirada fija.

\_ ¿Entonces?\_ cruzó los brazos\_. ¿No te parece hermosa?

\_ Me parece una persona encantadora. Nada más...

\_ ¿Por qué será que no te creo?

\_ Pues, lamento decepcionarte al no poder responder a tu inquietud.

Mientras tanto, Clarisse y Amelia estaban en la cocina, junto a Allie, verificando si ya la torta estaba fría. Cuando vimos que sí, cortaron cinco porciones y las sirvieron en unos platos pequeños. Y la llevaban a la terraza cercana al jardín, en donde se encontraba Shane conmigo.

Me percate de aquella sonrisa de Amelia, mientras ella se encontraba de nuevo algo pensativa.

Se sentía orgullosa de si misma, que sentía que por un breve periodo de tiempo, volvía a ser aquel ser que realmente era. Era la alegre Amelia Byrne. Aquella Amelia que jamás había visto barreras para ser feliz, y hacer feliz a alguien. Aquel día había hecho feliz a Allie. Y eso era más de lo que una parte de ella esperaba a volver a sentir.

Christopher y su codicia le habían robado parte de esa felicidad al convertir su vida en un infierno y en una vil mentira.

## Capítulo 8

Cuando se encontró al fin en su habitación, acompañada con la soledad de aquella habitación. Se recordó a mi misma antes de conocer a Christopher. Aunque era tímida, nunca había sido una cobarde. La cobarde en que se había convertido a causa de él. Antes solía ser una persona con sueños. Sin embargo, en ese instante, mientras se encontraba acostada boca arriba, mirando al techo, era exactamente la que debía ser siempre. Era ella. Simplemente ella... Amelia Byrne y no Katherine O'Hara.

\_ Sabes lo que es estar en esta oscuridad, Amelia, con un sueño que se esta escapando de tus manos... Que parece estar tan lejos hoy de aquí. Tienes que creer en ti. Si dios te trajo a este lugar, es para que veas que ni hay razón para que sigas teniendo miedo... Debes continuar con tu vida. Christopher no puede arruinar lo que te queda por vivir... No debes permitirselo...\_ se dijo a si misma, sabiendo que pronto tendría que marcharme de aquel lugar, que pronto llegaría Sophia, y ella debía buscar un nuevo trabajo.

Debía encontrar el valor suficiente para regresar a su vida. Y decir muchas verdades. Y dejar de tener miedo... Eso era lo peor que podría tener.

Todo camino tiene un arco iris. Y cada deseo tiene una estrella. ¿Cada lágrima tiene un hombro en el cual llorar. Y cada noche tiene sus guitarras... Pero cada loco, es un loco solitario, y yo me había convertido en ese loco, al sentirme atraído por quien no debía. ¿Acaso había olvidado quien era y cual era mi deber en aquel lugar? ¿Por qué cada noche pensaba en ella... En Amelia, sin saber realmente que ese era su verdadero nombre?

En mi interior me repetía que algunas cosas que suceden en nuestras vidas no son ciertas. Pero hay algunas de las que podemos estar seguros... ¿Llegaría a entenderlo también con la verdad que se colocaba en frente de mí?

En mi ignorancia desconocía que era a ella a quien yo debía salvarle la vida. Al mismo tiempo, que desconocía que Katherine y Amelia eran la misma persona. Y que empezaba a sentir algo por aquella pieza importante del rompecabezas que armaba en mi cabeza.

\_ ¿En dónde demonios te habías metido?\_ me dijo Jared al llamarme al celular.

\_ ¿No me dirás ahora que también te convertirás en mi sombra?\_ dije al escucharle. Aquella mañana no quería recibir ninguna orden.

\_ Estas de un humor... ¿Te has levantado acaso con el pie izquierdo?

\_ Podría ser... ¿A qué debo tu llamada?

\_ Simplemente, no puedo hablar con un buen amigo...

\_ ¿En serio?\_ dije con cinismo\_. Mira, Jared, la verdad no has llamado en buen momento. Anoche no dormí bien y mi estado de humor no es el más indicado para hablar con nadie sino es por asunto de trabajo...

\_ Bien, solo para que sepas... Tenemos en la lista a tres de la directiva de la empresa del abuelo de Amelia como sospechosos...

\_ ¿Qué?

\_ Sí... Como has escuchado. Al parecer habían tenido problema con el abuelo de Amelia Byrne, por algo... Posiblemente, tengan que ver con algún asunto con la contabilidad de la empresa o decisiones no aceptadas por el abuelo de ella... Es bueno que también empieces a seguirles sus pasos. ¿Has encontrado algo al seguirle los pasos a la amiga de la infancia de Amelia?

\_ No... Aún nada...

\_ Bueno, te dejo... Estamos en contacto...

Aquella misma mañana, Amelia se encontraba en el jardín, enseñándole algunas palabras en francés a Allie. Sin ver que Shane le estaba observando, aún más asombrado. Ella realmente se había convertido en una cajita de sorpresa.

\_ Buenos días...\_ dijo al acercarse.

\_ ¡Hola papá!... Estoy aprendiendo palabras en francés. Padre es père y madre es mère. Hola se dice "çava" o también "Salut". ¿Cómo estas tú? se dice "comment allez-vous?" O "comment ça va?" Buenos días se dice "Bonjour"... La señorita O'Hara me ha prometido enseñarme también alemán.

\_ Gracias... No sabía que sabía hablar aparte de inglés y gaélico, otros idiomas.

\_ Sí... Me educaron para que aprendiera a defenderme con otros idiomas a parte del mío, por herencia. \_ dijo siendo sincera, por primera vez.

\_ ¿Y qué idiomas habla?

\_ Habló francés y alemán con fluidez... Aparte de un poco de español, italiano y latín.

\_ Me ha sorprendido... Es realmente una cajita llena de sorpresa.

\_ Sí... \_sonrió con cierta timidez, no había mejor descripción para ella. En eso era en lo que se había convertido.

\_ ¿Podría hacerle una pregunta? \_ dijo, mientras se sentaba junto a su hija y buscaba con la mirada a Amelia.

\_ Sí, por supuesto...

\_ ¿Qué pensaría si le dijera que me gustaría que se quedara?

\_ ¿Quedarme a trabajar con usted?

\_ Sí...

\_ Me encantaría... Pero no podría quitarle el trabajo a alguien más. Este trabajo le pertenece a Sophia... Y vería injusto tener su lugar y que ella pierda su trabajo. No podría soportar a mi consciencia. Por lo que... Gracias, pero no...

\_ No le estoy diciendo que pienso despedir a Sophia... \_ dijo al interrumpirla, mientras sonreía lleno de sorpresa. Jamás se le había ocurrido aquella idea\_. Lo que estaba pensando era algo más...

\_ ¿Algo más?

\_ ¿Qué tal si la contrato como la profesora de idioma de mi hija?... Sería un buen avance para ella, antes de que entre a un colegio... Y veo que usted es muy buena en eso... ¿Qué me dice?

\_ ¿Acepta mi propuesta de trabajo?

\_ Sí... Sí... Acepto. Gracias...

\_ De nada... Bueno, he de marcharme, he de ocuparme de unos negocios esta mañana y me he retrasado un poco. \_ abrazó a su hija y le dio un beso en la mejilla\_. Espérame esta noche...

\_ Sí, papá...

## Capítulo 9

Solía ser algo observador, siempre me lo habían dicho... Y tal vez por eso, algo en mí me decía que debajo de aquella actitud tan enigmática de "Katherine" había algo que me atraía, sin saber por qué. Shane realmente empezaba a tener razón, aunque yo mismo me lo negara. Sin imaginarme que debajo de aquel témpano que había dentro de mí, ella era la única en tener el poder de desvanecerlo.

\_ ¿Qué piensas hacer? ¿Te quedaras con los brazos cruzados, primito?\_ me dijo Shane una vez más, tratando de sacarme de mis cabales. Como solía hacerlo cuando éramos tan sólo niños\_. Te he asegurado más tiempo para verla. La he contratado para que le enseñe idioma a Allie.

\_ ¿Idioma?\_ pregunté con extrañeza.

\_ Es una cajita llena de sorpresa. Habla varios idiomas muy bien...

\_ Ok...

\_ Deberías invitarla a salir... Esa chica me agrada para ti.

\_ Estoy en Sligo solo por trabajo... Pronto volveré a Dublín.

\_ O a otra parte... Desapareciendo como lo tienes por costumbre, ¿o me equivoco?

\_ Tú más que nadie sabes mis razones...

\_ A veces me haces extrañar al Rodrigo con quien solía jugar desde niño... A mi querido primo medio español, medio irlandés...

He sido fulminado con ese recuerdo del ayer. ¿Que podría decir? Todo en aquel instante parecía tener sentido ante mí. Y ahora que la recuerdo aún más que antes, siento como ella se quedó con mi todo, incluyendo mi corazón, y yo no puedo hacer nada para que aquello cambie. Las cosas buenas en la vida son difíciles de hallar, debí saberlo en aquel preciso instante, y ella era esa mitad que todo hombre sincero desea encontrar. La vida me había hecho el favor sin yo pedírselo.

Sin embargo, ahora, una parte de mí esta muerta y tirada en el suelo. Aquello que hice y deje de hacer me está matando. Mi vida con ella hubiese significado "todo". Y a veces siento que una parte de mí no quiso ni quiere rendirse tan fácilmente, a pesar de sentir que ella ha sido un crimen de amor para mi vida. He empezado a sentir la necesidad de reencontrarme de nuevo con ella, pero sé que todo lo que deseo es un imposible.

Mi memoria, una y otra vez, regresa a aquel instante. La sigo mirando como si no supiera quien es realmente ella, ni sobre aquel dolor que se alberga tan celosamente dentro de su corazón. El tiempo pasa, y sigue confabulándose, no sé si a veces en nuestra contra o en nuestro favor, al mismo tiempo, en que el silencio nos aleja un poco más cada momento.

\_ ¿Vas a dejar que vuelva a insistir de que deberías invitarla a salir?\_ me había dicho una vez más mi primo, cuando mi mirada se perdió en ella. Se sonrió al ver un gesto de disgusto en mi rostro\_. ¿No pensarás volver a negarme que esté en lo cierto?

\_ No pongas palabras en mi boca.

\_ Yo no estoy poniendo palabras en tu boca... Sólo estoy expresando lo que veo. ¡Y veo que te interesa Katherine!... Es una chica muy guapa. Y a pesar de que eres un chico muy ocupado, deberías al menos permitirte invitarla a salir aunque sea una vez. ¿Sería tan duro hacerlo aunque sea una vez en tu vida? ¿Tan malo sería?

\_ Estoy en Sligo por trabajo... No para hacer nuevas amistades.

\_ ¿Y acaso alguien más tiene que saberlo?...\_ dijo al cruzar los brazos y al mirarme con cierta picardía\_. Creo que no sería tan difícil hacer un sacrificio... ¿Qué tendrías que perder?

Le miré a lo lejos, mientras mi primo insistía en que hiciera un pequeño paréntesis en mi vida, haciéndome cuestionarme si todo ese tiempo jamás me había detenido a pensar si estaba en lo correcto en querer vivir como un ermitaño. Aquel hombre solitario en quien me había convertido.

Y por primera vez, empecé a romper mis propias reglas.

Le abrí aquel paréntesis a algo que me hizo llegar aún más a ella.

\_ Hola...\_ dije al acercarme a ella, al verla sola en el jardín de la propiedad de mi primo.

\_ Hola...\_ me miró con cierta extrañeza. Era la primera vez que me acercaba realmente a ella.

\_ ¿Puedo hacerte una pregunta?\_ dijo con extrañeza al ver mi rostro.

\_ Por supuesto. ¿Qué quiere preguntarme?\_ dijo con cierta resistencia. Como protegiéndose a si misma. A la Amelia que debía mantener aislada de todo aquello que podía desvelar su verdadera identidad.

\_ Bueno... Lo que realmente quería era invitarla a salir, y me estaba preguntando si usted aceptaría a salir conmigo.

\_ ¿Habla en serio?\_ preguntó sorprendida\_. Perdone mi asombro...

\_ ¿Tan serio te parezco?\_ le pregunté fingiendo curiosidad.

\_ Sí... Bueno, debe ser normal. Por lo que conste que no he tratado de ofenderle...

\_ Sé que no has tratado de ofenderme... ¿Qué tal si aceptas mi invitación a tomar al menos un café y a hablar, sino quieres sentirte tan comprometida? Así podrás ver que no soy tan...\_ alcé los hombros\_. Tan serio... Como parezco.

Ella sonrió un poco al ver aquello tan cómico. Realmente se me estaba haciendo algo difícil. No estaba acostumbrado a invitar a alguien a salir. Había perdido la costumbre. Y se hacía tan evidente en aquel instante ante sus ojos.

\_ ¿Qué le causa tanta risa?\_ dije al ver aquella sonrisa que ella trataba de ocultar. Pero que yo ciertamente había notado en sus labios.

\_ ¿Ah?\_ fingió no entender mi pregunta.

\_ He notado que has oprimido una sonrisa... ¿Por qué?

\_ Eres muy observador...

\_ Realmente... ¿Qué te causa risa?

\_ ¿Y lo preguntas?... Sinceramente me parece cómico estar hablando con mi acompañante simpático de viaje. Al que por cierto volví a ver al empezar a trabajar aquí...

\_ Tendré que tomar eso como un cumplido antes de demostrarte que no soy tan serio como lo parezco. Y sé reírme...

\_ ¿En serio?\_ fingió sorpresa.

\_ ¿Sueles ser así siempre?

\_ Solía serlo...\_ expresó con una tristeza que de repente llegó a su rostro\_. Aún más... Pero... No importa...\_ miró a su alrededor, antes de buscar de nuevo mi mirada. Su rostro feliz ya no estaba\_ ¿Sabes una cosa?

\_ ¿Qué?

\_ Ya no me parece tan serio... Va ganando mérito...

\_ Entonces, ¿es un sí?

\_ Sí... No veo porque no podría aceptar al menos una invitación para tomar una taza de café y hablar...

\_ ¿Te parece bien este fin de semana?... Shane me ha dicho que es tú día libre.

\_ Está bien... Si me excusa, tengo que regresar a mis labores. Sólo salí un momento. Tengo que regresar a la habitación de Allie.

\_ Ok, no le quitaré más tiempo.

## Capítulo 10

Aquel fin de semana, pronto estuvo en frente de nosotros. Aun al cerrar los ojos, siento que retrocedo a aquel sábado y empiezo a recordar nuestra primera cita. El inicio de algo que nunca pensé que podría salirse de control.

\_ ¿Qué haces?\_ le preguntó Clarisse al verla buscar entre sus cosas algo adecuado para la ocasión, aunque un poco informal.

\_ Sólo estoy buscando algo decente que usar. Hoy es la cita para tomar el café que le acepté al primo del señor Shane McGeough.

\_ Aún estoy sorprendida... Jamás le había escuchado al señor Rodrigo Suarez invitando a una chica. Y no lo digo porque esa chica seas tú... Sólo que desde que lo conozco, siempre ha sido un hombre solitario.

\_ Entiendo...\_ dijo algo incómoda.

\_ Eso no tiene nada malo... Probablemente se ha percatado de que es momento de conocer a alguien y te ha estado observando. Quizás hasta el señor Shane haya intervenido un poco al darle un empujón a su primo. Le quiere mucho... Siempre han sido como hermanos. ¿Te ayudo?

\_ Sí... También tengo tiempo sin saber que es una cita y no sé que elegir... Aunque nada más es una simple cita. Sentí que después del esfuerzo que había hecho para invitarme a salir, era poco amable negarme.

\_ ¿Estás segura que no te gusta ni un poco el señor Rodrigo?\_ dijo graciosamente, y al mismo tiempo, tan asombrada al observar una expresión en el rostro de Amelia\_. Es un hombre muy guapo.

\_ ¿A mí?\_ dijo nerviosa. Era algo que antes no había querido ver, y sin embargo, en ese instante, ante sus ojos se veía tan obvio\_. No...\_ mintió\_. ¿Cómo cree?

\_ Te has sonrojado mi pregunta, sólo lo digo por eso.

\_ No tengo ningún interés en él... Como he dicho, simplemente no encontré las palabras para negarme. No tuve corazón al ver el esfuerzo que había hecho. Pude ver que no estaba acostumbrado a invitar a alguien a salir.

\_ Ya veo...\_ dijo al medio sonreírse. Tratando de no verse tan obvia, al darse cuenta que aunque Amelia se negaba a afirmar que le gustaba, esa era la verdad\_. Podrías vestirte semi casual... Este pantalón, con ese jersey y esta chaqueta se te vera genial. Además de esta bufanda.

\_ No lo sé...

\_ Solo pruébatelo y veras...

Aquel pantalón era un jean negro. El jersey era beige. Y la chaqueta era negra. La bufanda era de colores. Y junto a las botas que Amelia había elegido, no podía negarse que ella se veía elegante.

\_ Mírate ahora al espejo...\_ le dijo Clarisse\_. ¿Qué tal, Katherine?

\_ Sin palabras...\_ dijo al mirarse al espejo. Sin poder creer que esa era ella. Tenía tanto tiempo que no se arreglaba de esa manera, que sentía que miraba a otra persona. A la Amelia que había olvidado hacia tanto tiempo.

\_ Te ayudaré a maquillarte...

\_ No es una cita romántica...\_ dijo al reaccionar.

\_ Eso lo sé...\_ dijo al medio sonreír con picardía\_. Simplemente quiero ayudar un poco.

\_ Ah...Ok, gracias.

Me acerqué a la propiedad de mi primo en la mañana. Eran como las 10:30 am. Sin saber que hacía realmente allí. ¿Acaso había perdido un poco la cabeza?

Sin embargo, era consciente de que ya era tarde para renunciar a aquella cita. Sería descortés de mi parte y realmente ya me había metido en ello.

\_ Hola... Buenos días...\_ dije al verla salir con dirección a mi automóvil, viendo que ella se sentía también algo incómoda. Aunque no tanto como yo\_. Espero no haberle hecho esperar...

\_ No... Para nada...\_ dijo, mientras me disponía a contemplarla y admirarla en silencio\_. ¿Lista? Iremos a un restaurante que esta cerca.

\_ Ah... Ok...\_ dije, mientras le abría la puerta de copiloto.

Era su primera cita con alguien siendo Katherine O'Hara. Era su primera cita, después de decirte

tantas veces, que era momento de salir de aquel encierro en si misma. Ahora era otra persona. Ahora era alguien que jamás la conectaría con quien realmente era.

Amelia Byrne había desaparecido en Suiza. Y allí se mantendría, tras el misterio que había conseguido en muchos.

\_ ¿Eres de Sligo?

\_ Se puede decir que sí...\_ me respondió, después de yo haber iniciado aquella conversación, mientras nos habíamos sentado a tomar un simple café\_. ¿Y usted?

\_ Por favor, tutéame... No soy tu jefe...\_ medio sonreí, mientras la miraba a los ojos. A esa lentillas que me ocultaban el verdadero color de sus ojos\_. Sí... Soy medio irlandés y medio español. He vivido en ambos países.

\_ Debe ser algo difícil...\_ dijo, recordándose a si misma en la misma situación.

\_ Ciertamente, en ocasiones lo ha sido... ¿Has estado alguna vez fuera de Irlanda?

\_ No... He estado toda mi vida en Irlanda. Nunca he salido de sus fronteras.

\_ Escuché que estabas estudiando.

\_ Sí...\_ mintió, aquello había sido una excusa para encontrar aquella oportunidad de trabajar. Su amiga Eileen la había iniciado y ella la había continuado\_. Pero tuve que parar por un momento mis estudios.

\_ Imagino que ha sido una decisión difícil para ti.

\_ Sí, un poco.

\_ También me dijeron que hablas varios idiomas... Incluso español.

\_ Sólo un poco...

\_ Me he asombrado al saberlo.

\_ Es parte de mi carrera... Siempre me han gustado los idiomas y la cultura de otros países.

\_ ¿Cuál país te gustaría conocer por su cultura?

\_ Creo que cada país tiene su propia belleza... Si hablo de un solo país, creo que sería injusta. Es como si yo te preguntara que país te gusta más, si España o Irlanda. Sería una pregunta muy injusta... Ambos significan algo para ti.

\_ Tienes razón... ¿Tu familia es de Sligo?

\_ No tengo familia...\_ medio sonrió, mostrándome aquella tristeza que había tratado de ocultar\_. Soy huérfana... Por eso se me ha hecho difícil costear por mi misma mi carrera. Pero sé que algún día la terminaré.

\_ No lo sabía... Perdóname si te he incomodado con mi pregunta. Espero no haber arruinado la salida para tomar un café. No ha sido mi intención.

\_ Señor Suarez... Perdón, Rodrigo... No ha arruinado nada. Es un lugar realmente hermoso...\_ agregó fingiendo que observaba el lugar, y así permitirme cambiar de tema.

\_ Sí... Es un hermoso lugar.

\_ ¿Sucedo algo?

\_ Al escucharte, te he admirado más que antes.

\_ No entiendo, ¿Por qué?

Ella me miró con cierta sorpresa.

\_ Desde la muerte de mis padres he dejado a un lado al Rodrigo que era antes. Y hasta he olvidado que es sonreír. Realmente, pensando en lo que pensabas de mí antes, he de afirmar que sinceramente era más que un hombre serio.

\_ Tal vez... Pero sigues siendo una buena persona, aunque no sonrías.

\_ ¿Cómo puedes estar segura de eso?

\_ Sencillo... Por tu forma de ser al hablar y expresarte. Sólo eres una persona que por el dolor se ha refugiado en si mismo...\_ se detuvo\_. Lo siento, apenas te conozco y estoy diciendo cosas de más.

\_ Es bueno escucharlo de alguien que apenas me conoce.

La amistad que surgió después de allí entre nosotros, aunque en parte me dijera que había nacido a causa de aquella cortesía, empezó a ser una amistad sincera. Pero era consciente que estaba allí por trabajo y que cuando encontrara a quien buscaba y cumpliera por completo con mi trabajo,

me marcharía de allí, siendo el mismo hombre de siempre. Estaba primero el deber que la afinidad que pudiese haber entre ella y yo. Por lo que tuve que recordarme aquel margen que había impuesto en mi vida. Y era una línea que jamás podría cruzar, aunque una parte de mí quisiera.

## Capítulo 11

A Amelia la perseguía la misma pesadilla de siempre. Aquella que le recordaba que Christopher no descansaría hasta el día en que la encontrara de nuevo.

Y sin saberlo, estaba en lo cierto, aquella mañana en que ella había despertado inquieta y temblando, sintiendo su presencia tan cerca de ella, él se encontraba en su habitación, sentado en su cama, con la espalda apoyada en el cabezal. Había corrido las cortinas. Por lo que la habitación sólo estaba iluminada con una lámpara que se encontraba en su mesa de noche. En aquel instante tenía un solo pensamiento en su mente: Encontrarla, mientras en sus manos tenía una foto vieja de ella. Y la acariciaba, imaginándose que haría de ella cuando la tuviese en sus manos.

Amelia sólo le pertenecía a él. Y nadie más entraría en su vida. Absolutamente nadie más. O él mismo acabaría con aquello. Él deseaba buscar la forma en hacérselo ver. Aunque ella hubiese desaparecido de su vida. Se concentró en aquella vieja fotografía, ignorando su alrededor. Pronto se levantó de la cama y caminó hacia la ventana. Observando el exterior de su casa.

¡Dios se apiadase de Amelia si lograba poner sus manos sobre ella!

\_ ¿Has descubierto algo nuevo?\_ me preguntó Jared por teléfono.

\_ Ciertamente, sé que la amiga de Amelia debe saber algo... Incluso, Christopher, el ex de quien buscamos también lo cree. Pero es muy buena fingiendo que no sabe nada.

\_ ¿Algo más?

\_ He estado siguiendo sus pasos. Pero no me ha llevado a donde realmente quiero llegar... Saber en que lugar se esconde Amelia y el por qué.

\_ ¿Estás seguro de que sabe algo? Tengo entendido de que la última vez que se vieron, fue antes de que Amelia regresara a Suiza.

\_ Nunca me he equivocado en una hipótesis...

\_ Sé que eres bueno en eso. Quizás el mejor. Pero, ¿has pensado por qué ambas ocultan la verdad?

\_ Allí es donde aún me falta llegar. Me falta aún esa pieza que conecta a mi hipótesis con esa respuesta.

\_ Entonces, sigue trabajando. Yo haré lo mismo... Se esta convirtiendo en el primer trabajo complicado sin pies ni cabeza, en mi vida.

\_ No eres el único que lo está pensando...\_ dije y luego colgué al despedirme. Guardando mi móvil en el bolsillo de mi chaqueta, mientras giraba en mi automóvil hacia la derecha. Hacia el camino que me llevaba a la propiedad de mi primo.

Pronto me detuve en su propiedad, como se me había hecho costumbre. Sintiendo que en esa ocasión no tan sólo había ido a verlo a él, sino a ella. A quien conocía como Katherine O'Hara.

No podía dejar de negarme que cuando estaba junto a ella, sentía que aquella esperanza que había muerto en mí, volvía a nacer y a crecer. Era como si volviese a ser aquel Rodrigo que había crecido en Sligo, antes de la muerte de sus padres. Ella tenía ese poder, aunque yo me dedicase a fingir quien no era. Queriendo mostrarme, al mismo tiempo, tal cual era en frente de ella. Como si dos seres dentro de mí, lucharan por conseguir su propósito.

Mi trabajo era investigar y proteger a Amelia Byrne, por lo que no debía olvidarlo. Aunque por ironía ella, quien buscaba, estaba en frente de mí, siendo Katherine O'Hara. Ella al menos tras saber mi nombre, mi identidad no era tan secreta. Era Rodrigo Suarez para ella, como para los que aún se acordaban de mí y no me habían olvidado en Sligo. Aunque sólo mi primo conociera mi verdadera profesión. Y guardarse en secreto.

\_ ¿De qué te ríes?\_ le pregunté, después de entrar en la cocina y probar junto a Allie aquella mezcla de aquel pastel de chocolate con vainilla que ellas preparaban.

\_ De nada...

\_ ¿De nada?... Esa no es una respuesta...

\_ Lo sé... Pero... Es la única que te diré.\_ dijo al ignorarme y al darse la vuelta.

\_ ¿Por qué?

\_ Porque sí...\_ dijo graciosamente, al instante en que busqué su mirada.

\_ ¿Tengo algo en la cara? ¿Es eso?  
\_ Tienes la boca llena de chocolate como yo...\_ dijo Allie, al reírse también.  
\_ ¿Con qué es eso?\_ fingí sentirme ofendido, mientras buscaba una servilleta para limpiarme.  
\_ No... No es solo por eso...  
\_ ¿Entonces?... Y no me digas que nada... Esa no se vale como respuesta.  
\_ Está bien... Está bien... Simplemente estaba pensando en aquel Rodrigo malhumorado que una vez conocí... Y miré de repente a este Rodrigo y me hice la pregunta, ¿si eran acaso la misma persona?..  
\_ ¿Y a qué conclusión llegaste?\_ dije al cruzar los brazos, mirándola a los ojos y obligándola con ello que no dejara de mirarme.  
\_ Que me alegra haberlo conocido mejor y ver que si son la misma persona... Y no es tan malhumorado como pensaba.  
\_ ¿En serio?\_ sonreí, sin apartar la mirada de sus ojos.  
\_ Absolutamente, sí... Y en verdad me alegra saber que me equivoque cuando te conocí. Tal vez habías pasado un mal día... Pero eres una persona muy agradable.  
\_ ¿Te estás riendo otra vez de mí?\_ fingí enojo, para luego sonreírme\_. Lamento si te he hecho creer que estoy enfadado... Pues, no es así...  
\_ Entonces, puedo respirar tranquila...  
\_ ¿Alguna vez te han dicho que tienes una hermosa sonrisa?  
\_ Sí... Creo que sí.\_ dijo y dejo de sonreír, apartando su mirada de la mía. Acercándose después al horno para ver aquel pastel que había dejado en el horno.  
Por primera vez sentí el deseo de abrazarla y besarla. Y creo que ella también. Por lo que ambos nos separamos, sin entender que nos pasaba. Al mismo tiempo, que yo mismo me recordaba quien era y el motivo de por qué estaba en Sligo.  
\_ ¿Está listo?\_ preguntó Allie al acercarse. Algo que agradecemos tanto Amelia como yo.  
\_ Aún le falta...  
\_ ¿Mucho?\_ dijo con cierta tristeza.  
\_ Sí...

## Capítulo 12

\_ ¿Tienes planes para hoy?\_ le pregunte al llamarla una mañana. Sintiéndome como un verdadero idiota. Aquel nuevo fin de semana.

\_ Déjame ver mi agenda...

\_ ¿Tienes una agenda?\_ dije graciosamente, haciendo que ambos nos riéramos.

\_ No tengo nada importante... Sólo que pensaba leer un libro.

\_ ¿Cuál libro?

\_ Sola ante el peligro, de Nora Roberts, me lo recomendó una amiga y pensaba iniciar su lectura hoy...

\_ Bueno, si quieres podemos...

\_ No... No importa. Puedo dejarlo para más tarde.\_ dijo al interrumpirme\_. ¿Qué piensas hacer?

\_ No lo sé... Pensaba invitarte a dar un paseo por los rincones más bellos de Sligo. Obviamente, si tú aceptas...

\_ Hmm... ¿Puedo pensarlo?

\_ Si quieres...\_ dije y sonreí, recordándome que ella no era una cita. Sino alguien a que simplemente me agradaba. Y nada más.

¡Cuánto me mentía!

\_ Acepto...\_ dijo después de pensarlo.

\_ Entonces, ¿paso por ti en media hora?

\_ Muy bien, entonces, te espero...

Colgué, sin saber todo aquello que se formaba en su ser.

\_ ¿Qué me esta ocurriendo contigo, Rodrigo?\_ se dijo, mientras se sentaba en su cama y se sonreía como una tonta.

¿Sería lo mismo que yo me negaba?

\_ Sólo si todo fuese diferente, me permitiría escucharte corazón... Lo siento, pero me guiare por la razón... No puedo permitirme imposibles. Soy un hombre en cubierto... Un hombre que solo ha regresado a Sligo con un simple propósito. De lo contrario no estuviese aquí...\_ suspiré, odiándome al mismo tiempo, mientras le daba un golpe a la pared, antes de dejarme caer en mi cama\_. No confundas lo que no es... Esto es nada más una salida de dos personas que tienen cosas en común y sólo se reúnen en son de amistad. No hay nada más... ¡Debería acabar esto de una vez por todas! ¿Dónde demonios te encuentras Amelia Byrne, para así marcharme de nuevo de Sligo?

\_ ¿Por qué me gustas, Rodrigo?... Me gusta escuchar tu risa. Ver tus ojos... Me gusta soñar con tu voz. Incluso me gustaría abrazarte, y perderme en tu aroma... Pero sé que no puede ser. No me ves de la misma forma en que debo verte yo... Sólo somos amigos y eso debemos ser por el bien de ambos... Rodrigo, ¿qué has hecho en mi corazón?... No es justo...

Se levantó de su cama y se recordó que estaba en pijama aún, y que yo iría a buscarla en media hora. Por lo que debía bañarse y arreglarse lo más rápido posible.

Mi mente ahora se encuentra con un dilema, mientras todo mi ser la sigue recordando y extrañando. ¿Ella, me recuerda? ¿Así como yo le recuerdo? ¿O me habrá olvidado por completo? Sé que mentí por una buena razón. De eso jamás me arrepentiré... Sino lo hubiese hecho, jamás me hubiese permitido acercarme a ella.

Ahora no queda más que admitir que me he convertido en un ser transparente ante los demás. Que no es tan difícil ver cuanto me odio. Porque realmente, aunque sabía que por tanto tiempo me había prohibido a sentir ese sentimiento, me enamore de ella. Hasta el punto, de sentir que una parte de mi la necesitaba. Y ahora, no sinceramente, ya ni soy la mitad del hombre que se cruzo con ella en aquel avión a Dublín.

Ya había sido tarde cuando me había cautivado con la belleza de su alma.

\_ Perdona si te he hecho esperar...\_ le dije, al llegar a la casa de mi primo.

\_ Pensé que te habías olvidado de nuestra cita.\_ dijo en un tono gracioso, mientras sonreía\_. Es sólo una broma lo que acabo de decir...

\_ En verdad perdóname... No pretendía demorarme tanto. Tuve que ocuparme de un asunto

antes de llegar... ¿Tenías mucho tiempo esperándome?

\_ Un poco, sí... Pero no importa... ¿Con qué lugar pretendes sorprenderme?

\_ Es una sorpresa... Por lo que no te diré nada.

\_ ¿Ni por haberme hecho esperar tanto tiempo?

\_ Tampoco...\_ dije y sonreí.

\_ Déjame buscar mi chaqueta... Esta haciendo algo de frío. No tardare...

\_ Ok... Te espero.

En ese instante mi primo se acercó a mí. Se sonrió con su típica picardía, sin dejar de mencionarme lo bien que se me veía saliendo con alguien. Hasta mi semblante duro y rígido había cambiado. ¿Con qué finalidad lo decía? Con la única para que yo también me lo admitiera a mí mismo.

## Capítulo 13

- \_ Regresar a Sligo me hizo ver cuanto echaba de menos este lugar...
- \_ Hablas como si hubieses estado mucho tiempo lejos y no poco tiempo, como me hiciste saber.
- \_ Quizá exagero un poco... Pero al estar lejos, el tiempo que estuve fuera, se me hizo una eternidad.
- \_ Me agrada saber que te haya gustado esta salida. ¿No tienes un poco de hambre?
- \_ Un poco...
- \_ Bien, pues pensaba invitarte a mi casa a comer... ¿Te acuerdas del asunto personal que me había hecho demorarme un poco?
- \_ Eh... Sí...
- \_ Bueno, ese asunto personal se trataba de que me detuviera al tener una idea y me propuse a llevarla a cabo. Preparé el almuerzo... He querido invitarte a comer en mi casa... Bueno, si te parece bien a ti también...
- \_ ¿Cocinas?
- \_ Te sorprenderías mucho de mi talento culinario... \_ dije graciosamente.
- Ciertamente lo había hecho por una simple razón. Pero, ni yo mismo veía lo que eso hacía entre ambos.
- \_ Toma asiento... \_ le dije al hacerla pasar a mi hogar. Aquel lugar que había tenido olvidado por tanto tiempo, y ahora volvía a ser mi hogar.
- \_ Es bellísima tu casa... \_ dijo admirándola.
- \_ Gracias... ¿Quieres algo para beber? ¿Un refresco? ¿Agua? ¿Qué se te antoja?
- \_ Agua esta bien... Gracias...
- \_ Bueno, déjame poner un momento en el microonda la comida... Debe estar algo fría. Mientras tanto, iré preparando la mesa...
- \_ Si quieres...
- \_ Eres mi invitada, ¿ok?... No tardare mucho... \_ dije al interrumpirla.
- Después de preparar la mesa y servir la comida, saqué una botella de vino tinto de uno de los estantes de bebidas que allí se encontraba.
- \_ Espero que te guste... No sé si te guste el vino tinto.
- \_ Me encanta... Gracias... \_ dijo al sonreír, mientras ella se sentaba en la mesa.
- ¿Qué tenía aquella sonrisa y esa mirada que me hacía olvidar quien debía ser? ¿Por qué había empezado a verla como un hombre mira a una mujer? ¿Por qué en medio de una multitud de mujeres, ella era la que destacaba para mí?... ¿Acaso por qué estaba prohibida para mí?
- \_ ¿Me das un momento? \_ dije al ponerme de pie, mientras comíamos, cuando recibí una llamada de mi jefe.
- \_ Sí, claro...
- Me aleje de allí, sabiendo que aquella conversación tenía que ser privada.
- \_ ¿Ha sucedido algo nuevo? \_ le pregunté a mi jefe, al atender su llamada.
- \_ Necesito que no le quites la vista a Eileen Feehily... Y a su vez, te veas como un hombre que estás en Sligo por que te has enamorado de alguna bella chica de allá... No importa de quien sea.
- \_ ¿De qué habla? \_ dije aún sin entender.
- \_ Jared ha encontrado algo nuevo... Te están siguiendo los pasos... Han buscado dentro de tus datos personales para saber quién eres.
- \_ ¿Quién?
- \_ Aún no lo sabemos... Te enviare a Ronan como apoyo.
- \_ Pero no es justo que busqué a alguien con el fin de mentirle.
- \_ Voy a ser sincero contigo... Este es tu trabajo... Te guste o no, debes hacerlo. ¿O deseas que Jared tome tu lugar?
- \_ No... Claro que no...
- Mi corazón se estremeció al escuchar aquellas palabras. Mi mundo ahora se caía en mis pies, sin poder pensar como solía hacerlo tan fríamente en otras operaciones. Me había involucrado más de lo que mi ética me lo permitía y ahora tenía que dividirme entre quien era en realidad y quien

debía ser junto a “Katherine”.

¿Fingir que era alguien que estaba enamorado de ella? ¿Enamorarla? ¿Qué tan bajo podía caer ante aquella misión para llegar a mi verdadero objetivo? ¿Podía engañarme incluso a mi mismo, sabiendo aquel sentimiento que también crecía dentro de mí?

Los pensamientos me aturdí. Pensar no me dejaban. Estaba dividido en dos seres distintos. En quien era realmente, y en quien debía ser. “¿Cómo había olvidado mi misión? ¿Cómo había roto las reglas que debía cumplir fielmente como agente secreto? ¿Cómo me había permitido sentir algo por alguien?”, eran preguntas que me hacía sin encontrar una respuesta satisfactoria.?

Acabe de colgar la llamada y vi a lo lejos a “Katherine”.

\_ ¿Fingir que me he enamorado de alguien?... ¿Mentirle a alguien?\_ respiré profundamente. Es irónico todo esto, mientras busco a esa Amelia Byrne que parece que se la trago la tierra... Katherine, me estoy enamorando de ti... ¿De ti?... ¿He perdido la razón y la cabeza?...\_ susurré, antes de regresar a su lado.

\_ ¿Sucede algo?\_ me preguntó al verme pensativo.

\_ No, nada... ¿Llevaré los platos a la cocina? ¿Quieres un poco más de vino?

\_ Así esta bien, gracias... Déjame ayudarte...

\_ No... Recuerda que eres mi invitada.

\_ Me molestare si vuelves a decirlo...\_ fingió que se molestaba. Déjame al menos llevar mi plato y acompañarte a la cocina...

\_ Está bien...\_ dije y ella me siguió.

Ella dejó su plato en el fregadero, al igual que yo, mientras me miraba. Había notado una actitud extraña en mí.

\_ Pareces enfadado...

\_ ¿Yo?

\_ Sí, tú...\_ dijo al sonreírse.

\_ ¿Te estás riendo otra vez de mí?\_ fingí enojo, para luego sonreírme. Lamento si te he hecho creer que estoy enfadado... Pues, no es así...

\_ Entonces, puedo respirar tranquila...

Sonreí, después de escucharla. Mientras terminaba de fregar los platos y los colocaba a un lado.

\_ ¿Puedo enseñarte algo especial?

\_ ¿Enseñarme algo especial?\_ preguntó con extrañeza.

\_ Mi lugar favorito de este lugar cuando era un niño...

\_ Está bien... Me parece genial...

Me sequé las manos con un trapo, y luego me dispuse a caminar hacia aquel lugar que tanto amaba en mi niñez. Era el ático.

\_ ¿Tienes un ático?\_ preguntó sorprendida.

\_ Realmente... ¿Por qué?

\_ Cuando era una niña, amaba entrar al ático de la propiedad de mi abuelo. Era como un lugar para estar solo con uno mismo. Una especie de casa de árbol... No sé si me entiendes.

\_ Te entiendo perfectamente... Era lo que sentía de niño. Siempre me traía un libro para leer en las tardes. Y en las noches era mi lugar favorito para ver una noche estrellada. Por ese telescopio que vez allá...\_ se lo señale. Mi padre me lo obsequio cuando cumplí los 12 años.\_ respiré profundamente cuando los recuerdos de mi infancia feliz llegaron a mí. A veces, todavía me cuesta creer que estoy aquí.

De pronto tenía la mirada perdida. Por lo que Amelia se acercó a mí. Me miró con dulzura y compasión. Ella entendía mejor que cualquier otra persona aquella sensación que había dentro de mí. Tomó mis manos y me sonrió.

\_ Tus padres estarían muy orgullosos de ti... Eres un gran hombre.

\_ Gracias...

## Capítulo 14

\_ ¿Te interrumpí?\_ me preguntó Jared al instante en que abrí la puerta.

\_ ¿Jared? ¿Qué haces aquí?

\_ ¿Acaso el jefe no te dijo nada? ¿Me dirás que no te informó nada?\_ dijo con cierta ironía.\_  
¿No me dejaras entrar a tu casa?

Me encontraba confundido. Sin embargo, lo deje pasar.

\_ ¿Así es que saludas a un viejo amigo?

\_ Hola... Jared...\_ dije no muy contentó\_. ¿Qué haces aquí? ¿Acaso no era a Ronan a quien iban a enviar?

\_ Realmente... Pero, expresé mi opinión. ¿Qué mejor apoyo sino yo?

\_ No te alabes tanto... Aún seguimos en el mismo punto de salida.

\_ Ciertamente... Sólo que ahora estás en la mira de muchos... Aunque desconocen quien eres. No te preocupes, con mi visita tampoco lo sabrán. Hemos ajustado algunos datos de la base de información para hacer creer que fuimos compañeros de clases en Trinity College... Además ambos somos de esta misma ciudad... Nadie sabrá que estamos buscando a Amelia Byrne. Y buscamos las razones de por qué ha decidido aún no aparecer.

\_ ¿Sabes también el plan del jefe de que enamore a alguien de Sligo?

\_ Sí, lo sé... ¿No te agrada esa idea?... Pareces un novato. ¿O necesitas que te ayude a buscar a una voluntaria?

\_ No será necesario.

\_ ¿Ya encontraste a la afortunada?

\_ Probablemente.

Seguí fingiendo ser quien realmente no era, para lograr lo que me proponía. Mientras Jared se convertía en esa coartada para seguir con aquella investigación que nos llevara a Amelia Byrne. Aquella mujer que se había convertido en un misterio para todos.

En ese mismo tiempo “Katherine” y yo nos hacíamos más inseparable. Algo que me había llevado a recordarme que debía fingir que estaba enamorado de ella. Ese era mi trabajo. Pero ya no podía fingir algo que realmente sentía. A pesar de saber perfectamente que no debía inmiscuir a mi corazón en mi trabajo.

\_ ¿Podría acaso preguntarme a mi mismo cómo me haría sentir poder amarte realmente?...\_ pensaba mientras la miraba una vez más, mientras ella estaba sentada frente de mí en la mesa. Le había invitado a cenar una vez más\_. Si supieras la verdad de quién soy y lo que me ha llevado a fingir una mentira que se esta volviendo una verdad, cada vez que te miro. ¿Entenderías el motivo que me llevo hacer lo que he hecho?... Tal vez no. Siento una sombra en medio de los dos que me hace ver el futuro que nos esperaría... Así que debo guardar esto para mí. Y nunca dejarte saber la forma en que me has hecho querer ser un hombre nuevo. Y la forma en que has cambiado a mi vida... Realmente me enamorarme de ti. Tienes por completo a mi corazón...

Algunos dicen que el amor conquista todo, que puede elevar a uno cuando se siente desvanecido o cuando se cae a un profundo abismo. Algunos dicen que todos nacimos para ser amados y es nuestra esperanza, y pueden guiarnos hacia casa. Sin embargo, ¿Yo me merecía ser amado por ella a pesar de toda la mentira que nos rodeaba a ambos?

\_ ¿En qué piensas?\_ dijo al buscar mi mirada. Y al sacarme de mis pensamientos.

\_ En lo hermosa que luces esta noche...

\_ Gracias.\_ sonrió un poco, mientras se sonrojaba\_. Pero creo que exageras.

\_ No... No exagero.

\_ Mentiroso...

Aquella noche no hice más que pensar en aquello que mi mente me decía que era un imposible. Aquel sentimiento me era prohibido. Seguimos hablando aquella noche, hasta que ella se quedó dormida en mi hombro, mientras veíamos la televisión sentados en el sofá de mi sala.

No tuve corazón para despertarla. La tomé en mis brazos y la lleve a mi habitación y la acosté en mi cama. La arroje con el cubrecama, evitando despertarla. Al mismo tiempo que me proponía a tomar una cobija y una almohada, para así dormir en el sofá.

Verla en mi cama, despertó aún más todo aquel deseo que mantenía oculto dentro de mí. Tuve que contenerme, recordándome que mi corazón estaba en juego si seguía viéndola como la veía. Jamás había intentado tocarla. Aunque a veces lo deseaba. Pero debía recordarme quien era.

Un agente en cubierto que buscaba a alguien para protegerla.

Ella era mi cuartada. Mientras seguía fingiendo ser quien no era. Sin saber aquella verdad que a su vez también nos separaba.

Ella era Amelia Byrne. No Katherine O'Hara.

Katherine O'Hara no existía.

\_ Le has dado a mi corazón una razón para que volviese a reír. Justo cuando había renunciado a soñar...Tú eres mi línea de vida. Eres un faro en medio de un puerto, guiándome a casa...\_ pensaba en silencio, mientras la veía desde lejos, antes de salir de aquella habitación. Decía todo aquello como aquel hombre que se había descubierto a si mismo.

Salí de aquella habitación y caminé a la sala. Tumbándome una vez más en mi sofá, sintiéndome perdido de mi mismo. Sintiéndome aún más confundido. Deseando romper mi silencio y decirle la verdad que de cierta manera. Me había enamorado de ella.

\_ ¡Dios!... ¿Por qué a mí?... ¿En verdad ha sido posible?\_ cerré los ojos sintiendo el peso de dolor que me producían aquellas palabras\_. ¿Me he enamorado de ti, Katherine?

No tarde en llamar a mi primo. Debía explicarle que por mi culpa ella se había quedado dormida y no había querido despertarla. Como habría de esperármelo, él se alegró de saberlo. No había desistido a la idea de que ella podía cambiar mi mundo.

Y llenar a mi corazón vacío.

## Capítulo 15

Solía acercarme a Katherine, y perderme en sus ojos. Solía mirarla, mientras la escuchaba. Dándome cuenta que ella siempre tenía las palabras correcta para decir.

\_ Maxwell, ¿encontraste los documentos que te pedí? ¿E hiciste lo que te encomendé?

\_ Estoy trabajando en eso... Aquí están los documentos...

\_ No me daré por vencido de lograr despojarla de todo... Y ser quien realmente tenga el poder en este imperio que debió ser mío desde un principio.

\_ Sabe que Peter y yo estamos de su lado... Hemos hecho cada cosa que nos ha pedido. Mientras usted sigue siendo uno de los ejecutivos importante de esta empresa... Nadie sé podrá imaginar que usted está detrás de todo esto. Ni siquiera que pertenece a la directiva. De seguro estarán investigando a Mr. Sean Graham o a Mr. Patrick Lynch... Eran las manos derechas del abuelo de Amelia Byrne. Y al principio no estuvieron muy de acuerdo que ella tomara un lugar que de cierta forma no le correspondía al no saber nada de los negocios de su abuelo.

\_ Ese es el punto de porque prefiero estar al anonimato...

Mientras yo seguía buscando una verdad que cada vez era confusa en mis manos. Enfrentándome a mi mismo, en ocasiones, por haberme enamorado de "Katherine". Mi jefe al igual que yo se sentía presionado al no tener aún respuestas de lo que esperábamos encontrar.

\_ Esto no coincide... No coincide...

\_ ¿Rodrigo por qué dices que no coincide? ¿Crees que no podrían ser sospechosos?

\_ Jared, es cierto que son los que tienen las mayores acciones de este imperio. Sin embargo, algo me dice que algo no cuadra. Es como si una de estas piezas no encajaran.

\_ ¿No será acaso por la presión que sientes que lo ves de esa manera?

\_ No... No es por esa manera...

Sabía que estaba presionado por tantas cosas. Pero jamás me había equivocado en mis otras misiones, no me equivocaría mucho menos en esa.

Investigar y seguir los pasos de Mr. Sean Graham o a Mr. Patrick Lynch me hacían ver que algo con no cuadraba con aquella sospechas. Era un imposible que pudiesen ser ellos cuando un nuevo documento llegó a mis manos. Pero que a su vez, no me llevaba a nada.

\_ Si Amelia Byrne se está ocultando. Es porque sabe más que nosotros. Ella es quien podría tener la clave para solucionar este caso.\_ miré a Jared a la cara, sintiendo que perdía la paciencia, al no encontrar nada más.

\_ ¿Y su ex prometido?

\_ Puede ser culpable de que ella no quiera regresar. Pero no el responsable de que ella quiera protegerse. ¿Has seguido vigilándole?

\_ Por supuesto... Incluso a la amiga de la infancia de Amelia Byrne. Creo, al igual que Christopher, que ella sabe más de lo que afirma saber. Y que Amelia la buscara a su debido tiempo... Uno siempre necesita un amigo en quien confiar. ¿A quién tiene Amelia, en Sligo? Sólo a su amiga Eileen Feehily.

\_ Acércate a ella... Eres bueno con la labia. Un don Juan cuando te lo propones.

\_ ¿Qué insinúas?\_ sonrió haciendo un gesto gracioso\_. Que me acerqué un poco más.

\_ Sabes a la perfección que te estoy insinuando. Una vida esta en nuestras manos. Y debemos protegerla a cualquier costo.

Me siento realmente vacío. El frío se me ha venido abajo. Y la pelea que intente ganar, y perdí, me arranca cada parte de mi corazón sin piedad. En pocas palabras, nunca me había puesto a pensar que habría de suceder. Ni mucho qué sucedería si terminaba dañando lo que más amaba en ese entonces, y aún sigo amando.

Después de todas las mentiras que le hice creer. A pesar de la razón por la que hubiese sido. La culpa me patea y empiezo a ver el borde de la cama. Y pienso en ella sin querer. Sintiendo cuanto la echo de menos. Extraño no poder escuchar su tono de voz y sus ojos mirándome a los ojos.

He sido fulminado con ese recuerdo del ayer. ¿Que podría decir? Todo en aquel instante parecía tener sentido ante mí. Y ahora que la recuerdo aún más que antes, siento como ella se quedó con

mi todo, incluyendo mi corazón, y yo no puedo hacer nada para que aquello cambie. Las cosas buenas en la vida son difíciles de hallar, debí saberlo en aquel preciso instante, y ella era esa mitad que todo hombre sincero desea encontrar. La vida me había hecho el favor sin yo pedírselo.

Sin embargo, ahora, una parte de mí ahora esta muerta y tirada en el suelo. Aquello que hice y deje de hacer me está matando. Mi vida con ella hubiese significado "todo". Y a veces siento que una parte de mí no quiso ni quiere rendirse tan fácilmente. Quiere y necesita encontrar la manera de volver a reencontrarme con ella. Y decirle todo aquellos que no le dije cuando la vida me hizo marcharme de su vida.

Mis recuerdos siguen volando a aquel instante. La sigo mirando como si quisiese borrar ese dolor de su corazón, sin saber cómo, me encuentro triste de verla así. Mientras el tiempo pasa, y el silencio nos aleja un poco más cada momento.

## Capítulo 16

Aún me pesa aquel recuerdo cuando hice lo que se me había pedido que hiciera. Fingir que me había empezado a interesar en ella, cuando en mi silencio, no era más que la verdad.

\_ ¿En qué piensas?\_ me había preguntado al verme pensativo.

\_ En... En nada. Solo que me encanta esa canción.\_ en aquel instante empezaba a sonar “This I Promise You” de Ronan Keating en la radio, mientras yo cocinaba y ella me ayudaba. Algo que se había convertido en una costumbre para ambos.

\_ Es una hermosa canción.

\_ Podríamos bailar un rato...\_ le propuse, tomándola por sorpresa\_. No me digas que jamás has bailado mientras cocinas. Ven...\_ sonreí con algo de picardía al instante en que tomaba sus manos\_. Sé que te encantaría. Y a mí me encantaría bailar esta canción contigo.

\_ Rodrigo...

\_ ¿Harás que te suplique?

\_ Está bien... Tú ganas.

Al cabo de unos pasos, ella cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre mi hombro. Abrace con delicadeza a “Katherine” y todo lo que pude oír fue su respiración mientras trazábamos lentos círculos y nos mecíamos al son de la melodía.

Hasta el final de aquella canción.

Sin querer nuestras miradas se quedaron viendo hasta aquel instante en que nuestros labios se acercaron. Hasta el instante en que ella se separó de mí, algo confundida e impresionada.

\_ Me tengo que ir...

\_ Lo siento... En verdad, lo siento... Katherine, yo...\_ dije al detenerla. Viendo aquellas emociones a flor de piel que expresaba su rostro\_. Katherine, te juro que no soy de esa clase de hombres que busca lo que no se le ha perdido... Yo...Yo... Perdona lo imbécil que he sido...

\_ Esto simplemente no debió suceder... Y fue culpa también mía. Lo siento... Tengo que irme.

\_ ¿Sentiste lo mismo que yo, verdad?\_ dije siendo el Rodrigo quien era. No el quien debía fingir. Le hablaba aquel que se había enamorado realmente de ella.

Levante su quijada con mi mano derecha. Aún la tenía frente a mí, que no entendía que me ocurría. Sus ojos café se veían tan hermosos al verlos así que sentía que mi corazón se quería salir.

\_ Mírame, solo mírame a los ojos y déjame hablar primero... No sé que me ha ocurrido, solo sé que cuando estoy contigo, me siento diferente a lo que soy. Te juro que había empezado a verte como una amiga, pero ¿ahora no lo sé... Tú has hecho que me conozca a mi mismo. Y que te admire aún más por eso... Antes no sabía por qué me encantaba encontrarte cuando iba a visitar a mi primo y a su pequeña hija... Ahora lo sé.\_ sonreí con dulzura mientras Amelia sólo me miraba.\_ Créeme... Creo que he empezado a enamorarme de ti.

\_ Rodrigo...\_ dijo mientras sentía el roce de mi mano derecha en su rostro.\_ No digas más. Por favor...No...No quiero arruinar nuestra amistad. ¿Acaso no lo ves?

\_ Yo tampoco...

\_ Eres todo lo que tengo aquí... No quiero perderlo... Por lo que...

\_No me perderás jamás... Sigamos siendo amigos o algo más, siempre estaré para ti. Te has metido en mi corazón que no puedo ni quiero sacarte de él...

\_ Rodrigo...\_ respiró hondo\_. No soy adecuada para ti. Te mereces a una mujer mejor... Yo.

\_ Eres la única que quiero en mi vida... Y tus ojos me dicen que tu corazón lo sabe. ¿Me amas, verdad?

Un silencio nos rodeo en ese instante. Ella me miraba con el corazón en las manos. Deseaba decirme que sí. Pero ella era una mentira. O parte de ella era una mentira. Ella estaba escapando de un pasado doloroso. De un hombre que había arruinado su vida y parte de sus sueños. Al igual que aquel hombre que se había obsesionado con ella desde que era una adolescente.

\_ Te amo, Katherine... Y sé que tú a mí...

En ese instante, sentí sus labios en los míos, cuando nuestras miradas se encontraron de nuevo. Y el silencio nos acompañó. Ella no huyó. Sino que decidió rendirse. Rendirse a ese sentimiento

que sentía por mí.

\_ Te amo... Rodrigo...\_ dijo al abrazarme, como si buscara algún refugio en mis brazos.

Lejos de allí, se encontraba un Christopher entrando de nuevo a su habitación, completamente obsesionado con la Amelia que él aún sentía que le pertenecía, deseando saber en donde me había metido. Sintiendo que lo que ella realmente se merecía era: "Un hombre como él".

Él deseaba buscar la forma de hacérselo ver. Aunque cuando sabía que Amelia se negaba a aparecer de nuevo en su vida. Se concentró en su imagen ignorando su alrededor. Debía encontrarla. Y atarla a su vida para siempre.

Pronto se levantó de la cama y caminó hacia la ventana. Observando el exterior de su casa. Cientos de mentiras se formaban en su cabeza enferma y obsesionada. Estudiando la fotografía que tenía en sus manos, sentía que la encontraría y que la vida de Amelia no sería igual. Y si alguien pretendía separarla de él, se tendría que atener a las consecuencias.

## Capítulo 17

- \_ ¿Jared?
- \_ Hola Rodrigo, al fin doy contigo... Hay algo que anda mal.
- \_ No te entiendo... Expílicate...
- \_ Hemos tenido a un informante en medio de nuestro grupo. El jefe me acaba de llamar. Me mandó a buscarte porque tampoco había logrado ubicarte.
- \_ ¿Ha habido un traidor en medio de nosotros?
- \_ Exacto... Mike Fitzgerald está haciendo que confiese para quien más trabaja...
- Amelia esa tarde se encontraba con Sophia y Allie, viendo películas de Disney. Sin embargo, sus pensamientos la distrajeran un momento, al sentir un mal presentimiento.
- \_ ¿Sucede algo?\_ le pregunto Sophia, al verla ponerse de pie, después de escuchar su móvil. Su amiga Eileen le había escrito un mensaje en donde le pedía que le llamase urgentemente.
- \_ No... Ya regreso. Sigán viendo la película sin mí.
- \_ Está bien...
- Allie miró con cierta extrañeza a Katherine. Era la primera vez que la miraba tan inquieta, ni siquiera había querido seguir viendo aquella película con ellas.
- \_ ¿Algo le preocupa, verdad Sophia?
- \_ No lo sé, Allie, sigamos viendo nosotras “La sirenita”.
- ¿Podría ser cierto que el final se estaba acercando a su puerta? ¿Qué podía ser tan urgente que Eileen le había escrito?
- \_ Hola Eileen, acabo de ver tu mensaje... ¿Sucede algo?
- \_ ¿Cómo estas?
- \_ Bien... ¿Por qué lo preguntas?
- \_ He recibido de nuevo la visita de Christopher... Me ha asustado su presencia. Estaba fuera de sus cabales.
- \_ ¿Qué te hizo?
- \_ No me hizo nada porque no estaba sola. Pero sus ojos me dejaron claro una cosa... Esta obsesionado contigo. Sabe que yo sé algo... Y no descansara hasta encontrarte.
- \_ ¿No le has dicho nada de que estoy aquí, verdad?
- \_ Sabes que soy como una tumba. Prometí guardar en secreto que estás aquí.\_ respiró hondo.\_ No obstante, ¿no crees que sea mucho tiempo el que has dejado pasar? ¿Cuándo darás la cara y pondrás en descubierto a Christopher?
- \_ Eileen...
- \_ No es justo que tú sola te enfrentes a todo esto... Podemos buscar ayuda.
- \_ No lo entenderías... No es tan fácil.
- \_ ¿Hay algo más que no me hayas contado?
- \_ Eileen...
- \_ ¿Es eso?
- \_ Sí... Es eso. Perdóname por no habértelo dicho antes... Realmente no quería involucrarte más de lo que lo he hecho.\_ paso una de sus manos por su cabellera, sintiéndose desvanecida de si misma\_. Hay alguien con mucho poder en la empresa de mi familia... No hay día en que me diga que debo ser valiente y ponerlo al descubierto. Pero, ¿cómo hacer algo cuando realmente no sé que hacer?... Christopher es alguien insignificante.\_ cerró los ojos al recordar aquello que había ocurrido cuando era una adolescente. Aquel accidente en que sus padres habían muerto.\_ Mi padre descubrió que alguien estaba haciendo trampas en los negocios de mi abuelo. Quiso ponerlo al descubierto y hacerle pagar ante la justicia, pero cuando intento hacerlo, ese alguien atento con su vida y con la de mi madre. Incluso con la mía... Por eso tampoco regrese a Irlanda después de eso... Mi abuelo paso por lo mismo, me dejo una carta antes de morir, advirtiéndome el peligro que corríamos. Sé quien es el culpable de todo esto. Tengo pruebas en su contra. Tengo la manera de hacerle pagar todo lo que le hizo a mi familia... Pero, no tengo tanto poder como él. Temo por mi vida y por la de quienes me rodea. Por eso he dejado de llamarme Amelia.
- \_ Amelia...

\_ Me he convertido en una completa cobarde al no decir quien soy...\_ prosiguió como si no hubiese escuchado la voz de su amiga\_. Sólo puedo confiar en ti. En nadie más... Y tengo miedo. No hay día en que despierte y sienta que mi vida corre aún más peligro. No sé en quien más buscar ayuda...\_ las lágrimas empezó a bañar su rostro. No había más verdad que aquella.

\_ ¿Podemos al menos vernos el fin de semana? Quizás si me dices como ayudarte, podría encontrar como hacerlo. Nadie sospecha de mí... Sólo Christopher quien no se cansa en creer que sé algo sobre tu paradero. Pero, él sigue buscando a una Amelia rubia y tímida. A diferencia a la Amelia que ahora eres...

\_ Soy Katherine... Soy Katherine O'Hara. Hasta el día en que pueda volver a ser quien realmente soy.

Después de colgar, se acercó a la ventana de su habitación. No podía evitar recordarse en aquella mentira en que se había convertido. El miedo era más fuerte que el deseo de decir la verdad.

Tal vez a eso se había reducido su vida... A siempre perder lo que más amaba. La resignación se había apoderado de su interior, al sentir que su vida solo era eso... Una completa mentira.

Amelia respiró profundamente, sintiendo que su conciencia le hablaba una vez más, en aquel momento y en aquella circunstancia, le escuchó sin darle sermones de cual debía ser su manera de actuar siendo la verdadera heredera de aquel imperio que le había dejado su abuelo.

## Capítulo 18

\_ ¿En qué piensas?\_ le pregunté, mientras caminábamos por la propiedad de mi primo, después de almorzar juntos.

\_ ¿Yo?... En nada. Creo que han sido ideas tuyas.\_ sonrió un poco antes de apartar sus ojos de mi mirada. No había podido quitarse esa inquietud que emanaba en su interior.

\_ ¿Estás segura?...

\_ Estoy bien.\_ “¿Qué decía?”, se dijo a mi misma. “¿Acaso no era obvia la respuesta?”

\_ Está bien... Te creo. Katherine, ¿cuántas veces te he dicho que te amo?\_ le pregunté al abrazarla.

\_ No lo sé... Ya he perdido la cuenta.\_ sonrió mientras sus mejillas se sonrojaban. Deseando de corazón algún día poder escucharle decir su verdadero nombre.

\_ Me has convertido en un hombre completamente enamorado de ti...\_ dije al rozar su mejilla derecha para después acercarme y besar sus labios.

Aquella noche, Amelia después de estar parte de la tarde también con Allie, había decidido acostarse temprano. Aún se sentía desvanecida. Y no podía callar aquel vacío que cada vez se abría dentro de ella.

Cerró los ojos para conciliar el sueño. Hasta que lo logró.

\_ Necesito que investigues personalmente a Eileen Feehily... Ella es una pieza clave para este caso. Necesito que le hagas entender lo importante que confiese si sabe algo de Amelia Byrne. Si esta ocultando información valiosa, es mejor que se sienta en confianza al hacerle saber que estamos de su parte y de su amiga... Hazle ver un video que me dejó su abuelo. Quizás sea lo único que le haga entender lo importante que es que colaboré con nosotros.\_ me decía mi jefe, al llamarme con cierta desesperación. Sentía que el tiempo cada vez se estaba poniendo en nuestra contra. Y si no actuábamos a tiempo, quienes querían acabar con Amelia, lo conseguirían.

\_ Jared y yo nos ocuparemos de eso mañana.

\_ Confío en ustedes... No me defrauden.

En su sueño, Amelia tenía de nuevo dieciséis años. Acababa de romper personalmente aquel compromiso con Christopher, sin hacérselo saber a sus padres. Estaba de regreso en Suiza. A aquel internado donde estudiaba. Se encontraba junto a sus padres, cuando algo repentino hizo que el chofer de su padre tomara la curva a unos noventa kilómetros por hora. Había un conductor detrás de ellos que les seguía. Su padre al ver todo aquello le pidió al chofer que desapareciera de la vista de aquel conductor. Iban demasiado deprisa para evitar la colisión cuando se encontraron con otro automóvil que venía en frente de ellos. El automóvil giro y giro. Todo sucedía a cámara lenta, después muy rápida y de nuevo despacio. Hasta que ella perdió por completo el conocimiento.

Despertó toda nerviosa y aturdida. En vez de ser un sueño, había sido una pesadilla que la había llevado a ese pasado que quería olvidar.

Todo su cuerpo temblaba, mientras se le hacía difícil respirar. También había despertado toda empapada de sudor. Y no era la primera vez que le ocurría. Recordándole que ese era la razón de por qué también había decidido cambiar.

Aquella noche, después se le hizo imposible conciliar el sueño, se sentó un momento en la cama. Colocó sus manos sobre mi barbilla, entrelazadas como si estuviese orando.

<<Si deseas, comienza a reír. Si debes, comienza a llorar. Sé tu misma, no te escondas. Cree solo en el destino que tú misma escribas en tu vida... En tus manos esta la respuesta final de todo. No te preocupes por lo que la gente diga. Solo sigue tu propio camino. No te rindas y aprovecha tu suerte. Ese no es el principio del fin. Ese es el regreso a ti misma...>>, eran palabras que se repetía, recordando una canción de Enigma, llamada “return to innocence”.

Aquella canción que desde adolescente siempre procuraba recordar cuando sentía que el miedo quería apoderarse de ella.

Sin embargo, la verdad que ambos nos negábamos a ver, se acercaba sin tocar nuestras puertas. Una mentira puede hacer más daño más que una verdad dolorosa.

\_ ¿Has venido, Amelia? Pensé que te tomarías más tiempo...

\_ Realmente lo estaba dejando para un momento más apropiado, Eileen.\_ medio sonrió, mientras tomaba asiento.

\_ ¿Y cuando iba a hacer eso?

\_ Eileen... No lo sé. ¡Mírame!... Me he convertido en una verdadera cobarde que no quiere salir del refugio que ha encontrado en su vida.

\_ Si que te va bien en tu trabajo...

\_ Sí... Pero cómo tú muy bien me has hecho ver. No puedo seguir ocultándome.\_ respiró hondo.

\_ He conocido a un par de personas que probablemente te ayuden... Sin saberlo, tu abuelo hizo que tu estadía en Sligo fuese más segura de lo que ambas esperábamos.

\_ ¿De qué hablas?

\_ He conocido a dos personas que están detrás de tus pasos... Tu abuelo los contrato para cuidarte.

\_ ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar segura de que es así?

\_ Porque ni Christopher sabe de ello... Y porque, he visto un video que dejo tu abuelo para ti.

\_ ¿Mi abuelo?

\_ Ellos quieren conocerte.

\_ ¿Le has dicho que estoy aquí?

\_ Está es la razón porque lo he hecho.\_ en la pantalla de su televisor apareció una imagen. Era su abuelo quien hablaba.

Un duro golpe sintió Amelia al verlo.

\_ Cuando veas esto, probablemente ya yo no esté. Y no imaginas, mi querida Amelia, lo culpable que me siento por ello. Prometí jamás dejarte desamparada, y es lo que seguro he hecho... Ya no estás sola. Si estas viendo estés video, es porque probablemente ha sido la única forma para que confíes en alguien. Contrate los servicios de Mike Egan y de su equipo para que te protejan. Confía en ellos... Más cuando Mike es un viejo amigo, a quien le estaré agradecido por querer ayudarme al conocer mi preocupación. Será tus ojos desde el momento en que confíes en él y en sus hombres. Te quiero, mi querida nieta...

Una puerta se abrió detrás de ella. Encontrándose con algo que no podía creer. Ni mucho menos asimilar.

## Capítulo 19

¿De qué hablar? ¿Qué decir cuando una verdad como aquella te derrumba sin consideración alguna?

Me sentí engañado. Ultrajado. Sin más que una cruel verdad que hacía que todo lo que creía, se desmoronara ante mis pies. Ella era una mentira. Nada en ella era verdad. Ni siquiera su nombre. Ni siquiera aquel sentimiento que sentía por mí, así lo sentía. ¿Yo a quién ahora debía amar? Katherine O'Hara realmente no existía. Nunca había existido.

\_ Tu abuelo les pidió a ellos que te ayudaran.\_ le dijo Eileen, mientras nuestras miradas se encontraban y se debatían en aquel abismo de preguntas sin respuesta\_. Mi amiga se ha ocultado bajo una identidad falsa para protegerse, desde que llego a Irlanda. Debes contarles lo que me has dicho...

Le escuché a Jared presentarse. Decirle a que habíamos ido a Sligo. Incluso...

\_ Él es Rodrigo Suarez. El mejor de nuestro equipo de agentes secretos... Su abuelo hizo un buen trabajo a confiarnos su vida, señorita Byrne. No le desamparemos. Seremos su sombra, hasta encontrar al culpable o a los culpables.

\_ Gracias... Aunque he de informar que hasta hoy he decidido dejar de ser quien era. Incluso la vida que llevaba a cambio de proteger mi identidad.\_ dijo al ver mi mirada fría, mientras aún me encontraba mudo por la impresión.

\_ ¿Cree que es necesario?

\_ Es momento que me defienda siendo que soy... ¿Qué opina señor Suarez? ¿No dirá nada?

\_ Posiblemente sea lo correcto... Una mentira es aún más dolorosa que una verdad. Es lo único que podría decirle, por mi parte. Ya mi buen amigo le ha dicho quienes somos y a que nos dedicamos. No creo que sea necesario que diga más. Serían meras palabras.

Un dolor se apodera de mi corazón. Recordar aquel pasado me hace culparme por lo cruel y frío que llegue a ser. No sentí consideraciones por los motivos que le hizo mentirme, en cambio, me cegué a tal punto, que antepuse a mi corazón primero. Antes que su propio corazón y los miedos que habían estado en ella desde su regreso.

¿Vale la pena decir cuanto me siento abatido?

Ella ese mismo día se despidió de su trabajo y de aquella vida que le brindaba una tranquilidad que su alma carecía, al saber que siendo quien era, hasta no saber quien quería hacerle daño, no podría conseguir por completo.

No busqué hablar con ella. Y ella hizo lo mismo, entendiendo la herida que sentía. En parte, yo había sido medio sincero. Lo único que no le había dicho a que me dedicaba realmente.

\_ ¿Tienes que irte, realmente, Katherine...Digo, Amelia?\_ le preguntó Allie, con lágrimas en los ojos, antes de que ella partiera para siempre de aquel lugar.

\_ Sí... Es necesario que regrese y recupere mi vida. Prometo que estaré en contacto contigo, cuando todo se solucione...

\_ ¿Me lo prometes?

\_ Es una promesa...\_dijo al secar sus lagrimas con ternura, mientras ella contenía las suyas, al hacerse la fuerte.

Sabía a la perfección que si llegaba a hacerlo, sería en pocas ocasiones, para así mantenerme distante de ella. Todo aquello se había convertido en un crimen de amor, para nuestros sentimientos.

\_ Sabía que te encontraría... Que habrías de cometer algún error.\_ dijo Christopher al verla desde lejos, reunirse de nuevo en la casa de Eileen, a pesar de lo diferente que era ahora.

Amelia y Eileen se dieron un abrazo. Un abrazo amistoso y conmovedor, lleno de estímulo, para un alma abatida.

\_ Bienvenida a casa...

\_ ¡Oh, Eileen!... No sabría como agradecerle que me acogieras de nuevo en tu casa, aunque sea por unos días. Siento el corazón tan acongojado, que siento que se me va a romper de un momento a otro.

\_ ¿Hablaste con Rodrigo? ¿Le explicaste el por qué le mentiste en todo este tiempo?... Yo no

tenía la mínima idea de que ustedes se conocían. Yo... En verdad...

\_ No fue tu culpa... Algún momento tenía que enfrentarme a la verdad, sólo que no me esperaba todo lo que ha sucedido. No sabía a lo que él se dedicaba. ¿Y mírame? ¿Cómo puedo juzgarle o criticarle su falta de honestidad, cuando he sido la primera en no serlo?

\_ Entremos... Es mejor que lo hagamos. Es lo que nos sugirió el agente Jared.

## Capítulo 20

Christopher se había sentido burlado, al ver que siempre había tenido la verdad en sus ojos, pero no se había permitido verla antes. Aquellas fotos recientes que había tomado, le hacía ver las similitudes de aquella persona que había visto junto a Eileen.

\_ Eres tú... Tú... Tú...\_ caminaba de un lugar al otro, en su habitación, llena de aquellas fotografías de Amelia, que eran testigo de su obsesión. Te he encontrado de nuevo, Amelia. Eres tú, después de tanto tiempo. Ahora nada impedirá que consiga lo que es mío. Tú eres mía... Sólo mía. Y te haré mía... Sí, como debió suceder siempre.

Yo, mientras tanto, me encontraba aún impotente, debía comportarme como aquel agente secreto que estaba en su cuidado. Pero, ya no sabía quien ser en frente de ella, por lo que deje que Jared fuese quien se acercase a ella, mientras yo me dedicaba a cuidar de su espalda. De seguir buscando a quienes la querían muerta. Era la única forma de poder seguir trabajando. De seguir con aquel caso, que en parte me martirizaba, al sentir mi corazón traicionado y engañado.

\_ No hablaras con ella...

\_ Lo que tenía que decirle, ya se lo dije.\_ le dije a Jared secamente. Es mi deber de seguir cuidando su espalda. Pero no seré su amigo fiel. De eso no puedo encargarme...

\_ Rodrigo, estas actuando egoístamente.

\_ No... Estoy actuando como debí actuar desde un principio. Jamás debí permitir que mi corazón se involucrara en esto. Y mira lo que he conseguido a cambio. Por lo que no me digas que tengo o que no tengo que hacer...

Mí enojo me cegaba. No me hacía ver lo errado que me encontraba. Ella había tenido razones validas para haberme mentido. ¿Qué era un nombre? ¿Qué era, cuando quien lo porta es la misma persona en el interior y es quien amas y te ama?

Tarde tendría que golpearme con esa cruel verdad.

Por días Christopher había estudiado cada paso que dábamos. Cuidando así hacer visto, sabiendo que sospechábamos de él. Había visto a Jared, lo recordaba, al igual que a mí. Por lo que no necesitaba ser prevenido.

De pronto había pasado una semana en frente de nosotros. Mientras Amelia y yo nos esquivábamos, limitándonos a cumplir lo que teníamos que hacer. Ella había empezado a salir en las noches, antes de irse a acostar, al patio trasero de la casa de su amiga. Sintióse desvanecida al sentir que su corazón se comprimía cada vez más, cuando mis ojos la miraba con indiferencia y frialdad, como si todo lo que hubiese sucedido entre nosotros hubiese sido una vil mentira. Caminó hacia un árbol, perdida en sus pensamientos, recordando como nos habíamos conocido, hasta la forma en que la vida nos había reencontrado. Las lágrimas no tardaron en aparecer, mientras en su corazón se hacían mecha todos aquellos recuerdos dolorosos. Un crimen de amor, eso era lo que se había convertido ella. Porque nada de lo que había sucedido antes, se podría considerar una verdad. Todo había sido fundado en una mentira.

Un ruido extraño, de pronto, la hizo reaccionar, sacándola de sus pensamientos. ¿O acaso había sido producto de su imaginación?

Se giro, sin hacer otro movimiento, en vez de salir corriendo de regreso, y aquella fue la peor decisión tomada. Se confió al no ver nada. Hasta que sintió que alguien se abalanzaba sobre ella y la tomaba por la espalda antes de darse la vuelta. Amelia intentó luchar por su vida. Pero era inútil. Aquella persona era aún más fuerte que ella. E intentaba asfixiarla con aquel paño que tenía en su mano, impregnando de una sustancia fuerte. Era un hombre alto y robusto.

\_ Es mejor que me sigas, sino quieres que salga herido alguien esta noche. No lo dudare créeme... Siempre te dije que serías mía.

\_ Christopher...\_ susurró con temor.

\_ Eres una estúpida...\_ dijo al fin mientras colocaba aquel paño húmedo en su rostro, haciéndola de pronto perder todo el conocimiento.

El pasado y el presente se unieron en su vida, al despertar y encontrarse junto a Christopher, en aquel automóvil rumbo a un lugar desconocido, mientras sus manos se encontraban atadas, haciéndola sentir que se hundía aún más en aquel abismo sin salida. Llevándose con ello, poco a

poco, sus días y sus momentos felices.

\_ Al fin despiertas...

\_ ¿A dónde me llevas?

\_ Y robarte la sorpresa...\_ le expresó con un tono que podía expresarle claramente sus pensamientos.

¿Dónde me encontraba si había hecho la promesa de protegerle? ¿Christopher se saldría con la suya?, aquellas preguntas llegaron a su mente de repente. Haciendo desaparecer aquella esperanza pasada.

Un estremecimiento de miedo discurrió por todo su cuerpo. Tuvo que tragar saliva para pasarse el nudo que se formó en su garganta a causa de eso.

\_ Siempre te dije que serías para mí...

## Capítulo 21

Christopher se ríe con una carcajada que hería en lo profundo a Amelia. Había huido tanto tiempo de él, de su presencia, y había vuelto a ser una pieza fácil para él. No obstante, sabía que él no era realmente un peligro. Él solo quería ser dueño de su fortuna. Ser el dueño y señor de lo que a ella le pertenecía, y la única forma de conseguirlo era la que ella restableciera aquel compromiso que se había desecho en el pasado.

\_ Has hecho bien en darme la información que necesitaba para ubicar su paradero. Un hombre va detrás de ellos. No permitiré que ella desaparezca de nuevo. Christopher me ha sido de utilidad más de lo que esperaba, aunque él desconozca cuanto ha ayudado\_ decía con sarcasmo aquel hombre que tanto había odiado a la familia de Amelia.

Aquel hombre, cuyo nombre ella conocía, y al cual podía hundir, si se atrevía a decir la verdad de todo lo que sabía.

Aquellos secretos que esperaban ser desvelados, estaban allí, en frente de aquel hombre que deseara que nadie más los supiera. Nadie sabía que él había sido el causante de los accidentes donde murieron los padres de Amelia, en Suiza. Al igual, de lo que le ocurrió a su abuelo, en Irlanda.

\_ No conseguirás más que mi desprecio, Christopher. Jamás seré tuya... Podrás retenerme a la fuerza, hacer lo que te plazca. Pero jamás, conseguirás lo que siempre has querido de mí...

\_ Veo que sigues resistiéndote a lo que tus padres quisieron para nosotros.

\_ Antes de que supieran quien realmente eras. No lo olvides...

\_ Eres mía... Y desde hoy lo serás aún más.

\_ ¡Nunca! ¡Jamás!

Una luz intermitente pronto les hizo concluir con aquella conversación. Para Amelia era ver como el tiempo volvía a retrocederse. Estaba sucediendo lo mismo que sucedió cuando ella era una adolescente de dieciséis años. Por lo que su corazón se estremeció de terror. Se giró y miró aquella camioneta que les seguía, en aquella carretera solitaria.

Christopher percibió aquel terror, adivinando lo que ella pensaba. Tomó la curva a unos noventa kilómetros por hora, al instante en que intentaba desaparecer de la vista de aquel conductor, que quería arremeter contra ellos. Iba demasiado deprisa para evitar la colisión cuando se encontró con aquel automóvil que venía en frente de ellos. Amelia cerró los ojos, por instinto, sintiendo que la muerte, al fin y al cabo, había ido por ella. El automóvil giro y giro, sacándolos, de pronto, de aquella carretera.

\_ Es momento de que acabe por completo con el imperio Byrne... Ver con mis propios ojos, como hoy se derrumba ante los pies de quienes tenían la esperanza de que volvieres... \_dijo para sus adentro, en medio de una burla maliciosa, aquel hombre que había depreciado a aquella familia\_. Ahora conseguiré lo que siempre debió ser mío.

No saber dónde se encontraba Amelia, me aterró. Toda la rabia que había sentido por la mentira de saber quien era realmente ella, dejo de tener valor e importancia en mi corazón. Estaba hecho un manojo de miedo, cuando Jared me indicó que ella había desaparecido del jardín. Que cuando había ido a buscarla, al ver que tardaba, simplemente se había encontrado con un nada.

Ella había desaparecido.

Dentro de mí, sentí que algo se desvanecía. Ella estaba de peligro, y yo había servido, con mi herido sentimiento, que eso sucediera al cargar a Jared de responsabilidades que sólo me correspondían a mí.

\_ Amelia... Amelia...\_ susurré, cuando de pronto la vida se me había convertido en una completo nada sin ella.

Ahora que pienso en ello, muchas preguntas llegan a mi cabeza. Preguntas que me ponen en contra la pared y me hacen cuestionarme a mi mismo. Abofeteándome. Zarandeándome. Y haciéndome caer sin un paracaídas que suavice mi caída: ¿Realmente me había permitido amarla, antes, para haber tenido las herramientas de poder evitar aquello?

El dolor comenzaba a herir de nuevo a mi corazón, llenándolo de ese vacío incierto que representaba ahora mi futuro. Abriendo con ello un hueco en mi pecho. El dolor es aún más

fuerte, a pesar de los años que han pasado.

Camino hacia la ventana. Miro afuera, sin realmente mirar nada. Su rostro y aquellas preguntas que quedaron inconclusas llegan a mi mente. Me comprimen en corazón. Me recuerda quien fui y deje de ser. Y la traen de regreso a ella, a mi memoria, para hostigarme por todo lo que no hice. Mi memoria sigue volando a aquel pasado. A aquella noche. A aquel inicio y aquel final, de lo que sucedió después.

\_ Sigue viva... Nos la llevaremos.\_ dijo uno de los hombres al ver a Amelia inconsciente. Christopher había muerto en el impacto. Sacándola de aquel automóvil, antes de que alguien más los viera.

\_ Quizás sea el momento que les dé esto. Aquí quizás encuentren las respuestas de lo que Amelia ha ocultado en su silencio.\_ nos dijo Eileen al ver nuestra desesperación\_. Ella siempre ha sabido quién le hizo daño a su familia y por qué.

\_ ¿Su diario íntimo?\_ expresé, aún asombrado por lo que su amiga nos estaba dando.

\_ Ella ha sido mi mejor amiga desde que éramos niñas. Su abuelo confió en ustedes. Yo haré lo mismo... Quizás aquí este las respuestas que ustedes necesiten, para terminar de unir las piezas del rompecabezas que se ha formado en todo esto. Por favor, encuéntrala. Y sálvenla.

\_ Gracias...\_ dije, sintiendo aquello como una promesa del corazón.

## Capítulo 22

Abrí su diario. Lo leí conociendo todos aquellos secretos que Amelia mantenía oculto en cada una de sus páginas. Permittiéndome conocerla aún más, golpeando a mi corazón por todo aquello que me negué a ver, cuando supe que quien era ella.

Sentí cada uno de sus miedos y las razones de por qué nunca le agrado Christopher. Viendo con mis ojos, por medio de sus palabras escritas, como fue ella transformándose, a causa de las consecuencias que le obligaron a hacerlo.

Pero, ¿y el nombre que buscaba?

Cuando lo tuve ante mis ojos, sentí el peor de los presentimientos.

<< Mi abuelo ha muerto, dejándome en mis manos, unos documentos que me llevan a querer con más razón el querer ocultarme. Siempre supe que mis padres no habían muerto en un accidente, como todos intentaron hacérmelo ver. Yo estaba allí. Lo que vi y percibí aquel día, no había sido ninguna fantasía producto de mi cabeza. Sobreviví a causa de un milagro. Pero siempre supe que nada de aquello había sido un terrible accidente. Ahora, tengo la verdad en mis manos. Tengo un nombre y los documentos que mi abuelo me ha heredado, sabiendo que posiblemente él seguiría siendo el siguiente en la lista...

¿Por qué un hombre nos odia tanto? Ahora, lo sé... Y el miedo recorre por todas mis venas. Recorre cada uno de los poros de mi piel. No es Christopher. Él es simplemente un interesado que desea forma parte del imperio Byrne. Del imperio que mi abuelo creo, y del cual ahora me he convertido en su legítima y única heredera.

Bruce Thomas MacNamara.

Siento como la rabia recorre todo mi cuerpo. Él... Uno de los hombres de confianza de mi padre y de mi abuelo. Él... Quien ha sido el culpable de arrebatarle todo lo que más he amado. Mi familia.

Debo regresar. Mi abuelo me lo ha suplicado. Pero, ¿cómo desenmascarar a alguien que ante los demás es un inocente?

Ha jugado las cartas bien. Todas a su favor. Sólo tengo las pocas pruebas que me ha dejado mi abuelo, quién después de la muerte de mis padres, empezó a sospechar de todos quien les rodeaba. Encontrándose, ahora, para su dolor, una verdad que no esperaba.

Bruce Thomas MacNamara es su medio hermano. Un medio hermano que él no sabía que existía. Su padre, mi bisabuelo, dejó a la madre de ese hombre embarazada, y jamás se interesó en solventar su error. Mi bisabuelo, era un hombre cruel, que jamás se interesó, sino por sí mismo. Algo que mi abuelo jamás quiso heredar. Se propuso hacer un hombre distinto a él, y lo logró. ¿Con qué precio?

Me encuentro en un inmenso dilema. Sigo en mi refugio en Suiza, pero he de regresar a Irlanda. Es la última voluntad de mi abuelo. Mi amado abuelo. Debo desenmascarar al hombre que le hizo daño a nuestra familia. Debo tragarme el miedo que significa el regresar. Ahora, mientras me miró al espejo, sé que no queda nada de la Amelia Byrne quien solía ser. He teñido de negro y cortado mi cabello. He decidido a partir de ahora usar lentillas de color para mis ojos. ¿Quién podría reconocerme, cuando ni yo puedo hacerlo? ¿Quién miró acaso podría ser yo?

Me seguiré ocultando de Christopher mientras encuentro el valor de enfrentarme a todos. Mientras tanto, no hay decisión que me haga cambiar de parecer. Mi abuelo quería que regresara. Y es lo que haré... ¡Oh dios, dame todo el valor y toda la fuerza que necesitare a partir de ahora!...>>

\_ Bruce Thomas MacNamara... \_ susurré.

Jamás lo había visto como uno de los posibles implicados. Era alguien poco probable, por lo que su nombre jamás recorrió mi mente. Ante todos podía pasar como inocente, como Amelia lo había escrito en su diario.

\_ Bruce Thomas MacNamara... \_ repetí una vez más. Sabiendo el peligro que corría ella.

Ese hombre había matado a su familia. A aquella familia, sin piedad alguna. Culpando a los demás de sucesos pasados, en los cuales ellos habían sido inocente.

¿Dónde guardaba ahora Amelia esas pruebas que lo culpaban?

## Capítulo 23

No tarde en llamar a mi jefe. Él, al igual que yo, había sentido como la rabia recorría todo su ser. Debíamos hacer ver aquella verdad que ponía en peligro a Amelia. Sin perder tiempo, Jared y yo empezamos a trabajar, mientras mi jefe y un equipo venían en camino.

No sabíamos aún sobre el paradero de Amelia, sólo sabíamos que si él había llegado a ella, su vida corría aún más peligro.

\_ Los he reunido con urgencia... La nieta de un viejo amigo se encuentra en peligro. Es por ello que los he reunido en esta misión, no tan solo para protegerla, sino para desenmascarar al culpable. Los otros se quedaran aquí, por si encuentran alguna otra pista. Quien esta detrás de esto es una persona muy astuta y muy peligrosa, por lo que no nos podemos confiar... Me temo que entre el equipo ha habido un traidor... Alguien que le ha hecho saber a ese hombre más información de la que esperaba que pudiera salir de aquí. Después de conversar con Rodrigo, alguien encontró algo entre la basura de uno de ustedes.

\_ ¿Se encuentra en medio de los presentes el traidor?\_ preguntó uno del equipo completamente asombrado e indignado. Un sentimiento que sentía el resto de los presentes.

\_ No, en absoluto... Como lo hace un verdadero cobarde. Ha escapado, después de saber que podía hallársele sospechoso. Pero ha olvidado en medio de toda su basura, algo que nos ha servido para unir muchas piezas también importantes. Ahora... Debemos subir al avión que nos llevara de inmediato a Galway. Es un asunto de vida o muerte.

Una vez escuche que lo que más duele en la vida, es haber sido engañado. Por lo que sin importar las razones o los por qué, siempre es mejor una verdad dolorosa que una mentira que a la final herirá más.

Era algo que en realidad sabía, antes de que me enamorara de Amelia. Pero deje que aquellos sentimientos que eran prohibidos para una agente secreto, crecieran y perdieran la lógica que debía haber en mí.

Cuando Amelia abrió los ojos, se sintió mareada y desorientada. Estaba amordazada, sentada en una silla, como si estuviese próxima a un duro interrogatorio. Sus manos estaban atadas, sin consideración alguna. En su frente había una pequeña herida, a causa del accidente que había tenido que sobrevivir, rodeaba de aquel moretón que hacía ver lo fuerte del golpe que ella había recibido.

Alguien, pronto caminó hacia ella, con una sonrisa que podía helar la sangre que corre por las venas. Acercó una linterna a su cara, con una burla que sonaba a victoria.

\_ ¿Recuerdas el apellido MacNamara?... MacNamara fue el apellido de soltera de mi madre, antes de quedar embarazada por mi padre. Robert Arthur Byrne. Él bastardo que decidió echarme de un lado de su vida. Yo debí ser el legítimo heredero de todo esto. Tu abuelo, mi querido hermano menor, fue quien tuvo todas las ventajas... Una mejor educación. Un hogar digno para un niño... Por la culpa de tu bisabuelo, mi madre se convirtió en el hazmerreír cuando tan solo era una adolescente ingenua que se entrego inocentemente a un bastardo como lo era Robert Arthur Byrne. Crecí viendo las lágrimas de mi madre y la forma en que ella me sacó adelante, sin importarle las humillaciones por ser madre soltera. Al crecer, me prometí que le haría pagar cada una de las lágrimas a tu familia... ¡Y heme aquí!... ¿Quieres decirme algo?

Le quitó la mordaza que tenía Amelia en la boca.

\_ Usted... Siempre fue usted. Mi abuelo era inocente de lo que hizo su padre con usted y su madre. Mi bisabuelo era un hombre sin sentimiento... Mi abuelo tuvo que vivir en un hogar donde el amor tampoco predominaba. Mi bisabuelo también fue cruel con él. Algo que él no quiso heredar. Sin embargo, usted es la viva imagen de lo que posiblemente fue Robert Arthur Byrne... Un hombre sin corazón. Un hombre que sólo se quería a si mismo. ¿Acaso alguna vez le preguntó a mi abuelo cómo fue su niñez?

\_ ¡Basta!... Igual llevas su sangre, por lo tanto pagaras por ello. No permitiré que siga existiendo un Byrne descendiente de lo que he aborrecido toda mi vida.

\_ Entonces, máteme... ¿Qué espera?\_ dijo al mirarlo con firmeza.

\_ El mismo carácter de tu abuelo...\_sonrió con sarcasmo\_. Lamentablemente tienes algo que me interesa antes de matarte. Los documentos que te envió mi medio hermano...

\_ ¿Teme que todo el mundo llegue a saber que ha sido usted el causante de nuestras desgracias?

\_ ¡Cállate!... ¿Dónde esta la investigación que hizo tu abuelo sobre mí? ¿Dónde esta todo lo que me acusa?

\_ Mi boca esta sellada... No lo diré, sabiendo que es la única satisfacción que me queda antes de morir. Cuando nadie me encuentre, ni sepa de mí, esos documentos saldrán a la luz... Así como llegaron a mis manos. Llegaran a la justicia...

\_ ¡Tonta!\_ dijo al darle una cachetada, con la mano que aún tenía desocupada. Saliendo, después, de aquella fría habitación.

## Capítulo 24

En medio de aquella basura, también estaba el lugar a donde se dirigía quien había traicionado al equipo.

Era un lugar solitario fuera de Sligo.

Una especie de depósito abandonado, fue el lugar a que nos llevaron las pistas desechas en la papelera de John McConnell.

Cuando Jared y yo nos reunimos con nuestro jefe y el equipo, en lo profundo de mi corazón sentí una especie de presentimiento. Temía lo que podía encontrarme al cruzar aquella puerta que nos separaba de la verdad que nos esperaba.

Mi memoria retrocede a aquel momento, dándome de nuevo aquel golpe en el pecho que tanto me merecía. Había olvidado quien debía ser y siempre debí ser en mi regreso a Irlanda. Jamás me había enamorado antes de conocerla. Jamás debí enamorarme cuando la conocí. Jamás... Jamás...

Respiró profundamente, culpándose por ese ayer que deje atrás. La culpa roe completamente toda mi alma, reduciendo lo que se ha convertido mi vida, desde entonces, en un completo nada.

Nada, sin ella... Un completo nada, sin mi amada Amelia.

Entramos, siguiendo las órdenes de nuestro jefe. Encontrando que aquel lugar no tenía las debidas condiciones para que alguien estuviese allí. El moho y el olor hacía repugnante aquel lugar. Quizás era adecuado para alguien con la mente de Bruce Thomas MacNamara.

Mis ojos de pronto la encontraron, en el lugar en donde me había indicado que fuera. El corazón se me paro, aunque no literalmente. Sentí tanta rabia por lo que le habían hecho.

\_ Amelia... \_ susurré, mientras todo mi ser quería correr hacia ella. Y tomarla en mis brazos, para sacarla de aquel lugar.

Quería tanto cambiar aquel instante, no por mí, sino por ella. Aún la amaba, aun cuando supiera que ella jamás me permitiría que me acercara de nuevo a su vida, si salíamos vivos de allí. Ya no valía la pena desnudar mi alma ni el hecho de que ella viera quien era realmente. Mis sueños se hacían grises, sin esperanzas... Aquella mentira que se había vuelto en un crimen de amor y el enamorarme de ella, ahora me daban facturas y en aquel instante empezaba a pagarlas...

Me acerque a ella, para desamarrarla, sin ver con mis ojos, que todo aquello era una trampa. Nos habían visto entrar. Y sólo esperaban por mí, para hacerla sufrir a ella.

Vi el terror en su mirada cuando me vio acercarme a ella. Quería advertirme del peligro que nos rodeaba, pero se sentía tan débil.

\_ Amelia... Estoy aquí... Todo estará bien. Hemos venido por ti.

\_ Rodrigo... \_ susurró, intentando ponerme sobre aviso, cuando termine de desatarla... Cuidado es...

Escuché aquella detonación detrás de mi espalda. Sentí el roce de aquella bala en mi hombro derecho, mientras caía a los pies de Amelia.

Estuve tendido en aquel suelo por no sé cuanto tiempo. Hasta que intente levantarme.

\_ Bienvenido agente Suarez. Al fin es un gusto conocerlo... \_ cerró la puerta para evitar la entrada de los demás agentes que estaban en aquella operación. Era un acto de locura, pero sabía que encontraría algo más de lo que esperaba. Hacerle ver a Amelia que me mataría, ante sus ojos, por no haberse permitido colaborar antes... Es momento de que ella le vea morir... Ver con sus propios ojos que su trabajo de protegerla no le sirvió para nada. ¡Su familia siempre fue una presa tan fácil para mí!...

Amelia miró aquella escena completamente aterrada. Vi como sus ojos se llenaban de lágrimas, quizás pidiéndole a aquel hombre que tuviese un poco de piedad.

\_ Es momento de decir adiós... Si quieres decir tu último deseo, creo que es el momento... \_ me espetó.

Amelia miró el arma. Y luego me miró a mí, mientras nos mirábamos a los ojos. Agite la cabeza. Lentamente, y con pequeños movimientos. Mis labios no hacían ningún sonido, pero fácilmente podía distinguir mis palabras.

<<Lo siento... Debí protegerte. No ponerte en esta situación...>>.

En un parpadeo, Bruce Thomas MacNamara movió el arma. Haciéndole comprender lo que se estaba preparando a hacer cuando levantó su arma y me apuntó.

\_ Suelte el arma. \_ dije\_. Solo tiene un momento antes de que el equipo que ha venido a sacarla de este repugnante lugar entre, señor MacNamara.

\_ No lo creo... Primero lo veré a usted en el infierno.

En ese instante, sin esperarlo de ella, Amelia se interpuso en medio de los dos, evitando que aquel disparó me impactara. Siendo a la que hería aquel hombre, en vez de a mí.

Miré con horror como caía en el piso. Un lamento salió de su garganta, mientras mis pulmones se quedaban sin aire.

\_ ¡Amelia! ¡Amelia, no! ¿Qué has hecho? ¡Amelia!...\_ grite desesperadamente, sintiendo un golpe en lo profundo de mi ser. El mismo golpe que siento cuando pienso en ella.

El equipo entró en aquel instante, mientras arrestaban a aquel hombre que sonreía, sintiendo que al fin había conseguido con lo que había deseado desde que era un niño. Acabar con el último Byrne de aquella familia que tanto despreciaba, y que por desgracia, él llevaba un poco de esa sangre.

\_ Amelia \_dije al tomarla en mis brazos, a pesar de la herida que tenía en mi hombro derecho\_. Por favor. Háblame. No cierre los ojos... ¡Mírame! ¡Por favor, no los cierres!

Sus manos se helaron. Su sangre empezó a bañar mis manos.

\_ Rodrigo... Viniste por mí... \_un dolor le impidió seguir hablando. Sentía que se le dificultaba el respirar, al instante en que su mano derecha rozaba mi mejilla, que se llenaba de lágrimas.

\_ Nunca mentí cuando dije que te amaba...Nunca... Me enamore de ti... No dejes de mirarme. Estoy aquí... No cierres los ojos. Te sacaré de aquí.

Su respiración era irregular. Y tras aquella mirada que me miraba, como le había pedido, se dejó vencer en aquella profundidad que le hizo perder el conocimiento.

## Capítulo 25

\_ ¿Cómo está, Amelia?\_ le pregunté a mi jefe, al despertar en aquel hospital al que nos habían llevado.

\_ Lo lamento, Rodrigo... Lo lamento. Ha caído en coma. Y es probable que no salga de él... Si es que resiste. Perdió mucha sangre y su herida...\_ dijo al sentirse culpable, mientras me quedaba en shock, sin poder escuchar más.

La impotencia y el dolor se apoderaron de todo mi ser. Estaba perdiendo al único ser humano que me había hecho vivir de nuevo. Su rostro, su sonrisa y todo su ser aparecieron en mi mente, haciéndome sentirme desvanecido. Las lágrimas poco a poco bañaron mi rostro. “¿Porqué justamente ahora la vida me hacía eso?” me preguntaba.

Amelia había ido a parar a terapia intensiva. Estaba muy pálida. Había perdido mucha sangre en aquella herida, algo profunda, que tenía en la espalda.

Nadie sabe lo que tiene, hasta que lo pierde. ¿Cuántas veces había escuchado esa frase, sin haberme detenido a pensar en ella? Tantas, que sería absurdo decirlas cuando lo he aprendido de una dura manera, cuando aún tengo la foto de ella en mis manos, mientras siento un vacío en mi alma. Tenía que pasar por lo que pase para descubrirlo. Para abrir los ojos. Para descubrir lo que en realidad había dentro de mi corazón. Para hacerme sentir lo que sentiría si viviese con su ausencia. Para hacerme ver la tristeza y la impotencia que inundaría mi alma, ahogándome en la soledad de esta habitación. Para hacerme ver que a veces no existen segundas oportunidades. Y lo que puede hacer en la vida un largo adiós, destruyendo, poco a poco, los sueños que antes tenían sentido.

Amelia se encontraba con tantos aparatos, como si por medio de ellos, ella pudiera continuar con vida. Me acerque más hacia aquella ventana, mientras las lágrimas bañaban mi rostro. Aquel era el resultado de mi error de haberla abandonado cuando más me necesitaba.

\_ Amelia...\_ susurre al colocar mis manos en aquella ventana que nos separaba, al sólo tener permitido verla allí y no entrar en aquella habitación donde ella se encontraba\_. Amelia...

Me sentía desvanecido de mí. Descubriendo, una vez más, lo importante que ella era en mi vida. Podía ver su rostro con claridad. Mientras la culpa se adhería cada vez más a mis venas.

\_ Perdóname... Perdóname...\_ susurré\_. Me equivoque... Me equivoque de tantas maneras. Y te herí. Te hice tanto daño... Y lo que conseguí con ello fue perder mi propia vida. Tú eres mi vida, Amelia... Escúchame... Escúchame... No te mueras... No te mueras... Te amo...

Vi a una de las enfermeras salir. Debía ya retirarme. Mientras la otra se quedaba allí, cuidando a Amelia.

\_ Debe ya retirarse, señor Suarez...

\_ Solo un minuto más... Un minuto más, por favor...

\_ No debe estar mucho tiempo aquí. Es un área restringida, señor...

En ese instante, como si fuese una especie de milagro, Amelia abrió los ojos. Miró hacia la ventana y me vio llorando. La vi tratar de mover una de sus manos, al mismo tiempo, en que sonreía sorprendida al verme allí. Su corazón le indicaba que estaba allí.

\_ Rodrigo...\_ susurró débilmente, aunque yo no podía escucharla\_. Estas aquí...

Me sentía impotente. Yo era el que debía estar allí, en lugar de ella. Y eso me mataba lentamente. La mire, sintiendo la necesidad de estar junto a ella. Pero algo pronto evitaría aquello. Los aparatos que la mantenían con vida empezaron a sonar, mientras ella cerraba sus ojos.

\_ Amelia... Amelia... ¡Nena, por favor!... No... No...\_ exprese angustiado, mientras veía la enfermera que estaba allí, junto a mí, intentar sacarme de aquella área cuando el médico se lo pidió.

Cerraron la ventana con la cortina, impidiéndome ver todo aquello. Al mismo tiempo en que trataban de reanimarla. Sentí de repente que perdía una parte de mí. El mundo se me desvanecía por completo ante mis pies.

Ella había muerto. Fue lo que se me dijo, cuando intenté saber de ella. El dolor atravesó mi alma. Ella había muerto ese día, llevándose una parte de mí.

Mi vida y todo lo que giraba en ella se transformó en un nada desde entonces. Se había

desvanecido en aquel instante, atándome por completo las manos.

Heme aquí de nuevo, en Sligo, después de cuatro años. Me sentí traicionado por mi jefe cuando él fue incapaz de decirme el lugar en donde serían enterrados los restos de Amelia, llegando a hacer la razón de por qué renuncié al equipo de agente en que trabajaba en Irlanda. Y fue la razón de por qué volví alejarme de este lugar.

Todos los lugares que mirase, me la regresaría con los recuerdos y las culpas que siempre me acompañarían.

Si, cuatro años, en que deje de ser quien solía ser. Y me he convertido en un hombre aún más solitario y tan triste y ausente de si mismo. Cuatro años en que la he llorado como jamás ante he llorado a nadie. Regresar a Sligo me ha hecho revivir cada uno de esos detalles y momentos que viví junto a ella.

Nada para mí tenía sentido. Absolutamente nada. Mucho menos ahora, sólo que he venido con un propósito, buscar su tumba y pedirle perdón. Sé en lo más hondo de mi corazón que ella no volverá. Sé que no la veré cruzar el umbral de mi casa. Por lo que hubo un momento en que me obligue a mí mismo a olvidarla, para que el dolor no fuese tan fuerte. Pero, ¿cómo olvidar a lo que más se ha amado en toda tu vida?

Intentar reír, es mentirme a mí mismo. Ya he olvidado que es reír. Las lágrimas bañan mi rostro. Volviendo mi alegría en tristeza, mientras mi corazón sigue rompiéndose en pedacitos... La extraño. Mi amor por ella es irrompible.

No puedo ocultar el simple hecho que el mundo cambió bruscamente para mí. Y desde entonces, he estado perdido en mi soledad.

Sé que ha pasado mucho tiempo, demasiado desde entonces, y que aunque he intentado tomar el consejo de Jared, el de Eileen y el de mi propio primo, Shane McGeough, a veces me cuesta ver que la vida avanza. Y que a ella no le hubiese gustado verme así. Era algo que jamás se perdonaría. Y tal vez se culparía por haber regresado a Irlanda y haber permitido que algo entre nosotros sucediera.

Entonces, me pregunto, ¿esto es lo que significa amar?

## Capítulo 26

Mientras escucho en la radio, “Show me The Meaning of Being Lonely” de BSB desde donde me encuentro, me digo que no. Obvio que no. Sólo que a veces es tan difícil continuar...

Reflexiono de nuevo sobre ello, mientras permanezco sentado en el jardín de mi casa, que me he propuesto a arreglar. Está tan marchito. Descubro que esas imágenes me hacen sonreír, y por un momento, siento que ya no estoy solo.

\_ Pareces enfadado...

\_ ¿Yo?

\_ Sí, tú...\_ dijo al sonreírse.

\_ ¿Te estás riendo otra vez de mí?\_ fingí enojo, para luego sonreírme\_. Lamento si te he hecho creer que estoy enfadado... Pues, no es así...

\_ Entonces, puedo respirar tranquila...

Sonreí, después de escucharla. Mientras terminaba de fregar los platos y los colocaba a un lado.

\_ ¿Puedo enseñarte algo especial?

\_ ¿Enseñarme algo especial?\_ preguntó con extrañeza.

\_ Mi lugar favorito de este lugar cuando era un niño...

\_ Está bien... Me parece genial...

Me sequé las manos con un trapo, y luego me dispuse a caminar hacia aquel lugar que tanto amaba en mi niñez. Era el ático.

\_ ¿Tienes un ático?\_ preguntó sorprendida.

\_ Realmente... ¿Por qué?

\_ Cuando era una niña, amaba entrar al ático de la propiedad de mi abuelo. Era como un lugar para estar solo con uno mismo. Una especie de casa de árbol... No sé si me entiendes.

\_ Te entiendo perfectamente... Era lo que sentía de niño. Siempre me traía un libro para leer en las tardes. Y en las noches era mi lugar favorito para ver una noche estrellada. Por ese telescopio que vez allá...\_ se lo señale\_. Mi padre me lo obsequio cuando cumplí los 12 años.\_ respiré profundamente cuando los recuerdos de mi infancia feliz llegaron a mí\_. A veces, todavía me cuesta creer que estoy aquí.

\_ ¿En qué piensas?\_ le pregunté, mientras caminábamos por la propiedad de mi primo, después de almorzar juntos.

\_ ¿Yo?... En nada. Creo que han sido ideas tuyas.\_ sonrió un poco antes de apartar sus ojos de mi mirada. No había podido quitarse esa inquietud que emanaba en su interior.

\_ ¿Estás segura?...

\_ Estoy bien.\_ “¿Qué decía?”, se dijo a mi misma. “¿Acaso no era obvia la respuesta?”

\_ Está bien... Te creo. Katherine, ¿cuántas veces te he dicho que te amo?\_ le pregunté al abrazarla.

\_ No lo sé... Ya he perdido la cuenta.\_ sonrió mientras sus mejillas se sonrojaban. Deseando de corazón algún día poder escucharle decir su verdadero nombre.

\_ Me has convertido en un hombre completamente enamorado de ti...\_ dije al rozar su mejilla derecha para después acercarme y besar sus labios.

Sin embargo, en este instante me recuerdo que lo estoy. Contengo la respiración. Desde mi reproductor ha empezado una nueva canción, y no sé si sea ironía de la vida. Es “The Last Time” de Taylor Swift y Gary Lightbody de Snow Patrol. Una canción también muy triste para mi gusto.

Siento su presencia cerca de mí. Tan cerca, que he cerrado los ojos y desearía que no fuese un sueño. Que al abrir los ojos ella este allí.

\_ Rodrigo...\_ he escuchado su tono de voz. Y no se si creer si es producto de mi imaginación o es una aparición angelical.

Mi corazón se estremece aún más y palpita de una manera distinta. Escucho pasos acercarse a mí. Siento como si alguien estuviese cerca de mí. Pero siento tanto miedo de abrir los ojos y descubrir que es otro de esos sueños tan crueles que me han acompañado por tanto tiempo, mientras he añorado a Amelia. Y he llorado su ausencia.

El dolor invade cada poro de mi piel. Sin saber que quién se encuentra a mi lado, esta llorando al verme. Y se siente tan culpable de verme tan triste. Se ha arrodillado y ha colocado sus delicadas y tiernas manos en mi rostro.

\_ No soy un sueño... Estoy aquí... Perdóname...

He abierto los ojos al escuchar de nuevo aquel tono de voz. Y al sentir el tacto de sus manos en mi rostro.

He abierto los ojos lentamente, sintiendo que mi corazón no puede con todas estas emociones. Si es un sueño. Ruego al cielo que no me permita despertar. No aún... No todavía. No al ver que es Amelia. Mi amada Amelia.

\_ Estoy viva... Lamento que hayas pensado todo este tiempo que había muerto.\_ dijo, mientras sus ojos eran un mar de lágrimas. Ella había esperado mi regreso a Irlanda, rogado también por ese momento. Y creo sospechar por qué Jared, Eileen y mi propio primo, insistían tanto que regresara cada vez que me animaban a hacerlo. Recordándome que la vida continuaba.

\_ ¿Amelia?

\_ Sí, soy yo...\_ dijo y me abrazó con fuerza. Le había dolido tanto saber cuanto le había llorado. Y como me había enfrentado a su ausencia al alejarme de Irlanda, porque me sentía tan culpable\_. Lo siento... Juro que lo siento... Yo no quería nada de esto para ti, si mi final era morir... Yo no quería hacerte sufrir. Y fue todo lo que hice...El día que fuiste a verme, estuve muerta por unos minutos. Luego volví a caer en un profundo coma. Nadie daba esperanza a que pudiera volver a soportarlo... Tu herida se había abierto, y temieron que también recayeras. Habías llevado tantos golpes en tan poco tiempo. Muchos incluso dicen que fue un milagro el que despertara... Lo siento... Lo siento...

\_ Amelia... ¿Por qué nadie me dijo nada?\_ pregunté al abrazarla con ternura y con fuerza, comprendiendo su dolor. Mientras una parte de mi trataba de asimilar todo aquello.

\_ Porque cuando volví a despertar, pedí que hasta que no me pusiera bien, no te buscaran. Y cuando estuve bien... Tú ya habías desaparecido sin dejar ningún rastro. Fue mi culpa... No culpes a nadie, por favor...

¿Ella estaba viva? ¡Sí, Dios había escuchado mis plegarias y la había regresado a mí!

Busque su rostro. Busque su mirada. Y seque sus lágrimas.

Ella había regresado, en busca de mi perdón por haberme hecho sufrir, mientras que en mi opinión, yo había visto aquel regreso, como aquella luz que necesitaba mi vida. En mi corazón no tenía nada que perdonarle. Solo amarla aún más por su valentía.

\_ Tú eres mi vida...\_ le dije al colocar mis manos en su rostro\_. Solo te pediré que no vuelvas a ocultarme nada. Absolutamente nada.

\_ Te lo prometo...

\_ No llores más... No quiero verte llorar. No tengo nada que perdonarte. Absolutamente nada... Solo agradecerte de hacerme saber por ti misma que estás viva. Viva.\_ le dije mientras iba secando sus lágrimas.

\_ Es lo que he querido hacer desde que salí del coma. Y desde que me dijeron que debía estar en observación por un tiempo. Cuando me dieron de alta. Les pedí a Eileen, a Jared y a tu primo que te buscaran...

\_ Entonces, ¿Jared y mi primo siempre lo supieron?

\_ Sí...\_ dijo con cierto dolor.

\_ Con razón sus insistencias de que regresara. De que la vida continuaba... ¿Podrás perdonarme tú por lo que hice y deje de hacer en el pasado?

\_ Rodrigo... No tengo nada que perdonarte. Te amo...\_ dijo con dulzura\_. Y me has devuelto la vida con tu regreso. Eres mi todo. Y este amor es irrompible.

\_ Mi amor por ti también es irrompible.

Después de ese instante. Transcurrieron tres meses. Tres meses que para mí fueron una eternidad. Tres meses que me llevaron a aquel día tan especial. El día de nuestra boda. Junto a todos nuestros amigos y seres queridos. Junto a aquel camino que Dios nos había regalado.

\_ Yo, Rodrigo Suarez, acepto a Amelia Byrne, como mi legítima esposa, para cuidarla,

protegerla, amarla, respetarla y serle fiel el resto de mis días... Hasta que la muerte nos separe. \_  
dije, mientras la miraba a los ojos con esa picardía con la que solíamos vernos. Realmente, me  
sentía un hombre afortunado y completo. Ella era mi vida. Y lo seguirá siendo...

# **Corazones ardientes**

# Capítulo 1

Subió el volumen a la música y aumentó la velocidad del auto. Los acordes de Don't speak de No doubt le producían más lágrimas, pero necesitaba eso, quería sacar todo el dolor que tenía aglomerado en el pecho.

Las decenas de «te lo dije» que su madre y Jimena, su socia y amiga, le apuntaron antes de marcharse, aún la atormentaban. Estaba cansada de que le recordaran lo ciega que había sido. Tal vez, nunca lo fue, quizás, siempre supo lo que sucedería de un momento a otro; pero ahora, no quería pensar en eso. Era urgente olvidar.

Estaba convencida de que su mayor error, fue ser una mujer confiada. El matrimonio no era un contrato indisoluble, no existía el «amor eterno», mucho menos, el «felices por siempre». Sin embargo, se aferró a esos conceptos para subsistir. La incertidumbre, le producía vértigo.

En el instante en que la cantante gritaba, en perfecto inglés, la frase: «No necesito tus razones. No me cuentes, porque me duele», salía de la ruta 61 y tomaba la Pedersen, para llegar a la costa de Lutsen, un lugar ubicado a escasos metros de la orilla norte del Lago Superior, en el condado de Cook en Minnesota.

La última acción condescendiente que su amiga hizo por ella, fue conseguirle un refugio apartado de la humanidad, para que pudiera expulsar toda su pena. Si quería seguir adelante, primero, debía cicatrizar las profundas heridas que la traición le dejó.

Comenzó a internarse por el camino de grava que daba acceso a la cabaña vacacional de los Kerrigan, mientras Alicia Keys interpretaba la melancólica Why Do I Feel So Sad; parecía repetirle: «Ya debería saber. Que con el tiempo, las cosas cambian». Apagó con un golpe el equipo de música, se enjugó las lágrimas con la manga de su jersey y estacionó el auto frente a una hermosa casa de madera, con techo a dos aguas, y rodeada de altos cedros y maleza.

Oscurecía, y las sombras ocultaban, a medias, el abandono al que había sido sometida la vivienda. Jimena le advirtió que los Kerrigan no visitaban la cabaña desde hacía dos años, después de la muerte de su único hijo. A ella no le importaba el estado de la casa, lo único que quería era un lugar solitario donde esconderse, para llorar en libertad, sin que nadie le reprochara su actitud.

Se quedó por un tiempo indeterminado allí, sentada en el vehículo, admirando la polvorienta vivienda. Cúmulos de hojas muertas cubrían la terraza y las ventanas habían sido tapadas con gruesas cortinas floridas.

Respiró hondo, muy hondo, y peinó con los dedos sus cabellos rubios, que le caían en cascada sobre los hombros. Se sintió idiota. ¿Qué importaba cómo estaba su apariencia? Las únicas que la verían serían las arañas.

Finalmente, tomó su bolso y la pequeña maleta que había lanzado en la parte trasera del auto. Sacó la linterna y salió del vehículo.

Caminó abatida, con la mirada clavada en las baldosas de piedra del pasillo de entrada. A su derecha, el lago Gitchi Gummi reflejaba el brillo de una redonda luna y hacía romper sus diminutas olas en las rocas que bordeaban la orilla.

Con el juego de llaves que su amiga le entregó, abrió la puerta principal, que chirrió al ser utilizada después de tanto tiempo. Adentro, el olor a humedad y polvo le hizo picar la nariz, el sonido del viento hacía crujir las maderas y por las rendijas que dejaban las cortinas se colaban siniestras sombras, que simulaban garras o rostros deformados, producidas por las ramas de los árboles. Cualquier mortal estaría aterrado al entrar en ese lugar, pero el sufrimiento que sentía Debby, le impedía asimilar la desidia que la rodeaba.

Cerró la puerta y atravesó con lentitud, alumbrada por la luz de la linterna, la sala de estar, la cocina y el comedor, para sumergirse por el oscuro pasillo que la llevaba a las habitaciones. Halló tres puertas, una de ellas le fue imposible abrir, la otra, estaba abarrotada de objetos y suciedad; la tercera, en cambio, se notaba más limpia, tenía algunos lugares libre de polvo y telarañas, y la cama, contaba con sábanas limpias. Sobre la mesita de noche, una lámpara de aceite descansaba junto a una caja de cerillas. Dejó caer su bolso y la maleta en el suelo, encendió con dificultad la lámpara y se recostó en la cama, a llorar.

Lloró por horas. Con las imágenes de su desgracia girando como un carrusel en su mente. Allí se quedó el resto de la noche, hasta que las lágrimas y el aceite se secaron, y la oscuridad la sumió en un profundo sueño.

## Capítulo 2

Abrió los ojos al sentir un ardor en el rostro. Algunos rayos de sol se colaban por las rendijas de la gruesa cortina, anunciando la mañana.

Se levantó con dificultad. Se sentía débil, los huesos y el corazón le dolían en igual proporción. Sentada en el borde de la cama se frotó la cara con las manos, para despejarse la visión. Tenía los pámulos hinchados, los ojos enrojecidos y los cabellos enmarañados.

Dio un repaso a la habitación donde se encontraba. El cuarto, a pesar del polvo, era hermoso. La cama estaba ubicada en el centro, cubierta por finos edredones. No tenía cabecero, solo un vistoso cuadro de marco dorado, que mostraba un bosque vivo. A los lados, estaban ubicadas dos ventanas alargadas; y en un costado, una mesita de madera clara sostenía la lámpara de aceite, pero la caja de cerillas había desaparecido.

El movimiento de una sombra la obligó a girar el rostro y mirar con recelo hacia el baño, ubicado frente a la cama y junto a un gran armario de madera. Podía jurar que alguien había entrado. La puerta se encontraba abierta y la luz del interior estaba encendida. Cuando llegó en la noche, la oscuridad era total. Ni siquiera había verificado si la casa tenía energía eléctrica.

Se asomó con sigilo, pero no había nadie. El baño estaba limpio, tanto el aseo como la ducha/bañera. Regresó a la habitación, se alisó los cabellos con los dedos y suspiró hondo. Antes de viajar de Mineápolis a Lutsen, Jimena le aseguró que aquel lugar estaba abandonado desde hacía dos años. Nadie iba, ni siquiera, a realizar mantenimiento. Pero era evidente que se había equivocado. O la residencia estaba tomada por invasores.

Abrió la puerta y salió al pasillo con precaución. El olor a café recién hecho le inundó las fosas nasales. Intentó agudizar la vista e identificar las sombras que se movían en el área de la cocina. La oscuridad se lo impedía.

Al llegar, divisó la espalda ancha de cintura estrecha de un hombre, que parecía manipular una cafetera eléctrica. Tenía el torso desnudo y unos pantalones vaqueros que le quedaban holgados, pero no podía detallar bien su anatomía, mucho menos, el color de sus cortos cabellos.

Con inseguridad, se aclaró la garganta mientras el sujeto se giraba hacia ella con una taza humeante en la mano. Su rostro anguloso, estaba invadido por una descuidada barba de tres días, y sus ojos, que parecían ser negros por la oscuridad, la observaron de pies a cabeza con indiferencia.

—Buenos días —expresó Debby con voz ronca. La garganta la tenía irritada de tanto llorar—. ¿Quién es usted?

El hombre bufó y sus labios se curvaron en una media sonrisa, dando a entender que reprobaba su indagación.

—¿No le parece que esa debería ser mi pregunta? —dijo y se acercó a ella como un felino, sin apartar la vista de su rostro— Aunque, mis palabras serían: ¿Qué demonios hace usted aquí?

Intimidada por el acecho del hombre, Debby retrocedió un paso, y pegó la espalda de la pared.

—Soy Deborah Adams y... me alquilaron esta casa —mintió.

El sujeto se detuvo a pocos metros de ella y apoyó una mano en la encimera de granito que dividía el área de cocina de la zona de estar.

—¿Se la alquilaron? —Inquirió poco convencido— ¿Jhon Kerrigan le alquiló esta casa?

Ella solo pudo afirmar con la cabeza, nerviosa por el escrutinio del hombre.

—¿Él, en persona, le entregó las llaves? —Debby se quedó muda e inmóvil. No iba a confesarle la verdad. El hombre volvió a emitir un bufido y dibujó de nuevo, una media sonrisa. Le dio la espalda y se dirigió al refrigerador, para sacar una vianda de aluminio.

Debby no sabía qué hacer, cruzó las manos en el pecho, pero luego, las bajó. Se acercó con timidez a la encimera y la puso como muro de contención entre ella y el desconfiado sujeto.

—Usted, ¿quién es?

El hombre le dedicó una mirada de pocos amigos, luego, se caminó a la mesa del comedor, se sentó en el único puesto que estaba libre de polvo, abrió la vianda y comenzó a comer con las manos lo que parecían ser trozos de pizza.

—Zack —le respondió con la boca llena de comida.

A Debby le molestó su falta de modales, apoyó una mano en la cintura y con los dedos de la otra, golpeaba la encimera.

—¿Zack, qué? Además, ¿qué hace aquí? Me notificaron que la casa estaba abandonada, así que, puedo considerarlo un invasor. Por tanto, debo advertir a las autoridades. —Se cruzó de brazos y levantó el mentón con altanería, mientras él la fulminaba con una mirada llena de advertencias.

—No es necesario, señora... Adams —expresó con reproche, sin apartar los ojos de ella—. Fui contratado por la señora Kerrigan para cuidar la casa, suelo quedarme aquí algunos días. Para que los vecinos piensen que está habitada.

—Podría limpiar un poco —le espetó, alzando las cejas—. Con solo ver el estado de la terraza uno puede notar los años de abandono que tiene la vivienda.

Zack lanzó en la vianda el trozo de pizza que tenía en la mano, dejó la taza humeante en la mesa y se levantó con una postura desafiante.

—¿Por qué no lo hace usted? A fin de cuentas, es la verdadera invasora. —Se acercó hasta quedar frente a ella. Apoyó las manos en la encimera y se inclinó, para aproximar su rostro al de ella—. Es imposible que Jhon Kerrigan le haya entregado las llaves, es una mentirosa. No sé de dónde las sacó, pero estoy seguro que los dueños no están al tanto de su visita. Si no quiere que la denuncie, entonces, muéstrese más cortés.

Después de decir aquello, se marchó hacia las habitaciones. Y la dejó ahí, temblando de ira.

Por una maldición del destino estaba reviviendo lo ocurrido el día anterior. De nuevo, le escupían en la cara su triste posición en la vida. El corazón se le achicó en un puño y las lágrimas volvieron a invadirla, pero ya estaba harta de llorar, de rendirse y, sobre todo, de escapar.

## Capítulo 3

Debby observaba, asomada por una rendija en la ventana, como se alejaba Zack.

Después de amenazarla, el hombre terminó de vestirse, se tomó de un trago su café y comió un par de trozos de pizza antes de marcharse. No le dijo nada al salir de la cabaña, solo le dedicó una mirada tosca mientras tomaba su morral colgado junto a la puerta de la cocina, que daba al exterior, y se colocaba su desgastada gorra.

Ella se mantuvo en silencio, junto a la encimera, y con los brazos cruzados en el pecho, hasta que él cerró la puerta. Esperó unos minutos antes de correr a la ventana, para asegurarse de que en realidad, se iba.

Al quedar sola, se derrumbó en uno de los sillones de la sala de estar. El polvo voló a su alrededor cuando su peso cayó en el mueble y le produjo tos. Miró acongojada el lugar, que estaba hundido en la suciedad y las sombras, tan abandonado como ella. No pudo evitar que de nuevo, sus ojos se llenaran de lágrimas y su mente se atormentara con amargos recuerdos.

Minutos después, cuando la sensación de hambre superó a la pena, se levantó del sillón y se dirigió al refrigerador. Adentro, solo había sobras, algunas tenían mal olor, otras, mal aspecto. Se atrevió a tomar un par de trozos de la pizza y se sirvió los restos del café que había dejado en la cafetera. Comió de pie, en la encimera, con la mirada fija en la pared de piedra. No tenía la más mínima idea de lo que tenía o quería hacer.

No podía quedarse allí. No había logrado una buena relación con el cuidador de la cabaña, pero no tenía a dónde ir. No estaba dispuesta a volver a su casa, ni tenía fuerzas para buscar otro refugio. Zack, al menos, no la había corrido. Solo le exigió que fuera más cortés, aunque, el verdadero desagradable y falto de modales allí, fue él.

Debby respiró hondo y arrugó el ceño. ¿Qué le había pasado a su vida? Unos días atrás, disfrutaba de la estabilidad que aportaban un negocio propio, una casa y un matrimonio. Ahora, no tenía nada, la despojaron de todo, y para completar, el sitio que eligió para expulsar sus penas, estaba invadido por un ogro antipático y prepotente.

Golpeó la encimera con un puño y se encaminó con paso decidido a la segunda habitación que estaba abierta en la cabaña. No se marcharía, Zack tendría que acostumbrarse a su presencia, el tiempo que fuera necesario mientras elucubraba un plan para recuperar sus pertenencias y su dignidad.

Se introdujo en el cuarto, apartó la cortina para permitir la entrada de los rayos del sol y comenzó a limpiar y a ordenar. Ese espacio, a diferencia de la habitación principal, no tenía una cama de dos plazas, sino dos de una, colocadas a cada costado. En medio, una mesa de centro estaba ubicada bajo una ventana. Y varios jarrones, sillas individuales y otras mesas, las habían arrumado en los alrededores. Ella sacó todos esos objetos al pasillo, para luego, conseguirles un lugar.

Pasó toda la mañana en esa habitación y parte de la tarde, limpiando la cocina. El trabajo la ayudó a mantener la mente ocupada y alejarse de los malos recuerdos. Trasladó los cinco jarrones que estaban guardados en el dormitorio a la sala de estar, pero uno de ellos —un recipiente de cristal, largo y delgado, repleto de canicas de vidrio—, resbaló de la mesa y se hizo añicos en el suelo.

—Maldita sea —murmuró Debby. Estaba ansiosa por darse un baño antes de preparar la cena, pero ahora, debía recoger las estúpidas canicas. Con rapidez, barrió los fragmentos del jarrón y guardó las piedras en una caja de zapatos. Se agachó para sacar algunas que habían caído bajo uno de los sillones, justo en el momento en que tres de ellas pasaron por su lado en dirección al pasillo de las habitaciones.

Ella las miró confundida, hasta que se detuvieron cerca de la puerta que nunca había podido abrir. Sin modificar su posición, comenzó a evaluar la cabaña. La única manera de que las piedras rodaran era que alguien las moviera, pero estaba sola. Aunque las ventanas se encontraban abiertas la brisa era suave. Se levantó del suelo, sin dejar de otear los alrededores. De pronto, la puerta trasera se abrió, y Debby no pudo evitar gritar y agitar la caja por su sobresalto. Varias canicas volvieron a caer al suelo.

—¿Está loca? —preguntó Zack parado inmóvil en la puerta.

Colocó la caja sobre una mesa y se frotó el pecho, mientras intentaba controlar su respiración.

—Me asustó.

Él entró mascullando palabras, o quizás, maldiciones, y dejó sobre la encimera una bolsa de papel llena de comestibles.

—¿Desocupó mi habitación? —le preguntó con brusquedad. Debby le asintió con la cabeza, aún, con los nervios de punta.

Zack dejó su morral sobre otra encimera y repasó la cocina. Ella esperaba que dijera alguna palabra de agradecimiento, o tal vez, de ánimo. Sin embargo, no dijo nada, se dirigió al refrigerador y al abrirlo, su rostro volvió a tornarse iracundo.

—¿Qué le pasó a mi comida?

—Mucha de ella estaba en mal estado. —Él la fulminó con la mirada—. La boté —le confesó con soberbia y levantó el mentón para demostrarle que no le importaba su opinión. Pero Zack, solo cerró el refrigerador y comenzó a caminar hacia su habitación, con el rostro crispado.

Debby respiró hondo y antes de que se encerrara en su cuarto, quiso proponerle una tregua. Al fin y al cabo, él había comprado los víveres.

—Lo invito a cenar.

Se detuvo en el pasillo, de espaldas a ella, parecía considerar su invitación.

Debby lo observó asentir y luego, se marchó. A su paso, pateó las canicas que se habían detenido frente a la puerta sellada. Ella no apartó la mirada de él hasta que entró en el dormitorio, finalmente, se acercó para revisar el contenido del paquete. Halló latas de salsa, pasta y algunos vegetales, pero en el fondo, se encontraba una pequeña caja de chocolates.

## Capítulo 4

La mesa estaba puesta con total dedicación. Debby se ocupó de que todo quedara perfecto: la pasta, la salsa, el queso y la ensalada; hasta la posición de los cubiertos y servilletas parecían estar calculadas. Esa había sido su especialidad durante muchos años, organizaba fiestas privadas, reuniones de negocios y cenas especiales junto a su amiga Jimena. Pero después de lo ocurrido, perdió a sus mejores clientes. Ahora, su empresa estaba sentenciada a la quiebra.

Respiró hondo para apartar los malos recuerdos, podía escuchar los pasos de Zack que se aproximaban al comedor. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero esperaba que el hombre no lo notara. Al alzar el rostro sintió un ramalazo en el vientre. Se había afeitado la barba, podía notar su rostro de mandíbula cuadrada, labios carnosos y nariz ancha. Pudo detallar, incluso, el color de sus ojos. Eran de un marrón oscuro, moteado de verde, que parecían agotados y furiosos.

En dos zancadas atravesó la cocina, estaba vestido con su habitual jeans y una camisa de cuadros, con las mangas arremangadas en los brazos. El cabello negro lo tenía húmedo, algunos mechones le caían en la frente, sobre el ceño fruncido.

Ella se aclaró la garganta mientras alisaba, con disimulo, sus cabellos. Sentía que no se había vestido acorde a la ocasión, su blusa abotonada, pantalón capri y sandalias bajas, la hacían sentirse sosa.

Zack se detuvo frente a la mesa, con las manos guardadas en los bolsillos, y la observó como si estuviera evaluando un auto. Ella comenzó a ponerse nerviosa, no sabía si le gustaba lo que había preparado. Le señaló la silla donde él se sentaría, para indicarle que tomara su puesto, pero Zack no se movió hasta que ella no se ubicara primero. Debby respiró hondo y se sentó con movimientos toscos. Comenzaba a odiar la estúpida actitud del sujeto.

—Espero no sea alérgico a alguno de los alimentos —le escupió. No podía disimular su incomodidad.

Él pareció mascullar algo mientras se sentaba, pero ella no pudo escuchar nada. Se mantuvieron en silencio durante toda la comida. Debby lo observaba, de vez en cuando, buscando un tema de conversación. Zack la ignoraba por completo, comía como si estuviera solo en la casa.

—Encendí el televisor, pero la señal es muy débil. —Lanzó las palabras al aire para ver si alguien las atajaba.

—La antena está movida —comentó él sin mirarla a los ojos.

La comida continuó como si nadie hubiera hablado. Debby estaba a punto de perder la paciencia.

—¿Cómo puedo arreglarla?

Él alzó la vista por unos segundos. Su mirada parecía ser de sorpresa. Quizás, pensaba que ella no era capaz de hacer una labor como esa.

—Tiene que subir al ático y sacar medio cuerpo por una de las ventanas del lateral derecho. A menos de un metro, está la antena que mira en dirección a la montaña, debe dirigirla hacia el lago.

Después de decir aquello volvió a quedar en silencio. Debby se rindió. Era imposible mantener una conversación con ese hombre. Se concentró en terminar su cena, con una amarga sensación de déjà vu en el pecho. Así solían ser las comidas en su casa, aunque en la mayoría de las ocasiones, estaba sola.

Los ojos volvieron a inundársele de lágrimas. Aceptó por tres años esa costumbre para no empeorar la situación. No quería ser una esposa irritante, que no le daba descanso al marido en ningún momento. Ahora, se daba cuenta que aquel comportamiento digno no le había dejado nada. Se quitó la servilleta del regazo, la lanzó sobre la mesa y miró decidida a Zack.

—¿En qué trabaja?

Él la observó con los ojos abiertos como platos. Quedó inmóvil en la mesa, por su repentina reacción.

—Soy guía de senderismo en el Solbakken Resort.

Debby quedó sorprendida al recibir una respuesta sincera, y no un reclamo por su comportamiento fuera de lugar. Eso la dejó muda.

Zack esperó inmóvil a que ella continuara el interrogatorio, pero su rostro triste y sus ojos llenos

de lágrimas, le confirmaron que la mujer estaba nuevamente, sumida en su pesar. Dejó los cubiertos en la mesa y se levantó con lentitud.

—Son para usted.

Ella tuvo que salir de su melancolía para observarlo confundida.

—¿Qué?

—Los chocolates. Son para usted —le aseguró Zack y se retiró a su habitación.

Debby se quedó allí, mirando cómo se alejaba, con los ojos brillantes, pero con un sentimiento de alivio recorriéndole el pecho.

## Capítulo 5

A la mañana siguiente, Debby se levantó con más ánimo. No podía negar que los chocolates la ayudaron a soportar la pena durante la noche y le permitieron dormir mejor. Zack se había marchado más temprano, así que de nuevo, tenía la cabaña para ella sola.

Encendió el equipo de música y dejó que el ritmo soul de Joss Stone impregnara cada rincón. Mientras continuaba la limpieza pensaba en las maneras de relanzar su negocio con poco dinero, para captar nuevos clientes. No podía dejar el trabajo, se había aferrado demasiado a él, esa actividad la ayudó a sobrellevar la soledad y la traición. Aunque, en esta oportunidad, debía darle una visión diferente.

Sin darse cuenta, se le pasó el día. Cada vez que realizaba alguna tarea, se sumergía en cuerpo y alma en ella, olvidándose del resto del planeta. Cuando la tarde comenzaba a caer se dio un baño y se colocó un vestido vaporoso, que le llegaba a las rodillas. Merendó los chocolates que le quedaban en la caja antes de salir a la terraza. Desde que llegó, no había disfrutado de las bellezas naturales del lago, ni del calor del sol. Aunque acudió a ese lugar para esconderse y llorar, ahora, se lo pensaba mejor. Brian no se merecía sus lágrimas, ya había derramado muchas por ese imbécil.

Suspiró hondo al ver que toda la entrada estaba cubierta por hojas. Le faltaba esa área por limpiar, pero eso lo haría mañana. Sacudió una vieja mecedora de madera olvidada en un rincón, y se sentó a admirar el paisaje. La brisa era suave, el sonido del viento armonizaba a la perfección con el romper de las olas. Y el lago, estaba completamente teñido de cielo. Una sonrisa se le coló en el rostro, producto de una dulce sensación de calma que le hinchaba el pecho. Aquel paraje era mágico, parecía ejercer un poder especial sobre ella. Su belleza era idílica, algo que solo había podido admirar a través de programas televisivos.

Ese pensamiento le recordó que la señal de televisión no era nítida. Debía redireccionar la antena.

Se levantó en medio de un suspiro y entró a la casa en dirección al ático. Subió las estrechas escaleras que se encontraban al final del área de estar y abrió con dificultad la puerta. El tiempo había endurecido las bisagras. Adentro, el polvo la hizo estornudar, el calor y la falta de oxígeno eran asfixiantes. Allí la desidia era peor que en el resto de la casa.

A diferencia de otros áticos, éste era amplio y contaba con ventanas panorámicas en cada costado. El lugar era precioso, si le quitaban las cajas, los juguetes, los muebles deteriorados, la gruesa capa de polvo y la red de telarañas que cubría las vigas del techo, se podría crear un salón de descanso, un cómodo dormitorio, un cuarto de juegos, una biblioteca, o tal vez, un gimnasio. A pesar de que los vidrios estaban empañados por la mugre, las vistas que le ofrecía del lago y las montañas eran impresionantes. A Debby le era imposible no conmoverse con semejante majestuosidad.

Al salir de su ensoñación, recordó las instrucciones de Zack: sacar medio cuerpo por una de las ventanas del lateral derecho. Se dirigió a esa zona y luchó con el pestillo de una de las ventanas para subir el listón. Después de una batalla, que por momentos creyó perdida, el pasador cedió y con dificultad abrió la ventana. Se asomó con cuidado. Las maderas del marco tenían mal aspecto. A su derecha, y a más de un metro de distancia, divisó la pequeña antena parabólica que miraba hacia la montaña, envuelta en tierra, telarañas, hojas secas y con un nido abandonado en su base.

Estudió bien la situación antes de atreverse a sacar medio cuerpo. La altura era considerable, así como la distancia de la antena a la ventana. No sería una tarea fácil. Se sentó con cuidado sobre el marco, escuchando el crujir de las maderas. Incluyó su cuerpo hacia afuera y se sostuvo de la pared lo mejor que pudo, antes de comenzar a estirarse para alcanzar el plato de aluminio.

Un extraño chillido la hizo perder el equilibrio. Si no se hubiera sostenido con fuerza de la pared, hubiera caído al suelo. Giró el rostro, en busca de la fuente del sonido. A pocos metros, sobre un inmenso árbol, estaba un águila.

—Maldito pajarraco —murmuró, clavando una mirada mortal en el animal que la observaba con curiosidad.

Volvió a ocuparse de su tarea, pero ésta vez, se sostuvo de un caño que estaba ubicado junto a la ventana en la parte exterior. De esa manera, tendría más posibilidades de inclinarse para llegar a la antena.

Se encontraba en medio de su empresa, con más de la mitad del cuerpo fuera de la cabaña, cuando escuchó un segundo chillido. Pero en ésta ocasión, el ruido provenía del interior. Miró alarmada hacia la ventana al sentir que algo rozaba sus piernas, en ese preciso momento, el águila se antojó de emprender vuelo, y su violento batir de alas la hizo perder de nuevo el equilibrio.

Su rápido movimiento quebró la madera donde estaba sentada y su cuerpo salió proyectado al exterior. Gritó aterrada. La salvó de una muerte segura el hecho de estar bien sostenida del caño, pero el tubo parecía no soportar mucho tiempo su peso, se doblaba con lentitud, amenazando con despegarse y caer al suelo con ella. Además, el borde del vestido se le quedó engarzado en las astillas y se le subió al cuello. Debby estaba peligrosamente colgada de un débil caño y con la ropa interior expuesta. No sabía si sentir miedo o vergüenza.

Zack sintió un terrible estremecimiento al escuchar un grito desgarrado proveniente de la cabaña. Soltó las bolsas que tenía en las manos y corrió con la imagen de la imprevista visitante en su mente. Al llegar, quedó pasmado al ver un estilizado cuerpo colgar de un costado, enfundado en una diminuta ropa interior bordó que mostraba la generosidad de sus curvas.

El caño chirrió al despegarse de la madera. Los ojos de Debby se llenaron de terror al sentir que la fuerza de la gravedad la reclamaba. Gritó con fuerza, esperando sentir el duro golpe de las piedras. Para su sorpresa, no cayó en el suelo, sino encima de un cálido y acolchado cuerpo.

Zack había llegado a tiempo y evitó que ella se impactara contra las baldosas. Pero no pudo evitar caer él y torcerse el tobillo de forma dolorosa.

—Oh Dios, oh Dios... —repetía Debby, mientras se levantaba y se acomodaba los restos del vestido para tapar su desnudez.

—Por todos los demonios, ¿se volvió loca? ¿Qué hacía colgada de la ventana? —le preguntó Zack mientras soportaba el intenso dolor.

—¡Cumpliendo con sus absurdas explicaciones! —le gritó Debby temblando de ira y miedo.

Él la miró con los ojos muy abiertos antes de comenzar a levantarse con dificultad.

—¡Debería dejar las tareas complejas para gente realmente inteligente!

Ella quedó muda, lo observaba con incredulidad, con el rostro colorado y bañado en lágrimas. Al notar que sufría por el dolor en el tobillo y eso le impedía erguirse, fue invadida por una desagradable sensación de culpa. Se acercó a él para ayudarlo, pero Zack se lo impidió y le dirigió una dura mirada de advertencia.

—Déjeme hacer algo por usted —le rogó, aún llorando. Ese hombre la salvó de la muerte, tenía que buscar alguna forma de agradecerle.

—Vaya por las bolsas que me hizo tirar y déjeme en paz —le gruñó y se encaminó a la cabaña cojeando.

Debby se quedó ahí parada, llorando en silencio, sin comprender lo que había sucedido.

## Capítulo 6

Horas después, Debby se dirigió a la habitación de Zack con una bandeja en la mano, que portaba un bisteck asado, papas al horno, brócoli y café. No tuvo tiempo, ni ánimo, para preparar algo más elaborado. Aún tenía los nervios alterados por lo ocurrido, y una amarga sensación de culpa por el estado en el que había quedado el sujeto.

Tocó con timidez la puerta y recibió un brusco ¿qué quieres? Como respuesta. Respiró hondo antes de contestar, sabía que él reaccionaría de esa manera.

—Tu cena —dijo y se quedó en silencio.

Segundos después, él gruñó algo. Al no entender su queja, se tomó la licencia de hacer lo que se le viniera en gana. Así que abrió y entró en la habitación con el rostro endurecido. Los ojos de Zack se ampliaron con sorpresa al verla.

Con el mentón en alto, colocó la bandeja sobre la mesita de noche, empujando todo lo que había encima de ella hacia el fondo. Sacó del bolsillo de su pantalón deportivo un tubo de pomada y se sentó en la cama a los pies de Zack, que no dejaba de seguir sus movimientos con una mirada iracunda.

—¿Qué piensa hacer? —le dijo al ver que ella abría la pomada y se untaba una mano con ella.

—Le daré un masaje en el tobillo. Esta crema es antiinflamatoria, le hará bien.

—No se le ocurra... —Intentó evitar que la mujer le tocara el pie, pero Debby fue más rápida.

Ubicó una almohada sobre su regazo y tomó con firmeza su pierna para moverla hacia ella. El hombre chilló por el brusco zarandeo.

—Lo siento, pero usted tiene la culpa.

Zack la fulminó con una mirada mortal y apretó la mandíbula.

—¿Fui yo el que estaba colgado de la ventana?

—Eso también sucedió por su culpa.

Con un ruidoso bufido Zack volvió a apoyar la espalda de los almohadones y cruzó las manos en el pecho. Sabía que no tenía escapatoria. Tenía la mitad de la pierna, el tobillo y todo el pie, embadurnado con una mezcla transparente y pegajosa, que le hacía arder la piel e impregnaba la habitación con un aroma a menta.

Debby observó por el rabillo del ojo al hombre. Parecía un chiquillo malcriado con ese rostro apretado. Lo veía morderse los labios para no permitir que se le brotara un puchero. Era adorable. No pudo evitar dibujar una media sonrisa mientras frotaba sus manos con delicadeza por la herida. Se concentró en su trabajo con más ánimo, no solo masajeaba la zona hinchada, lo hacía también con el pie, repasaba lo que había aprendido con intención de aplicarlo con Brian. Con él, no logró llevar a cabo esa tarea, nunca llegaba a tiempo a casa. Las largas esperas le esfumaban hasta las ganas de reconquistarlo.

Se llenó las manos con más pomada y comenzó a trazar círculos pequeños en la planta de su pie. Dirigió su atención hacia Zack y captó su mirada oscura, de rostro relajado. Se había recostado en la pared y descruzó los brazos. Daba la impresión de disfrutar con las caricias.

No pudo mantener su mirada. Sus ojos, ahora negros, expelían una fuerza que le brotaba sensaciones extrañas en el vientre.

—¿De dónde sacó las llaves de la casa?

Su imprevista pregunta la obligó a detener, por unos segundos, su tarea. Pero enseguida, la retomó. Friccionaba de nuevo la herida, manteniendo su atención en ella. No quería mirarlo a los ojos.

—No conozco a los Kerrigan, pero mi socia es amiga de la familia. Ella me consiguió las llaves.

—¿No alquiló la casa?

—No. Pero al regresar, pienso pagarle al dueño por la estadía.

—¿Quién es su socia?

En esa oportunidad, Debby lo observó. Volvía a tener el ceño fruncido, pero continuaba con su postura relajada.

—Jimena Olsen.

El rostro de Zack se endureció y los puños se le cerraron en puños.

—Creo que es suficiente, señora Adams.

La voz del hombre se llenó de reproches y amenazas. Debby sintió un estremecimiento y abandonó su tarea. Se levantó con cuidado y le acercó la pomada para dejársela, y que él pudiera aplicársela en otro momento.

—Tome, puede...

—Llévese eso con usted —expresó con indignación. Ella amplió los ojos, pero quedó petrificada—. Y no vuelva a molestarme. ¿Entendió?

La postura colérica de Zack dejó a Debby muda. No entendía lo que había ocurrido. Salió de la habitación con las lágrimas agolpadas en sus ojos y la ira produciéndole temblores en el cuerpo. Siempre reaccionaba de la misma manera, cuando la trataban como a un objeto insignificante. Estaba harta de esa situación, pero nunca hallaba la fuerza necesaria para enfrentarse a su oponente.

## Capítulo 7

Al día siguiente y después del desayuno, Debby se enfundó unos pantalones cortos y una blusa de tirantes para limpiar la terraza. Dividió mentalmente el espacio por zonas, y comenzó a formar pequeñas montañas de hojas que luego recogería. Esa mañana, el sol calentaba con fuerza, pero la suave brisa refrescaba la piel y hacía más llevadera la tarea.

—¿Para qué tanta limpieza?

Se giró al escuchar la voz de Zack desde la puerta. El hombre estaba sin camisa, su torso bronceado y fibroso relucía. Tenía los brazos cruzados en el pecho y parte del cuerpo apoyado en el marco de la puerta. Le veía con curiosidad.

—Me sirve para... distraerme —le dijo, pero tuvo que desviar el rostro a su labor al sentir su mirada penetrante.

—Puede ver la televisión, ya le arreglé la antena.

Ella lo observó recelosa. La noche anterior la había corrido de su habitación, furioso quién sabía por qué razón, pero hoy se mostraba caballeroso. Algo debía traerse entre manos.

—Gracias. Pensaba volver a intentarlo más tarde.

—No se le ocurra hacer otra actividad de riesgo. Estoy herido. Ahora mi vida puede correr peligro —le dijo con sarcasmo e hizo brillar una sonrisa torcida en sus labios.

Debby aún no confiaba en sus repentinos cambios de humor. Comenzó a barrer sin apartar la mirada de él. Lo veía alejarse con una marcada cojera en dirección al garaje.

—Ahora usted tendrá que comprar los comestibles. Menos mal que tiene auto.

—Puedo caminar también —expresó sin comprender su repentino arranque de rabia. Ese hombre la ponía nerviosa.

—Me imagino, pero para llegar más rápido, tendría que atravesar la propiedad de los vecinos.

—Se giró hacia ella, con un evidente rostro divertido—. No quiero poner en riesgo a nadie más.

—Idiota —masculló Debby.

Aunque era imposible que Zack escuchara su queja, debió suponer lo que había dicho al observarla barrer con brusquedad la terraza, mientras lo fulminaba con una mirada mortal.

—¿Me acepta una bebida refrescante?

Ella se quedó inmóvil, con los ojos tan abiertos como platos.

—Así limamos un poco, nuestras asperezas —expuso, con una voz sensual, al tiempo que paseaba sus ojos por el cuerpo de la mujer.

Debby sintió un cosquilleo en el vientre. Desde hacía mucho tiempo nadie la miraba de esa manera. Llevaba años pasando desapercibida, siendo ignorada. No podía dejar de reaccionar ante aquella provocación.

Zack no esperó su respuesta. Entró con paso pausado a la cabaña y dejó la puerta abierta. En una clara invitación.

En medio de un suspiro, ella dejó la escoba en el suelo de la terraza y lo siguió. La expectativa le hacía bullir las hormonas y le concedía un coraje que no conocía.

## Capítulo 8

Zack se ocupaba en exprimir unas naranjas sobre la encimera mientras ella se sentaba en la mesa del comedor, frente a él. Aprovechó que estaba de espalda para admirar su cuerpo. Era delgado, pero se podía notar a la perfección la definición de los músculos. Tenía que estar en forma para dedicarse al senderismo.

Suspiró hondo, ¿desde cuándo no recibía las atenciones de un hombre? Zack era un completo desconocido, pero, quizás, eso era lo que le hacía agitar las sensaciones en el estómago.

—He notado que no tiene teléfono móvil —expuso él, sin darle la cara. Concentrado en la preparación de las bebidas.

Debby se tensó y entrelazó las manos sobre la mesa.

—Las personas que se interesan por mí saben dónde estoy. Además, vine en busca de descanso. El teléfono fue lo primero que dejé.

—¿A eso vino? ¿A descansar?

Zack se giró por un breve momento para dedicarle una mirada profunda. Debby se estremeció, y se reprendió internamente por reaccionar de forma infantil y desesperada frente al hombre.

—Desde que llegó no ha parado de llorar.

La vergüenza se apoderó de ella. Había evitado por todos los medios que él notara su depresión, pero, por lo visto, fracasó en sus intentos.

Procurando esconder su cojera, Zack se dirigió hacia ella con dos vasos de cristal llenos de jugo de naranja. Acercó una silla para sentarse a su lado, impregnándola con su fresco aroma a jabón, mezclado con fragancia de sándalo. Colocó uno de los vasos frente a ella, de forma que sus manos rozaran los brazos de Debby. El calor de su piel le estalló en el vientre. Una oleada de sentimientos le subió al pecho hasta invadirle el cerebro y empañarle la cordura.

—Nunca me ha gustado ver llorar a una mujer. —La voz de Zack bajó de nivel. Cómo un susurro sensual se internó en los tímpanos de Debby y la sacudió por dentro.

Se irguió para alejarse un poco de él, al tiempo que se aclaraba la garganta y le daba un trago a su bebida. El dulzor del zumo de naranja le invadió los sentidos y le produjo una sensación de bienestar.

Al girarse hacia él, no pudo evitar sentirse abrumada. Lo tenía muy cerca y la observaba con unos ojos tan negros como la noche. Con su dedo índice, él le acarició el brazo, desde el hombro hasta el codo.

—¿Te gustaría olvidar tus penas? —le preguntó, acercándose más a ella— Puedo ayudarte con eso.

Aquellas palabras las dijo junto a su oído. Debby cerró los ojos, la piel la tenía erizada.

La nariz de Zack comenzó a acariciar su cuello y la bañaba con su cálida respiración, mientras su mano le frotaba el brazo. Ella sentía cómo el suplicio de sus caricias le producía un torbellino de ansiedad en el vientre. No se había percatado lo mucho que necesitaba de esas atenciones. Anhelaba sentirse mujer.

Cuando llegaron los besos, ya Debby se encontraba sumida en una niebla de deseo. En algún momento se giró hacia él, para permitirle apoderarse de su boca.

Zack no perdió más tiempo con galanterías, la cubrió con sus brazos y hundió su lengua dentro de ella. Una erupción de necesidades lo hizo perder el control de la situación. Ambos se aferraron con tenacidad al beso, buscaban ansiosos una liberación. Los sonidos de gemidos y de una pesada respiración se ahogaban entre ellos.

Las uñas de Debby se clavaron en la espalda del hombre, al tiempo que las manos de Zack se internaban dentro de la blusa de ella. Pero un sonido sordo los sobresaltó y los obligó a separarse.

Con la respiración agitada y el cuerpo flácido, repasaron el lugar. Ella divisó que un cuadro, ubicado sobre la chimenea de piedra, había caído al suelo. El golpe despegó la pintura del marco. Zack se levantó y caminó con dificultad hacia el objeto. La cojera parecía haberse intensificado. Colocó los restos sobre un sillón y se giró hacia ella. Su mirada aturdida y saturada de deseo le despertó la vergüenza. Ella jamás se había comportado de esa manera. Nunca permitió que otro

hombre diferente a su marido la tocara.

De forma brusca, cayó en la realidad. Los recuerdos, la necesidad y la cobardía le empañaron los ojos con lágrimas.

Se levantó de la mesa y salió de la cabaña, en dirección al lago. Nuevamente, le urgía esconderse.

## Capítulo 9

Caminó por la orilla del lago mientras observaba el suave vaivén de las olas. Se sentó sobre unas rocas para admirar el horizonte. A lo lejos, divisaba a unos pocos turistas que practicaban esquí acuático cerca de las costas de un resort. Ajenos a lo que ocurría a kilómetros de distancia.

La soledad que la rodeaba le aportaba serenidad, pero también, le atraía los recuerdos. Lo que había sucedido con Zack en la cabaña, era un indicio de su precaria situación. Pasó mucho tiempo consagrada a un matrimonio ficticio, que desde el principio, estuvo signado por el fracaso. Su obstinado empeño por salvar las diferencias entre Brian y ella lo que hacía era hundirlos más. En cierto modo, conocía el calibre del daño, sin embargo, tuvo que esperar a que ellos se lo escupieran en la cara de la forma más humillante posible para reaccionar.

Ahora, que tenía cerca a un hombre, que por razones desconocidas, la seducía, caía cómo una incauta oveja entre sus garras. No lo podía negar, necesitaba de eso, ansiaba sentirse amada, pero no podía volver a comportarse de esa manera con extraños. Eso podría traerle graves problemas. Más de los que ya tenía.

Dejó de pensar en ello, al ver que Zack se acercaba con lentitud. Cubrió su torso con una camisa y avanzaba soportando el dolor de su hinchado tobillo. De nuevo, el rubor le invadió las mejillas. Se sentía como una adolescente, a la que le habían robado su primer beso.

—¿Puedo sentarme? —le preguntó, cuando estuvo junto a ella. Debby asintió con la cabeza, sin apartar la mirada del lago.

Ambos se quedaron en silencio, vislumbrando el paisaje, hasta que Zack se aclaró la garganta para hablar.

—Lo siento... creo que... me sobrepasé.

—Yo también.

De nuevo, volvieron a quedarse callados. Estaban tensos, sin saber cómo expresar una disculpa.

—¿Qué hace aquí? —La pregunta del hombre molestó a Debby. No comprendía tanta desconfianza.

—Ya le dije. Vine a descansar.

—¿En una casa abandonada? ¿En medio de la nada? —Emitió un bufido y sonrió con desgana, negando con la cabeza— Desde que llegó, lo menos que ha hecho es eso.

—No vine a descansar el cuerpo.

Debby le respondía sin verlo. Él, en cambio, giró el rostro, y por un buen rato evaluó el perfil de la mujer. Ansioso por descubrir en sus facciones, la verdad.

—Jimena... su amiga. ¿La envió?

Con el ceño fruncido, ella lo observó por unos segundos. Luego, regresó la mirada al mar.

—Me recomendó el lugar cuando le comenté que necesitaba un descanso. Creo que pensaba que la casa estaba deshabitada.

Escuchó que Zack mascullaba palabras inentendibles. Sus cejas se arquearon mientras la curiosidad crecía en ella.

—Quizás, sí... quizás, no —fue lo último que él murmuró, antes de quedarse mudo y con el rostro endurecido en dirección al lago.

Ella respiró hondo, cansada de tantas situaciones confusas. Desde que llegó a Lutsen, no había dejado de sufrir inconvenientes. Más de los que pudiera soportar en su propia casa.

—No quiero incomodarlo... —comenzó a decirle para disculparse, pero él decidió cambiar de postura lastimándose de forma inconsciente—. No debería estar afuera, va a empeorar su herida. Zack se levantó con dificultad. Con una mueca de dolor en el rostro.

—Créame, he estado en peores condiciones.

Ella lo observó con curiosidad. Aquel hombre escondía muchos secretos. Le encantaría adentrarse en su mirada, para conocer, lo que ocultaba su corazón.

Él, al ver cómo ella parecía estudiarlo, se sintió inquieto.

—Mejor me voy... a... arreglar el cuadro que se cayó —expuso y comenzó a cojear hacia el sendero que dirigía a la cabaña.

Debby recordó el incidente, y el resto de las situaciones extrañas que había vivido en la casa.

—¿Usted, cree en fantasmas?

La pregunta congeló a Zack. Le echó una mirada a la cabaña, luego, a ella.

—Creo que Jhon Kerrigan debería considerar remodelar la casa. —Dirigió de nuevo el rostro a la vivienda, que desde la distancia parecía misteriosa. Cubierta por las sombras que producían los altos cedros que la rodeaban—. Hay mucho pasado acumulado en ella —murmuró para sí mismo, pero Debby pudo captar sus palabras.

## Capítulo 10

La tarde caía y la cabaña se mantenía en una silenciosa calma. Debby, cansada por la limpieza realizada en el exterior, se sentó agotada en uno de los sillones de la sala de estar, mientras hacía zapping en el televisor. La señal era mucho más nítida, pero no se sentía atraída por ninguna programación, lo hacía para distraerse y no seguir arañando los recuerdos.

Zack seguía encerrado en su habitación, recostado en la cama con el tobillo herido sobre almohadones. Salía en pocas ocasiones, para buscar comida o algo de beber. Cuando lo hacía, la miraba de forma extraña y rápidamente, regresaba a su escondite. No volvieron a cruzar ningún tipo de palabra desde su conversación de la mañana, Debby lo prefería así, cada vez que lo veía no podía evitar sentir un cosquilleo en el vientre, ansiosa por sentir de nuevo sus labios, su lengua hambrienta y sus poderosos brazos alrededor de su cuerpo.

Suspiró hondo, con la mirada fija en el noticiero. Pretendía desviar la atención de sus preocupaciones viendo las tragedias ajenas. De esa manera, dejaba de sentir lástima por sí misma para hacerlo por otros.

Sin embargo, la chimenea parecía llamar su atención. Se sentía atraída por dirigir la mirada a esa zona de la habitación.

Rendida ante el impulso de su subconsciente, giró el rostro a la construcción de piedra natural. Sobre el hueco del hogar, estaba atornillado un grueso tablón que servía de repisa, donde reposaba la figura de un león de cerámica y un aeroplano fabricado en madera de balsa y plástico. Repasó toda la obra, para hallar algo fuera de lugar. Su ceño se arrugó al notar que entre los restos de troncos se asomaba un pedazo de papel.

Dejó el control del televisor sobre el sillón y se acercó sin apartar la mirada del objeto. Al tomarlo, se fijó que se trataba de una fotografía. La imagen estaba decolorada por el tiempo y salpicada con algunas manchas oscuras.

Comenzó a observar confusa los alrededores, había limpiado esa zona en dos oportunidades, sin haber divisado ese objeto. Su mirada se detuvo en el florido cuadro ubicado sobre la chimenea, que durante la mañana cayó al suelo y se despegó del marco. Pensaba que quizás, de allí había salido la fotografía.

Se dirigió de nuevo al sillón mientras detallaba la imagen del niño que aparecía retratado. Tendría unos ocho o diez años, vestía formal, con traje oscuro, pero su postura parecía rígida y su rostro reflejaba una pena insondable. Estaba sentado sobre un columpio, dando la impresión de haber sido obligado a ubicarse en ese sitio. A su lado, se hallaba otro balancín vacío. No obstante, Debby podía notar algo extraño.

Sobre el segundo columpio se podía distinguir una sombra, pero por la mala calidad de la fotografía era imposible afirmar algo. Pasó el dedo pulgar por el área y se acercó para detallarla. Mientras más la evaluaba, la figura se revelaba. Casi podía jurar que era la silueta de otro niño, parecido al que estaba a su lado, con los ojos fijos en la cámara de fotos.

—¿Otro más?

La pregunta de Zack la sobresaltó y le congeló la sangre. Por instinto, ocultó la fotografía de él, y la guardó en el bolsillo de su pantalón deportivo.

—¿Cuántos accidentes tendrán que suceder para que la gente entienda que no deben beber al manejar?

El hombre avanzó cojeando hasta el sillón y se sentó a su lado, con una mueca de dolor en el rostro. Ella observó el televisor y al ver que una periodista cubría la escena de un accidente de tráfico, comprendió sus quejas y se sintió aliviada. No sabía por qué no le gustaba que la hubiera descubierto con la fotografía.

—El alcohol es más poderoso que la cordura —masculló, para evitar que él notara su turbación.

—¿Estás bien? —inquirió con la mirada fija en ella.

Su pregunta la descolocó. Titubeó por un momento paseando la mirada del televisor a él, antes de darle una respuesta.

—Sí... cansada... por la limpieza.

Él respiró hondo e intentó mantener su atención en el noticiero, ella lo imitó, pero de reojo, hacía

un esfuerzo por mirarlo. Su cercanía la inquietaba.

—Tu amiga... ¿es cercana a los Kerrigan?

Las cejas de Debby se arquearon.

—Supongo.

—Me encargaron cuidar de la casa. Necesito saber si llegarán más visitantes.

—Le aseguro que nadie más vendrá.

Ella lo observó con detenimiento. El rostro de Zack estaba endurecido, algo lo molestaba. Al sentir su escrutinio, él se giró hacia ella. Ambos quedaron absorbidos por la mirada del otro.

Debby se sintió hipnotizada. En el televisor comenzaron a transmitir las imágenes de una noche estrellada, restándole iluminación a la habitación. La atmosfera alrededor de ellos se volvió más íntima. Zack levantó su mano y cubrió con los dedos su mentón, para atraerla hacia él.

Ella, al sentir de nuevo el contacto de sus labios y el alboroto de las hormonas en el vientre, apoyó las manos en su pecho y comenzó a acariciarlo. El beso se profundizó, pero Zack lo detuvo alejándose de ella de forma imprevista, como si su boca le quemara.

—Maldita sea —murmuró y se incorporó de nuevo frente al televisor.

Ella quedó abrumada. Miraba su postura enfurecida con los ojos abiertos como platos mientras ralentizaba su respiración.

Una punzante sensación de amargura le apesó el pecho. No quería volver a sufrir un rechazo, pero su estupidez la hacía vulnerable.

—No comprendo qué me pasa con usted. —Él se paró del sillón. Apretó la mandíbula al apoyar el tobillo lastimado en el suelo—. Su presencia me vuelve un imbécil —se quejó y se marchó lo más rápido que pudo a su habitación.

Ella quedó de piedra. Sus palabras provocaron un oleaje de sentimientos que le brotaron una tímida sonrisa. Apretó las piernas al notar cómo se había humedecido su zona íntima y se cubrió con un brazo los pezones endurecidos.

Una risa tonta salió de sus labios y sus ojos se humedecieron. Agradeció estar sola mientras su cuerpo experimentaba una infantil reacción de alegría. Saber que aún era capaz de atraer a un hombre la conmovía y le generaba cierto bienestar.

Dirigió la mirada al pasillo de las habitaciones manteniendo la sonrisa. Zack no debía imaginar lo que lograba en ella. Ese era un punto a su favor.

## Capítulo 11

Después de un desayuno nutritivo, Debby se acicaló para salir al pueblo en busca de víveres. Esa mañana se sentía de buen humor, el sueño había sido reparador. Zack, en cambio, salió de la habitación con el rostro ajado por la irritación, cabizbajo y receloso. El poco tiempo que estuvieron juntos en la cocina la esquivaba como a la peste, pero no apartaba su mirada de ella.

Y no era para menos. La mujer se levantó ese día con ganas de provocarlo. Se enfundó un vestido floreado que la cubría hasta la mitad del muslo, cuya suave tela se le cernía a las curvas de su cuerpo como una caricia. Notar el esfuerzo que hacía el hombre por apartar los ojos de sus piernas o del escote que dejaba la prenda, la divertía. Mirarlo lanzar un par de tostadas en el plato, servirse un poco de huevos revueltos en medio de gruñidos y llenar su taza de café sin ningún tipo de delicadeza, le dibujaba una sonrisa en los labios, que trataba de disimular manteniendo una postura arrogante.

Salió de la casa con el mentón en alto y al poner el auto en marcha, giró el rostro hacia la cabaña y lo vio en la ventana de la cocina, asomado por una rendija. La observaba con el ceño fruncido. Al darse cuenta que ella lo miraba, cerró con hostilidad.

La sonrisa se le ensanchó mientras tomaba la ruta Pedersen. Aquellas emociones eran novedosas para ella, no quería dejar de sentir las, mucho menos, sentirse culpable por ello. Ya no se reprendería por ser mujer.

Después de varios minutos de viaje, llegó al poblado turístico, y se detuvo cerca de los establecimientos de comida. Cuando ya había adquirido todo lo necesario para abastecerse, se dirigió a un café, para descansar de la faena y pedir un teléfono con intención de comunicarse con su amiga Jimena.

—Eres una inconsciente, ¿cómo eres capaz de marcharte sin llevarte el teléfono móvil? —le reprochó la mujer apenas terminaron los saludos iniciales.

—Me dijiste que lo mejor era desconectarme de todo.

—Pero eso no me incluía a mí.

—Te llamo para que tengas noticias... y me digas cómo están las cosas por allá —expuso Debby con un deje de amargura en el pecho.

—Ni te imaginas, con tu partida estalló el problema. Adivina quién viajó de Houston para interceder en el conflicto —la pinchó Jimena con un tono burlón.

—¿Marian? —preguntó encogida por la sorpresa.

—Ella misma. Brian jamás imaginó que su madre, que te ha odiado toda la vida, haya venido para halarle las orejas.

—¿Marian se puso de mi parte? —consultó aún más impactada por la noticia.

—Si no hubiera sido testigo del hecho, jamás lo creería.

—¿Estuviste allí cuando ella llegó?! —exclamó casi a los gritos. Se giró apenada para verificar si alguien dentro del establecimiento, la había escuchado.

—Sí. Fue lo máximo. Él me ha acosado todos estos días, para que le confiese dónde estás, pero no le he soltado nada. Lo que hice fue aprovechar la ocasión para decirle unas cuantas cosas en la cara, pero su mamá me superó —le contó la mujer en medio de risas. Debby mantenía la boca abierta y la mirada helada fija en los azulejos de la pared.

—No puedo creerlo.

—Créelo, amiga. Y eso no es todo, Brian quiere reconocer a la niña.

—¿Ahora?! —Se encogió sobre el mesón donde estaba ubicado el teléfono y volvió a dar una mirada precavida a su alrededor. Uno de los mesoneros la observó como si tuviera la cabeza llena de pájaros y continuó su labor negando con la cabeza.

—Sí. Él dice que es lo mejor que puede hacer para arreglar la situación.

Debby se frotó el rostro con una mano. Sentía la mente saturada.

—¿Cómo si eso resolviera sus tres años de mentiras? —se quejó. Jimena emitió un bufido— ¿Y mi madre?

—Está bien, no oculta su emoción por lo sucedido. —Debby puso los ojos en blanco. Su madre siempre le reprochó su matrimonio con Brian. Nunca confió en él—. Pero, cuéntame cómo estás.

¿Has tenido problemas en la cabaña?

El rostro de Debby cambió por completo. La confusión le arrugó la frente.

—No estaba deshabitada.

—¿Qué?!

—Un cuidador vive en ella.

—¿Un cuidador? Esa casa está sola desde hace dos años.

—No lo está. Hay un hombre viviendo allí. Dice que lo contrató la señora Kérrigan. —El silencio fluyó por unos segundos. Debby solo podía escuchar la pesada respiración de Jimena—. Se llama Zack y tiene un carácter de mil demonios.

—No sabía que alguien estuviera viviendo allí. —La voz de Jimena cambió de registro. Se notaba molesta.

—Lo imaginé. Sin embargo, dejó que me quedara, y a pesar de su mal genio, ha sido... atento.

—Fue lo único que le confesó, no estaba de ánimo para contarle sobre su debilidad frente a él, ni sobre el apasionado beso que compartieron.

—Veré qué puedo averiguar. Tienes que mantenerme al tanto de todo. No dejes llamarme.

—Lo haré. —Una nueva sensación de amargura invadió a Debby, que controló con un profundo suspiro—. No le digas a Brian dónde estoy... menos mal que desaparecí, no hubiera soportado estar allí cuando Marian llegó.

—Ella ha preguntado mucho por ti. Por supuesto, no pienso decirle nada. Es lo mejor que has hecho. Mientras estés afuera, las cosas tomarán su rumbo. No regreses hasta que yo te avise.

—¿Y el negocio?

—De eso me encargo yo. No te preocupes por nada. Ahora, solo ocúpate en descansar, en olvidar. El problema que tiene Brian, no te incumbe. Él cometió el error, que él solo lo resuelva y te deje a ti en paz.

Debby hacía un esfuerzo por asimilar esas palabras. Aunque el dolor por la traición la golpeó con fuerza, hubiera preferido enfrentar su fracaso en persona. Pero lo que le había aconsejado su amiga tenía mucho sentido. Ya había soportado tres años de mentiras, de rechazos y reproches. Siempre fue la mártir, que a pesar de su humillación, se mantuvo al lado de su marido asumiendo su puesto, recibiendo parte de los golpes que iban dirigidos a él.

Ahora, que él mismo decidió darle fin a esa historia. Debía dejarlo que resolviera el problema por su cuenta. Si ella no era nadie para él, no tenía por qué acompañarlo en ese nuevo trance.

—Regresaré a la cabaña. En un par de días te llamaré de nuevo.

—No dejes de hacerlo —le pidió en tono de advertencia—. Yo te informaré de los nuevos avances.

Cortó la llamada sin más despedidas, y en medio de un suspiro, regresó a su vehículo.

## Capítulo 12

Al regresar a la cabaña, preparó un almuerzo sencillo. Dejó servido en la mesa la parte que le correspondía a Zack y se metió en su cuarto. Ya había limpiado toda la casa, no tenía nada que hacer. Ahora, se hallaba en la situación que quería evitar: estaba triste y sin responsabilidades.

La falta de quehaceres le otorgó a los recuerdos la posibilidad de trastornar de nuevo, su corazón. En Mineápolis tenía a su trabajo para ahogar las penas, en Lutsen, se sentía desarmada. Nada la protegía de los ataques depresivos que en los últimos meses la invadían.

Lloró por horas, abrazada a la almohada, maldiciendo su testarudez, su ignorancia y su falta de malicia. Siempre tuvo en mente ser la “chica buena” y la “esposa ideal”, de un hombre que desde el principio, nunca le prometió amor... ni siquiera recuerda la última vez que le dijo “te amo”. Si es que alguna vez, se lo dijo.

Pasaron las horas, hasta que comenzó a sentir repulsión de su aflicción. Se enjuagó la cara, se cambió de ropa y salió, con el rostro hinchado, a la cocina.

Allí encontró a Zack, apoyado en la encimera cortando tomates y cebollas en rodajas. Ocultó una mueca de desagrado al verlo. Por su rostro abatido, él se daría cuenta de su sufrimiento, y no quería eso. Fue a refugiarse a una casa abandonada, justamente, para esconder su dolor, pero no imaginó que se tropezaría con alguien, que sería un testigo de su desdicha.

Con el rostro serio pasó a su lado, en dirección al refrigerador, y sacó un botellín de agua.

—Hoy me tocó preparar la cena —dijo él con voz cortante y sin apartar su atención de las hortalizas.

—No era necesario.

—Claro que sí —expuso con sequedad—. Usted ha limpiado toda la casa y ahora, debe salir a comprar los víveres. Yo tengo que encargarme de algo.

Ella lo observó apoyada en una segunda encimera. Lo repasó de pies a cabeza, detallando su ancha espalda, sus nalgas abultadas y sus piernas. Su pie se encontraba en mejores condiciones, ya no cojeaba.

—No tengo nada qué hacer. Necesito una distracción. —Tomó un sorbo de su bebida, con la mirada puesta en las estrechas caderas del hombre—. Quizás, mañana limpie el ático.

Él se giró de manera imprevista, y alzó las cejas al notar cómo ella lo observaba. Debby se ruborizó y le dio la espalda. Se reprendía internamente, por su comportamiento idiota.

—Haga lo que quiera —dijo de mala gana, y se dirigió al fregador donde tenía las hojas de lechuga en remojo—. Vaya al bosque y pade cada árbol que se atravesase en su camino, o póngase a restregar las piedras de la montaña —expuso, mientras unía, con movimientos toscos, las hortalizas en un bol y las aderezaba con aceite, sal y pimienta—. Si me lo pide, puedo buscarle algunos perros callejeros, así se pasa las horas sacándole las pulgas.

Las quejas de Zack sorprendieron a Debby. Se giró para observar cómo el hombre abría con irritación el horno y sacaba una bandeja con rodajas de pan tostado. Las distribuyó con enfado en dos platos.

—Solo hágame un favor. —Ella amplió los ojos al ver que él tomaba un cuchillo y la señalaba con la filosa hoja—. Deje de llorar.

Ella se quedó de piedra mientras él la traspasaba con una mirada desafiante. Luego, Zack se dirigió al refrigerador, sacó una pieza de jamón serrano y la colocó con brusquedad sobre la encimera, para cortar algunas lonjas.

Los ojos de Debby se llenaron de lágrimas. Sentía que la vergüenza la haría expulsar sangre por los poros.

—Ese... miserable, no se merece sus lágrimas —argumentó Zack entre dientes. Distribuyó el jamón que había cortado entre los platos, agregó la ensalada y comenzó a guardar lo utilizado en la preparación de la cena mientras ella hacía un gran esfuerzo por reaccionar.

—¿Cómo... sabe... qué...?

—¿Cree que no la escucho llorar?! ¡¿Suplicar perdón a un retardado con problemas en la vista?! ¡Sus gimoteos se deben escuchar hasta en Canadá!

Un par de lágrimas se escaparon de los ojos de Debby, pero las limpió con una mano y endureció

el rostro. Era suficiente la humillación que había recibido. No estaba dispuesta a soportar más reclamos.

Zack suspiró hondo al ver cómo ella luchaba por controlar el dolor. Cerró los puños y apretó la mandíbula por su falta de tacto.

—Lo siento... yo...

—No se preocupe, tiene razón. Le prometo que no volverá a escuchar mi llanto —le prometió Debby, en medio de quejidos.

Zack volvió a llenarse los pulmones de aire y apoyó los puños en la cintura. Observó con furia las maderas del suelo por un minuto, antes de dirigir su mirada abatida a ella.

—Puedo jurar que tiene una sonrisa hermosa. —Sus palabras sobresaltaron a Debby y le alborotaron cientos de mariposas en el estómago—. Haga uso de ella. Estoy seguro que le dará a esta casa el brillo que hace años perdió.

Después de decir aquello, se retiró a la habitación con su cena en la mano. Ella no se pudo mover por mucho rato, tenía un torbellino de sentimientos desatado en el pecho. La rabia, la vergüenza, el dolor y hasta, la alegría, reclamaban su dominio.

## Capítulo 13

A la mañana siguiente, Debby se levantó algo cansada. Fueron muchas las vueltas que tuvo que dar en la cama antes de conciliar el sueño. No podía continuar asimilando el problema con Brian de esa manera. Era una mujer adulta, tenía que enfrentar el dolor y sosegarlo, no darle más rienda a las lágrimas.

Se dirigió a la cocina pensando en ello y divisó por la ventana a Zack, hablando por su teléfono móvil en la terraza trasera. Caminaba de un lado a otro, mientras gesticulaba con energía con una mano. Se dirigió al refrigerador y sacó un envase de yogur, para finalmente, tomar una cucharilla de la primera gaveta ubicada bajo la encimera.

Se sentó en el sillón a comer su desayuno, frente a la chimenea. El día apenas iniciaba y ya estaba aburrida, algo tenía que hacer. No le provocaba dar un paseo por el pueblo, ni estaba de ánimo para una caminata por el lago. Eso no le distraería la mente, más limpieza era lo indicado. Lo único que quedaba por asear era el ático. Allí pasaría unas buenas horas ocupada. El lugar estaba bastante descuidado.

Terminó con rapidez el yogur y después de desechar el envase y lavar el cubierto, subió las escaleras, llevando consigo un cubo de agua con desinfectante, el trapeador y un par de paños de limpieza.

Volvió a observar el área con admiración, le fascinaba ese lugar. Con una buena limpieza y una adecuada distribución de los muebles, lograría crear un cuarto acogedor. Dejó los instrumentos de limpieza cerca de la puerta y abrió todas las ventanas. La brisa hizo volar algo de polvo y le provocó estornudos, pero eso permitió que el espacio se inundara con aire renovado. Sin más dilataciones, comenzó a arrimar los muebles que estaban arrumados en una esquina, para facilitar la limpieza. Notó que en la ventana por la que había intentado mover la antena de televisión, se hallaba un pájaro amarillo. El ave la miraba con la cabeza ladeada y daba algunos saltos de una esquina a otra, como si estuviera indeciso de irse o no.

Ella sonrió y continuó su labor sin prestarle atención. Recordó el nido abandonado al pie de la antena. Quizás, el ave lo había habitado y no esperaba su presencia en el ático.

Movió un pesado estante para apoyarlo contra una de las paredes, pero en el movimiento se abrieron las puertas. Al dejarlo en el lugar que quería tomó las láminas de madera para cerrarlas de nuevo. Un objeto dentro del mueble llamó su atención.

Un precioso carrusel estaba guardado en el fondo, junto a un grupo de cajas. Ella había tenido uno similar de niña y no pudo resistirse a sacarlo para observarlo de cerca.

Al retirar el juguete, una caja chata cayó de la pila, en el preciso instante en que el pájaro emitió un fuerte chillido. Pegó un respingo y se giró con el ceño fruncido, para maldecir al animal. El ave, ni siquiera se inmutó con sus palabras.

Al regresar su atención al carrusel notó que el contenido de la caja estaba desparramado por el suelo, lo recogió con rapidez con una mano y la regresó a su lugar, ansiosa por evaluar el juguete.

Finalmente, se sentó en el suelo para detallar los caballitos de plástico atornillados a unas varillas de colores, que por el tiempo y la suciedad, no podían moverse. Un golpe sordo la obligó a alzar la cabeza y sintió que la caja chata le caía en el rostro, cómo si alguien se la hubiera lanzado. En medio de una exclamación soltó el juguete para protegerse, todo el contenido le caía encima mientras el pájaro revoloteaba con violencia a su alrededor.

Debby comenzó a gritar despavorida. Cerró los ojos para evitar que el animal le pinchara los ojos y sacudía las manos sobre su cabeza para alejarlo de ella. Una a una fueron cayendo las cajas, generando un torbellino de papeles y objetos a su alrededor.

El miedo y la confusión la desesperaron. Los gritos aumentaron y se mezclaban con los chillidos del pájaro y su vigoroso aleteo.

—¡Deborah! ¡Deborah! —Gritaba Zack mientras corría escaleras arriba.

Ella se levantó del suelo y se apresuró a dirigirse hacia él, con el ave aún cando vueltas sobre ella.

—¡Zack! ¡Auxilio!

Cuando él llegó al ático, ella se le lanzó encima. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para atajarla y no caer juntos por la escalera. El lugar estaba más desordenado que antes, cajas y otros objetos caían con suavidad del estante, pero no podía divisar otro tipo de peligro.

Sin embargo, la mujer estaba hecha un manojo de nervios, temblaba y lloraba sobre él, aferrada a su cuello como si hubieran intentado ahogarla.

Él la abrazó y la calmaba con caricias y palabras tiernas, al tiempo que repasaba la habitación en busca de algún ladrón, un oso, o un ser de otro planeta.

—Tranquila, tranquila... —le susurraba. La despegó de su cuerpo y le tomó el rostro entre las manos para mirarla a los ojos—. Ya pasó, todo está bien.

—El pájaro... el pájaro... —repetía Debby hipando por el llanto.

Zack besó su fría frente y le aseguraba que todo estaba bien, mientras oteaba la habitación para encontrar a la maldita bestia que la había puesto en ese estado.

La abrazó con fuerza y le llenó la cabeza con cientos de besos. Ella le rodeó el torso con sus brazos y se hundió en su pecho. Su calor y aroma la aliviaban.

—No hay nada, Deborah, todo está bien. Te lo juro.

Ella alzó el rostro, sin poder detener las lágrimas. Zack la observó con ternura, con sus pulgares le limpiaba las mejillas y los pómulos. La visión de sus ojos oscuros le produjo una emoción indescifrable en el cuerpo. Se estremeció y bajó la cabeza en busca de su boca.

El beso fue inminente, ansioso y penetrante. Los abrazos y las caricias aumentaron la llama que los calcinaba por dentro.

Ambos demostraron la creciente necesidad de cariño y atenciones que habían soportado durante años.

Con dificultad, Zack detuvo el beso y apoyó la frente en la de Debby. Con los ojos cerrados y la espiración agitada, esperaba que el ímpetu de sus sentimientos se asentara. Al darse cuenta que eso no sucedería, la alzó y con agilidad bajó las escaleras con la mujer en brazos, para dirigirse a las habitaciones.

Ella se enganchó a su cuello y le llenaba la mandíbula de besos mientras él avanzaba. La primera habitación era la de ella, aunque en su cuarto había una cama más amplia, él no podía esperar más. Abrió la puerta con una patada y la depositó en la cama más cercana.

En las venas, la pasión entró en ebullición. Ambos se devoraron con besos y caricias, mientras la ropa desaparecía y los cuerpos se unían en una alianza perfecta. Debby lloraba, por la explosión de sensaciones que se aglomeraban en su pecho y en su vientre. Aquello era más de lo que recordaba. Tenía la piel erizada y sentía la de Zack cómo seda entre sus manos.

Los gemidos se intensificaron, a la par que las embestidas. Un líquido frío comenzó a recorrerles el cuerpo, llevándolos a un estado de paz que jamás habían experimentado.

Minutos después, el silencio se hizo eco en la cabaña. Ni siquiera, el romper de las olas, era capaz de estorbar la armonía.

## Capítulo 14

Zack se levantó de la cama con sutileza y se sentó en el borde. Apoyó los codos en las piernas y fijó la mirada en la madera del suelo, pensativo. A su espalda, Debby se revolvía entre las sábanas para acostarse boca abajo. Estaba despierta, con el rostro en dirección a la pared.

Ninguno de los dos sabía qué decir, o qué hacer. No entendían los sentimientos que el acto les había dejado. Tenían tanto tiempo sin experimentar una emoción tan intensa como aquella que les era difícil expresar con palabras alguna frase romántica, de agradecimiento o una opinión.

El silencio los cubrió hasta que Zack paseó su mirada por la habitación y divisó la fotografía que se hallaba sobre la mesita de noche.

—¿De dónde sacaste esto? —le preguntó con el ceño fruncido. La tomó para detallarla, al tiempo que Debby se incorporaba para ver a qué se refería.

—La encontré entre los troncos de la chimenea —le confesó.

Zack quedó inmóvil. Observaba fijamente la imagen del niño sentado en el columpio.

—¿Sabes quién es?

Ella lo vio tragar saliva y a sus ojos brillar por la nostalgia. Iba a preguntarle si podía apreciar la sombra en el balancín vacío, pero el sonido de un auto estacionándose en la parte trasera de la casa la interrumpió.

Zack se levantó de un salto, se enfundó con rapidez los pantalones y salió a las carreras. Debby se alarmó por su reacción, con la misma velocidad se vistió, colocándose unos pantalones cortos y una camisa abotonada, y calzándose unas sandalias mientras se apresuraba a alcanzarlo. La adrenalina le corría desbocada por las venas.

Al salir, lo encontró escondido tras una de las ventanas del comedor, asomado por una rendija, con el rostro apretado por la ira. Él le hizo señas con una mano para que se acercara, ella dudó por un momento, pero la curiosidad la mataba, o tal vez, los nervios.

Al llegar a su lado, Zack la tomó por el brazo para hablarle cerca del oído.

—Sal y pregunta quiénes son. No digas que estoy aquí, ni siquiera, me nombres.

Ella lo observó con las cejas arqueadas y los ojos abiertos como platos.

—¿Por qué?

—Confía en mí. No me nombres. Di que estás sola en la casa. Que siempre lo has estado.

Zack volvió a asomarse. Estaba enfurecido. Ella no comprendía a qué se debía tanto misterio.

—Vete. Rápido —le ordenó, pero Debby no estaba segura de querer obedecerlo.

—Pero...

—Haz que se vayan. No pueden saber qué estoy aquí —le gruñó entre dientes.

El miedo comenzó a apoderarse de ella. La reacción de Zack le daba a entender que el hombre no se hallaba en la casa por estar contratado por los Kerrigan. Se escondía por alguna razón. Era un invasor.

Eso le complicaba la situación, sus alarmas se dispararon, pero la profunda mirada de él se apoderó de su atención. Estaban tan cerca, que ella pudo detallar la forma de sus ojos. Las motas verdes se le difuminaban en los iris color chocolate. No podía creer que el hombre que la había amado con tanto frenesí minutos antes, de pronto, se transformara en un sujeto peligroso.

—Confía en mí -

Ella se alejó recelosa, pero asintió con la cabeza. Se estiró la camisa y se dirigió a la puerta de la cabaña. Al salir, se topó con dos hombres que subían los escalones del pórtico. Uno de ellos era canoso y bajo, el otro, un rubio alto de piel bronceada.

—Buenos días —les dijo y cerró la puerta tras ella.

—¿Señora Deborah Adams? —dijo el hombre canoso y se adelantó a su compañero para llegar antes a ella y estrechar su mano. El otro se quedó rezagado, intentaba mirar con disimulo por una de las ventanas al interior de la cabaña, pero la gruesa cortina se lo impedía.

—Sí. ¿Quiénes son ustedes?

—Soy James Lewis y éste es mi sobrino, Bradley Donovan. —Una ancha sonrisa se estiró en el rostro del sujeto, marcándole las arrugas alrededor de los ojos—. Venimos a conocer la cabaña. Hablamos con el señor Kerrigan porque estamos interesados en comprarla.

Debby entrelazó las manos para que no notaran su nerviosismo, y pasaba la mirada de un hombre al otro, sin saber cómo impedirles el paso.

—No me notificaron que vendrían.

El tal James aumentó la sonrisa y se guardó las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Tenemos algunos negocios en la zona y como nos quedó un poco de tiempo libre, hablamos con Jhon. Él nos informó que usted estaba alojada y nos podía enseñar la casa.

Debby podía notar como el tal Bradley hacía un esfuerzo por mirar al interior. Su rostro de pocos amigos, porte de rufián y puños apretados, le daban mala espina.

—Lo siento. Tendré que comunicarme con el señor Kerrigan. No puedo darle entrada a la casa sin tener plena seguridad. Por ahora, es mi responsabilidad.

James emitió una risa forzada y Bradley la traspasó con una mirada tosca.

—Señora Adams...

—Espero me entienda, señor Lewis. Si usted habló con el señor Kerrigan sabrá que estoy sola en la casa, no puedo permitir la entrada a dos hombres desconocidos sin una autorización. —Ella notó que Bradley retrocedía, sin apartar la mirada de la ventana. Cruzó los brazos en el pecho y alzó el mentón para transmitir una apariencia de enfado.

James volvió a reír con nerviosismo y se frotó el mentón con una mano.

—La entendemos, señora Adams. Lamento que tengamos que perder nuestro tiempo. Somos dos hombres muy ocupados, el señor Kerrigan lo sabe.

—El señor Kerrigan sabe que le alquilé la casa para descansar en soledad. Y ustedes, interrumpieron mi sección de yoga —les mintió. Esperaba que esa mala excusa le sirviera de algo.

—Nos iremos... pero volveremos —le aseguró James con una mirada amenazante. La sangre de Debby se heló de forma instantánea—. Después de que el señor Kerrigan se comunique con usted, por supuesto —complementó con jovialidad para aligerar el momento de tensión.

El hombre le dio la espalda y regresó a su auto. Bradley, antes de seguirlo, observó a Debby de pies a cabeza. Ella se quedó allí hasta que se marcharon. Su cuerpo se estremecía.

Cuando el auto se había alejado, entró en la cabaña, y encontró a Zack escondido junto a la puerta. La espalda y la cabeza las tenía apoyadas en la pared, y la mirada en dirección al techo.

Ella respiró hondo y esperó por una explicación, con las manos cruzadas en el pecho. Zack bajó la cabeza y la observó por unos segundos, en silencio.

—¿Qué haces ahí? Uno de ellos trataba de mirar a la cabaña. Te podía haber descubierto.

—Mienten. Tenía que estar preparado.

Un cúmulo de sensaciones se alborotó en el vientre de Debby, que le sonrojaron las mejillas. Saber que él estaba ahí dispuesto a protegerla, le derretía la determinación. En dos pasos, Zack se acercó a ella y le encerró el rostro entre las manos.

—Ayer cuando fuiste al pueblo llamaste a tu amiga, ¿cierto? Y le dijiste que yo estaba aquí.

—Los pulgares del hombre le acariciaron con dulzura las mejillas, y su rostro se detuvo a escasos centímetros del de ella—. No vuelvas a hacerlo. —A pesar de utilizar un tono de voz bajo, aquellas palabras sonaron como una orden, impregnada de reproche.

Ella quería alejarse para dejarle en claro algunas cosas. Pero su cercanía, su olor, el calor de su aliento y su mirada abrazadora, la tenían dominada.

—Jhon Kerrigan está muerto —continuó Zack—. Falleció a causa de un paro respiratorio hace seis meses. Es imposible que esos hombres hayan hablado con él. Si saben tu nombre y por qué estás aquí, entonces, alguien les está pasando información. —Le dio un beso en los labios. Debby estaba pálida, petrificada y excitada. Había perdido por completo el control sobre su organismo—. Te puedo jurar que no vinieron con buenas intenciones.

Él la miró unos segundos, con el ardor reflejado en las pupilas. Luego, se marchó a las habitaciones, tan tenso como una cuerda de guitarra. Era consciente del debate que se producía en la cabeza de Debby. Lo mejor, era dejarla asimilar en soledad la noticia.

## Capítulo 15

Debby abrió la puerta de la habitación de Zack y lo halló sentado en la cama, calzándose unas botas deportivas, aún sin camisa. Él amplió las órbitas de sus ojos al verla entrar sin anunciarse, pero no dijo nada.

—¿Es cierto lo que me dijiste de Jhon Kerrigan? —preguntó, mientras apoyaba medio cuerpo en el marco de la puerta y cruzaba los brazos en el pecho.

—Deberías interrogar a tu amiga, no a mí —le respondió sin mirarla. Ocupado en terminar de vestirse.

—No lograrás que desconfíe de Jimena, es mi amiga y socia. Jamás me ocultaría nada.

Zack se levantó con arrogancia y comenzó a cerrar el cinto de su pantalón mientras se acercaba a ella con una mirada hambrienta.

—Eres una chica muy dulce y hermosa, pero también, ingenua.

El rubor se le arremolinó a Debby en las mejillas. Sus palabras despertaron intensas emociones en su interior. Entre ellas, la cólera.

—¿Ingenua? Conozco muy bien a Jimena. Desde hace cuatro años hemos estado juntas.

—Imagino que la encontraste cruzando la calle y ella te tomó de la mano para evitar que algún peligro te amenace —le dijo con sarcasmo, al tiempo que se dirigía a la cama para tomar la camisa de franela que estaba sobre ella.

—No. La conocí en una reunión de negocios, es hermana de un compañero de trabajo de mi esposo.

Zack se giró, con la camisa en la mano. En su rostro se reflejaba la decepción.

—Hay un esposo. —Ella se puso pálida al darse cuenta de su error. Había hablado de más—. ¿Ese es el idiota por el que lloras todas las noches?

—Eso no te importa.

—Tampoco mi vida le importa, señora Adams —le escupió Zack con rencor. Su mirada se llenó de reprimendas. El corazón de Debby se arrugó.

Terminó de vestirse con movimientos toscos y apurados. Tomó su teléfono móvil y las llaves que se encontraban sobre una cómoda, y pasó a su lado sin dirigirle alguna palabra, o al menos, una mirada frívola. Debby lo escuchó marcharse cerrando de un portazo. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero las reprimió. No volvería a llorar, mucho menos, por un hombre al que no conocía.

Una hora después, se hallaba sumida en sus pensamientos con la cabeza anclada en sus manos, sentada en el sillón de la sala. Zack no llegaba y ella no tenía medios para comunicarse con Jimena, ni con nadie. Tendría que salir en auto hasta el pueblo, pero no se sentía de ánimo para alejarse de la cabaña.

Afuera, la brisa aumentaba su poder, se podía pronosticar la llegada de una tormenta. Salió a la terraza para mirar el cielo, oscuras nubes se acercaban con lentitud, acompañada de un fuerte viento. Se cubrió el cuerpo con los brazos y escuchó el chirriar de un objeto metálico. Dirigió la mirada al techo de la cabaña. En una esquina, las agitadas corrientes de aire obligaban a una veleta con forma de gallo, girar con dificultad por el óxido de sus partes. La visión le permitió percatarse que las ventanas del ático habían quedado abiertas. Si no las cerraba, la lluvia entraría en la habitación y bañaría los muebles y objetos que allí se encontraban.

Respiró hondo y con una mueca de fastidio entró a la casa y se dirigió a las escaleras. Ella abrió las ventanas, era su responsabilidad cerrarlas. El recuerdo de la confusión vivida unas horas antes en ese lugar le erizó la piel, pero no podía temer a los fantasmas que creaba su mente, tenía preocupaciones más reales que atender.

Con una valentía que no se conocía entró en el ático y oteó los alrededores para descartar la posible presencia de algún animal. Al darse cuenta que estaba sola, se encargó de cerrar todas las ventanas y pasarles seguro. Finalmente, se sacudió las manos dispuesta a regresar a la planta baja y cerrar las ventanas de esa área, pero al ver el desorden que quedó después de su aventura, se enfureció. No podía dejar el lugar en esas condiciones.

Tomó una caja vacía y se arrodilló en el suelo para comenzar a recoger todo. Levantaba juguetes,

adornos, páginas sueltas de libros y prendas de bisutería, entre muchos otros objetos. A pocos metros, encontró un grupo de papeles y sobres cerrados, que comenzó a apilar controlando la curiosidad. Esas debían ser cartas y documentos personales de los Kerrigan, nada de lo que estaba allí le debía interesar.

Sin embargo, no pudo controlar su ansiedad al encontrar dos fotografías que retrataban al mismo niño del columpio. En una, estaba solo, con la mirada triste clavada en un avión de juguete que pintaba con un pincel. Era el avión de madera de balsa que adornaba la repisa de la chimenea. En la otra, lo abrazaba un hombre de edad avanzada, que sonreía con poco ánimo. El niño seguía manteniendo un rostro acongojado.

Tras la pareja, se podía notar la silueta de una sombra. De nuevo, el temor invadió a Debby, que para evitar imaginar cosas extrañas lanzó las fotografías dentro de la caja e intentó olvidarse del asunto.

Continuó su labor con la piel erizada. Sentía una presencia junto a ella, pero no quería permitir que su cerebro sugestionable dominara su vida.

Con brusquedad, introducía papeles dentro de la caja, pero la imagen impresa en una tarjeta la inmovilizó. Era el rostro de un chico, cuyos ojos oscuros parecían observarla. Se estremeció mientras leía las letras grabadas bajo la foto: “En recuerdo a la memoria de mi amado Zack”. El resto no pudo leerlo, sintió una caricia helada en su hombro izquierdo que le alteró los nervios y la obligó a levantarse y salir del ático a toda velocidad.

## Capítulo 16

Caminaba de un lado a otro por la sala. La noche se asentaba, una suave lluvia caía sobre la cabaña y Zack, aún no había llegado. De vez en cuando Debby echaba una mirada precavida a las escaleras que dirigían al ático.

Llegó a Lutsen con una evidente depresión, que podía producirle cualquier tipo de alucinaciones, pero lo que había vivido en esa casa superaba sus expectativas. No creía que su cerebro fuera capaz de inventar sensaciones tan vividas: el rodar de las canicas, el roce cuando colgaba de la ventana del ático, la caída del cuadro ubicado sobre la chimenea, el revoloteo del pájaro...

Pensaba y pensaba sin descanso, algo debían tener en común esas situaciones. Para ella, nada pasaba por casualidad. La misteriosa sombra que veía en las fotos de aquel chico tenía que estar relacionada con esos hechos. Todo era confuso y terrorífico, pero no estaba dispuesta a que volvieran a echarla a patadas de algún lugar. En esa ocasión, llegaría al fondo del asunto. No se dejaría dominar por miedos irracionales.

Se quedó parada frente a las escaleras, con las manos apoyadas en la cintura y la mirada fija en la puerta cerrada del ático.

—No me iré —dijo, en el preciso instante en que Zack abría la puerta de la cabaña.

Él observó su postura y miró hacia las escaleras con el ceño fruncido.

—¿Con quién hablas? —preguntó, pero ella ignoró su duda y se acercó a él, aún con las manos en la cintura y el rostro serio.

—¿Por qué tardaste tanto? Me dejaste sola con esos hombres peligrosos rondando la cabaña.

—Nadie estaba cerca —le notificó con sequedad, cerró la puerta y se dirigió al refrigerador.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Lo estoy y punto.

Ella emitió un bufido de hastío y lo siguió para continuar con el interrogatorio.

—¿Quiénes eran?

Él se giró y le apuntó la cara con un dedo acusador.

—Un problema que tú trajiste.

Debby quedó muda e inmóvil, mientras él le daba la espalda y abría el refrigerador para sacar una botella de agua. Sabía que Zack no le daría respuestas con facilidad, era un hombre hermético. Tenía que darle algo a cambio.

Cruzó los brazos en el pecho y comenzó a mecerse de un lado a otro. Su rostro abandonó la apariencia altiva para proyectar la vergüenza y la pena que tenía tatuada en el alma.

—Mi esposo me traicionó. Desde siempre lo ha hecho. —Zack la observó con irritación. Sus oscuros ojos se clavaron en ella—. Me hacía la desentendida con la esperanza de salvar mi matrimonio, hasta que él se cansó del juego y me escupió la verdad en la cara.

Ella tenía la mirada en el suelo, eso aumentaba la cólera en Zack, que hacía un gran esfuerzo por mantener la boca cerrada.

—No quería seguir con la mentira, me dijo que necesitaba reiniciar su vida. Para eso... yo tenía que irme.

Los ojos de Zack estaban inyectados de sangre. Apretaba el botellín de agua como si se tratara del cuello del idiota del que hablaba la mujer. Debby alzó los húmedos ojos a él, miró por unos segundos su rostro tenso.

—Ahora tú.

Zack se irguió y dejó la botella de agua sobre la encimera.

—¿Quieres hacer de esto una terapia de autoayuda? Yo no juego —le dijo Zack mientras se dirigía a su habitación. Ella se desesperó. No podía seguir sin respuestas, sumida siempre en intrigas.

—¿Estás muerto? —Él quedó paralizado, segundos después, su cuerpo entero se giró con una lentitud pasmosa. Su rostro se tensó aún más, y su mirada se volvió amenazadora.

—¿Qué dices?

Ella dudó. Era un absurdo lo que decía, pero eso logró que él le dedicara, de nuevo, su atención.

—Eres el niño de la fotografía, ¿cierto? El hijo de los Kerrigan que murió. —Ella sabía que lo

expuesto no tenía ningún tipo de lógica, pero de alguna manera tenía que obligarlo a confesarle algo.

Al contrario de lo que imaginaba, la reacción de Zack a sus estúpidas preguntas fue diferente. Su postura se relajó y la miró con una tierna condescendencia. Se acercó a ella y le tomó la cabeza con las manos, hundiendo los dedos en sus cabellos.

—¿Te parece que el hombre que te desnudó esta mañana estaba muerto?

Las órbitas de los ojos de Debby se ampliaron, al mismo tiempo que su corazón. Zack se inclinó y la besó con efusividad. Acariciaba cada rincón de su boca con la lengua. Se degustaba con su sabor, y con su inocencia.

—Las manos y los labios que te acariciaron, ¿te parecieron fantasmales? —le habló a milímetros de sus labios. El cuerpo de Debby se alió con las pretensiones del hombre. Se amoldó a la perfección cuando él la apesó entre sus brazos y se estremecía con el roce de su piel.

Zack le tomó una mano y la frotó sobre su miembro hinchado.

—¿Crees que un muerto puede ponerse así cada vez que te ve? ¿Cada vez que estás cerca, escucha tu voz o siente tu aroma?

Ella gimió. Los labios de Zack comenzaron a besarle con frenesí el cuello, al tiempo que sus caricias se metían por debajo de su blusa.

La guió hasta la mesa, mientras se encargaba de sacarle la camisa. Le miró los pechos con lujuria antes de quitar de su camino el sujetador.

—Maldita sea, eres hermosa. No puedo controlarme —le dijo al encerrar sus senos entre las palmas y masajearlos.

Debby se sentía abrumada, al verlo satisfacerse con su propio cuerpo. El deseo le nublaba el entendimiento. Nunca imaginó que podía lograr eso en un hombre.

Zack volvió a besarla, con urgencia, mientras sus manos se desesperaban por deshacerse del pantalón deportivo de la mujer y su ropa interior.

—Sí. Me asesinaron. Pero ni siquiera la muerte me quería.

Al tenerla desnuda la sentó en el borde de la mesa y le abrió las piernas, devorando con la mirada su sexo expuesto.

—Por eso, estoy aquí. Vivo. Frente a una de las criaturas más bellas de la tierra.

Debby gemía, no podía hacer nada más. La pasión se había apoderado por completo de sus acciones. En pocos segundos, Zack se quitó la camisa y se bajó los pantalones. Ella amplió los ojos al verlo tan excitado y ansioso por anclarse en su interior.

—Olvidemos por un rato, Deborah. Piensa solo en mí. Dame la vida que necesito.

Sin más dilataciones se hundió en ella, en medio de jadeos y estremecimientos. Los besos y abrazos se intensificaron, las caricias rodaron por las pieles húmedas y erizadas. La cabaña adquirió, de pronto, un agradable calor, que le daba más poder al fuego abrazador que los consumía.

Ella se recostó en la mesa. Su cuerpo se arqueaba ante las profundas acometidas de él. Zack la observaba enfebrecido. Le fascinaba verla rendida, entregada en cuerpo y alma. Un poderoso sentimiento de pertenencia le otorgó más ímpetu.

Al quedar embriagados por el placer, se dejaron llevar. El culmen los ahogó en la dicha y los volvió ajenos a sus cuerpos, exprimidos y sin fuerzas, pero con una sensación de satisfacción indiscifrable.

## Capítulo 17

Debby despertó envuelta entre las sábanas de la cama de Zack. Una enorme sonrisa de satisfacción se le dibujó en el rostro mientras su cuerpo se estiraba para desperezarse. Al levantarse, encontró su ropa al pie de la cama. Él no estaba.

Cruzó desnuda el pasillo hacia su habitación y sin cerrar la puerta se metió en la ducha. Después de un baño renovador y de un desayuno sustancioso, abrió todas las ventanas para que entrara el fresco de la mañana y salió al lago. Ese día tenía ganas de caminar, con los pies hundidos en el agua. El sol brillaba y le otorgaba a la brisa una calidez reconfortante. Respiró hondo para llenarse los pulmones de oxígeno, sin apartar la mirada de un grupo de gaviotas que volaban sobre las aguas. Anduvo por un buen rato, hasta que una empinada montaña le interrumpió el paso.

Regresó en dirección a la cabaña, pero ésta vez, no lo hizo por el lago, sino por el borde de la vegetación. Se calzó las sandalias bajas que llevaba colgadas en la mano y se internó entre los matorrales en busca de flores. Quería adornar la casa con colores llenos de vida.

El nervioso volar de unos pájaros la asustó. Miró hacia la copa de los árboles y pudo divisar a varios de ellos agitados entre las ramas. Arrugó el ceño y decidió dirigirse a la cabaña sin perder más tiempo. El comportamiento de los animales le desagradaba.

Cerca de un sendero, divisó a un hombre que corría apresurado y se internaba en el bosque. Al agudizar la vista pudo percibir que se trataba de Bradely, el rubio que había visitado la casa el día anterior.

El hombre parecía venir de la cabaña y por su rostro circunstancial, pensó que algo podía haber sucedido. Corrió tras él, para saber a dónde iría y descubrió que a pocos metros, estaba estacionado su vehículo.

Se escondió entre los arbustos y lo observó hablar ofuscado por su teléfono móvil. Andaba con premura entre el interior del auto y la cajuela.

—Te repito, debe haber alguien más en esa maldita cabaña. No me iré sin verificar.

Lo escuchó decir. Se acercó con sigilo, quería saber lo que ocurría.

—Todo estaba cerrado, las puertas, las ventanas y las cortinas. Siempre están cerradas esas endemoniadas cortinas. Te juré que las quemaré cuando logre entrar.

Se agachó un poco más, confundida. Recordaba haber abierto todas las ventanas al salir. Si estaban cerradas, sería porque Zack estaba adentro o el sujeto se había equivocado de residencia.

—Escuché ruidos, no me iré hasta estar seguro. Vi a la mujer marcharse por el lago, debo aprovechar esta oportunidad.

Debby se estremeció. Bradley la vigilaba. Cuando lo vio sacar un arma de la cajuela y cargarla con balas plateadas, sintió un nudo en el estómago.

—Nunca hemos podido entrar en esa casa. Si el tipo vive, debe estar escondido, sino, su maldito fantasma la debe tener embrujada.

La sangre de Debby se congeló. Bradley cerró el auto con brusquedad y comenzó a caminar en dirección a la cabaña.

—Te dejo, voy a descubrir lo que hay adentro y te juro que lo eliminaré hoy mismo.

Quedó petrificada mientras él se alejaba apresurado. Cuando estuvo sola, corrió en dirección contraria por el sendero. Tenía que llegar a la vía para pedir ayuda. Zack corría peligro.

Después de correr por más de un kilómetro, se dio cuenta de que el camino no la llevaba a ningún lado. Lo que hacía era internarla más en el bosque. Regresó a toda velocidad, pero al llegar al punto donde debía estar estacionado el vehículo del sujeto, notó que se había marchado.

El terror se apoderó de ella y la llenó de angustias. Siguió la carrera en dirección a la cabaña.

No se detuvo hasta que la vivienda apareció entre los árboles. Sin pensar en nada, subió el pórtico y abrió la puerta. El desorden que halló en la sala parecía confirmarle sus sospechas. Era evidente que allí había ocurrido una lucha.

Pero el lugar estaba en penumbras porque las gruesas cortinas estaban cerradas.

—¡Zack! ¡Zack! —Gritó, mientras cerraba de un portazo y corría a las habitaciones.

Una inmensa figura salió de las sombras y la embistió por detrás. No pudo hacer nada. En

segundos, la aprisionaron contra la pared y le cerraron la boca.

## Capítulo 18

—Cálmate, Deborah. Soy yo —le repetía Zack. Debby se batía entre sus brazos, trataba de gritar, pero él le tenía la boca tapada—. ¡Deborah, tranquila, no te hare daño!

Cuando comenzó a perder fuerzas, dejó de luchar. El llanto se le desató. La liberaba del terror que tenía atragantado.

—Cálmate. Soy yo. Todo está bien —le insistía Zack, mientras la abrazaba y le besaba la cabeza a la espera de que sus espasmos cesaran.

—Zack... Zack... —expresaba ella en medio de gimoteos. Se aferró a su cintura y hundió el rostro en su pecho para terminar de expulsar la angustia.

Él esperó paciente hasta que percibió que ella dejaba de temblar. Luego, la agarró por la cabeza para despegarle el rostro de su pecho. Tenía la cara hinchada y pálida, aún las lágrimas le corrían por las mejillas.

—¿Te hicieron algo? ¿Dónde estabas?

Debby negaba con la cabeza, nerviosa.

—En el lago... yo... yo... tenía una pistola.

—¿Tú?

—No. Él.

—¿Quién? —Zack empezaba a desesperarse. Entendía su estado, pero necesitaba respuestas.

—Bradley. —La confesión de ella lo hizo endurecer el rostro—. Y dijo... y dijo...

Al notar que el llanto la dominaría de nuevo, le frotó los brazos y le besó la frente con ternura.

—Tranquila, corazón. Tienes que calmarte. ¿Cómo sabes que tenía una pistola?

—Lo vi... lo vi... te busca. Quiere matarte.

Zack apretó el ceño y la abrazó con fuerza. Debby hacía un esfuerzo por controlar a su organismo, pero los nervios la descontrolaron.

La llevó a su habitación, sin apartarse de ella. Se acostaron juntos. La cabeza de Debby reposaba en su pecho y sus brazos lo apresaban para no dejarlo ir. Una hora después, ella estaba más tranquila y había podido narrarle a Zack, con detalle, lo sucedido.

—¿Éstas segura que no te vio?

—Sí —le aseveró. Él bajó los pies para apoyarlos en el suelo. Tenía las botas deportivas y el ruedo del pantalón manchados de lodo—. Pensé que no estabas en casa, por eso salí a dar un paseo por el lago.

—No estaba. Salí temprano al resort donde trabajo para hablar con mi jefe y justificar mis faltas. Debí avisarte.

—¿No estabas en casa? —La noticia alarmó a Debby. Zack comenzó a incorporarse con suavidad. Ella también buscó sentarse en la cama.

—No. Al llegar vi el desorden en la sala y pensé que te había sucedido algo. Te busqué por todos lados. Estaba en el ático cuando llegaste —le informó mientras sacaba del bolsillo de su pantalón el teléfono móvil.

Debby se quedó en silencio. Analizaba lo ocurrido. Ella dejó todas las ventanas abiertas, pero Bradley las había encontrado cerradas y escuchó ruidos. Si Zack no estaba, solo quedaba una posibilidad. El problema, es que esa suposición no era lógica y podía hacerla quedar como una loca.

Se sintió agotada. Cruzó las piernas sobre el colchón y apoyó los codos en las rodillas para anchar la cabeza entre las manos. No solo fue superada por la situación en su casa, con su marido, también estaba perdiendo la batalla allí. Eran demasiados los secretos que se escondían en esa casa.

—¿Estás bien? —Zack se acercó a ella y le acarició un brazo. Debby alzó el rostro y al notar su mirada llena de preocupación y nostalgia, sintió un cosquilleo en el vientre.

—Quizás... debería marcharme. —Él quedó inmóvil, ella no podía determinar el tipo de emociones que se reflejaban en su mirada. Por momentos parecía aliviado, en otros, acongojado, o a punto de gritarle en la cara alguna ofensa—. El problema es... que no tengo a donde ir.

Sus palabras eran ciertas. No podía regresar a su casa. Su esposo le había pedido que se fuera.

Tampoco quería terminar con su madre, ella la llenaría de reproches y advertencias que la volverían más loca. No podía llegar a la casa de Jimena, eso le ocasionaría a su amiga un problema con su esposo. Era suficiente una divorciada en la sociedad, dos, no se soportarían.

—Puedes quedarte aquí. Te juro que estaremos bien.

Debby no respondió, se quedó hundida en su mirada. Estaba ansiosa por llegar al fondo de su alma. Conocerlo y conquistarlo.

Zack le acarició el rostro. Se mordía los labios para no decirle todo lo que ansiaba.

—Quédate... —fue lo único que pudo susurrarle. Sus bocas se fundieron en un beso que les despertó a ambos decenas de emociones. Él lo intensificó mientras se acercaba más a ella, para abrazarla, pero el sonido de su teléfono móvil le devolvió la cordura.

Retrocedió cómo si se alejara de brazos ardientes. Se aclaró la garganta y se dedicó a revisar el mensaje de texto que le había llegado.

Debby quedó en la cama. Pasmada. Lo miraba ignorarla con tanta facilidad que le dolía.

—Voy a... avisar lo ocurrido a la policía —informó, al tiempo que se levantaba de la cama.

Debby se apresuró a seguirlo.

—¿Te vas?

—No. Hablaré por teléfono en la terraza.

Él comenzó a caminar en dirección a la puerta principal. Ella corrió y lo detuvo en el pasillo de las habitaciones.

—Zack.

La cercanía de la mujer lo doblegaba. Se giró hacia ella, la tomó por la nuca y la besó con ardor. Como si la vida se le fuera en ese contacto. Al quedar sin aire, interrumpió el beso y apoyó su frente en la de ella. Abrió la boca para decirle algo, pero se arrepintió. Volvió a alejarse de forma brusca y al salir de la cabaña, cerró la puerta con furia.

Ella afirmó la espalda en la pared y respiró hondo para recuperar la lucidez. Los besos de Zack la desarmaban por completo. Segundos después, se dirigió abatida a la sala y miró el desorden con desánimo.

Encendió el televisor para evitar que el silencio la atormentara con recuerdos o temores y se sentó en el sillón. A los pocos minutos, la voz de un periodista le heló la sangre.

—El hombre fue hallado sin vida en la vía Pedersen. El cuerpo se encontraba fuera de su vehículo, abandonado a varios metros de distancia. —Con los ojos desorbitados, observó en la pantalla la imagen de una manta blanca estirada sobre el lodo. Ocultaba algo—. Estaba cubierto de sangre, la policía aún desconoce el móvil del delito. Los oficiales están interrogando a varios testigos del hecho.

El caos reinaba en el lugar. Debby se acercó al televisor para encontrar entre los curiosos que se arremolinaban alrededor del difunto, a alguien conocido.

—Según la identificación hallada en su ropa, el sujeto respondía al nombre de Bradley Joseph Donovan Laus. —Ahogó un grito de sorpresa al taparse la boca con ambas manos. Los ojos casi se le salían de las órbitas—. Se presume que después de estrellar su auto contra un árbol salió del mismo y consiguió la muerte a pocos metros, cayendo sin vida sobre el lodo...

No pudo escuchar más. Sus oídos se sellaron por el aumento de la adrenalina en su sangre. Se giró para salir a toda prisa de la cabaña, pero tropezó con Zack. Que estaba inmóvil tras ella, con el cuerpo tenso, los puños cerrados y la mirada amenazante.

## Capítulo 19

—¿Todo bien? —le preguntó él, al notarla recelosa.

—Sí... es... —Debby se giró al televisor, para evitar su mirada. La noticia había cambiado. Eso la ayudó a serenar los nervios—. Lo encontraron muerto. A Bradley.

Después de unos segundos, de sepulcral silencio, Zack se acercó a ella y la abrazó por la cintura.

—Estaremos bien, Deborah. Te lo prometí. —Ella solo pudo asentir con la cabeza, con las lágrimas agolpadas en los ojos—. Tengo que salir un momento— le informó, con el rostro anclado en su cuello.

—¿A dónde?

—No me iré lejos. Tengo que... buscar algo —la giró hacia él y encerró entre sus manos su rostro ceñudo—. No me tardaré, ni siquiera, perderé de vista la cabaña.

Ella asintió y se dejó besar. Se negaba a creer que Zack fuera un asesino. La sola idea le comprimía el corazón.

Él mantuvo la mirada en ella mientras retrocedía a la puerta. Luego, se marchó en silencio. Al quedar sola recordó las palabras de Bradley: Si el tipo vive, debe estar escondido, sino, su maldito fantasma la debe tener embrujada; y la confesión de Zack cuando le hacía el amor en la cocina: Sí. Me asesinaron. Pero ni siquiera la muerte me quería.

La tarjeta que había encontrado en el ático anunciaba la muerte de un niño, o al menos, la imagen que utilizaron era la de un chico de, al menos, diez años, que tenía el mismo nombre del hombre que la acompañaba. ¿Estaba muerto? ¿Era un asesino?

Cuando estuvo segura de que Zack estaba lejos corrió al ático y buscó la caja que contenía las fotografías que había hallado el día anterior. Rebuscó entre los papeles lanzando algunos al suelo, hasta encontrar la tarjeta. En el rostro del chico podía reconocer facciones de Zack. Era demasiada coincidencia. Bajo la fotografía se leía: “En recuerdo a la memoria de mi amado Zack. El amor que te profesamos quedará siempre vivo”. Más abajo se hallaba una cita bíblica y al final, la leyenda: Zackary Kerrigan Bowman 1978-1988.

Debby se sentó sobre sus talones, con el cerebro abarrotado de preguntas. Jimena le dijo que la cabaña estaba abandonada desde hacía dos años, cuando murió el hijo de los Kerrigan, pero según la tarjeta, el chico había muerto mucho tiempo atrás. Si era el Zack que estaba con ella en la cabaña, el hombre tendría veinticinco años, muerto.

No podía aceptar esa resolución. Era imposible. Ella misma había confirmado que él era real. Estaba vivo. Mucho más vivo que su propio esposo. Pero... ¿el asesinato no se logró? ¿Él se escondió durante veinticinco años? ¿Por qué Jimena le dijo que dos años atrás había muerto el hijo de los Kerrigan? ¿Se habría confundido?

Se levantó del suelo con la cabeza a punto de estallarle. Eso aún no explicaba las extrañas situaciones que se presentaban en la casa: las ventanas corridas, los ruidos que escuchó Bradley...

El aleteo de un pájaro cerca de una de las ventanas le congeló la sangre. Se llevó una mano al pecho mirando con horror al animal que intentaba pararse sobre la madera del marco exterior. El vidrio estaba cerrado, no podía entrar, pero sí podía verla. Esos malditos animales siempre aparecían cuando algo estaba por suceder.

Respiró hondo, se abrazó a su cuerpo para controlar los espasmos, e hizo algo que jamás pensó haría en su vida.

—¿Quién eres? —lanzó al aire. Oteaba toda la habitación con nerviosismo. Rogaba porque no apareciera ningún fantasma, a pesar de estar invocándolo—. ¿Zack? ¿Eres tú?

No podía sentirse más ridícula, pero no tenía otra idea en mente.

—Dime algo. Sé que tratas de darme un mensaje, pero no entiendo...

Un ruido a su espalda la sobresaltó. Evitó un grito de espanto al taparse la boca con ambas manos. Sus ojos se ampliaron y se empañaron con lágrimas. Al girarse, divisó que de una mesa había caído un objeto. Se acercó con lentitud, mientras daba una ojeada a su alrededor.

Cerca, pudo percatarse que se trataba de una llave plateada. La levantó y la frotó con el dedo pulgar, detallando su forma. Volvió a repasar la habitación en busca de algo o de alguien. Ni

siquiera sabía, qué buscaba. Le urgían explicaciones.

De pronto, su mente se abrió como por arte de magia: la tercera habitación de la cabaña, que nunca pudo abrir, y donde se detuvieron las canicas que rodaron el primer día de su estadía.

Con un nudo en la garganta bajó en carrera del ático. Ansiosa por aclarar sus dudas.

## Capítulo 20

La llave entró sin inconvenientes y abrió la puerta con suavidad. Debby sentía el corazón en la boca, pero la expectativa era más fuerte que su miedo. Le era imprescindible comprender lo que allí sucedía.

Al entrar, miró estupefacta la habitación. Estaba muy sucia, llena de polvo y telarañas, pero ordenada. Los hilos de luz que se escurrían por la gruesa cortina hacían brillar las motas de polvo que volaban. Eso le aportaba misticismo al lugar, que seguramente, no había sido visitado en años.

Pasó el interruptor de la luz y pudo observar con detalle los objetos. Era una habitación infantil, cuyas paredes estaban pintadas representando un cielo, con nubes, un gran sol y pájaros. Muchos pájaros.

En el centro había un ventanal, con una mesa de tres gavetas bajo ella. Y a los lados, dos camas individuales, vestidas con gruesos edredones azules. Del lado derecho, se hallaba un ropero de madera de tres puertas, cerrado. Y a la izquierda, un estante que ocupaba toda la pared, repleto de juguetes, libros y otros adornos.

—¿Qué haces aquí?

Pegó un salto al escuchar tras ella, la voz de Zack.

—Yo... yo...

—¿Cómo entraste? —Él tenía el cuerpo tenso. No la miraba a ella, sino a la habitación.

—Encontré una llave en el ático. Es el único lugar que me falta por limpiar. Necesitaba algo con qué distraerme. —Con esa excusa esperaba salir del aprieto, pero al ver que Zack no le prestaba atención sino que repasaba con nostalgia la habitación, se sintió aliviada. El lugar ejercía un efecto en él.

Comenzó a caminar por el cuarto, para detallar los objetos y hallar pistas.

—Es hermosa... a pesar de la suciedad.

Giraba de vez en cuando el rostro hacía él. Lo veía inmóvil, aún parado en la puerta. Evaluaba cada espacio con los ojos brillantes.

Al acercarse a las camas, casi pega un grito de asombro. Disimuló su impresión lo mejor que pudo. La beneficiaba que Zack no estuviera pendiente de su escrutinio.

En el cabecero de madera de las camas, estaban grabados los nombres de los dueños de la habitación: Zack y Allan.

—¿Sabes quiénes son? —le preguntó, pasando su dedo por las letras de Zack que poco se notaban. Él tardó un minuto en responder, tenía la vista perdida entre los juguetes del estante.

—Los hijos de Kerrigan.

La emoción la embargó, parecía estar encontrando las piezas faltantes del rompecabezas.

—¿No era uno? —indagó. Debía aprovechar que él voluntariamente, le daba respuestas— Jimena me dijo que hace dos años murió el hijo de Kerrigan.

Él dirigió una dura mirada hacia ella. Eso la intimidó, pero no podía detenerse. Volvió a frotar su dedo en las letras del nombre, con fingida inocencia.

—Eran dos... y uno se llamaba Zack. Como tú —le dijo, mirándolo a los ojos— ¿Sabes que encontré algunas fotos en el ático? —Se giró hacia el estante para darle la espalda, mientras observaba los juguetes de la repisa—. Eran de un niño, quizás, del que quedó vivo. Se parecía mucho a ti.

El silencio le erizaba la piel. Estaba desesperada. Tenía que encontrar una manera de obligarlo a hablar.

—¿Los conociste? —lo aguijoneó. Estaba convencida de que él le daría alguna respuesta. Por absurda que fuera.

Pero la reacción de Zack fue completamente contraria a cómo imaginó. De pronto, él estaba tras su espalda. Muy cerca. No sabía en qué momento se había acercado. Sus manos le rodearon la cintura y comenzaron a acariciarla con sutileza. Él hundió el rostro en sus cabellos para besarle la nuca. Ella se estremeció.

—Dicen que la verdad nos hace libres, pero hay ocasiones en que eso no sucede —le decía en su

oreja, para luego, chuparle el lóbulo.

—Si quieres saber más, tendrás que quedarte. —Debby gimió cuando sus manos subieron por su vientre hasta llegar a sus pechos. Cerró los ojos y se apoyó en él. Extasiada—. No podré dejarte ir. Serás mía, hasta que yo también aclare mis dudas.

Él le inclinó el torso para pegarla del estante. Ella se agarró de las maderas, dejándole el trasero expuesto para que se frotara en él. Lo sentía duro. Ardiente.

—¿Lo quieres? —Ella no podía hablar, ni moverse. Estaba atónita y excitada. Zack le acariciaba los senos, el vientre y sus partes íntimas con una dulzura que la embriagaba— ¿Te quedarás conmigo?

La respiración se le incrementó, así como el calor del cuerpo. Sabía que Zack le jugaba sucio, pero no podía negar que le gustaba.

—Toma una decisión, Deborah. Esperaré tu respuesta.

Se alejó de ella y se retiró de la habitación sin apuro. Debby cerró los puños e hizo un gran esfuerzo por mantener la calma. La curiosidad, el deseo y la furia le corrían por las venas.

No quería que jugaran de nuevo con ella, no estaba dispuesta a sufrir más humillaciones. Quería respuesta, y por Dios, que se las sacaría a Zack de alguna manera.

Se incorporó y respiró hondo, mientras sacudía el polvo de sus manos, y se alisaba la camisa y los cabellos. Se dio media vuelta y salió de la habitación, asegurándose de apagar la luz y cerrar la puerta.

Lo siguió, con el brillo de la determinación en la mirada.

## Capítulo 21

—¿Tomaste una decisión? —le preguntó Zack, al verla entrar a la habitación.

Ella asintió y se quedó de brazos cruzados, con un hombro apoyado en el marco de la puerta, mientras él se desvestía. Recorrió con la mirada el cuerpo delgado, fibroso y dorado. Desde su torso de espalda ancha y cintura estrecha, hasta sus piernas musculosas. Sin embargo, era inevitable fijar los ojos en su sexo, preparado para ella, que descaradamente, él le mostraba.

—¿Te quedarás? —volvió a interrogarla. Debby podía notar que estaba tenso. Ansioso. Quizás tanto como ella. Si le daba lo que quería, ella obtendría lo que anhelaba. Luego, se marcharía. No importaba si le mentía. Total. Nunca más volvería a verlo.

Asintió de nuevo. Él, al conocer su respuesta, relajó las facciones del rostro y estiró una mano como invitación. Debby dudó por un segundo, pero luego, se acercó. Expectante.

—No podrás irte. —La apresó entre sus brazos, fijándola a su cuerpo—. Al menos... por un tiempo.

Ella se dejó absorber por su profunda mirada. Por momentos, le parecía que Zack estaba inseguro, y cuando lograba tenerla entre las manos, la sujetaba con fuerza, como si temiera que escapara.

—Deberás confiar en mí. —Con una mano le acarició la mejilla, para luego, hundirla en sus cabellos. La tomó por la nuca y la acercó a su rostro—. Y no contar a nadie lo que te diga. —Le mordió el labio inferior con suavidad. Ella gimió, pero Zack la calló con un beso apasionado.

Debby estuvo a punto de perder la conciencia. Quiso aferrarse a su cuello y hundirse más en su boca, pero él la detuvo, la apartó y comenzó a desvestirla.

—¿Harás lo que te pedí?

Ella solo asintió, con el rostro enrojecido por el deseo y la respiración agitada. Al tenerla desnuda, la observó maravillado. Le cubrió los pezones con los nudillos y los pellizó para endurecerlos más.

—Así no. Dilo. —Ella lo miró confusa, mientras él le cubría los senos con las manos—. Dime si harás o no, lo que te pedí.

Debby abrió la boca para responderle, pero lo que emitió fue un jadeo. Él se inclinó y sorbió uno de los pezones, lo acarició con la lengua, al tiempo que su mano jugueteaba con el otro.

—No te escucho, Deborah —le exigió mientras sus atenciones pasaban de un seno a otro.

La temperatura de Debby aumentaba, sentía correr la sangre en sus venas. Zack la torturaba, la obligaba a girar en un torbellino de pasión extremadamente agradable.

—Sí... —respondió en medio de gemidos.

—No te escucho —le porfiaba Zack. La dirigió a la cama y la depositó sobre el colchón, sin dejar de acariciarla.

—Sí —repitió.

Él se arrodilló frente a ella y le acarició los muslos.

—Eres tan hermosa. Tan perfecta.

Su rostro se embriagó con la figura grácil y aterciopelada de la mujer. Su mirada se volvió más hambrienta. La necesitaba con urgencia.

La tomó por debajo de las rodillas y comenzó a abrirla las piernas, pero ella lo detuvo.

—No. —Zack la miró estupefacto. Inmóvil—. Quiero ir arriba.

Él expulsó todo el aire reprimido en un bufido y tragó saliva, antes de obedecerla. Se recostó en la cama y esperó anhelante a que ella se ubicara.

Debby se sentó a horcajadas, frotó su sexo húmedo con el de él. Zack gimió al sentirla y alzó las manos para tocarla, pero ella las regresó a su sitio.

—No te muevas o me bajo.

Él quedó de piedra, con los ojos tan abiertos como platos. Las manos de ella comenzaron a recorrerlo: los brazos, hombros y pecho, hasta detenerse en sus tetillas, que rozó y pellizó con la punta de los dedos, para luego, acariciarlas con la lengua. Se sentía satisfecha al verlo profundizar la respiración y cerrar los ojos. Extasiado.

—Quiero saberlo todo —le dijo, mientras subía para besar y clavar los dientes de forma

seductora en su cuello—. Sin rodeos.

Se incorporó y colocó el sexo en la punta de su miembro.

—No volverás a irte sin una explicación —le exigió, moviendo las caderas en círculos. Zack jadeó e intentó levantar de nuevo las manos, pero ella se lo impidió—. Ni me tratarás con rudeza. Comenzó a bajar con lentitud, hasta que, de manera repentina, se detuvo. Zack la observó con los ojos enfebrecidos.

—¿Lo harás?

El asintió, con el corazón desbocado en su pecho.

—Dilo —le ordenó y giró las caderas para aumentar la tortura.

—Sí —expresó él con voz ronca, en medio de un gemido.

—No te escucho —reclamó y subió despacio para sacarlo de su interior.

—¡Sí, maldita sea, haré todo lo que quieras! —rugió Zack con la mirada enloquecida clavada en ella.

Debby sonrió satisfecha y lo absorbió por completo, hasta arrancarle un grito de goce. Sin darle tiempo a recuperarse, lo cabalgó con energía, le apesó las manos sobre la cabeza y se devoró su boca.

Se sentía poderosa e indomable, mientras escuchaba los sonidos frenéticos que él emitía en medio de la lujuria. El placer le recorría la piel, y se la volvía tersa y sensible.

—Oh, Deborah... Deborah... —intentó hablar, pero la necesidad por respirar y los incontrolables gemidos no se lo permitían—. Corazón, no te vayas... no me dejes —le decía. Ella se hundió en su cuello para sollozar el ímpetu que la invadía y le nublabla el entendimiento—. Quédate. No quiero volver a estar solo.

El culmen les explotó de forma imprevista, ocasionándoles espasmos que parecían no detenerse nunca.

Debby alzó con dificultad el rostro y lo miró abatido, con los ojos adormilados y húmedos. Zack le dedicaba una mirada tierna. Satisfecha.

—Por favor, quédate... —le susurró.

Un cosquilleo le recorrió el cuerpo entero, hasta detenerse en su vientre. Se acercó y le besó los labios, aún temblorosos por el estallido de energía que había experimentado.

—No me iré —le aseguró y cayó rendida sobre él. Consciente de que no podría cumplir con su plan de mentirle y marcharse.

Ese día, Zack se había robado una parte muy importante de ella.

## Capítulo 22

Habían pasado toda la tarde en la cama. Se alimentaban de sobras y besos.

Debby descansaba con el rostro en dirección a la pared, mientras Zack, detrás de ella, la abrazaba por la cintura, con una pierna metida entre las suyas y el rostro hundido en sus cabellos. Llevaban minutos, o quizás horas, en esa posición. Disfrutaban de la presencia del otro. De la compañía que tanto tiempo les fue negada.

—¿Tomas la píldora? —preguntó él sin moverse. Un ramalazo de sensatez parecía tocarle las neuronas.

—No puedo tener hijos —le confesó ella, con la voz apagada. Zack apretó su agarre, pero no hizo ningún comentario—. Tuve un accidente hace tres años. Tenía siete meses de embarazo. Perdí al niño y la posibilidad de tener otro.

No sabía por qué sentía la necesidad de explicarse, de abrir su alma a él. Aunque también, le urgía liberarse, apartar los recuerdos dolorosos de su vida. Aquellos, que la llevaron a ser una mujer conformista y acomplejada.

—Brian se alegró al enterarse y hasta me pidió matrimonio. Pensé que ese hecho lo cambiaría y con el niño lograría que me amara. Y casi lo logré. Luego, vino el accidente, la pérdida y las consecuencias. Se volvió más frío y distante, pero ya estábamos casados. Quizás, buscaba en otras, lo que yo no podía darle.

Zack se giró en la cama, para ubicarse de cara al techo, con el ceño fruncido.

—¿Te he dicho que tu esposo es un anormal?

Ella sonrió sin ganas y suspiró hondo.

—Necesito llamar a Jimena.

Zack se levantó y tomó los pantalones del suelo. Ella se giró hacia él y lo observó vestirse con el rostro endurecido. Su actitud amorosa se perdió por completo.

—Usa mi teléfono —le dijo sin dirigirle la mirada. Sacó el aparato del bolsillo del pantalón y lo lanzó en la cama, mientras se subía la cremallera y salía de la habitación.

—Zack.

—Iré a preparar la cena.

Y se marchó, sin darle la cara. Debby se quedó por un rato allí, con la mirada pedida en el techo. Estaba desorientada y cansada, los constantes cambios de ánimo de ese hombre la hacían perder el juicio.

Minutos después, se levantó, tomó el teléfono y se dirigió desnuda a su habitación, para darse un baño. Miró a Zack en la cocina, picaba algo sobre la encimera, pensativo. Daría lo que fuera por conocer lo que su mente rumiaba, pero lo dejó en paz. Primero tendría que cerrar algunos asuntos antes de ocuparse de él.

Después de una larga ducha —en la que intentó no pensar en nada—, salió y se secó con una toalla. Se la enrolló por encima de los senos y se ocupó en peinarse frente al espejo mientras llamaba a su amiga.

—¿Sí?

—Jimena, es Debby.

—Por todos los Santos, Deborah, ¿por qué no me habías llamado? —le recriminó.

—No había tenido tiempo de venir al pueblo.

—¿No habías tenido tiempo? ¿Qué demonios haces en una cabaña abandonada?

—Yo... la estoy limpiando —le dijo, enfadada consigo misma por tener que engañar a la única persona que le había tendido la mano en su tiempo de angustia.

—¿Limpiando? Por Dios, mujer, ¿supiste que asesinaron a un hombre cerca de donde estás?

Debby se estremeció al recordar a Bradley y la extraña manera en la que había fallecido.

—Sí... lo vi en las noticias... Te llamo para saber cómo están las cosas por allá. —Quería cambiar de tema rápidamente. Jimena podía ser muy persuasiva cuando se le antojaba, lo mejor, era alejarla de las tramas escabrosas.

—Qué te puedo decir. Brian se reunió con el abogado, mandó a elaborar los documentos del divorcio.

Ella sintió un nudo en la garganta. Ese proceso la obligaría, de alguna manera, regresar a Minnesota y enfrentarlo.

—Bien. —Fue lo único que se le ocurrió manifestar. A su amiga, si no le daban una respuesta, se volvía persistente.

—¿Bien?

—Sí. Bien.

—¿Es todo? ¿Vas a divorciarte sin poner resistencia, pedir explicaciones o reclamar algo?

—No. No quiero nada de Brian.

El silencio fluyó por un minuto entre ambas. Debby se sentía insegura e inquieta.

—Pensé que harías un escándalo, como siempre lo has hecho. Que pondrías en práctica alguna de tus estúpidas artimañas para intentar salvar un matrimonio fracasado.

—Me cansé de luchar contra la corriente —confesó Debby en medio de un suspiro. Se balanceaba de un lado a otro, percibiendo un inusual cosquilleo en las manos.

—Eso lo pone más fácil, aunque no es normal en ti. ¿Qué sucedió? No pensé que una casa sucia te hiciera cambiar de personalidad. De haberlo sabido, te hubiera enviado a ese lugar desde hace mucho tiempo.

—No es nada, no seas tonta. Todo está bien.

La llegada de un pájaro que se detuvo en el marco exterior de la ventana del baño la sobresaltó. Miró al animal con los ojos muy abiertos, mientras él observaba nervioso el interior del cuarto.

—Por cierto, quería preguntarte por el hombre que me dijiste vivía en la cabaña, el cuidador. ¿Sigue ahí?

—No —expresó alzando la voz. Se sentó en la tapa del retrete para calmarse. No quería que su amiga notara sus nervios y descubriera sus mentiras—. Él... se fue. El día después que te llamé. Decidió... darme privacidad.

—¿Y a dónde se fue?

—No sé. Quizás, vino al pueblo. No he vuelto a verlo.

—Qué extraño. Cuida la cabaña, pero la abandona sin confirmar quién es la persona que deja en ella.

—Lo hizo.

—¿Qué hizo?

—Llamar a los Kerrigan para saber si la habían alquilado —justificó de manera imprevista. El pájaro se agitó y batió las alas para llamar su atención. Debby comenzó a inquietarse. La ventana estaba cerrada, no había manera de que entrara. Eso le daba un poco de confianza.

—¿Los llamé? Vaya... —dijo Jimena. Debby cerró los ojos y se tragó una maldición—. Una vez me dijeron que en esa casa se escuchan ruidos extraños y hasta dicen, que está embrujada. ¿Has notado algo especial desde que estas ahí?

—Algo, cómo qué.

El ave empezó a dar picotazos al vidrio, y aunque era imposible que lo rompiera, su extraño comportamiento la irritaba. Por otro lado, Jimena comenzaba a tocar temas espinosos. Tenía muchas ganas de contarle sobre sus experiencias sobrenaturales.

—Yo... —El pájaro se alteró, batió las alas con insistencia. Debby se levantó con el corazón en la boca y emitió un grito ahogado.

—¿Debby? ¿Qué sucede? ¿Estás bien? —le preguntó Jimena al otro lado de la línea. Se había percatado del estado de su amiga.

El pájaro emprendió vuelo, lo que le produjo un oleaje de alivio. Se puso una mano en el pecho y respiró hondo, para recuperar la cordura, pero cuando iba a continuar la conversación, escuchó un golpe estruendoso en la ventana que disparó el pestillo que la mantenía cerrada. El vidrio se abrió un poco y el ave voló en círculo, ella pudo notar su intención de estrellarse de nuevo en el cristal.

Se aterró, soltó el teléfono y salió en carrera.

—¡Zackkkkkk! —gritó.

Sin preocuparse por la toalla, que había caído al suelo.

## Capítulo 23

—¡Zack! ¡Zack! —gritaba Debby mientras salía a toda velocidad de la habitación. En el pasillo, tropezó con Zack, que había acudido a su alterado llamado.

—¿Qué sucede? Deborah, ¿qué pasa? —Él trataba de calmarla, le frotaba los hombros temblorosos y observaba perplejo su rostro aterrado.

—El pájaro... el pájaro... —balbuceaba sin poder controlar los nervios. Se abrazó al torso desnudo de Zack, con fuerza, y cerró los ojos para tratar de serenarse.

Él estaba a punto de dirigirse a la habitación para saber lo que había ocurrido, pero un golpeteo insistente en la puerta de entrada lo detuvo.

—¡Allan! ¡Allan! ¡¿Qué sucede?! —

La sangre se le agolpó en la cabeza. Aquello no debía suceder. Intentó separarse de Debby para atender el llamado y correr a patadas al estúpido inoportuno, pero ella no se lo permitía.

—Deborah, tocan a la puerta.

—No me dejes, por favor, no me dejes —le rogaba en medio de espasmos.

—¡Allan! ¡¿Estás bien?! —insistía el visitante.

—¡Sí, maldita sea! ¡Ya voy! —respondió con irritación. Apartaba a Debby, pero ella parecía haberse soldado a su torso— Corazón, espérame en la habitación.

—¡No! Aquí me quedo.

—Estás desnuda y tengo que abrir la puerta.

—No me importa. Hazlo.

—Por los mil demonios que sí importa —rugió y se dirigió a su habitación enfurecido, con ella enganchada en su torso—. No permitiré que ningún idiota te vea así.

La metió en su cuarto, la vistió con una de sus camisas y le colocó unos pantalones cortos, que a él le quedaban por la mitad del muslo, pero a ella le llegaban a la rodilla. Le peinó los cabellos húmedos con los dedos y los apoyó sobre uno de los hombros.

—Listo. Estás perfecta —le dijo mientras se dejaba conmovir por su rostro temeroso. La tomó por los hombros y la acercó a él—. Tranquila. Estaremos bien. Te protegeré. Lo juro.

La besó con ternura y la envolvió entre sus brazos. Ella se hundió en su pecho y aspiró su cálido aroma. Las caricias que él le profesaba en la espalda y la cabeza la serenaban. Una oleada de alivio le recorrió el cuerpo y le asentó el entendimiento.

—Ven, acompáñame —le susurró en el oído y la llevó abrazada a la sala, para abrir la puerta de entrada.

Afuera, hallaron a un hombre bajo, regordete y algo calvo, que en una mueca movió sus poblados bigotes, mientras observaba de pies a cabeza a Zack y a Debby. Luego, echaba una mirada precavida al interior de la cabaña.

—¿Todo bien? ¿Qué sucedió? —preguntó con una voz ronca y cansada.

—Nada. Fue una... confusión —justificó Zack, al tiempo que le dirigía al sujeto una mirada de advertencia.

El hombre parecía dudar, paseaba la vista entre sus anfitriones. Debby lo observaba con detalle. Poco a poco sus neuronas se apaciguaban y comenzaban a funcionar... ¿Había llamado a Allan?

—Deborah, él es el comisario Samuel Shepard, del departamento de seguridad del condado —confesó Zack. El sujeto la saludó con una venia de la cabeza.

—Disculpen, la interrupción. Vine a... necesitamos hablar —expresó en dirección a Zack, al darse cuenta que no podía seguir dando más largas al asunto.

—¿No podemos hacerlo más tarde? —dijo él entre dientes. Sus palabras no eran una pregunta, sino una orden.

—No. Es urgente. Por eso, me llegué hasta aquí.

Zack respiró hondo y Debby comenzó a separarse de él con aprehensión. Comenzaba a entender lo que sucedía y eso la hacía olvidarse del ataque del pájaro. No sabía dónde estaba realmente, el peligro.

—¿Tiene que irse de la cabaña para hablar con usted? —le preguntó al comisario, mirándolo a

los ojos. Ambos hombres quedaron perplejos, pero Shepard logró reaccionar y negar con la cabeza.

—Podemos hablar en la terraza, pero tiene que ser... privado.

Ella sintió y después de un profundo suspiro se giró hacia Zack.

—Ve. Te esperaré aquí. En el sillón.

Él parecía no comprender sus palabras. Se quedó por un minuto inmóvil, hasta que el comisario se aclaró la garganta y le hizo señas con la cabeza para que salieran a la terraza.

—¿Segura?

—Sí.

Después de compartir con ella una mirada, salió.

Temía más por lo que Debby descifrara en soledad, que por las noticias que le traía Shepard.

## Capítulo 24

Sentada en el sillón de la sala, Debby miraba la televisión apagada. Estaba confundida. No quería imaginar que todo había sido una mentira. Ansiaba escuchar la explicación de Zack, no pensaba levantarse de allí hasta sacarle toda la verdad. Él no le daría más excusas fingidas.

Al escuchar que entraba a la cabaña y cerraba con suavidad la puerta se estremeció.

—¿Estás bien? —le preguntó él, al sentarse a su lado. La miraba con detenimiento, para evaluar su estado de ánimo a través de las facciones de su rostro.

Ella asintió, sin apartar su atención de la pantalla oscura del televisor.

—Fue un paro cardíaco lo que acabó con Bradley. —Debby se giró hacia él, con los ojos muy abiertos—. Me lo dijo el comisario. Chocó el auto contra un árbol y al salir, le dio el ataque. Es lo que hasta ahora, maneja la policía como causa del hecho.

—¿Tú no lo asesinaste? —El frunció el ceño y le dirigió una mirada llena de reproches.

—Claro que no.

—Tenías... los zapatos llenos de lodo —lo acusó, con la voz quebrada.

—Si no lo recuerdas, ayer llovió. Toda la maldita montaña y los caminos están llenos de lodo.

Con el rostro aún endurecido, él dirigió la mirada al televisor. Ella observó su perfil por unos segundos, una incipiente barba oscura comenzaba a cubrirle la mandíbula y los labios los tenía apretados.

—Te llamó Allan.

El silencio fluyó entre ellos. Zack relajó las facciones del rostro, pero no le dio la cara.

—Es mi verdadero nombre.

Un sentimiento de decepción se le agolpó a Debby en el pecho. Apartó la vista de él y respiró hondo para llenarse de fuerzas. Ese era el momento que necesitaba, la ocasión precisa para encontrar respuestas.

—Allan Kerrigan. El hombre que murió hace dos años.

—El mismo.

—Pero... no estás muerto.

Él la miró y le dedicó una sonrisa triste.

—No lo estoy. Al menos, eso creo.

—¿A qué te refieres?

—Respiro, pero no tengo una vida. Perdí mi identidad, mi pasado... todo.

El silencio volvió a reinar en la habitación. Ambos tenían la mirada perdida y los corazones agobiados.

—¿Qué te sucedió?

—Me asesinaron.

—¿Quién?

Él se tensó y pasó una mano por su cabello.

—Aún estoy... investigando —le confesó. Debby lo observó confundida. Estaba ansiosa por respuestas, pero si lo presionaba demasiado, lo que lograría sería silenciarlo.

—¿Cómo fue el... asesinato?

—Mi padre era abogado y trabajaba para el gobierno investigando casos de tráfico de drogas. Yo trabajaba para él y había encontrado evidencias que incriminaban a varios senadores en una red de narcotráfico. —Respiró hondo antes de continuar y se incorporó para subir un pie sobre el sillón y apoyar su brazo. De esa manera, se sostenía la cabeza, sobresaturada de conflictos—. Fui a Arkansas, a reunirme con un testigo que nos aportaría una confesión crucial para el caso. Al llegar al hotel, aproveché los minutos libres que tenía para tomar un Whiskey y descansar. Entraron dos sujetos y me golpearon hasta dejarme casi en la inconsciencia. Estuvieron a punto de lanzarme por el balcón, pero fueron atacados por algo, que les impidió culminar el crimen y le dio oportunidad a la policía de llegar a tiempo.

—¿Algo? —Debby lo escuchaba con mucha atención, no pasaba nada desapercibido.

—Yo no pude darme cuenta de nada y los policías aseguran que lo único que había en el balcón eran unas palomas, que dormían en el alfeizar.

Ella alzó las cejas. Por su mente pasaron todas las aves, que por una u otra situación, parecían haber enloquecido en ese lugar.

—Ahora, formo parte del programa de protección de testigos del gobierno. Estoy condenado a vivir escondido, cambiar de residencia y de identidad cada seis meses. Es la única manera que tienen de garantizar mi integridad. El caso en el que nos metimos afecta a mucha gente poderosa. Debby sintió el corazón estrujado en el pecho. Alzó una mano y le acarició los cabellos. Él se giró hacia ella con los ojos llenos de penas.

—Al morir mi padre me permitieron venir a la cabaña. Él falleció sin saber que yo vivía. Hubiera dado mi fracasada vida por haber estado un minuto junto a él, antes de su muerte.

A ella se le empañaron los ojos con lágrimas. Se acercó y apoyó la cabeza en su pecho mientras él la abrazaba con fuerza.

—Mi vacía existencia se desarrollaba con normalidad hasta que tú llegaste.

Alzó el rostro y recibió de él un dulce beso en la frente.

—Y Bradley —completó.

—Sí. Y Bradley... Ese hombre formaba parte de la organización que intentó asesinarme. —Ella se incorporó para observarlo impactada—. No saben cómo ni por qué me buscaban. Si para ellos, yo fui asesinado hace dos años.

—¿Habrán llegado hasta aquí por mí? —Debby no entendía por qué se sentía culpable. Él había mantenido su identidad oculta todo ese tiempo, hasta que ella llegó con su dolor y sus locuras, y le puso el mundo patas para arriba.

—No sé, por eso, te pido discreción. —Él le acarició el rostro y la observó con una creciente necesidad—. ¿Te quedarás?

Ella pestañeó varias veces y se incorporó en el sillón. No esperaba esa pregunta. Su interés por quedarse era para comprender lo que allí sucedía, y aunque ahora, sabía quién era realmente él, su confesión no le aclaraba todas las dudas.

Su presencia en esa casa no parecía tener sentido. Sin embargo, eso no era lo que le gemía su corazón, mucho menos, la mirada de él.

—Me quedaré —le aseguró.

Él respiró de nuevo, la abrazó y se hundió en su boca. Saboreó sus labios y su lengua con hambre. Estaba ansioso por hacerla suya.

Le tomó la cabeza y cerró el puño entre los cabellos, para calmar la agitación.

—Entonces, ocupémonos de otras cosas —le dijo mientras la alzaba para llevarla en brazos a la cama.

—Zack —dijo ella en medio de risas.

—Zack, no. Allan. Dilo.

—Está bien, Allan... Me costará acostumbrarme.

—No te preocupes, hoy te haré practicar mucho. Quiero que digas mi nombre mientras te hago el amor toda la noche.

—¿Toda la noche?! —le dijo alarmada en medio de más risas, mientras él cruzaba la sala en dirección al pasillo de las habitaciones— Pero no hemos cenado. Tengo hambre.

—Tranquila, hay yogurt y mermelada.

—¿Eso comeremos?

—No. Con eso voy a untar mi cena —le dijo, al tiempo que hundía el rostro en sus pechos y le mordisqueaba con suavidad los pezones endurecidos.

—¿Allan!

—¿Ves? Ya estás aprendiendo, pero no es suficiente. Quiero más.

En medio de risas, besos y caricias, se dirigieron a la habitación. Sin notar que en el cuarto de los hermanos Kerrigan, la luz se encendía, como por arte de magia.

## Capítulo 25

A la mañana siguiente, Debby salió de la habitación con una inmensa sonrisa en los labios. Aún llevaba la ropa de Allan. Le gustaba, y a él también. Lo dejó afeitándose mientras ella se disponía a preparar el desayuno.

Antes, se encargó de descorrer las cortinas y abrir todas las ventanas. La brisa marina inundaba el hogar y lo impregnaba de frescura. Se dirigió a la cocina y sacó los implementos necesarios para elaborar tostadas de queso. Estaba a punto de conectar el aparato que calentaría los panes, cuando escuchó que una puerta se abría con suavidad. Sonrió pensando que sería Allan, pero al ver que él no aparecía se asomó en el pasillo.

El corazón le dio un vuelco al ver la puerta de la habitación de los hermanos Kerrigan abierta y la luz encendida. Caminó con sigilo hacia ella, con el temor y la curiosidad debatiéndose en su interior. Rogaba encontrar a Allan adentro. Pero no. Él no estaba. La cortina de la ventana de la habitación se hallaba descorrida y una de las puertas del armario, abierta.

Echó una mirada al pasillo. Podía ver la sombra de Allan moviéndose por su habitación mientras se vestía y tarareaba una canción desconocida. Empujó la madera, para tener una visión más amplia del cuarto y cuando se aseguró que adentro no había pájaros o algún ser de otra dimensión, entró.

No había diferencia con el día anterior. El polvo, las telarañas y los objetos estaban en el mismo lugar. El único cambio era la cortina y la puerta del armario.

—¿Quieres decirme algo? ¿Cierto? —Susurró al aire. Se sentía una tonta haciendo aquello, pero sabía que no estaba del todo loca. Allí había algo que se trataba de comunicar con ella.

Se acercó al armario y se asomó para evaluar el interior. Solo encontró ropa de niño colgada en pecheras, y en el fondo, un par de botas de plástico para lluvia sobre un libro encuadernado con anillo. Era un álbum fotográfico.

La curiosidad le ganó por una buena diferencia al temor. Abrió más el ropero para sacar el álbum.

—¿Qué haces?

La imprevista intervención de Allan la hizo pegar un grito y soltar el libro. Se giró hacia él con el rostro pálido y las manos cubriendo su boca.

Él entró muy serio, con la mirada fija en el álbum que se había estrellado en el suelo. Los cabellos aún los tenía húmedos y el rostro rejuvenecido por haberse liberado de la barba. Se acercó sin decirle nada, ni siquiera, le dirigió una mirada. Levantó el libro del suelo y se sentó en el borde de la cama más cercana para revisarlo.

Debby se llevó las manos al pecho y los ojos se le humedecieron al verlo pasar con lentitud las páginas y rozar con un dedo las imágenes que estaban expuestas. En las fotografías aparecían solo dos niños, muy similares en físico. Jugaban, corrían por el lago o reían entre ellos. Él quedó sumido en la nostalgia y ella no pudo hacer otra cosa que quedarse ahí, en silencio, sintiéndose una intrusa.

—¿Tenían la misma edad? —preguntó, para romper el hielo. No le gustaba verlo en ese estado de tristeza.

—No. Yo era mayor por un año.

—¿Cómo murió? —indagó mientras se sentaba a su lado y miraba las imágenes.

—Lo hallaron ahogado en el lago.

El silencio discurrió por un minuto. Debby comenzó a sentirse inquieta.

—¿Cómo... fue?

Después de respirar hondo. Allan decidió recordar la muerte de su hermano, sin apartar la mirada del álbum.

—Mis padres fueron al pueblo por víveres, Zack y yo nos dirigimos al bosque. Nos gustaba atrapar reptiles que luego liberábamos. Él regresó a la cabaña porque tenía ganas de ir al baño. Pasaron los minutos, al ver que no volvía, vine por él. Mis padres llegaron en ese momento y vimos el desorden. Habían entrado a robar y Zack no estaba. Al final del día, lo encontraron flotando en el lago.

—Lo siento —murmuró Debby. Se encogió de hombros y se frotó las manos con inquietud. Ella sufrió, tres años atrás, la muerte de su hijo sin haberlo conocido, la pérdida fue demoledora. No quería imaginar lo que había sido para Allan perder a su hermano menor, de manera tan trágica y siendo apenas, un niño.

—Era muy inquieto, le gustaba hacer travesuras y tenía sus propios métodos para hacerse entender. Le escondía las cosas de trabajo a mi papá cuando quería que le dedicara su atención. Mi mamá, cada vez que limpiaba, se concentraba tanto, que era difícil conversar con ella. Él le cerraba las ventanas y las cortinas para que ella reaccionara y lo escuchara.

Debby se estremeció, recordó que las ventanas habían sido cerradas cuando Bradley quiso entrar a la cabaña en busca de Allan. Esa era una de las maneras de Zack para comunicarse.

—Le fascinaban las aves, de todo tipo —confesó él, mientras observaba una fotografía donde aparecía su hermano con dos pájaros parados sobre su mano—. Tenía cierto poder sobre ellas.

—¿Poder?

—Parecía controlarlas. Los animales hacían lo que él les indicaba, y no solo con aves caseras, las salvajes, que viven en libertad en el bosque, lo obedecían igual. Era un comportamiento inusual que no le comentábamos a nadie. Papá le decía que lo llevaría a un circo, pero él se molestaba con esa broma. Siempre me confesaba que soñaba con ser libre como los pájaros.

Ella se quedó en silencio, abrumada por esa información. Sentía pena por Zack. El chico, a pesar de haber fallecido hacía veinticinco años, no podía ser libre. Estaba condenado a esa cabaña por alguna razón.

—A veces siento que él aún sigue aquí, haciendo travesuras. Lo extraño mucho. —El corazón se le estrujó con esa confesión. Levantó una mano y le acarició los cabellos a Allan mientras él continuaba sumido en las imágenes de su hermano.

Ambos se sobresaltaron al escuchar la repentina llegada de un vehículo, que se detenía frente a la cabaña.

—Ve y sea quien sea, has que se vaya —le ordenó Allan con el rostro endurecido, mientras se levantaba de la cama y corría a la ventana, para cerrar la cortina y asomarse por una rendija.

Ella estuvo por unos segundos, inmóvil, sin saber qué hacer. Pero luego, se levantó y salió en carrera a la sala.

Al llegar, quedó petrificada. Las ventanas habían sido cerradas y las cortinas, corridas. El lugar estaba sumergido en penumbras.

—Deborah, ¿estás en casa?

La sangre se le congeló al escuchar la voz de Jimena, que se había acercado a la puerta y tocaba con insistencia.

## Capítulo 26

Se quedó paralizada por un tiempo indefinido, hasta que Jimena volvió a tocar la puerta.

—¿Deborah?

Se llevó las manos a la cabeza, indecisa. Un siseo en el pasillo de las habitaciones la hizo girar en redondo. Allan tenía medio cuerpo asomado y la hostigaba con señas para que abriera de una maldita vez la puerta.

Ella se acercó, nerviosa, pero antes de abrir, cerró los ojos y respiró hondo.

—Vaya, pensé que no estabas —le dijo Jimena al verla. La mujer alzó las cejas y la detalló de pies a cabeza. Debby recordó que llevaba puesta la ropa de Allan.

—Hola... ¿Qué... haces aquí? —balbuceó. Su amiga la miró con dureza, luego, pasó por su lado. Entró a la casa contoneando su delgada y curvilínea anatomía, enfundada en un vestido gris que se le ceñía al cuerpo. La cabellera larga y castaña la batía con cada paso. La mujer observaba la cabaña como si buscara algo.

—Quedé preocupada después de nuestra conversación de anoche.

Debby quedó desconcertada. Con dificultad, recordó la conversación telefónica, que fue interrumpida por el ave que se golpeaba contra el vidrio del baño. Se mordió los labios, enfadada consigo misma, había gritado el nombre de Zack al huir y sin haber apagado el teléfono.

—Estoy bien. No tenías que haber venido.

Jimena se giró hacia ella y volvió a repasarla de pies a cabeza.

—¿Y esa ropa? —Debby no supo qué responderle, lanzó una mirada de angustia al pasillo de las habitaciones—. Es de Brian, ¿cierto?

Amplió los ojos, no esperaba utilizar esa excusa tan barata como coartada, pero debía valerse de cualquier cosa para ocultar la presencia de Allan en la cabaña. Bajó la cabeza para asentir. Jimena suspiró con pesadez y se dirigió a la cocina para dejar sobre la encimera la cartera en forma de sobre que tenía en la mano.

—Lo sabía. Estás obsesionada con él —dijo mientras echaba una mirada al pasillo de las habitaciones.

—Es mi esposo... lo... amo —expresó, con palabras forzadas. Jimena se giró hacia ella y apoyó las manos en las caderas.

—Dijiste que no harías nada. Que estabas cansada de luchar contra la corriente —le reprochó.

—Anoche, lo pensé mejor.

—No deberías. Por tu seguridad, lo mejor es que dejes eso así.

Debby decidió meterse de lleno en su papel. Ese tema podía ayudarla a que Jimena creyera que ella aún estaba afectada por la separación y necesitaba más tiempo en soledad. Tenía que sacarla cuanto antes, de la casa.

—No puedo. Lo amo. Es mi deber luchar por él.

El rostro de la mujer se llenó de ira, se acercó a Debby con pasos lentos y decididos, al tiempo que la fulminaba con su mirada.

—Si lo haces, será peor para ti.

Debby se sorprendió ante las palabras amenazadoras de su amiga, abrió la boca para reclamarle, pero un fuerte sonido la silenció. Jimena pegó un grito y se giró para mirar con terror el cuadro que había caído al suelo. Era el que estaba sobre la chimenea.

—Maldita sea —expresó. Tomó su cartera y salió de la cabaña.

Debby quedó por un momento atontada. Luego, la siguió. La mujer se apresuraba por llegar a su auto y marcharse.

—¿Te vas?

—En esta maldita casa siempre pasan estas cosas. —Jimena abrió la puerta y lanzó la cartera al asiento del copiloto, pero antes de entrar, se giró hacia Debby, sin apartar su mirada temerosa de la cabaña—. ¿Cómo has podido soportar vivir aquí?

—Es... la primera vez que pasa —le mintió. Observó con el ceño fruncido cómo su amiga se estremecía—. ¿Habías estado antes aquí?

Jimena sonrió sin ganas, pero pareció calmarse. Levantó el mentón antes de responder.

—Sí. Vine un par de veces, cuando vivía Allan Kerrigan.

Debby se sobresaltó, sin embargo, supo disimularlo.

—¿Allan?

—El hijo de los Kerrigan que murió hace dos años. Fuimos amantes. —La noticia le cayó a Debby como un balde de agua fría—. Era un hombre divino. Hacía el amor como nadie.

El estómago se le revolvió. Cruzó los brazos en el pecho e hizo un esfuerzo por no reflejar ningún tipo de emoción.

—¿Por qué te pones así? La única puritana aquí eres tú. Que se empeña por salvar un matrimonio falso en vez de buscar otro hombre que te quiera de verdad.

Aquellas palabras amargas le perforaron el alma a Debby. Retrocedió un paso y trató de mantenerse firme, mientras Jimena se regodeaba en sus recuerdos.

—Lamente su muerte. Era un hombre romántico y detallista, pero un cobarde. Al menos, me hizo pasar buenos momentos en la cama.

La rabia enloquecía a Debby, le volvía la sangre más líquida de lo normal.

—Olvidate de Brian. —La orden de su amiga la regresó a la realidad—. Hablo en serio, esta situación tiene que llegar a su fin —dijo Jimena con una mirada desafiante clavada en ella.

—Lo intentaré, pero no te garantizo nada.

Jimena se subió a su auto sin apartar la vista de ella. Debby la vio marcharse con la mandíbula apretada. Cuando estuvo lejos, entró a la cabaña como un vendaval. Con la mente nublada por la furia.

## Capítulo 27

Al entrar en la cabaña, encontró a Allan parado en medio de la sala, con rostro preocupado. Cerró de un portazo, encendida en cólera.

—¿Amantes? ¿Por eso te alterabas cuando hablaba de ella? ¿Cierto? —Él respiró hondo y se mantuvo en silencio—. ¿La traías aquí, a tú nidito de amor?

—Era una mujer casada. Lo que hacíamos no significaba nada.

—¿Nada? Claro, exactamente como lo que sucede entre nosotros.

—Deborah...

—¿Qué?! ¡¿Me vas a decir que no te gustaba estar con ella?! —le gritaba, los celos la atormentaban.

—¿Debo responder a eso? —Allan comenzó a impacientarse. No le gustaba que le reclamara algo que había hecho dos años atrás.

—No. Por supuesto que no. Es tu vida y a mí, me importa un comino lo que hagas. —Se dirigió furiosa a su habitación, pero él se lo impidió.

—Deborah, espera.

—¡No! Déjame, fue un error venir aquí.

Ella trató de esquivarlo, pero Allan la tomó por los brazos y la apoyó en la pared, para apresarla y evitar que se debatiera.

—Me dijiste que te quedarías.

—¿Para qué? Puedes llamar a Jimena y decirle que estás vivo. Ella se alegrará de tenerte de nuevo.

Lo empujó para liberarse, sin lograr moverlo.

—Maldita sea, eso fue hace dos años. Y no te imaginas cuanto me arrepiento.

—¡Mentira! Me engañaste para aprovecharte de mí. Eres igual a Brian. ¡Suéltame!

—¿A Brian? ¿Al anormal que no le importó tu dolor y se refugió en los brazos de otras? Tal vez, en los de tu adorada amiga —le reprochó Allan. Ella lo miró enfurecida.

—No hables tonterías.

—¿Por qué eres tan ciega? Me bastó escuchar una sola conversación para darme cuenta.

—¡Déjame!

—¿Para qué? ¡¿Para qué corras a Minnesota a recuperar el amor de tu vida?! —dijo él alterado. Necesitaba hacerla reaccionar. Quería abrirle los ojos.

—Lo que yo haga no es tu problema.

—Sí que lo es. Te advertí que no te dejaría ir. ¡Olvídate de Brian!

Ella gruñía y se debatía, pero no lograba ninguna diferencia. Allan la sostenía para que se calmara, sabía que estaba furiosa y así, actuaría de manera precipitada. Después de tanto luchar, ella pareció rendirse.

—No me estoy burlando de ti —le dijo él, con un tono más sosegado. Ella lo traspasó con una mirada iracunda, aunque en el pecho, el corazón lo tenía hecho polvo.

—Déjame ir.

—No te irás y punto —aseguró él, con una voz autoritaria que no admitía discusiones. Por un minuto, fluyó el silencio entre ambos. Allan la miraba con una creciente necesidad, se acercaba a sus labios, inseguro. Debby perdía poco a poco su actitud desafiante. La cercanía de ese hombre, le despertaba emociones que rápidamente le sustituían la cólera—. No te dejaré ir.

—Allan...

—Dijiste que te quedarías.

—No soy como Jimena. No puedo darte lo mismo —expresó ella invadida por la pena.

—Eso es lo que busco. No quiero nada como ella, te quiero a ti. Te deseo solo a ti.

La besó con arrebató. Ambos se exaltaron por la enorme ebullición de sentimientos que el contacto de sus bocas les avivó. Allan le cubrió la cabeza con las manos y la acercó más a él. No estaba dispuesto a dejarla ir. La retendría como fuera.

—No te vayas, Deborah... Maldita sea, no quiero que te vayas —susurró sobre sus labios. Debby alzó las manos para acariciarle el pecho, estremecida por la fuerza de las emociones que

sentía. No quería irse, le dolía apartarse de él, pero se sentía humillada y engañada.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Le preguntó, cerró los puños y le golpeó con suavidad el pecho. Allan, frotaba el rostro contra la piel de su cara, para sentir su calor y aspirar su aroma. Le obsequiaba besos furtivos, hasta que pudo recuperar el ritmo habitual de la respiración. Luego, se separó y le dedicó una mirada enfebrecida, cargada de deseo.

—Porque fue ella quien pagó por mi asesinato.

Después de decir aquello, se marchó a su habitación. Dejó a Debby allí, pasmada, con los ojos húmedos. Sumida en una amarga sorpresa.

## Capítulo 28

—¿Es cierto lo que me dijiste? —Allan levantó el rostro al escuchar la voz de Debby en la puerta, ella estaba recostada del marco, entristecida. Su aspecto lo conmovió. Le confirmó sus palabras con la cabeza y volvió a posar la mirada en el suelo.

Después de un profundo suspiro, ella entró en la habitación y se sentó en la cama, a su lado.

—La conozco desde hace cuatro años. Jamás pensé...

—¿Qué hace tu esposo?

Ella se giró hacia él y lo observó confundida.

—¿Brian?

—¿Hay otro? —El sarcasmo de Allan no fue bien recibido, ella frunció el ceño y alejó su mirada de él.

Cansado de tanto juego, Allan se acercó a ella y le tomó la mano, entrelazando los dedos.

—Es Contador Público —respondió ella sin mirarlo y apretó su agarre.

—¿Jimena trabaja con él?

—No. Su hermano y su esposo. Ella trabaja conmigo, tenemos una sociedad que se encarga de organizar fiestas y eventos para pequeñas empresas.

—¿Fue con ella que él te engañaba?

Debby bajó los hombros en señal de derrota.

—No que yo sepa. Jimena era quien se enteraba de las andanzas de Brian por su hermano, y me lo decía para que me separara de él. Nunca le gustó como me trataba.

—¿Y tienes cómo comprobar lo que ella te decía?

—Solo una. La mujer que había sido novia de Brian antes de casarnos. Cuando lo conocí, estaba enredado con ella, pero su madre no la aceptaba porque era una libertina. Él inició una relación conmigo para quitarse la molestia de su madre de encima, pero quedé embarazada y... nos tuvimos que casar.

Allan no decía nada, solo mantenía la mirada implacable fija en el suelo, mientras ella continuaba su narración con los ojos inundados de lágrimas.

—Después de mi accidente, retomaron la relación. Jimena quería que los enfrentara, pero yo sabía que no podía hacer nada. Fui yo la que se interpuso entre ellos. Luego, tuvieron una hija. Pensé que me dejaría y se iría con ella, pero no fue así. Ni siquiera se atrevió a reconocerla.

—¿Qué hizo Jimena cuando se enteró de la niña?

Debby lo miró confusa y se encogió de hombros.

—¿Qué va a hacer? Ella discutía con él por ese asunto. Sabía que yo sufría, tanto por la pérdida de mi hijo, como por la traición de él. Además, su madre seguía interponiéndose. Él se dejaba dominar por ella.

—¿Y cómo fue tu accidente?

Ella bajó el rostro al suelo. Le dolía recordar.

—Jimena me llamó para ir de compras. Tenía que reunirme con ella en un centro comercial de la ciudad. Fui en Taxi, y cuando nos detuvimos en un semáforo, apareció otro vehículo que había perdido el control de los frenos, e impactó contra el auto donde iba... de mi lado.

Allan se irguió y pasó una mano por su cabello, comenzaba a llenarse de furia. Debby dirigió el rostro hacia él, se limpió un par de lágrimas que tenía sobre las mejillas y le acarició la mandíbula para que le diera la cara.

—¿Por qué quieres relacionar a Jimena con mis problemas?

—Porque no es sincera. No lo fue conmigo y estoy seguro, que tampoco lo es contigo. Necesito saber por qué demonios te envió a la cabaña. ¿Sabía algo de mí y quería confirmarlo? ¿O fue simple casualidad? —Él se llenó los pulmones de aire. Debby no dijo nada, no sabía qué decir. La situación la tomaba de sorpresa. Cómo siempre—. Ella y su hermano están implicados en mi asesinato. Su esposo forma parte del equipo de trabajo de uno de los senadores que estuvimos a punto de denunciar. Si lográbamos desenmascararlos, ellos perdían su mayor fuente de ingresos. El imbécil de Brian debe formar parte de ese mismo equipo, aunque debe ser tan estúpido que ni cuenta se da, o está involucrado hasta el cuello y buscan controlarlo manipulándote a ti y a la

madre de su hija.

Allan se incorporó para quedar frente a ella. Envolvió sus manos entre las suyas y las frotó para darles calor.

—Esa gente ha cometido una cantidad indescifrable de delitos. Son como una mafia. Nadie puede salir de ese círculo y entrar, es igual de difícil. Mi padre y yo avanzábamos en la investigación porque hallábamos a miembros que estaban hartos de las exigencias y buscaban un medio para salir. Era riesgoso, porque si nos descubrían, tanto nosotros como los testigos estábamos muertos. No tienes idea de lo que son capaces de hacer para obligarlos a mantener la boca cerrada.

El temor le recorrió el cuerpo a Debby. Allan le tomó el rostro con una mano y la envolvió con una mirada tierna.

—Puedo jurar que el maldito miserable de tu esposo era muy consciente de lo que hacía, y te utilizó para proteger lo que realmente, amaba, y utilizó la excusa de su madre para ocultar su cobardía. —Las lágrimas de Debby comenzaron a brotar. Allan se empapó el dedo pulgar con ellas y endureció el rostro—. Ya no tendrá más oportunidad de lastimarte. No se lo permitiré.

Ella posó la cabeza en su pecho y se abrazó a su torso, pero no quiso seguir llorando. Apretó la mandíbula y se dejó invadir por la rabia. No estaba dispuesta a soltar una sola lágrima más por alguien que nunca supo valorarla.

Allí se quedaron, por un buen tiempo, ajenos a lo que sucedía afuera. Poco a poco llegaban aves de diversidad de especies y se posaban en los árboles que rodeaban la cabaña.

## Capítulo 29

Horas después, Debby pasaba de una habitación a otra con las manos colmadas de ropa. Tras ella iba Allan, tenía los brazos tan cargados que tuvo que desviar un poco la pila para ver por dónde caminaba.

—No puedo creer que todo esto haya entrado en una sola maleta —se quejó mientras lanzaba lo que tenía sobre la cama.

—¡Allan! Sé más cuidadoso —lo reprendió y evitó mostrarle su diversión. Él puso los ojos en blanco y en medio de gruñidos, salió en busca de los zapatos.

Al estar sola dejó libre la sonrisa. Se mudaba de habitación. Ahora, ocuparía la misma que Allan. Ese pequeño detalle la llenaba de dicha.

Él entró cargado de zapatos y estuvo a punto de dejarlos caer al suelo cuando ella se giró y lo señaló con un dedo acusador.

—No te atrevas —le advirtió. Allan, comenzó a colocar los pares con una delicadeza exagerada en el suelo. Debby estalló en risas. Se detuvo cuando de forma imprevista, él la abrazó y la pegó a su cuerpo.

—¿Terminamos, generala?

—Tengo que ordenar todo.

—Déjalo así. Lo lanzaremos al piso cuando hagamos el amor —dijo él, besándole el cuello y frotándose contra su cuerpo.

—¿Cómo vas a lanzar mi ropa al suelo? No lo permitiré —expresó ella. Trató de sonar autoritaria, pero la risa y los gemidos no la ayudaban a lograr el tono preciso.

—Entonces, hagamos el amor en el suelo y deja la maldita ropa en la cama.

Ella reía, pero de pronto, se sintió en el aire y eso la obligó a abrazarse al cuello de él. Allan la había levantado y la llevaba al baño.

—¿Qué haces?

—Quiero bañarme antes de reunirme con Shepard.

—¿Y por qué me llevas?

—Necesito que me enjabones la espalda.

Debby no paraba de reír. Allan la bajó y con agilidad la desvistió, al tiempo que la besaba y acariciaba. Ella también ayudó a que la labor terminara pronto y le quitó la ropa sin delicadeza.

Al tenerlo desnudo, se apartó para mirarlo. Él estaba ansioso por tenerla, pero le encantaba que ella lo deseara y se deleitara con su cuerpo. Debby posó las manos en su pecho y lo recorrió, ésta vez, sin apuro. Le parecía perfecto con su piel dorada y su cuerpo delgado y definido. Siguió hasta llegar a su abdomen y le acarició el borde de vellos que le bajaba del ombligo a su zona fogosa. Allan gimió al sentir como las suaves manos le cubrían el miembro y lo frotaban para endurecerlo aún más.

—¿Vamos a la ducha?

—¿Qué ducha? —preguntó él. Debby sonrió, al levantar el rostro lo vio con los ojos adormilados y los labios entreabiertos. Disfrutaba de sus atenciones. Su pecho se expandía y comprimía con lentitud.

Se puso en puntillas para alcanzar su boca y consentirlo con decenas de besos. Allan la tomó por los hombros y la empujó al interior de la ducha. La abrazó con una mano, y con la otra, nivelaba la temperatura del agua. Ella continuaba atendiendo su virilidad. Lo frotaba y apretaba, y con el pulgar, le acariciaba la piel sensible del glande.

Allan estaba a punto de enloquecer. Bajo el chorro de agua tibia intensificó el beso. Sus manos le recorrieron la espalda hasta llegar a las nalgas. Las apretó y la alzó para apoyarla contra la pared. La sentía como una delicada pluma, el deseo le aportaba la fortaleza necesaria para manejarla sin inconvenientes.

Debby tuvo que soltarlo y aferrarse a su cuello. Abrió las piernas y le rodeó la cintura. Jadeaba, mientras él le mordía el cuello y se incorporaba para sostenerla con firmeza de los muslos y penetrarla. Allan bajó la boca hasta los senos y absorbió uno de sus pezones al tiempo que su miembro se hundía en ella.

Debby gritó de placer por aquella embestida profunda. Hundió los dedos en sus cabellos y le empujó la cabeza a su pecho para que él no dejara de sorberle los pezones. Le costaba respirar. Los gemidos la ahogaban.

Allan la penetraba con energía y su lengua, jugueteaba con la punta endurecida de sus senos. Ella sollozaba su nombre envuelta en una nube de placer. Se sintió desfallecer, al estallar en miles de pedazos. Le arañó los hombros, con el cuerpo estremecido por el orgasmo. Quedó sin fuerzas y hundió el rostro en su cuello vencida por la convulsión.

Al recuperar el aliento, él salió de ella y la colocó en el suelo. La ubicó bajo la lluvia de agua tibia y se ocupó de su aseo. Al culminar, ella se encargó de él, hasta que finalmente, salieron de la ducha envueltos en toallas.

La sentó en la banqueta de la cómoda y se ubicó tras ella sentado en el borde de la cama, para peinarle los cabellos.

—¿Qué haremos? —le preguntó Debby mientras se frotaba las piernas con una crema aromática.

—Me reuniré con Shepard para conversar sobre eso. Yo, lamentablemente, dependo de la policía. Después de la visita y la muerte de Bradley están alertas. —Allan terminó de peinarla, dejó el cepillo en la cama y empujó la banqueta hacia él, para apoyar la espalda de Debby en su pecho y abrazarla con facilidad—. Con la aparición de Jimena las cosas serán diferentes.

Dejó la crema a un lado y le acarició los brazos.

—¿Por qué?

—Ella forma parte del grupo que ha tapado con trampas los delitos de los senadores que financian la red de narcotráfico. Si destruyen esa agrupación, los senadores quedarán vulnerables, así tendrán mayores posibilidades de dismantelar la red.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros en eso?

Allan respiró hondo y la abrazó con más fuerza.

—Buscan una excusa para involucrarlos en algún problema, meterlos presos y justificar una investigación directa. Nosotros le estamos dando esa excusa.

Ella se incorporó, salió de su abrazo para girarse y mirarlo a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Creen que ellos volvieron a este lugar buscando algo. Esperan que cometan un error para atraparlos. Quizás, te utilizan para lograr su fin.

—¿A mí?

Él le acarició el rostro con ternura y la miró con ojos brillantes.

—No solo Jimena, James y Bradley vinieron a Lutsen. Varios de esa agrupación viajaron. La policía los vigila, lo único que han asegurado es que quieren entrar a la cabaña, pero no saben qué buscan aquí. Jimena te envió, ellos piensas que los verdaderos motivos son parte de sus planes.

Debby amplió los ojos y su rostro comenzó a ponerse pálido. Allan le acarició ambas mejillas y le habló con mucha calma.

—No te preocupes, a ti no te sucederá nada. Créeme que aquí estamos seguros. Solo tenemos que esperar que la policía mueva sus piezas y los atrapen. Luego, nos iremos a cualquier otro lugar. Dejaré que tú decidas el destino.

Él la besó con ansiedad y ella se lo permitió, sin evitar que una sensación de angustia se le clavara en el pecho. A él lo asesinaron para alejarlo de esa investigación, Debby sabía que serían capaces de cualquier cosa, sobre todo, con ella.

## Capítulo 30

Allan se había marchado, para reunirse con el comisario en algún lugar cercano a la cabaña. Debby se sentía incómoda al notar que él aún no confiaba plenamente en ella, le ocultaba cosas o quizás, la creía parte del complot que amenazaba su vida.

Y no era para menos. Fue ella quien por error, terminó advirtiéndolo a Jimena y a esos asesinos de la posible existencia de Allan. La rabia y la culpa la atormentaban. Sentada en el sillón de la sala con la cabeza anclada entre las manos pensaba cómo podría enmendar la situación.

Siempre había sido una tonta ilusa que se ocultaba tras un manto de falsa modestia para no aceptar la verdad, y terminó como la peor víctima de la historia: traicionada, apartada y utilizada.

Brian se escudó en ella para proteger a la mujer que en realidad amaba y a su hija, Jimena la usó para lograr sus fines y ahora, no tenía muy claro quién la utilizaba para alcanzar a Allan, o lo que sea, estaba oculto en esa cabaña. De alguna manera, ella tenía que dar punto final a eso.

Alzó la cabeza al recordar un detalle importante. Miró el cuadro que por segunda vez, Allan tuvo que reparar y colgar sobre la chimenea: «Zack intentaba decirle algo».

La piel se le erizó. No le gustaba tener que comunicarse con un fantasma, pero ese podría ser el único medio para comprender lo que allí sucedía. El niño parecía cuidar de Allan. Su sombra aparecía en las fotos de él; estaba segura que intervino cuando estuvieron a punto de asesinarlo, con ayuda de las palomas que dormían en el balcón del hotel; y su presencia se había mantenido en la cabaña, para alejar a los invasores que se acercaban con intención de dañarlo.

Se levantó del sillón y se dirigió al cuarto que perteneció a los niños Kerrigan. Entró con sigilo, encendió la luz y miró cada rincón con aprehensión.

—No me asustes, por favor, yo también quiero protegerlo —dijo al aire, con la piel congelada por el temor.

Lo que hacía era un absurdo, pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Sin embargo, al abrirse con suavidad una de las puertas del armario, entendió que ciertos fenómenos podían ser posibles en el mundo. Solo bastaba creer en ellos con fuerza.

El ruido que emitieron las bisagras le desgarró los nervios. Del susto, retrocedió y quedó pegada a la pared, con los ojos y la boca abiertos como platos. La puerta que se abrió era la misma donde estaba guardado el álbum de fotos. Algo debía estar escondido en ese lugar.

Dudó casi por un minuto, temblando de miedo. Sentía una presencia en la habitación.

—Te ayudaré, pero te lo ruego, no te aparezcas —dijo, con las lágrimas agolpadas en los ojos.

Respiró hondo y se acercó con la mirada fija en el interior del armario. A simple vista, no podía hallar nada que llamara su atención. Estaba el álbum, las botas de plástico y la ropa. Pensó por un tiempo indeterminado, abrazada a su cuerpo. Sin entender lo que el niño quería decirle.

Cuando la ropa se agitó, Debby pegó un grito de terror. Retrocedió hasta caer sentada en la cama más cercana. Su cuerpo se estremecía y las lágrimas le corrían por las mejillas.

—No... no... no lo vuelvas... a hacer —masculló, con la voz casi apagada por los nervios.

Al menos, sabía que lo que debía buscar se hallaba en la ropa.

Con manos temblorosas, comenzó a sacar una a una las prendas. Esperaba no encontrar un esqueleto humano o algún roedor del tamaño de un gato. Ya no podía soportar más sobresaltos.

Las ropas, a pesar de encontrarse cubiertas de polvo, parecían perfectas. Cada percha contenía un conjunto combinado de camisa y pantalón, o bermuda de lino. Otras, tenían abrigos o sweater de lana. Aún no podía imaginar qué debía hallar entre ellas, así que las fue dejando sobre la cama y cuando las tuvo a todas fuera del armario, comenzó a revisarlas de forma individual. Buscaba dentro de los bolsillos o entre los ruedos. Sabía que existían abrigos con bolsas ocultas para guardar dinero. Fue así como logró dar con una llave, era pequeña, de esas que suelen utilizarse para cerrar diarios o cajas de música.

La elevó para observarla a la luz de la ventana y ver si poseía alguna inscripción o marca, pero no encontró nada. Frustrada, respiró hondo, cerró un puño con la llave dentro y cruzó los brazos en el pecho mientras evaluaba la ropa que estaba sobre la cama.

—¿Qué demonios estás haciendo? —la voz de Allan la sobresaltó.

Él se quedó parado en la puerta, con una mano en el pomo y el rostro endurecido. Ella no supo

qué decir. ¿Cómo le explicaba que estaba allí por Zack?

—Te hice una pregunta. ¿Por qué sacaste toda esa ropa? ¿Por qué te empeñas en revolver los recuerdos de mi hermano?

Debby se sintió mal por su acusación. Allan desconfiaba de ella, buscaba alguna excusa para demostrar que había sido enviada para eliminarlo.

—Yo... yo...

—¿Qué, Deborah? No es la primera vez que te veo hurgando entre las cosas de mi hermano. ¿Qué buscas?

Ella se sintió ofendida. Eso la llenó de furia.

—No es lo que piensas.

—Entonces, ¿qué demonios es?! —le gritó.

Levantó el mentón y apoyó las manos en la cintura. No iba a permitir que la ofendiera, pero si le salía con el cuento de que Zack se comunicaba con ella, pensaría que estaba completamente loca.

—Yo... estoy limpiando.

Allan gruñó, la traspasó con una mirada llena de reproches y salió de la habitación. Ella quedó con la boca abierta por algunos segundos, luego, reaccionó y corrió tras él. Lo encontró en la cocina, buscaba algo en los estantes. Abría y cerraba los cajones con fuerza.

—No es lo que piensas, Allan.

—¡Dime lo que pienso! —Se giró hacia ella, con enfado, y se acercó como un gato, atento al más mínimo movimiento de su presa. Debby se intimidó y comenzó a dudar.

—No... yo...

—Dime la verdad, maldita sea. ¿A qué viniste? Acabemos con esto de una vez.

Allan se detuvo a pocos centímetros, para Debby, parecía haber crecido en altura y musculatura. Estaba casi sobre ella, con una postura que indicaba desafío. Sus ojos se volvieron ébano y destilaban furia.

—Me lo pidió Zack —le lanzó de golpe. Él quedó inmóvil, ante su repentina respuesta. Debby sudaba por los nervios y se agitaba sin saber exactamente, qué hacía. No podía mentirle, aunque la verdad fuera tan absurda, era su mejor opción—. Él... se comunica conmigo.

Allan seguía sin moverse, había dejado hasta de respirar.

—Tienes que creerme —le rogó Debby—. No estoy aquí para hacerte daño. Yo no sabía nada de ti, nada de lo que ocurría. —Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero sabía que debía ser fuerte. De esa forma, él le creería. Respiró hondo y se irguió—. Si no hubiera sido por tu hermano, jamás, habría encontrado esto.

Le mostró la llave. Allan retrocedió conmocionado y arrugó el ceño, confundido.

—¿De dónde...?

—Me lo dijo él.

—¡Es imposible! —le gritó y apretó los puños.

—Sé que es una locura, pero te juro que fue Zack. Desde que llegué, él ha tratado de comunicarse conmigo. Me atacan los pájaros, me cierra las cortinas, mueve objetos...

Ella calló de repente, al ver que Allan retrocedía sin modificar su rostro receloso.

—No tengo cómo demostrártelo. Tienes que creerme. Él trata de decirme algo, tal vez, quiere que busque algo —dijo y miró acongojada la llave que tenía en la mano—. Pero no lo entiendo.

Estuvo allí, con la llave apesada en su puño y la cabeza gacha. Se sentía frustrada y cansada. Había fracasado tantas veces en su vida que ya no podía recordar el último éxito que había tenido. Sin importarle el estado de Allan, se dirigió al sillón y se sentó abatida. Observaba con tristeza la llave. Pensó que ayudar al chico difunto sería fácil, pero fue tan difícil como intentar salvar su matrimonio, o querer olvidar el pasado y retomar su existencia.

No sabía qué otra cosa hacer para entender el mensaje de Zack, ni cómo convencer a Allan que ella no lo engañaba. Ni siquiera, tenía idea de qué hacer de ahora en adelante. Todas las incertidumbres la asfixiaban.

—Sé donde está la caja que abre esa llave. —La intervención de Allan le propulsó los latidos del corazón. Alzó la mirada y lo encontró parado a su lado, con rostro inexpresivo—. Solíamos

esconder objetos valiosos en ella. Nadie sabía que la usábamos, perteneció a nuestro abuelo y mi padre la botó a la basura por creerla inservible. Nosotros la recuperamos y la escondimos.

Él estiró la mano para pedirle la llave. Ella no dudó en dejarla sobre su palma.

—Los únicos que conocíamos su existencia y su ubicación éramos Zack y yo. Cuando él murió, no encontré la llave, la creí perdida, así que me olvidé de la caja.

Debby se levantó esperanzada. Comprendía el dolor de Allan, pero quizás, ahí estuviera la oportunidad de liberarse de parte de su pena.

—Debemos buscarla.

Él la miró con ansiedad y afirmó con la cabeza. Apretó la llave en un puño, que apoyó sobre su corazón. Reencontrar ese pequeño objeto perdido significaba mucho para él. Debby comprendió que aquello sería como reencontrarse con su hermano y con la vida que perdió a causa de la traición.

Llenos de esperanza se prepararon para la búsqueda, mientras los truenos retumbaban en la lejanía. Se acercaba la tormenta.

## Capítulo 31

Se colocaron los abrigos y se dirigieron a la terraza trasera. Mientras Allan buscaba una pala, ella se abrazó a su cuerpo y miró a la montaña. Pudo notar la presencia de un grupo de aves que poblaban las ramas de los altos cedros.

—¿Qué pasará con los pájaros? Nunca he visto a tantos en este lugar.

—Eso no es lo que me preocupa —dijo Allan. Caminó hacia ella y la tomó de la mano, para internarse en el bosque.

La tarde caía y la brisa comenzaba a soplar con fuerza. La frescura que la rodeó la obligó a girar el rostro hacia el lago. Nubes oscuras se acercaban por el horizonte y a lo lejos, se escuchaban, aún débiles, los truenos que la precedían.

Caminaron varios metros entre vías escarpadas, invadidas por vegetación.

—¿Cómo sabes por dónde debes ir? —le preguntó, al no ver un sendero trazado, o algún detalle que le sirviera como guía.

—Desde niño he caminado por esta montaña. La conozco como a mi mano. Jamás me perdería en ella.

Debby lo siguió en silencio. Él nunca soltaba su mano y trataba de llevarla por las zonas menos abruptas para que no tuviera problemas en avanzar. Llegaron a los pies de un inmenso árbol, cuyas ramas se extendían hacia el cielo. En el tronco, grueso y de madera oscura, pudo observar los nombres tallados de Allan y Zack.

Él la soltó, se ubicó a un costado y entró en un espacio de tierra de forma circular que se encontraba entre las raíces brotadas. Empezó a cavar con el rostro endurecido y la mirada furiosa. Después de varios minutos, se detuvo porque la pala golpeó algo metálico.

Allan se agachó y, utilizando las manos, retiró la tierra que cubría el objeto. Con dificultad, sacó una caja alargada y delgada. A pesar de la mugre, se podía notar el óxido de sus tapas. La colocó sobre una de las raíces, se sacudió las manos y sacó del bolsillo del pantalón la llave que Debby había encontrado.

Ella se llenó de expectativa y se acercó a él, pero sin invadir su espacio. Sentía que aquello era un momento íntimo que no podía entorpecer.

Dentro de la caja había un par de fotografías, decoloradas por la humedad; juguetes, piedras de colores, conchas de caracoles, monedas, envoltorios de dulces, canicas y tarjetas con imágenes de superhéroes y personajes de tiras cómicas; objetos que un niño consideraría «un tesoro». Pero al fondo, Allan halló un sobre amarillento, manchado de tierra y humedad. Al abrirlo, sacó un fajo de documentos, que olían a moho. Los estiró y empezó a leer la primera página.

Debby notó que las facciones de su rostro se endurecían a medida que avanzaba la lectura. Los ojos se le humedecieron y presionaba los labios para controlar lo que sentía. En medio de un suspiro, se sentó sobre la raíz y se distrajo con la vegetación mientras él leía en privado. Un rato después, el viento aumentó y pudo sentir gotas de agua fría que caían sobre su cabeza.

—Deberíamos... regresar a la cabaña —le dijo, sin mirarlo a los ojos. Al escuchar que Allan doblaba los documentos, se giró hacia él. Los metió dentro del sobre y se lo guardó en un bolsillo interno del abrigo. Luego, recogió las cosas que estaban dentro de la caja y la cerró, para volver a enterrarla.

Su silencio la atenazaba. Estaba ansiosa por preguntarle lo que había hallado, pero se sentía una entrometida. Los problemas de su hermano le correspondían solo a él.

Al terminar, se sacudió las manos en los pantalones. Salió del círculo formado por las raíces y sacó su teléfono móvil para realizar una llamada. Debby lo observaba inquieta, la curiosidad la carcomía, pero sabía que no era buen momento para interrogarlo.

—Tenemos que reunirnos, de inmediato —le ordenó a la persona con la que hablaba, sin gastar tiempo en saludos—. No. En la cabaña.

Cortó la llamada y guardó el teléfono, para, finalmente, buscar la pala. Debby respiró hondo, la expectativa le aglomeraba las preguntas en la garganta. Cuando Allan se dirigió hacia ella para tomarle la mano y regresar, escucharon el nervioso volar de un grupo de aves. Ella miró el ramaje sobre su cabeza, el miedo la invadió.

—Debemos marcharnos. ¡Rápido! —le dijo a Allan con los ojos llenos de terror. La lluvia comenzó a caer con mayor insistencia.

Él frunció el ceño y le tomó la mano.

—No podemos bajar rápido, el camino es peligroso y ahora, llueve.

—No importa. No me caeré —le aseguró. Los pájaros revoloteaban sobre ellos. Allan alzó el rostro y observó su extraño comportamiento—. Es tu hermano. Siempre hace eso cuando algo va a suceder.

Él la traspasó con una mirada endurecida y le apretó la mano.

—Te lo juro, es Zack. Algo va a pasar.

Allan dejó caer la pala al piso y le encerró el rostro entre las manos. La lluvia caía copiosa sobre ellos y los empapaba.

—Cálmate, nos iremos...

No pudo terminar la conversación, un sonido entre la vegetación atrapó su atención.

—¿A dónde piensas ir, Kerrigan?

## Capítulo 32

Debby quedó paralizada al ver salir de la vegetación a James, el hombre que había acompañado a Bradley a la cabaña, junto a un moreno alto, corpulento y con una barba tipo perilla en el rostro. La sangre se le congeló, sobre todo, al divisar el arma que el moreno tenía semioculta en la cinturilla de su pantalón.

—No sabía que habías resucitado —expuso James. En su cara se podía divisar la sorpresa. Allan estaba rígido, tapó a Debby con su cuerpo y paseaba la mirada nerviosa entre los dos sujetos que lo enfrentaban—. Jimena insistía en que existía la posibilidad de que estuvieras vivo, pero no podía creer que mis hombres fueran tan imbéciles. Cuando me ordenaron vigilar a la mujer, pensé que perdería mi tiempo. No imaginé que me mostraría mis errores.

El moreno se apartó para rodear a Allan y ubicarse tras ellos, pero él se movía y empujaba a Debby. No quería quedar en desventaja y perder de vista a alguno, mucho menos, que la alcanzaran a ella.

—Como sea, creo que es hora de corregir mis faltas. —James se abrió la chaqueta. Debby se aferró más a Allan.

—Lo que tengas que resolver conmigo, hazlo en privado. Deja que ella se marche.

—Crees que soy estúpido. Esta tonta tiene fama de echar a perder las cosas.

Los nervios tenían a Debby al borde de un ataque. Además de la amenaza de los dos hombres, sobre su cabeza, los pájaros continuaban su agitado vuelo y la lluvia arreciaba.

—¿Qué hacías aquí Kerrigan? ¿Sembrabas un árbol? —expuso James al ver la pala y el sitio donde la tierra había sido removida.

—Podemos sentarnos a conversar. Llegar a un acuerdo —propuso Allan para evitar el enfrentamiento y que el hombre comenzara a indagar sobre lo que habían hecho. Si llegaban a enterarse de la existencia de los documentos que halló en la caja, los acabarían a ambos sin compasión.

Los sujetos se preparaban para utilizar la fuerza bruta en cualquier momento, y hasta ahora, uno de ellos estaba armado. Debía evaluar con precisión la situación, si no encontraba pronto una estrategia segura de escape, estaban perdidos.

—¿Un acuerdo? Lo único que queríamos es que ni tú, ni tu padre, se metieran en nuestros asuntos. Teníamos que sacarlos del juego y quitarles las pruebas.

—Creo que ese trabajo lo terminaron hace años.

—Sabes que no. Tú todavía estás vivo y las pruebas, llevan muchos años perdidas. Si no podemos dar con ellas, entonces, borrarémos a la única persona que podría hallarlas... O a las únicas. —Eso último lo agregó mientras observaba a Debby y le dirigía una sonrisa torcida.

Sin perder más tiempo, Allan pisó la punta metálica de la pala, logrando que el mango se levantara instantáneamente. La tomó con fuerza y blandió el objeto para golpear a James en el rostro. Por el impacto, el hombre perdió el equilibrio y retrocedió tambaleante, hasta caer por un barranco poco pronunciado. El moreno sacó el arma y estuvo a punto de dispararle, pero Allan se arrojó sobre él y terminaron enlazados en una violenta lucha en el suelo encharcado.

—¡Deborah, ve a la cabaña! —Le gritó mientras forcejeaba con el sujeto por el control del artefacto—. ¡Busca a Shepard!

El moreno golpeó a Allan en el rostro y le arrancó la pistola, pero se le escapó de las manos y se perdió entre unos matorrales. Se levantó para buscarla, pero Allan se recuperó y volvió a lanzarse encima de él, reiniciando la pelea.

Debby tenía el corazón en la boca. El aleteo de un pájaro sobre su cabeza la hizo gritar aterrada y salir en carrera. Bajó por la ladera a toda velocidad, la lluvia le dificultaba la visión. Tropezaba con ramas y piedras, en dos oportunidades, resbaló en la tierra lodosa, pero no sintió ningún dolor. El miedo la empujaba a seguir.

Cubierta de agua y lodo, llegó a un claro. Miró a todos lados confundida. Se dio cuenta que estaba perdida, rodeada de vegetación. No tenía la más mínima idea de qué camino tomar. Un

grupo de pájaros bajó su vuelo y se internó entre los árboles. Ella quedó pasmada, pero una luz de esperanza le invadió el pecho. Sin dudarlo, siguió a las aves. Sintió una gran alegría minutos después, cuando la cabaña comenzó a aparecer frente a ella.

Eufórica y casi sin aliento subió el pórtico trasero, pero un bulto pesado se desplomó sobre ella y la hizo caer de bruces en los escalones.

—Ven acá perra maldita. —James la tomó por los tobillos y la empujó hacia él. Sobre el ojo izquierdo, tenía abierta una profunda herida, que le brotaba sangre y le empañaba el cuello y buena parte de la camisa.

Forcejeaba para inmovilizarla bajo su cuerpo. Debby se debatía y gritaba.

—Eres resistente. Te salvaste hace tres años, pero ésta vez, acabaré contigo.

Ella miró aterrada la filosa navaja que el hombre sacó. Vio como la alzaba sobre su cabeza. En el cielo, un grupo de aves volaba en círculos. Pensó que ese sería su fin, pero antes de que James bajara el cuchillo, se oyó que le quitaban el seguro a una pistola.

—¡Baja el arma y pon las manos detrás de la cabeza!

El grito autoritario de una voz masculina la llenó de alivio. Se quedó muy quieta, al igual que James, quien con lentitud, dejaba la navaja en el suelo y alzaba los brazos.

—¡Aléjate tres pasos de la mujer y arrodíllate! —El comisario Shepard tomó la radio que tenía colgada del cinturón, sin dejar de apuntarle, y avisó a sus compañeros la presencia del sujeto. James le dirigía a Debby una mirada asesina. Ella comenzó a levantarse con dificultad, con la lluvia cayendo copiosa sobre su cabeza.

—Allan... está en la montaña... lo atacaron —le dijo al comisario. El hombre pasó la novedad por radio antes de guardarla, sacó unas esposas y se las colocó a James mientras le recitaba sus derechos constitucionales.

Se sentó agotada en los escalones, se limpió el agua de la cara y trató de mirar al cielo. Las aves habían desaparecido.

## Capítulo 33

La noche cubrió con estrellas el cielo y alejó a la tormenta de Lutsen. La calma reinó en el lugar, pero no en Debby, aún se encontraba ansiosa en la cabaña, empujada hasta los huesos de agua y lodo, y cubierta por una manta. A su alrededor, decenas de policías entraban y salían de la casa. James y su acompañante, habían sido trasladados a la comisaría, y Allan, con el rostro golpeado y un brazo resentido, explicaba en la cocina una y mil veces lo ocurrido a los oficiales.

Los documentos que hallaron resultaron ser declaraciones de testigos de peso, que le concedieron a Jhon Kerrigan su confesión a cambio de protección policial veinticinco años atrás. Lo que decían aquellos papeles ponía en riesgo la credibilidad y posición de algunos políticos de poder en la actualidad. Antes de entregarlos a las autoridades, Jhon se había llevado todos sus avances a la cabaña para realizar los informes pertinentes. Su esposa le había insistido en llevar a los niños a un fin de semana de descanso, al finalizar el año escolar. Él no estaba muy animado en viajar, las declaraciones serían un gran golpe que dispararía su carrera al éxito, pero contra su esposa no tenía maneras de luchar, mucho menos, contra sus hijos.

En la cabaña, se pasaba las horas en el ático que habían acondicionado como oficina, mientras su esposa y los niños disfrutaban del lago y de las montañas. Pero Zack, el menor de sus hijos, siempre se las apañaba para despegarlo de los quehaceres y obligarlo a salir a jugar, al menos, un par de horas. Sin embargo, ese fin de semana fue diferente. Nada de lo que Zack hiciera hacía efecto en su padre.

Las conclusiones de Allan, eran que el niño aprovechó la oportunidad de que sus padres estaban de compras para esconder los documentos que tenía sobre el escritorio. De esa manera, al regresar, Jhon no los encontraría. Y como sabía que Zack tenía la costumbre de esconder sus cosas y devolvérselas después de compartir con ellos, accedería a dedicarles unas horas de distracción.

Nadie imaginó lo que el niño había hecho, ni siquiera, los hombres que entraron ese día a la cabaña en busca de las declaraciones, para liberar a sus jefes de culpa. No hallaron las pruebas, solo una manera segura de alejar a Jhon Kerrigan del caso.

Y eso fue lo que sucedió. Allan le confesó a todos que su padre abandonó el caso por muchos años. Siempre pensaron que habían encontrado las declaraciones y se las llevaron junto con la vida de su hermano. Cuando retomaron el trabajo veinte años después, lo hicieron en honor a la memoria de Zack, para acabar con la peste que se había robado la vida de muchos inocentes y corrompía la de otros. A esas alturas, la organización narcotraficante estaba fortalecida y ampliada, sin embargo, su estructura seguía intacta. Aunque no tenían las declaraciones sabían qué hacer y dónde buscar para hallar nuevas pruebas.

Al enterarse de los logros alcanzados por Allan, los involucrados decidieron actuar y eliminarlo. Jhon Kerrigan, al conocer la pérdida de sus dos hijos a causa del mismo problema, lo abandonó definitivamente y su salud se fue deteriorando por la culpa y la pena. Murió pensando que nunca se haría justicia.

La aparición de los documentos sería importante para el caso. No tan contundentes como en tiempos anteriores, pero servirían para hacer temblar lo suficiente los cimientos de la organización hasta dejarlos vulnerables. Shepard y otros altos oficiales estaban felices con el hallazgo, Allan no. eso desempolvaba el triste pasado de su familia, pero sabía que para darles descanso eterno a su padre y a su hermano, debía hacerse justicia.

Debby, por su parte, estaba tranquila porque la habían dejado en paz, de momento. Shepard le concedió un poco de calma, pero le advirtió que era necesaria su declaración. Se sentó en el sillón de la sala con una taza de café caliente entre las manos. Tenía la mirada perdida en el suelo. Quería darse un baño, que no solo le limpiara el cuerpo sino también, el corazón. Llevaba demasiado tiempo llorando penas y cometiendo errores. Era momento de tomar decisiones.

Suspiró hondo y se levantó en dirección a una de las ventanas delanteras de la cabaña. El lago parecía de plata. Una enorme luna, con estrellas esparcidas en su contorno y un manto de nubes grises a sus pies, adornaba el firmamento. Aquel parecía un paisaje de postal, lleno de belleza y magia. Las montañas estaban revestidas de sombras. Silenciosas y sin aves.

En las piedras de la orilla del lago, vio la silueta de un chico que jugaba a saltar entre ellas. No podía verle el rostro, pero sabía muy bien quién era. El corazón se le aceleró al verlo mirar hacia la cabaña, levantó su manito y la agitó en el aire en señal de despedida. Las lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas mientras él se alejaba, en dirección a un hombre que lo esperaba fuera de las piedras. Se marcharon juntos, tomados de las manos. Sus siluetas se difuminaron en la oscuridad.

Cuando unos brazos firmes la rodearon, no se sobresaltó, se amoldó a ellos y se acunó en el pecho del hombre que la acariciaba y le besaba la cabeza.

—Tranquila, corazón. Ya pasamos lo peor. Todo se va a resolver.

Su llanto no era de miedo, liberaba a su alma de pena. Allan le levantó el rostro y le secó las lágrimas con su mano.

—Ya, Deborah. Estaremos bien, te lo juro.

Besó sus labios y la abrazó con fuerza, por mucho rato, hasta que los oficiales se marcharon y los dejaron solos. Después de un baño reparador, se acurrucaron en la cama. Ninguno de los dos podía dormir, se acariciaban y besaban sin premura, con el sosegado romper de las olas como fondo musical.

—A primera hora debemos viajar a Minnesota. Tenemos que descansar —le dijo Allan, pero ni él quería entregarse a los brazos de Morfeo.

—No puedo dormir. No sé qué pasará mañana cuando deba enfrentarme a Jimena.

Él le dirigió una mirada iracunda.

—Nada va a pasar. Esa mujer no volverá a lastimarte.

Debby se abrazó a él y apoyó la cabeza en su pecho.

—Merezco una explicación. —Allan se quedó por un minuto en silencio. Ahogado en los recuerdos.

—Eso mismo dije dos años atrás, cuando Shepard me explicó la única posibilidad que tenía para resguardar mi integridad. —Ella lo abrazó con más fuerza y frotó el rostro en su piel.

—Te comprendo, pero tú, al menos, entendías la situación porque trabajabas en el caso. Yo los conocí a ambos en una fiesta. Me enamoré de Brian apenas lo vi. Era un hombre divertido, conversador e inteligente. Jamás imaginé que los problemas que teníamos se debían a un complot. Siempre pensé que todo era mi culpa... que no era capaz de enamorarlo.

Allan emitió un gruñido e intentó levantarse de la cama, pero Debby no se lo permitió.

—No te enfades conmigo, me sentía muy sola, por eso, me aferré a él y a Jimena. —Ella se incorporó y alzó el rostro para mirarlo a los ojos—. Te confieso que en varias oportunidades, vi escenas extrañas entre Brian y ella, sospeché un romance, pero si les reclamaba, ambos se irían, y yo quedaría más sola.

Se acostó sobre su pecho, con la mirada perdida y el corazón apretado en un puño.

—Todas las noches me acostaba sola y soñaba que algún día llegaría alguien, me abrazaría y me diría al oído palabras hermosas y sinceras.

Allan la cubrió con sus brazos y la apretó contra sí. Besó con ternura sus cabellos y le acarició la espalda.

—Eres muy importante para mí. No soy un dechado de virtudes y tengo una vida limitada, pero... puedo intentar ser esa persona con la que sueñas.

Debby volvió a alzar el rostro y lo miró con los ojos húmedos.

—Ya eres la persona con la que sueño —le confesó. Allan le acarició las mejillas y observó maravillado como le arrancaba una sonrisa.

—Aún no sé cómo llegaste, pero agradezco al cielo que hayas venido. Llenaste mi vida de luz y sacudiste todos los secretos de mi corazón. Ahora, está inflado de dicha al ver esa dulce sonrisa.

Ella se incorporó y se acercó a sus labios, para fundirse con su boca. Allan la abrazó y la giró en la cama, para ubicarla bajo su cuerpo. Esa noche, fue poco lo que pudieron descansar, pero fue mucho el amor que se entregaron. Tenían aún, una espina clavada en el alma.

En Minnesota, se toparán con la verdad, esa a la que Allan esperó por tanto tiempo y de la que Debby huyó. Al fin, se verían cara a cara.

## Capítulo 34

Pasado el medio día, Debby salió de la habitación donde la habían interrogado y se sentó con rigidez sobre una endeble silla de aluminio, en el pasillo del primer piso de la Oficina de División de la DEA en Minnesota. La interrogaron durante horas, tanto por su visita a la cabaña como por su vida de casada con Brian. Él era uno de los sospechosos en la red de narcotráfico que perseguían. Lo peor, es que esa no sería la última vez que tendría que presentarse ante la ley. Hasta que no resolvieran aquel caso podrían solicitar su presencia en otras oportunidades.

—No me dijiste que Shepard era en realidad un agente especial de la DEA —le reclamó a Allan, que se había sentado a su lado y tomó sus manos entre las suyas.

—Tú me dijiste que Jhon Kerrigan te había alquilado la casa, así, que estamos a mano —le respondió él con una sonrisa traviesa. Ella lo fulminó con una mirada de pocos amigos, pero después, se sentó derecha en la silla y observó desganada a la cantidad de personas que caminaban de un lugar a otro en aquella abarrotada oficina.

—¿Cuánto falta para irnos?

—No sé. Shepard me dijo que esperara un poco. —Allan la miró, con cierto deje de tristeza—. ¿Regresarás conmigo a la cabaña?

Debby desvió el rostro para ocultarle su desazón.

—No quiero regresar a la casa de Brian, allá está su madre, pero tengo que recoger mis cosas y buscar otro sitio. —Se giró hacia él con los ojos llenos de expectativas—. ¿Puedes... quedarte aquí un par de días? —Allan arqueó las cejas— Luego... regresaríamos, juntos.

Él pareció respirar de nuevo. Pasó un brazo por detrás de su cuello y la envolvió en un abrazo. Le estampó un firme beso en los labios y dejó su frente apoyada en ella.

—Me quedaré contigo el tiempo que sea necesario —le aseguró y la aferró más a él, pero la voz de Shepard lo sacó de su idilio.

—Allan, ven un momento. —Él lo traspasó con la mirada. El oficial puso los ojos en blanco desde la puerta de la oficina donde minutos antes interrogaron a Debby—. Vamos, hombre, será un par de minutos.

Con evidente incomodidad, Allan se levantó para acudir a su llamado. Ella se quedó sola e inquieta. Quería marcharse cuanto antes de ese lugar.

Una acalorada discusión en el pasillo de entrada le erizó la piel. Se levantó de la silla y se pegó a la pared tratando de aparentar calma.

—Esta es una completa falta de respeto. No tienen idea lo que hacen, ni con quien se meten...

—vociferaba Jimena mientras caminaba escoltada por dos gigantes oficiales—. Les va a salir caro este abuso, quiero saber quién está al mando. ¡Ahora!

Todos en la oficina la miraban con curiosidad. Los dos sujetos que la acompañaban parecían imperturbables a sus reclamos. Debby, sin embargo, comenzó a ponerse nerviosa. Cruzó los brazos en el pecho para evitar mostrar su inquietud.

Al verla, Jimena silenció sus quejas y la observó con el rostro debatiéndose en un mar de emociones.

—Deborah, ¿qué haces aquí? —Debby no decía nada, solo la miraba fijamente— ¿Tienes algo que ver en esto? —Emitió un bufido ruidoso, con evidente tono de burla—. Espero que no sea así, Deborah. Quiero imaginar que tienes un poco de inteligencia es esa cabeza hueca.

No supo qué responderle, una amarga sensación de impotencia la invadió. Ansiaba decirle un millón de ofensas, exigirle una explicación por los años de mentiras y manipulaciones, pero la rabia le tenía la boca sellada. Su ira se sosegó al ver cómo Jimena quedaba pasmada en medio del pasillo, los hombres que estaban con ella también se detuvieron, para verificar lo que le ocurría. La mujer empalideció, los ojos y boca los tenía abiertos en su máxima expresión.

—La que debe tener suficiente inteligencia para explicar lo que hizo eres tú —respondió Allan. Debby se giró hacia él y lo encontró muy cerca de ella, con el cuerpo rígido y el rostro enrojecido por la cólera.

—Traigan a esa mujer aquí —ordenó Shepard desde la puerta de la oficina. Los dos escoltas

tomaron a Jimena por los brazos y la obligaron a caminar. A la mujer le costaba respirar por la sorpresa.

—Estás vivo —expresó con una voz dulce y llena de alegría, la emoción se le mezclaba con la sorpresa en el rostro, pero Allan se mantenía en la misma posición, la calcinaba con una mirada llena de recriminaciones. Al pasar por el lado de Debby, Jimena la observó con odio—. Imbécil, ¿por qué no me lo dijiste? ¡Eres una estúpida! —Le gritaba mientras la arrastraban a la oficina— ¡No te vas a salir con la tuya, Deborah, si es una venganza por lo que hice con Brian no te saldrá el juego!

Seguía vociferando. Shepard les hizo señas a los escoltas para que se detuvieran, le convenía que Jimena expulsara lo que sentía por dentro. La mujer se agitaba con desesperación, hacía un esfuerzo por girarse hacia ellos y librarse del agarre de los oficiales. En su lucha, se olvidó de los buenos modales, de la finura y la arrogancia con la que siempre se manejaba. Su rostro estaba colorado y sudoroso. En los ojos se le podía divisar el miedo.

—¡Idiota! Por eso Brian no te quiso, ni te querrá nunca. ¡Te utilizó a su antojo, como lo hice yo! —Allan pasó un brazo por los hombros de Debby y la acercó a él. Ella tenía los ojos húmedos, pero de rabia. Su silencio era su venganza. Jimena, al no lograr hacerla estallar y viéndola junto al hombre que nunca dejó de amar, se enfurecía mucho más. Nunca había perdido contra nadie, la insulsa de Debby no podía ser quién doblegara su dominio—. ¡Soy mejor que tú, Deborah, siempre lo seré! ¡Recuérdalo!

Shepard les indicó a los oficiales que continuaran el camino. Jimena había entrado en un estado de locura, gritaba a todo pulmón sin dejar de sacudirse para liberarse.

—¡Debí asesinarte yo misma! ¡Matarte cuando estabas débil por el accidente! ¡Hubiera sido tan fácil! —Debby se estremeció y se arrinconó más a Allan. Él la abrazó con los dos brazos y le susurraba que se calmara, que no atendiera los absurdos de la mujer.

A Jimena la encerraron en la oficina. Afuera, podían escucharse sus gritos enloquecidos. Allan la llevó al final del pasillo, para que no estallara por la ira.

—Tranquila, Shepard se encargará de ella —le decía mientras le frotaba los brazos.

—Nunca me dejará en paz.

—Nunca saldrá.

—Solo van a interrogarla —expuso Debby afligida, conocía a Jimena, cuando se sentía ofendida era capaz de lo que sea.

—No, van a detenerla. Para liberarse de culpa, James declaró en su contra, pero además, la madre de Brian también lo hizo.

Debby observó a Allan con el ceño fruncido, le costaba pensar que su suegra fuera capaz de hacer algo en contra de Jimena, la consideraba una gran chica.

—La mujer se enteró de que su hijo forma parte de la lista de personas a eliminar por Jimena y su grupo. Ella sabía lo que ellos hacían y lo cayó para ayudar a Brian.

—¿Querían asesinar a Brian? —La sorpresa estuvo a punto de vencerla. Aquella situación superaba sus expectativas.

—Desde hace cuatro años él hacía hasta lo imposible por dejar de trabajar para ellos. Jimena era la encargada de «obligarlo» a pensar mejor la situación. No podían perderlo, sabía mucho. Comenzaron a investigarlo para buscarle un punto débil. Él ocultó su debilidad casándose contigo. Desde hace un año trabaja para la DEA, les pasa información a cambio de que protejan a su hija. Jimena lo sospechaba, te apartó para hacer estallar el problema entre ustedes y descubrirlo. Aunque no lo eliminarían hasta saber con quién se comunicaba y qué tanto había dicho.

Debby se frotó el rostro con ambas manos, en parte, agradecía haber estado ciega a esa situación. Si se hubiera enterado de algo, habría actuado con impulsividad y eso la habría llevado a la muerte.

—No puedo creer todo esto. —Allan la abrazó con fuerza y hundió el rostro en sus cabellos—. Quiero irme.

Él respiró hondo y se apartó un poco para mirarla a los ojos.

—Aún no.

—¿Por qué? —respondió ella con los ojos húmedos.

—Alguien quiere conversar contigo.

Ella quedó inmóvil, lo observaba con atención.

—Es Brian. No me gustaría que te reunieras con él, pero, sé que esperas una explicación. Él está en la oficina junto a la de Jimena. Te espera.

Debby suspiró. Las explicaciones que él le daría las esperaba desde hacía cuatro años. Ahora, que las tenía a pocos pasos de distancia, sentía temor. No quería hundirse más en el dolor, pero, para que una herida profunda se curara, debía cauterizarla.

## Capítulo 35

Abrió la puerta con suavidad. Las manos le temblaban. Alzó el rostro y lo miró sentado tras una amplia mesa. No lo veía desde hacía pocas semanas, pero se notaba distinto. Los cabellos rubios los tenía más largos, mechones desordenados le caían en la frente y el cuello. Aquello era extraño en Brian, siempre fue un hombre pulcro y de apariencia cuidada. Sus ojos azules brillaban de pena, las manos las tenía entrelazadas sobre la mesa, algo pálidas y huesudas. No portaba sus habituales trajes de saco y corbata. La camisa de manga corta que llevaba puesta, estaba arrugada.

—Debby, me alegra saber que estás bien —le dijo, con una sonrisa insegura.

Ella se irguió y se alisó la blusa. Sus palabras le afloraron la rabia.

—¿Te alegra? Me lanzaste a los tiburones sin compasión para salvarte el pellejo, y ahora, dices que te alivia verme bien.

Él hizo una mueca de disgusto y pasó una mano por sus cabellos.

—No fue para salvarme el pellejo. Lo que me hicieran a mí era lo de menos.

—¿Fue por tu hija? ¿Cierto? —Él asintió en silencio. Su actitud la llenó más de cólera. Cerró de un portazo y se acercó a él en dos zancadas, hasta apoyar las manos en el mesón—. ¿Por qué no hiciste lo mismo por tu hijo? Mi bebé también merecía un sacrificio de su padre. ¿Él no significó nada para ti?

—Claro que sí. Hice todo lo que estuvo a mi alcance por protegerlos, a ambos —le respondió Brian alzando la voz y dando un golpe a la mesa.

—¡Eres un mentiroso!

Brian se levantó de la mesa, dejó las manos apoyadas en el mesón y se inclinó hacia ella para hablarle con más calma.

—Lo único que ellos querían, era que desistiera de mi intención de dejar la organización. Lo hice cuando supe de tu estado, me casé contigo e intenté que formáramos una familia normal, pero Jimena se sintió engañada. Por eso, hizo lo que hizo. —Brian volvió a sentarse en la silla, abatido. En su rostro se reflejaba el gran peso que sentía su alma—. Después de eso, no supe qué más hacer. Silvia regresó a mi vida y yo... simplemente, la necesitaba.

Los ojos de Debby se empañaron, pero levantó el mentón para no derrumbarse frente a él.

—Yo también te necesité.

Brian ancló la cabeza entre las manos y se aferró a sus cabellos.

—Lo sé. Lamento no haber podido hacer nada. Con ella me sentía bien y tú... esperaba que te alejaras y salieras de todo este asunto. —Una sonrisa desganada se le dibujó en el rostro. Debby achicó los ojos y lo fulminó con la mirada. La sangre le hervía en las venas—. Te empeñabas en recuperar nuestro matrimonio y me hacías las cosas más difíciles.

—¿Te hacía las cosas más difíciles? ¿Y cómo crees que la pasaba yo?

—Debby...

—Eres un miserable, Brian. Un... anormal —le escupió, al recordar la manera en que Allan lo definía.

—Tienes derecho a decirme lo que quieras —le dijo Brian y la miró con unos ojos cargados de arrepentimiento.

—Claro que tengo derecho. Por tu culpa, yo pasé los peores cuatro años de mi vida, estuvieron a punto de asesinarme, ¡dos veces! Perdí a mi hijo y la posibilidad de tener otro. Fui humillada, perseguida y acosada. Y todo ¿para qué?

Se quedó inmóvil frente a él, temblaba de ira.

—No pude salvar a nuestro hijo, sufrí mucho cuando lo perdimos. Tenía que hacer todo lo necesario para salvar a mi hija. —Él apoyó las manos en el mesón y transformó el rostro para mostrarle una férrea determinación—. De verdad lo siento, Deborah. Hubiera preferido no haberte incluido nunca en este asunto, pero las decisiones que tomé tuvieron su razón de ser. Solo te pido, que tu venganza la dirijas solo hacia mí. No incluyas a mi niña en este problema.

Debby emitió un bufido y se alejó de él un paso. Los ojos los tenía abiertos como platos. No podía creer lo que escuchaba.

—No soy como tú. No tengo necesidad de escudarme en una niña ni en ningún otro ser humano para resolver mis problemas. —Dio media vuelta y se dirigió a la puerta, pero se detuvo antes de girar el pomo—. Lo lamento por tu hija, ella merecía un padre mejor. —Giró el rostro hacia él y lo observó con rencor—. Espero te pudras en la cárcel —le escupió y se marchó.

Al salir al pasillo respiró hondo. Vio a Allan parado a varios metros, con la espalda apoyada en la pared y las manos en los bolsillos. Se acercó a él mientras sosegaba la furia que le había quedado en el cuerpo, después de la conversación con Brian.

—¿Y? —Le preguntó. Ella pudo notar su incomodidad. Le sacó las manos de los bolsillos y se abrazó a su cintura.

—Mañana mismo quiero poner una demanda de divorcio. ¿Conoces a algún abogado que pueda asesorarme?

Él la envolvió en un fuerte abrazo y le besó la mejilla.

—Lo haremos pedazos. —Ella sonrió y se aferró más a él. Entre esos brazos sentía una paz reconfortante, una seguridad nunca antes sentida. Sabía que podía confiar en él, en la sinceridad de sus caricias. Aunque la vida le robara la risa, ahora tenía un lugar donde recuperarla.

## Epílogo

Tomó con firmeza la manito y lo dejó caminar tambaleante hacia la mecedora de madera en forma de caballo, que se hallaba a pocos metros. El niño emitía gorgojos de alegría, con la carita iluminada y la mirada fija en su objetivo. Debby lo animaba a seguir, atenta a sus avances. Aquellos eran los primeros pasos de su hijo, su orgullo de madre llegaba a las nubes.

—¡Todo está listo! —El grito de Allan sobresaltó al niño que se giró apurado a su madre para abrazarse a sus piernas, muerto de la risa. Escuchaba las pisadas de su padre mientras éste subía las escaleras y llegaba al ático, en busca de su esposa y su hijo.

—Lo asustaste —le recriminó Debby, al tiempo que cargaba al niño y lo envolvía en un abrazo protector.

—No me parece asustado —expuso Allan, se acercó a ellos y los rodeó con sus brazos. El niño reía y se lanzaba hacia su padre para abrazarlo—. El bote está listo, ¿tienes todo preparado?

—Sí. Está sobre la encimera de la cocina.

Allan tomó al niño y lo sentó en su cuello. El chico se aferró a sus cabellos, emitía gritos de alegría.

—Entonces, vamos. La mañana está perfecta para salir a navegar por el lago.

Él se adelantó, Debby los observó marcharse con una gran sonrisa en los labios. Recogió del suelo un par de juguetes y los lanzó en una de las tantas cestas que ubicó alrededor de la sala de juegos de su hijo. Comenzó a alejarse, pero el sonido del chillido de un animal llamó su atención.

Se acercó a la ventana más cercana a la antena de la televisión. Al asomarse, pudo notar que el nido ubicado a los pies del artefacto estaba ocupado por tres pichones, que gritaban a todo pulmón llamando a sus padres. Pronto observó que un ave se acercaba y depositaba en sus picos lo que exigían. Volvió a sonreír, cuando el animal la miró con nerviosismo. Cerró la ventana con suavidad para no alterar a los animales. La cabaña se llenaba de nueva vida.

Bajó los escalones y se dirigió a la cocina para buscar la cesta con los bocadillos que había preparado. Todas las ventanas estaban abiertas y la cálida luz del sol bañaba cada rincón.

Después de haber vivido el momento más tenso de su existencia, luchó por retomar una vida normal. Mientras Allan obtenía de nuevo su identidad, ella se divorciaba de Brian. Al estar libres de asuntos pendientes, se casaron y comenzaron a gestionar una adopción.

Jeremy llegó a sus vidas con tan solo un mes de nacido. En la actualidad, el chico ya tenía un año de edad y los llenaba de una alegría incalculable. Allan retomó su trabajo de abogado, pero intentaba no meterse en asuntos complejos. Había tenido suficiente con los problemas pasados. Ahora, lo único que quería, era vivir en paz con su familia, disfrutar de las risas, del amor y de la tranquilidad que desde niño le habían sido arrebatadas. Debby se dedicaba totalmente a su familia, haber obtenido la adopción era el logro más grande de su vida, recordaba haber llorado por un día entero cuando la llamaron para informarle que su solicitud había sido aprobada. Se sentía plena, tenía a su lado a un hombre amoroso que no paraba de decirle «Te amo» en ningún momento, y a un niño que, aunque no era fruto de sus entrañas, fue producto de su empeño y constancia. Lo amaba como si fuera su propia sangre.

Su realidad superaba a los sueños que una vez tuvo, cuando rogaba por una vida feliz, honesta y llena de amor.

Buscó dentro del refrigerador un par de botellines de agua, para llevar al paseo, mientras se paseaba por los recuerdos. Era imposible no pensar en Brian, quien aún vivía limitado por tener que rendir cuentas a las autoridades de sus delitos. Se esforzaba por darles una vida sin sobresaltos a su hija y a la mujer que siempre amó, pero sus problemas pasados lo perseguían y le hacían las cosas más difíciles. Jimena, se hundió en la cárcel con su hermano y muchos de los miembros de la agrupación criminal a la que pertenecía. La última vez que Debby supo de ella, se enteró que la llevaba bastante mal en prisión, pero intentó no preocuparse por ese asunto. Mucho daño le había infringido esa mujer y nunca se arrepintió de sus errores.

Salió de la cabaña cargada con todo lo necesario. Abrió la puerta y desde el pórtico, miró a Allan que jugaba con el niño entre las piedras de la orilla. Aquella visión le trajo a la mente a Zack,

miró al cielo y elevó una oración por el chico. Sabía que el niño por fin descansaba en paz. Jamás volvió a sentir ningún movimiento ni presencia en la cabaña, nunca volvieron a comportarse de manera extraña los pájaros, ni muchos menos, a cerrarse las cortinas. La casa, incluso, había salido de las sombras. La luz del sol la cubría durante el día, y en la noche, el brillo de la luna la pintaba de plateado como al lago.

Caminó apresurada hacia su esposo e hijo, siendo recibida con risas y abrazos. Se subieron al bote y navegaron hacia las profundidades, en medio de cantos alegres. En lo alto, el cielo azul se extendía hacia el infinito, las gaviotas sobrevolaban y la suave brisa barría las aguas.

F I N